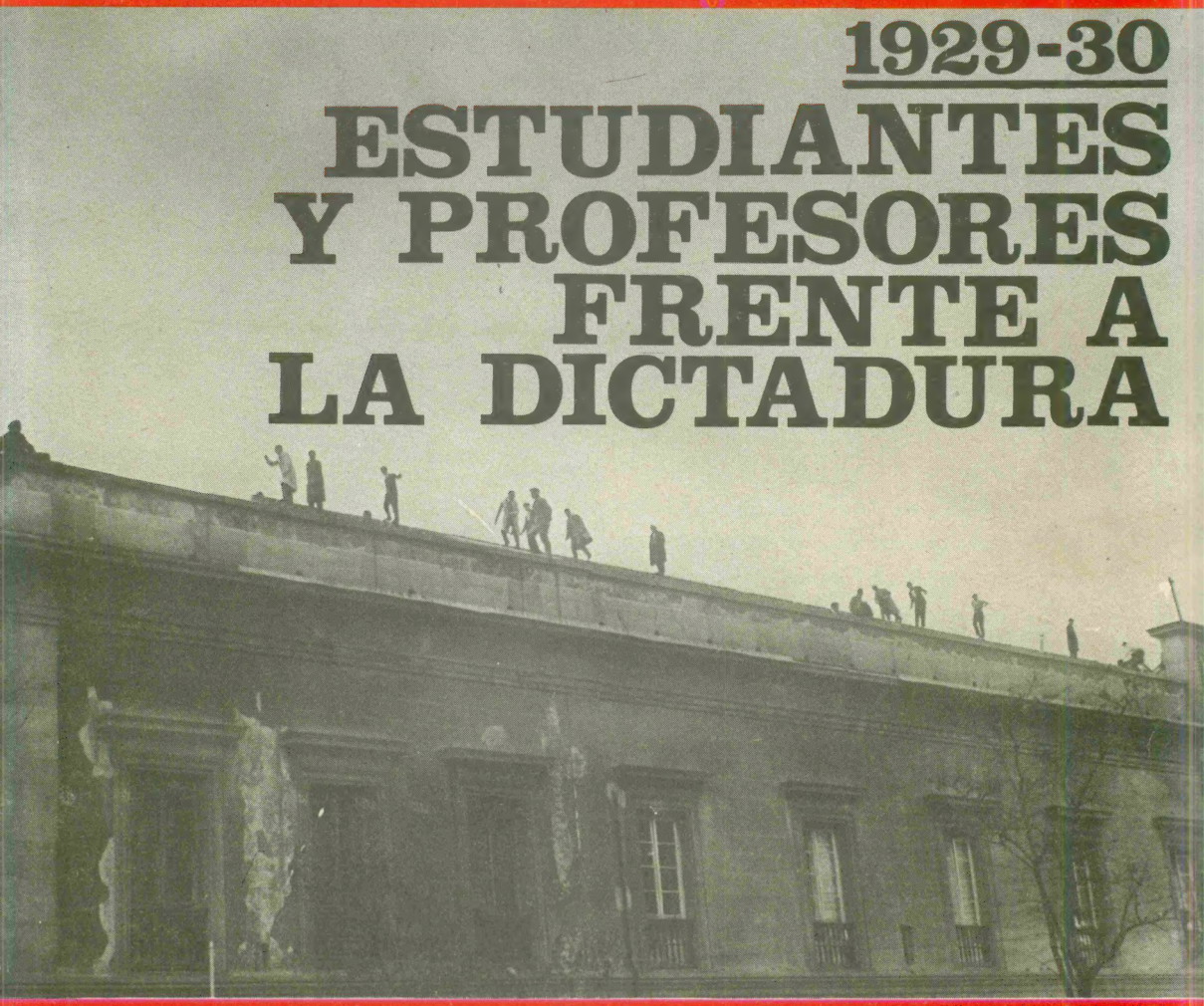
TIEMPO de HISTORIA

AÑO I • NUM. 8 • 50 PESETAS

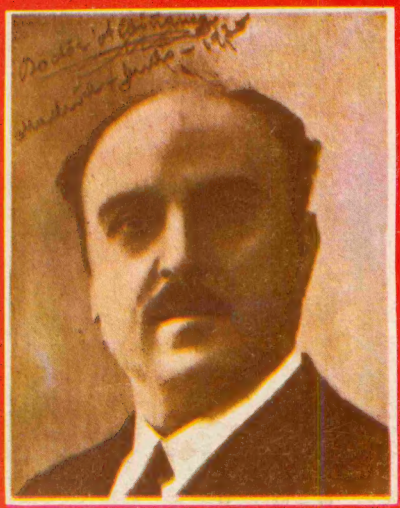
1929-30

ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA



EL DOCTOR ALBIÑANA

PRIMER FASCISTA ESPAÑOL



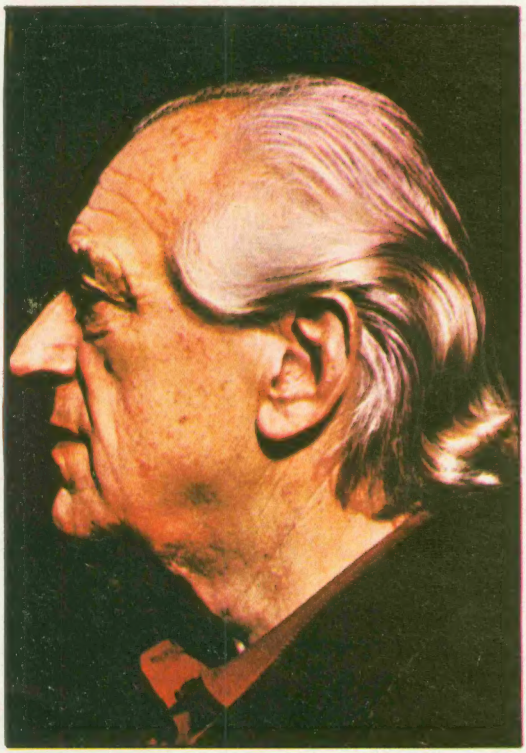
EN EL PROXIMO NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

LARGO CABALLERO, por Pablo Castellano

Un estudio de la personalidad del dirigente socialista en el que se analizan las diversas facetas de su actuación pública. Pablo Castellano, que ha trabajado sobre documentación inédita en muchos casos, destaca el «sentido de la realidad» que distingue toda la trayectoria de Largo Caballero. (En la foto, vemos una de las últimas imágenes del político antes de su muerte, en 1946).

★

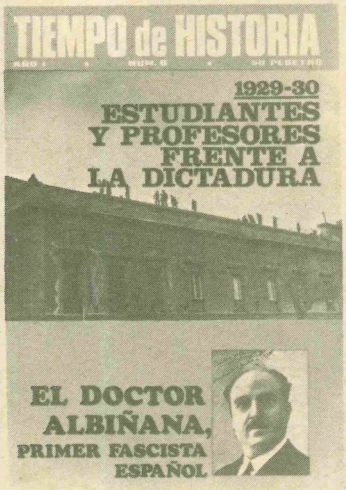


RAFAEL ALBERTI: «LA ARBOLEDA PERDIDA»

Recién editado en España el libro de memorias de Rafael Alberti «La arboleda perdida», en el número 9 de TIEMPO DE HISTORIA ofreceremos unos fragmentos significativos de esta obra, básica para conocer la dimensión humana y literaria de uno de los mayores poetas de habla castellana, así como la Historia española previa a la guerra civil. (Foto Dr. Vega Díaz).

SUMARIO

AÑO I ● NUM. 8 ● JULIO 1975 ● 50 PESETAS



Estudiantes en la terraza de la Facultad de Medicina de Madrid, durante una de las manifestaciones contra la Dictadura. (Foto Alfonso).

CONTRAPORTADA: El palacio de la familia Médicis en Florencia, según una miniatura de un códice de las obras de Virgilio.

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

Págs.

ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA. ANTECEDENTES DE LA GENERACION DEL 36, por Francisco Caudet 4-15

MALEFAKIS, HISTORIADOR DEL PARTIDO SOCIALISTA ESPAÑOL. Una entrevista de Josefina Pascual 16-25

UN ENSAYO DEL FASCISMO EN ESPAÑA, 1930-1933: JOSE MARIA ALBIÑANA Y EL PARTIDO NACIONALISTA ESPAÑOL, por Manuel Pastor 26-39

EL MANIFIESTO COMUNISTA DE 1848, por Valentín Medel Ortega 40-47

CHINA: LA LARGA MARCHA, por Eduardo Pons Prades 48-63

«LA COARTADA», texto íntegro de una obra de teatro de Fernando Fernán Gómez 64-91

«ESPAÑA 1945» 92-105

FERIA DEL LIBRO, 1975: LA HISTORIA, PROTAGONISTA, por María Ruipérez 106-112

LIBROS: Estudios de Historia Contemporánea; Introducción a un estudio de la convivencia y de la intolerancia; Confesiones de dos políticos monárquicos; Sender, cronista histórico; Las SS secretas 113-119

CINE HISTORICO EN CANNES, por Diego Galán 120-124

CINE: «Nicolás y Alejandra», «Abdicación» 125

DEBATE: LA RECIENTE HISTORIA ARGENTINA, por Juan Carlos Curutchet 126-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15, MADRID-16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 20.624-1975.

Antecedentes de la Generación del 36

ESTUDIANTES Y PROFESORES

FRENTE A LA DICTADURA

FRANCISCO CAUDET

HAN mencionado los comentaristas y apologistas de la llamada generación del 36, que las agitaciones estudiantiles, de 1928-30, contra Primo de Rivera, y el apoyo aleccionador de algunos profesores universitarios (Unamuno, Jiménez de Asúa, Ortega, etc.), tiene, valor generacional. Sin embargo, aún cuando tales acontecimientos tuvieron un gran y duradero impacto, las alusiones han sido siempre vagas y marginales. Así, pues, creemos que esta historia merece su debida tasa de atención, y que es necesario intentar reconstruir y calibrar, en lo posible, su significado para la generación que se ha llamado: «universitaria y escolar de 1929»; «nueva generación»; «del 30»; «de la República»; «del 35»; y, más comúnmente, «del 36».

Por diversas razones, que no están del todo claras, el último mote ha desbancado y enterrado a casi todos los demás. Y, a la vez, ha contribuido a que la atención se centre en torno a la fecha de la guerra civil, cuando antes tuvieron lugar acontecimientos que tienen enorme valor explicativo. Y *definidor*. Como intentaremos mostrar al final de estas notas, la juventud estudiantil estaba ya dividida en «izquierdistas» (los de la FUE), y «derechistas» *(upetistas* y luego, miembros del SEU). Al estallar la guerra en aquel julio del 36, la llamada generación del 36 era, desde años atrás, una *realidad escindida*. La guerra, pues, no inventó ninguna generación. En todo caso, puso de relieve que el país estaba dividido por actitudes irreconciliables, estigma que alcanzaba a la naciente generación de artistas y escritores. Como bien dijo don Antonio Machado: «Cierto que la guerra no ha creado ideas —no pueden las ideas brotar de los puños...».

ANTECEDENTES DE LA CRISIS DE 1928-30

Al poco tiempo de subir Primo de Rivera al poder, en octubre de 1923, hizo un intento de ganarse a los estudiantes, pidiendo a distintas Asociaciones le presentaran peticiones, planes de estudios, reclamaciones, etc. La Escuela de Ingenieros y la Facultad de Derecho de Madrid se aprestaron, siendo las primeras, a responder al requerimiento. Pero, como tardó poco en verse, los planes de Primo de Rivera no eran atender peticiones o dialogar con los estudiantes, sino servirse de esos pretextos para que aquéllos se unieran a la *Juventud Patriótica*, «sucursal» de la *Unión Patriótica*. La repulsa de los representantes de las dos susodichas

AL POCO TIEMPO DE SUBIR PRIMO DE RIVERA AL PODER —EN OCTUBRE DE 1923—,HIZO UN LLAMAMIENTO A LOS ESTUDIANTES. PERO, COMO SE VIO EN SEGUIDA, EL DESEO DEL DICTADOR (AQUI EN SU TOMA DE POSESION, JUNTO CON ALFONSO XIII) NO ERA ATENDER SUS REIVINDICACIONES, SINO INTENTAR QUE SE UNIERAN A LA ORGANIZACION DE LA «JUVENTUD PATRIOTICA».

Facultades fue inmediata, negándose a seguir el juego. Por otro lado, se estaba gestando por entonces la formación de la *Federación Universitaria Escolar* de Madrid (FUE), cuyas metas eran opuestas a las de la *Juventud Patriótica*, que no era, para empezar, representativa.

El 15 de mayo de 1925, con motivo de la inauguración de un pabellón de la Escuela de Ingenieros, a la que asistió el Rey con Primo de Rivera, tuvo lugar, antes de la llegada del Rey, un enfrentamiento entre el Dictador y un estudiante, Antonio María Sbert, quien se le acercó para presentarle unas peticiones a instancias de algunos catedráticos. El acercamiento, que terminó en una sonada disputa, costo a Sbert la expulsión de la Escuela de Ingenieros y su confinamiento en Cuenca. Ello motivó una huelga que no tuvo muchas consecuencias, puesto que no estaban aún bien organizados los estudiantes. Pero sirvió para poner de relieve la necesidad de agruparse.

Antes, el 28 de marzo del 25, hubo una concentración de estudiantes en la Estación del Norte (Madrid), para recibir los restos mortales de Ganivet, que eran trasladados de Riga a Granada. La Universidad de Madrid celebró un

UNO DE LOS INTELECTUALES MAS DESTACADOS EN LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA FUE EL CATEDRATICO DON LUIS JIMENEZ DE ASUA, QUIEN SERIA DESTERRADO A LAS ISLAS CHAFARINAS EL 30 DE ABRIL DE 1926, SEIS DIAS DESPUES DE UN HOMENAJE A CAJAL, EN EL QUE PRIMO DE RIVERA FUE ESTRUENDOSAMENTE SILBADO POR LOS ESTUDIANTES.

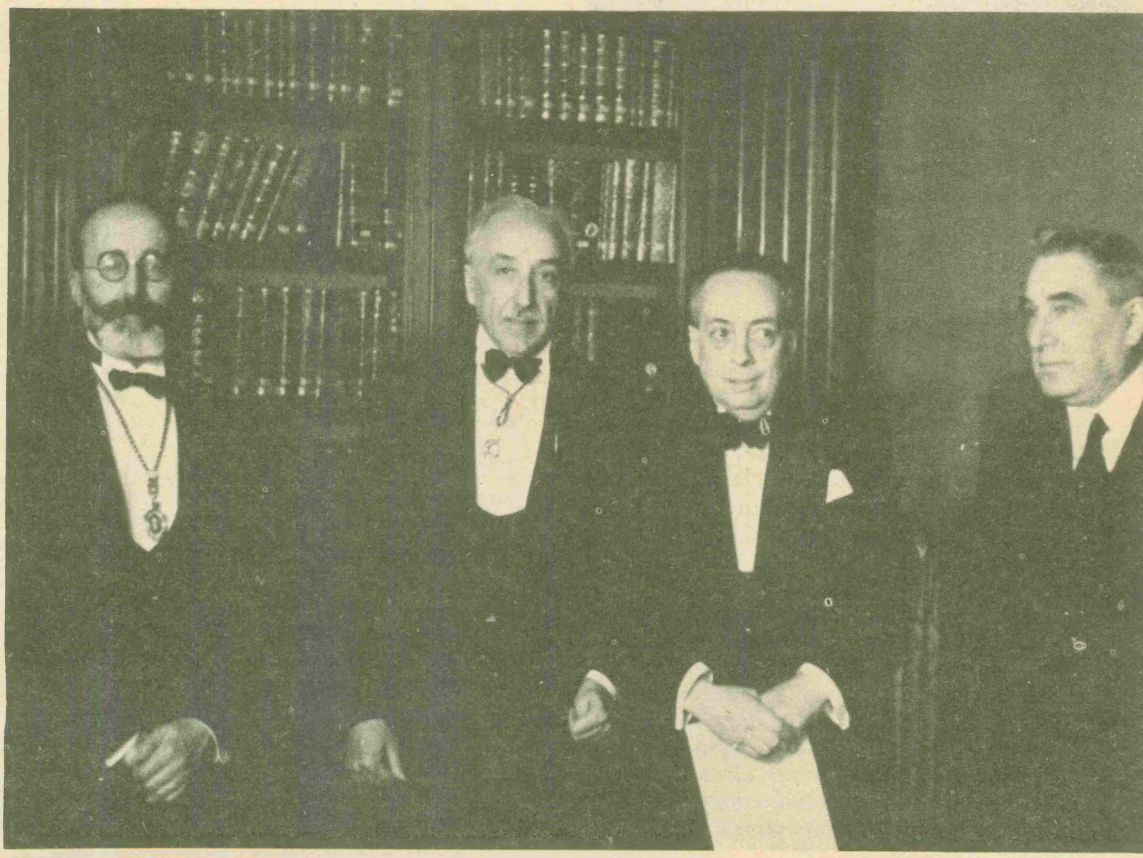
acto, en el que hablaron Jiménez de Asúa, Marañón, Américo Castro, Gómez de Baquero, etc. «En todos los discursos —recuerda López-Rey (1)— estuvo vivo el recuerdo del exiliado D. Miguel de Unamuno y el requerimiento a la juventud para que salvase a España de la catástrofe en que se hallaba por rutas de la libertad». La autoridad había prohibido que se leyera una carta de Unamuno que, de todos modos, fue distribuida. El contenido de la carta impresionó mucho. Escribió, entre otras cosas, Unamuno:

> *«¡Pobre amigo Ganivet! Vuelven tus huesos a reposar sobre los huesos, sobre la roca de España —más nuestra hija que nuestra madre—, viviendo y soñando yo, tu amigo y compañero de buen combate, fuera de ella para mejor servirla (...). Deberían no haberte traído hasta que ese tu solar, nuestro solar, sustentase a un pueblo libre, hasta que sobre tu huesa granadina pudiese sonar, resonando al pie del Mulhacén, la voz de la verdad, hoy proscrita de España (...). Y ahora, cuando tus huesos son recibidos por un pueblo degradado por el vasallaje, yo, tu amigo de la juventud radiante y esperanzosa, te saludo desde mi destierro. Porque hoy en tu patria, Angel, no puede vivir digno el que no se allane cobarde a silenciar la verdad y a no denunciar la injusticia».*

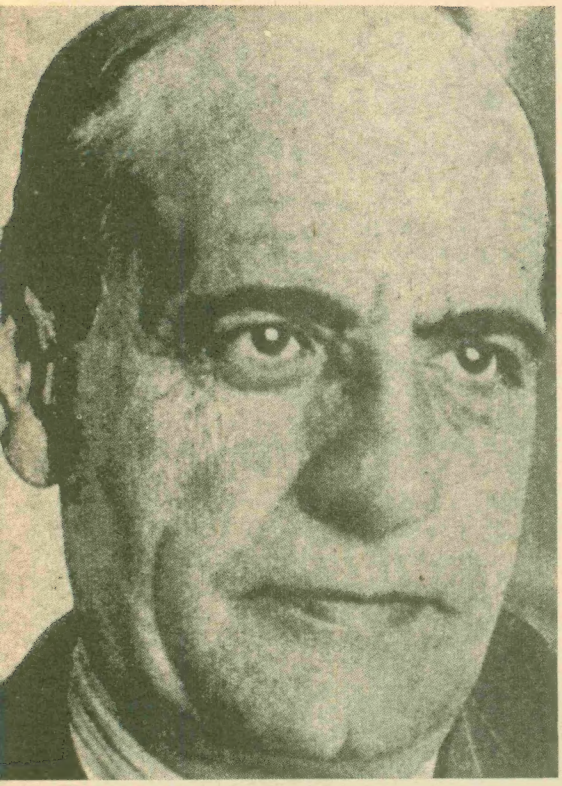
De camino a la estación de Mediodía, desde donde los restos mortales de Ganivet continuaron el traslado a Granada, hubo un encontronazo entre policías y estudiantes, debido a la protesta y reacción de éstos al grito de «¡Viva el Rey!», proferido por un policía.

Casi un año después, el 30 de abril de 1926, el catedrático Luis Jiménez de Asúa fue culpado de ese altercado, siendo desterrado a las Islas Chafarinas. Por el motivo del destierro fue otro: haber participado en el homenaje a Ramón y Cajal, otro hito en la historia de la

(1) J. López-Rey, *Los estudiantes frente a la Dictadura* (Madrid: Javier Morata, Editor, 1930), p. 21.



EN MARZO DE 1929, DON RAMON MENENDEZ PIDAL ESCRIBIO A PRIMO DE RIVERA, MANIFESTANDOLE SU SIMPATIA POR LA CAUSA ESTUDIANTIL Y URGIENDO SOLUCIONES A LA SITUACION. LA RESPUESTA DEL GENERAL FUE VAGA Y ELUSIVA. (EN LA FOTO, MENENDEZ PIDAL, JUNTO A ALCALA ZAMORA Y BLAS CABRERA, TRAS LA LECTURA DEL DISCURSO DE INGRESO DE ESTE ULTIMO EN LA ACADEMIA.)



DENTRO DE LA OLEADA DE DIMISIONES DE CATEDRATICOS EN LA PRIMAVERA DEL 29, SE PRODUJO LA DE DON JOSE ORTEGA Y GASSET, QUIEN LA ANUNCIO LACONICAMENTE: «TENGO EL HONOR DE DIMITIR EL CARGO DE CATEDRATICO QUE HE VENIDO DESEMPEÑANDO SIN GLORIA, PERO CON DECORO.»

enemistad de los estudiantes y Primo de Rivera. Al inaugurarse el 24 de abril de 1926 un monumento a Cajal, el Dictador dio un discurso, que fue recibido con una tremenda silba por los estudiantes. Además, no dando éstos por válida tal inauguración, decidieron hacer otra. Cuando Primo de Rivera se enteró de ello, en extremo herido y ofendido, se opuso, llegando a amenazar con cárcel a los que intentaran llevar a cabo tal acto. Pero se realizó, tomando parte, entre otros, Jiménez de Asúa, causa *verdadera* de su destierro. Y López-Rey comenta:

> *«La conminación no amedrentó a nadie, y, en efecto, a la tarde, los doctores Marañón y Jiménez de Asúa, unidos a la Junta del Ateneo y a muchos escritores, entre ellos Pérez de Ayala, con un grupo de numerosos estudiantes, de Medicina y de Derecho en su mayoría, acudieron frente al monumento, exteriorizando allí, cercados por guardias de Seguridad, su enemistad contra la Dictadura»*

Tras un corto período de tranquilidad en las aulas y claustros, un nuevo incidente reavivó la pugna. Ocurrió en la primavera de 1928. El motivo fue que Jiménez de Asúa, a quien se le había levantado el confinamiento, dio una conferencia, en la Universidad de Murcia, sobre la eugenesia y la maternidad consciente, por lo que se le acusó de haber divulgado ideas que atentaban contra la familia y la sociedad. Se inició un proceso contra él y, gracias al activismo de los estudiantes, fue condenado *tan sólo* a la pérdida de un mes de sueldo. Los afiliados a la FUE hicieron una colecta igual a la mensualidad del catedrático, que le entregaron.

Esta señal de solidaridad y de pronta respuesta a un acto del Dictador demostró, dirá López-Rey —no olvidemos que estamos en 1928—, que «las organizaciones escolares estaban ya fuertes y disciplinadas. Comenzaba a difundirse por la masa estudiantil el sentimiento corporativo de responsabilidad. Los problemas de la enseñanza eran nuestra aguda preocupación, y mirando a lo que eran en España, veíamos el nudo de los dolores de ésta, y en cada conciencia individual se levantaba, aceradamente, un anhelo de libertad»

En enero de 1927 quedó constituida la FUE, siendo sus principales promotores Antonio María Sbert y Antolín Casares. Cabe apuntar que no fue únicamente un órgano contestatario —al decir de hoy—, sino igualmente cultural. Recuérdese, por ejemplo, que Ramón Menéndez, Pidal dio una conferencia sobre los romances viejos, que organizó la *Federación;* Ortega y Gasset dedicó a la FUE el discurso *Misión de la Universidad* (2).

EL ARTICULO 53

El 19 de mayo de 1928, Alfonso XIII hacía ley con su firma al desafortunado Artículo 53, cuyo epígrafe era: «Relaciones entre las enseñanzas oficial y privadas». El texto rezaba:

> *«Los alumnos que hubiesen realizado sus estudios asistiendo habitualmente durante los años exigidos como mínimo de escolaridad a centros de estudios superiores que por más de veinte años de existencia hayan acreditado notoriamente su capacidad científica y pedagógica, realizarán sus exámenes de fin de curso en idéntica forma que los que hubieran seguido sus cursos normales en la*

(2) Ortega dedicó la conferencia, una vez impresa, a la FUE; en sus *Obras completas* no aparece tal dedicatoria. Debió cambiar, sin duda, de opinión.

Universidad, siendo examinados en ella por dos profesores de aquéllos, presididos por un catedrático de la Facultad en que estuviesen matriculados».

El decreto atentaba, se argumentó, contra el principio establecido por la Constitución de 1876, en que se disponía que era función privativa del Estado la expedición de títulos académicos. Por otra parte, el Artículo 53 beneficiaba, sobre todo, a la enseñanza religiosa; concretamente, al Colegio de Deusto, regentado por jesuitas, y al de El Escorial, por agustinos.

En junio de 1928, como al iniciarse en otoño del mismo año el nuevo curso académico, los claustros y Asociaciones estudiantiles, dieron vivas muestras de desacuerdo con el Artículo, presentando escritos y protestas a las autoridades académicas, al Gobierno y a la Prensa, que no consiguieron afectar la firme resolución de Primo de Rivera. Tampoco hizo mella en él, curiosamente, que el Colegio de Agustinos de El Escorial, bajo la presión, renunciara al privilegio. Todo lo cual, exacerbó más los ánimos de la oposición al decreto, y al reanudarse el curso en enero del 29, la crisis fue inevitable. Crisis que, a pesar de todo, no se materializó hasta marzo. Con motivo de la festividad de Santo Tomás (7 de marzo), patrón de los estudiantes, varios miembros de la FUE comunicaron al Rector que al día siguiente iban a iniciar la huelga. El gobierno fue informado enseguida y esa misma noche Sbert era encarcelado, estando incomunicado exactamente un mes, hasta el 7 de abril. Tal medida, torpe a todas luces, despertó el espíritu de camaradería en otras Facultades que se habían mantenido neutrales hasta entonces, sumándose a la huelga. A la vez, la huelga se extendía a algunas Universidades de provincias. (Entonces, con objeto de mantener a la FUE apartada de un, digamos, activismo público, extraacadémico, la recien formada (junio 1928) *Liga de Educación Social*, empezó a distribuir octavillas y escritos, con la intención de mantener informados a los estudiantes y al público del desarrollo de los acontecimientos. Así, empezaron a salir las primeras hojas clandestinas, que como la revista *Hojas libres*, que editaban, en Hendaya, Eduardo Ortega y Gasset y Unamuno, tuvieron por aquellos años gran circulación).

La fuerza pública entró en los recintos universitarios para «garantizar el ejercicio de sus deberes y derechos al profesorado y alumnos

PESE A SU ASISTENCIA A ACTOS COMO EL QUE RECOGE LA IMAGEN —UNA EXPOSICION DE BELLAS ARTES DURANTE NOVIEMBRE DE 1929—, LA POLITICA DE PRIMO DE RIVERA SE DISTINGUIO POR SU CARACTER ANTICULTURAL Y REPRESIVO DE LA LIBERTAD DOCENTE Y DE EXPRESION, COMO MANIFESTARON REPETIDAMENTE LOS SECTORES INTELECTUALES MAS LUCIDOS.

dispuestos a cumplir con ellos, dando y recibiendo sus lecciones», a la vez que, sigue López-Rey, se estipulaba que quienes no ejercieran tales derechos, tenían garantizada «la perdida de matrícula».

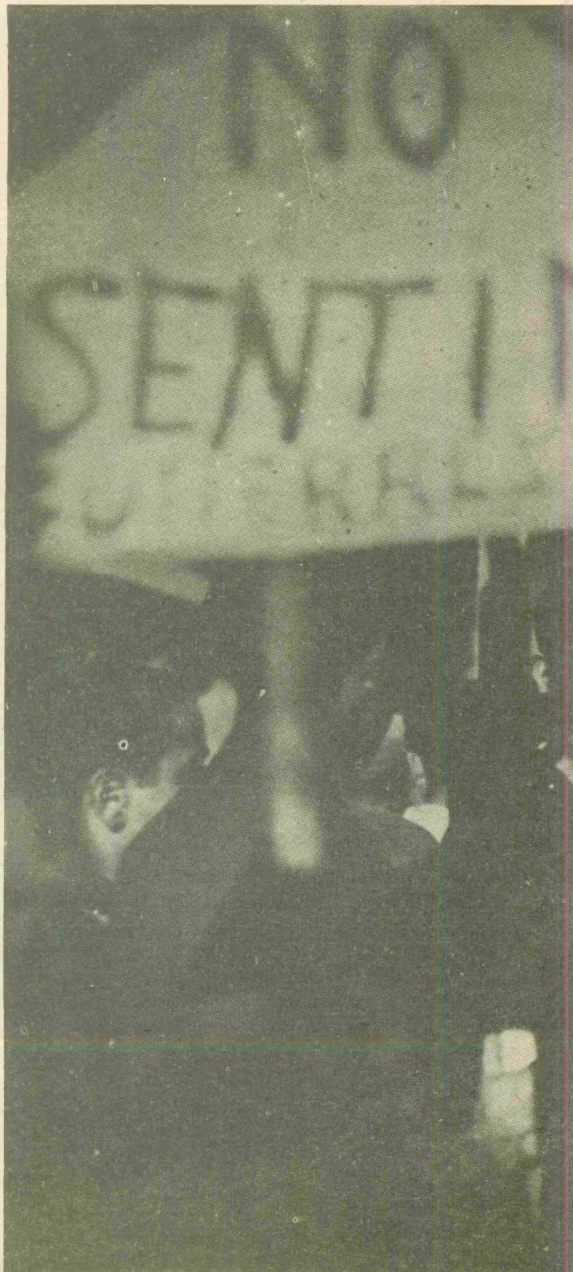
Pero las algaradas se suceden tanto en la Universidad como en las calles céntricas de Madrid, acompañadas de represalias y encarcelamientos. El espíritu de lucha va acompañado de notas de humor, como la pícara burla perpetrada por José A. Balbotín en *La Nación*, el periódico de Primo de Rivera. Mandó Balbotín a ese periódico unos versos, haciéndose pasar por una muchacha admiradora del Dictador; versos que fueron publicados sin reparar en el acróstico (PRIMO ES BORRACHO):

«Paladín de la patria redimida,
Recio soldado que pelea y canta,
Ira de Dios, que cuando azota es santa,
Místico rayo, que al matar es vida.
Otra es España a tu virtud rendida;
Ella es feliz bajo tu noble planta;
Sólo el hampón, que en odios se amamanta,
Blasfema ante tu frente esclarecida;
Otro es el mundo ante la España nueva;
Rencores viejos de la edad medieva
Rompió tu lanza, que a los viles trunca.
Ahora está en paz tu grey bajo el amado
Chorro de luz de tu inmortal cayado.
Oh pastor santo, ¡no nos dejes nunca!».

LA ADHESION DE UNAMUNO

Unamuno se hizo eco, tal era de esperar, de la cuestión universitaria, entre otras razones porque era una oportunidad de atacar a su «enemigo personal». Como sea, desde Francia mandó dos cartas que, al igual que la escrita al ser trasladados a España los restos de Ganivet, tuvieron un enorme efecto en los jóvenes. El Domingo de Pasión de 1929, escribió la carta «A los jóvenes de España», de la que reproduciremos unos extractos:

> *«... No es de pleitos privados, ni míos ni vuestros, de lo que se trata. Nosotros no formamos cuerpo, sino espíritu; no tenemos espíritu de cuerpo, sino espíritu de espíritu, y el mezquino y profano negocio de la industria pedagógica de los frailes de El Escorial y de Deusto no es nada junto a nuestro gran negocio, el de la salvación de la inteligencia, de la verdad, de la libertad, de la justicia, nuestra religión.*
>
> *¿Qué hacemos política? Es nuestro deber, juventud estudiosa. Nuestra política es hacer justicia, moralidad, verdad. La injusticia, la inmoralidad, la mentira, son policía tiránica.*
>
> *(...) Estáis amaestrando a vuestros profesores, enseñándoles a ser maestros y ciudadanos. Despreciad a esos cuitados de ellos, ganapanes de la enseñanza, que aceptan, siervos del destino y del escalafón, comisarias regias para administrar la Universidad y se-*



TRAS UNA BREVE ETAPA DE «RELAJACION» (ESTUDIANTES LIBERADOS DE LAS CARCELES, CATEDRATICOS RESTITUIDOS EN SUS PUESTOS), EL GOBIERNO BERENGUER SIGUIO PASOS MUY SIMILARES A LOS RECORRIDOS POR PRIMO DE RIVERA. ANTE ELLO, NUMEROSOS GRUPOS ESTUDIANTILES SE MANIFESTARON POR MADRID, SOLICITANDO SU DIMISION.

guir royendo los mendrugos del pan de munición. Profesan la servilidad. Algunos se dicen profesores de Humanidades. Necesitan de un maestro de Humanidad. Un poder, no Gobierno, de verdugos erigidos en jueces..., un poder de odiadores de la inteligencia y de la libertad, de ladrones, sobre todo ladrones, quiere robarnos lo más precioso, vuestro porvenir de ciudadanos españoles, libres.

Que nos roben —ya lo está— el dinero; que entreguen a España a la explotación de Compañías extranjeras; que se repartan acciones liberadas; que vendan la justicia; que subasten el favor; que arruinen a sus censores; que mantengan meses en la carcel, sin proceso ni inquisa, a inocentes; que restauren la inquisición y la tortura; pero que no nos roben vuestra alma, el porvenir, la juventud de España.

(...) Salvad a España, estudiantes, salvadla de la injusticia... Salvadla, hijos míos, e iré cargado de años y recuerdos a que me acunéis mi último sueño, mi última esperanza, y a descansar en una tierra que habréis hecho hogar espiritual de Libertad, de Verdad y de Justicia. Y hasta pronto».

Poco después, 22-IV-1929, mandó desde Hendaya otra carta, «A los padres españoles», que tuvo igualmente mucha difusión. Estas cartas no han sido recogidas en las *Obras Completas* de Unamuno, y queremos reproducirlas en otra ocasión. Es evidente la carga retórica y que el «compromiso» está supeditado al pleito personal que tenía don Miguel con el Dictador. (Sobre este punto y la poesía unamuniana del destierro, ver J. Lechner: *El compromiso en la poesía española del siglo XX*. Leiden, 1968. *Como sea, el impacto de estas cartas en los jóvenes fue considerable; no puede pasarse por alto o considerarse como algo meramente anecdótico).*

MENENDEZ PIDAL. PROTESTA Y DIMISION DE CATEDRATICOS

Por esas fechas (marzo del 29), Menéndez Pidal se dirigió al Dictador, expresando simpatía por la causa estudiantil. Su carta, digna y ejemplar, denunciaba la gravedad de la situación y la necesidad de una pronta solución. La respuesta de Primo fue cortés, pero vaga y elusiva.

Otros catedráticos acompañaron sus protestas con la dimisión de sus cátedras, hasta que no se restableciera la normalidad académica. En la primavera del 29, llegaron a dimitir: Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa, José Ortega y Gasset, Alonso García Valdecasas, Wenceslao Roces, etc.

Damos aquí los textos de dos cartas de dimisión para mostrar el tono y contenido. Fernando de los Ríos dirigió el siguiente escrito al Rector de la Universidad de Granada:

> *«Ilmo. S.: Después de escuchar los novísimos y riñosos requerimientos del Excmo. Sr. Rector, y muy singularmente de V. I., y tras meditar lo que en esta hora de trascendencia sin igual para la vida universitaria me corresponde hacer, pongo en su conocimiento, a los efectos que haya lugar, que como signo inequívoco de solidaridad con la Universidad, profesores y alumnos de Madrid, me abstendré de ejercer mis funciones académicas hasta tanto se reintegre sus estatutos y derechos a las Universidades, profesores y alumnos, que irregularmente han sido objeto de sanción».*

José Ortega y Gasset fue muy lacónico:

> *«Tengo el honor de dimitir el cargo de catedrático que he venido desempeñando du-*

LA DUREZA CON QUE EL GENERAL MOLA —ENTONCES DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD— HABIA DISUELTO UNA MANIFESTACION OBRERA EN FAVOR DE LOS SUBLEVADOS DE JACA Y CUATRO VIENTOS, MOTIVO LA PROTESTA ESTUDIANTIL DE MARZO DE 1931. MADRID SE LLENO ENTONCES DE «PINTADAS» QUE PEDIAN LAS «CABEZAS» DE MOLA Y BERENGUER.

LA GUARDIA CIVIL DISPARA CONTRA LOS ESTUDIANTES DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID, DENTRO DE LA REPRESION CONTRA LA HUELGA DE MARZO DEL 31. CUATRO ESTUDIANTES RESULTARIAN MUERTOS EN EL CURSO DE ESTOS GRAVISIMOS INCIDENTES.

rante dieciocho años, sin gloria, pero con decoro».

DEROGACION DEL ARTICULO 53

Se intentó una salida a la crisis por parte del Gobierno en abril de 1929. El plan era permitir que trasladaran la matrícula los estudiantes madrileños a otras universidades, y aquellos estudiantes que indicaran su desacuerdo con la protesta y huelga no estarían obligados a pagar nuevos derechos de matrícula. La respuesta de las Asociaciones estudiantiles fue una rotunda negativa a prestarse a aquel juego, insistiendo de nuevo que no entrarían en clase ni trasladarían la matrícula a ninguna universidad:

«1.º En tanto no sea revocado el artículo 53 de la ley de Reforma Universitaria (abusivos privilegios a los colegios de Deusto y El Escorial).

2.º En tanto no se exima a claustros y alumnos de las injustificadas sanciones impuestas.

3.º En tanto no sean tratados humanamente los compañeros presos sin previo proceso, alguno gravemente enfermo.

No desmayaremos. Está próxima la redención de la Libertad española».

De resultas de la firme resolución expresada en la nota transcrita, se tomó el acuerdo de suspender por aquel año el Artículo 53, y que las universidades reanudaran las clases del 25 de mayo al 10 de junio, época de examenes. Algunos profesores ni siquiera los convocaron; otros fueron en extremo benévolos. En esos días, los previos a la reanudación de las clases, fue derribada la estatua de Alfonso XIII, obra de Benlliure, y hecha pedazos.

Durante el verano de 1929, el ministro de Instrucción Pública, Calleja, decretó la derogación del Artículo 53 (firmado por el Rey el 21 de septiembre). Fue este un intento de dar una salida al problema, lo que supuso, es claro, un sonado triunfo estudiantil. Pero, éstos no se contentaron con haber conseguido se derogara el artículo. Al comenzar el nuevo curso, en otoño del 29, presentó la FUE al Rector de la Universidad, Sr. Tormo, un escrito en el que se pedía la restitución de las cátedras a los profesores que habían dimitido o habían sido dimitidos, y también, que se rehabilitara como estudiante a Sbert.

El Rector pasó la petición a Primo de Rivera, quien la desoyó. La crisis se extendió de nuevo, llegando, en enero del 30, a un punto culmi-

nante. Gran número de estudiantes fueron encarcelados. Primo de Rivera caería por esas fechas.

LOS INTERLUDIOS DE BERENGUER Y AZNAR

Al poco de haberse encargado del gobierno el Gral. Berenguer, se inició una etapa de «relajación». Los estudiantes presos fueron puestos en libertad, incluyendo a Sbert. A los catedráticos se les restituyeron las cátedras. Pronto, sin embargo, volvió a brotar la crisis.

Con motivo de la celebración del 1.º de mayo de 1930, se trasladó Unamuno, de Salamanca a Madrid, para dar una conferencia. Estudiantes y público en general se reunieron en la Estación del Norte para recibir al Rector de Salamanca. La policía intervino, teniendo lugar un choque entre la policía y gran parte del público, que acabó con el encarcelamiento de varios estudiantes y lesiones. La FUE de Madrid declaró, inmediatamente, una huelga en señal de protesta, que se extendió a otras Universidades (Valencia, Murcia, Granada, etc.). Y Unamuno, que no había tomado parte en estos hechos, fue obligado a regresar a Salamanca.

Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos fueron saludadas por los universitarios con huelgas. Los fusilamientos de los capitanes Galán y García Hernández soliviantaron los ánimos aún más, de manera definitiva. La repulsa de la monarquía fue expresada de modo contundente. El celo revolucionario había impregnado en las aulas; se pedía un cambio rotundo en el gobierno del país y en las estructuras sociales.

La dureza con que el Gral. Mola, Director General de Seguridad, había disuelto una manifestación de obreros en favor de los enjuiciados por los sucesos de Jaca y Cuatro Vientos, motivó una huelga de estudiantes (marzo del 31), quienes se parapetaron en San Carlos. Pedía la FUE la dimisión del Gral. Mola. Estaba en el gobierno el almirante Aznar. Cuando Mola le presentó, al fin, la dimisión, Aznar no la aceptó, esperando encontrar una salida a la crisis en las elecciones del 12 de abril, que, contrario a sus planes, hicieron sucumbiera su gobierno y, de resultas, la Monarquía (3).

(3) Cf. el interesante libro de Manuel Juan Farga, *Universidad y democracia en España* (México: Era, 1969).

LA ETAPA REPUBLICANA

El que los estudiantes lograran contribuir con sus constantes reivindicaciones a la caída del Directorio y de la Monarquía, da a tal activismo una trascendencia capital, que, tal vez, no puede compararse con ningún otro movimiento contestatario estudiantil. La proclamación de la República pudo ser considerada, con justicia, por los estudiantes como la culminación de un proceso revolucionario en el que habían tomado parte activa. De ahí que la «juventud universitaria» se aprestara a ponerse al servicio del nuevo régimen, participara en muchas de las actividades político-sociales y culturales de la República. Colaboran en periódicos como: *El Sol, Luz, Crisol;* en revistas: *Revista de Occidente, Cruz y Raya, Leviaatán, Octubre, Caballo Verde para la Poesía,* etc. Proliferan revistillas juveniles: *Hoja Literaria, Literatura, Frente Literario,* etc. Una editorial, *Javier Morata. Editor,* incluso creó una colección para publicar trabajos de aqullos jóvenes escritores e investigadores.

Participan los estudiantes en las Misiones Pedagógicas, en el teatro La Barraca, en la Universidad de Verano de Santander, en el famoso Crucero por el Mediterráneo, etc. Tienen valor formativo generacional, asimismo, la estancia en Madrid, en 1931, de César Vallejo; la llegada, en 1935, de Pablo Neruda.

Durante la República, en suma, hay una coyuntura política y cultural en extremo favorable, de la que los jóvenes forman parte integrante.

Pero en esa etapa hay una radicalización de actitudes políticas, lo que no debe pasarse por alto. Tal radicalización llega también a las aulas universitarias. Nos referimos a la creación del SEU y a su política anti-FUE. El fantasma de la división generacional hace presencia, lo que sucede, quede bien claro, en los años formativos. Stanley G. Payne escribe en su libro *Falange:* «La poesía falangista arrastró también a algunos de los estudiantes más decididos de las clases altas, que abandonaron la FUE. Cuando a últimos de noviembre de 1933 se organizó el SEU, enseguida contó con numerosos miembros en Madrid y pronto ganó nuevos adeptos en las Universidades de provincias, principalmente en la de Sevilla. Su mayor enemigo era la FUE, a la que se propuso destruir empleando toda clase de medios: ridiculizándola con propaganda y hasta mediante la provocación física. En una conferencia al SEU de Madrid, pronunciada pocos meses después, Ruiz de Alda manifestó:

«Nuestro objetivo es la destrucción de la FUE a la que tenemos que hacer desaparecer, bien absorbiéndola, dividiéndola o suprimiéndola... Y hay que arrastrar a la Asociación de Estudiantes Católicos a la lucha». «En la Universidad —concluye Payne— no podía haber neutrales» (4).

NOTA FINAL

Hoy en día está casi olvidado el significado del intervencionismo público de los estudiantes durante el Directorio. Sin embargo, en los años en que tuvieron lugar tales actividades se tenía plena y clara conciencia de que éstas auguraban el nacimiento de un nuevo espíritu, de una nueva generación. Luis Jiménez de Asúa señalaba en 1930:

> *«La nueva generación es la que ha operado —al fin— un movimiento escolar de enorme trascendencia. En el regazo de la sociedad española contemporánea se dibujan nuevos perfiles, hasta el instante inéditos. Los traza —es cierto— toda la juventud hispánica, pero los rasgos decisivos son de mano estudiantil. La consciencia de civilidad se presenta cada día más henchida, y la responsabilidad profesional de la estudiantina adquiere una emoción inusitada»* (5).

Luis de Zulueta, en *El Sol*, hace un esbozo de la nueva generación, que él llama «de la Dictadura»:

> *«Esos muchachos y muchachas de veinte años tienen un aire común, una fisonomía de época, muy distinta de la de sus mayores... Conversad y convivid, hombres maduros, con esta generación de los veinte años. Obsevareis que... esta generación autoritariamente sustraída a la política es ante todo una generación política. De política os hablarán con interés, con pasión, esos muchachos y —por lo menos en los ambientes universitarios— también muchachas... Esperamos que esta generación de la Dictadura pueda ser llamada mañana la generación de la libertad»* (6).

(4) Payne, *Falange* (Paris: Ruedo Ibérico, 1965), p. 45. Cf. también: D. Jato, *La rebelión de los estudiantes* (Madrid: Cies, 1953); J-C. Mainer, *Falange y Literatura* (Barcelona: Labor, 1971).

(5) L. Jiménez de Asúa, *Al servicio de la nueva generación* (Madrid: Javier Morata. Editor, 1930), p. 147.

(6) Luis de Zulueta, «La generación de la Dictadura» *(El Sol:* 20 de enero de 1931).

Rafael Alberti confesó su deuda a los estudiantes, quienes «influyeron» en él, perteneciente a una generación mayor:

> *«Primero en Andalucía y luego en Madrid, situado en una familia más bien indiferente..., vivo completamente ajeno al latido político, hasta ese momento en que se agudizan las luchas estudiantiles contra la dictadura militar de Primo de Rivera...»* (7).

Antonio Sánchez-Barbudo, miembro destacado de la generación del 36, recordaba hace poco:

> *«... Yo, como tantos de mi generación, despertamos (en lo político) cuando las agitaciones estudiantiles contra la Dictadura, en 1928 y 1929. De atonía, indiferencia absoluta, pasamos, pasé, en semanas, a efervescencia, sueños utópicos y de sacrificio, acción...»* (8).

Se podrían citar, desde luego, otros testimonios semejantes.

★ ★ ★

Ha sido, pues, nuestra intención llamar la atención sobre estos hechos, estos antecedentes de la llamada generación del 36. Lo que ocurría en las aulas universitarias era indicio de lo que, a nivel nacional, iba ocurriendo, en esos años en España: una creciente politización y división. La nueva generación de escritores y artistas, universitarios en su mayoría —hijos de la burguesía o pequeñaburguesía—, fue *atrapada* en esa conyuntura. Mientras unos se impregnaban de ideas revolucionarias, otros simpatizaban o se agrupaban en torno a asociaciones contrarrevolucionarias. De aquí que, desde sus comienzos, fuera una generación politizada y escindida. La guerra del 36 se limitó a dramatizar esas dos características esenciales. Por eso, como otros han hecho ya, dudamos de la conveniencia y del valor calificador de esa fecha. ■ **F. C.**

(7) R. Alberti, *El poeta en la España de 1931* (Buenos Aires: PHAC, 1942), p. 11.

(8) En nuestra *Hora de España. Antología* (Madrid: Turner Libros, 1975), p. 470.

MALEFAKIS, Historiador del Partido Socialista Español

EDWARD Malefakis es el autor de «Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX» (Ariel, Barcelona, 1971). Libro cuya aparición en España despertó una curiosidad que trascendió los límites del mundo académico especializado para llegar al interés de sectores más amplios.

Americano, profesor de Historia —Portugal, España, Grecia— en la Universidad de Columbia (Nueva York), Edward Malefakis acaba de realizar en nuestro país una investigación sobre la historia del Partido Socialista Obrero Español.

Malefakis adelanta aquí alguna opinión sobre distintos aspectos de lo que más tarde será el tema central de su próximo libro: un estudio general sobre la historia del P. S. O. E.

—Usted actualmente investiga y estudia el fenómeno del socialismo español. ¿Qué le ha llevado a elegir este aspecto de nuestra historia más próxima frente a otros aspectos también muy sugerentes?

EDWARD MALEFAKIS, AUTOR DE «REFORMA AGRARIA Y REVOLUCION CAMPESINA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX» Y AHORA HISTORIADOR DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL (P.S.O.E.).

EL SOCIALISMO ESPAÑOL TUVO UNA GRAN IMPORTANCIA A PARTIR DE 1917 Y SU PAPEL DURANTE LA REPUBLICA FUE TOTALMENTE DECISIVO. LA FOTO MUESTRA LA CABECERA DE UNA MANIFESTACION EN HOMENAJE A PABLO IGLESIAS, DONDE 150.000 PERSONAS ERAN PRESIDIDAS POR LOS MAS DESTACADOS LIDERES SOCIALISTAS: LARGO CABALLERO, PRIETO, DE LOS RIOS, ALBORNOZ...

EDWARD MALEFAKIS.—Cuando estaba escribiendo el libro sobre la Reforma Agraria me sorprendió el hecho de que la mayor parte de los estudios sobre las clases obreras en España estuvieran centrados en el anarcosindicalismo —un énfasis quizá más patente en el mundo de habla inglesa—, a pesar de que el socialismo tenía una gran importancia a partir, digamos, de 1917 y, sobre todo, durante la República cuando tuvo, a mi juicio, un papel más decisivo incluso que la C. N. T. También contribuyó el hecho curioso de que, mientras los anarquistas habían escrito unos libros muy interesantes sobre la historia de la C. N. T. —el de Peirats o el de César Lorenzo—, ningún socialista desde Morato en 1918 había hecho lo mismo *sobre la historia del socialismo.* Todo esto me decidió, después de finalizar mi estudio sobre la Reforma Agraria en el 68, a trabajar en este campo. Entretanto, claro, muchas otras personas han tenido la misma idea y durante los últimos años han aparecido varios libros que estudian el socialismo y otros se están escribiendo; es decir, la necesidad, actualmente, de un estudio de este tipo no es tan obvia como antes. Pero como en muchos casos se trata de monografías de personas específicas o sobre períodos concretos de la historia del socialismo, creo que un estudio general como el que yo quiero escribir posiblemente puede cumplir todavía alguna función.

—¿Cuáles son, a su juicio, las razones que motivaron el desencanto de Largo Caballero hacia la República en 1933?

E. M.—Me parece que a esta cuestión nos podemos aproximar desde dos niveles: un nivel, diríamos, lógico y externo y otro psicológico e interno a Largo Caballero. Las razones lógicas que explican el cambio serían las que él mismo mencionaba, es decir, su desilusión por el ritmo de reforma durante los dos primeros años de la República y su convicción de que colaborando con los republicanos no se podía construir una sociedad nueva que desembocara en una sociedad socialista. Los obreros, pensaba Largo Caballero, debían dejar a un lado sus alianzas con la República y luchar por sí mismos, posiblemente en colaboración con los anarquistas y comunistas, pero, en todo caso, por sus propias fuerzas para, a través de una revolución, crear una dictadura del proletariado, sin la cual no sería posible cam-

LARGO CABALLERO —A QUIEN VEMOS ABRAZADO POR UNA MILITANTE EL PRIMERO DE MAYO DE 1936— MOSTRO DESDE 1933 SU CONVICCION DE QUE COLABORANDO CON LOS REPUBLICANOS NO SE PODIA CONSTRUIR UNA VERDADERA SOCIEDAD SOCIALISTA. CONVICCION QUE CONTRIBUYO A CREAR UNA GRAVE ESCISION DENTRO DEL PARTIDO.

biar la sociedad por completo. A nivel psicológico resulta difícil explicar por qué una persona, que antes se había mostrado bastante cauta, cambia tanto de personalidad hasta tal punto que llega a aceptar cosas que antes no hubiera aceptado y a seguir una política que antes le hubiera dado mucho miedo. Entre las razones posibles, Madariaga señala el hecho de la fuerte influencia que ejercen sobre Largo Caballero hombres como Araquistain y Alvarez del Vayo; pero esto solamente nos conduce a otra cuestión: ¿por qué empezaron a influirle tanto? Otra explicación que me parece más convincente sería la influencia que ejerció en él el enorme crecimiento de la fuerza obrera, tanto en el campo socialista como en el anarquista. Quizá este crecimiento hizo que Largo Caballero se olvidara, en cierto modo, de las realidades objetivas y creyera que los obreros podían hacer ahora lo que antes no habían podido. Hay, por cierto, quien dice que bajo este proceso de transformación aparente, subyace una consistencia teórica, pero yo no la veo claramente. En cualquier caso, habría que subrayar que Largo Caballero por sí solo no creó la radicalización del Partido Socialista, sino que ésta se estaba produciendo de todas maneras. Pero al mismo tiempo es cierto que si Largo Caballero no hubiera apoyado a los sectores radicalizados dentro del partido, esta radicalización no hubiera tomado el control del P. S. O. E.

—Durante el primer bienio (1931-33) la República no consigue realizar todos los cambios que se había propuesto. ¿Cree usted que Largo Caballero era consciente de las causas reales que motivaban aquella, digamos, lentitud?

E. M.—Por una parte, había razones para que Largo Caballero pudiera pensar que las causas se debían a la mala fe de los republicanos, dado que muchos republicanos de izquierda asustados por la creciente, impopularidad del Gobierno Azaña, empezaron en el verano del 33 a apartarse de la coalición con los socialistas, para seguir una política más moderada que la llevada a cabo durante los dos primeros años. Entre ellos había personas que gozaban de bastante poder

político, como Gordón Ordáx, que llegó a dominar el partido radical socialista en el verano - otoño del 33, o como Felipe Sánchez Román que, aunque no tenía un partido grande, sí tenía un prestigio considerable. Es decir, existían algunas razones por las cuales los socialistas podían empezar a hablar de traición por parte de los republicanos de izquierda, pero, al mismo tiempo, Sánchez Román, Gordón Ordáx, etc., representaban sólo una parte de los republicanos y la radicalización socialista favoreció, precisamente, a estos disidentes. A mí me parece que si los socialistas no hubieran empezado tan pronto a decir «nos han traicionado» y a pedir la «dictadura del proletariado», la quiebra de confianza de los republicanos de izquierda —que nunca llegó a ser total ni mucho menos— no hubiera llegado a tal extremo. En cuanto a si Largo Caballero conocía las causas reales —atraso y pobreza del país, incidencia retardada de la crisis del 29, etc.— verdaderamente importantes, hay que decir que durante la Dictadura y durante su actuación como ministro de Trabajo de la República, Largo Caballero parecía muy consciente de estas realidades. Por ejemplo, sorprende su disponibilidad para modificar decretos como el de laboreo forzoso o el de términos municipales, a fin de ajustarlos a las críticas que existían en contra. También recuerdo que me impresionó mucho un preámbulo que escribe Largo en el 31, al parecer personalmente, a una ley para combatir el paro forzoso. Habla allí casi como un liberal, es decir, casi tiene demasiado presentes las realidades objetivas. Pero —y volvemos al brusco giro que se produce— Largo Caballero parece perder conciencia de esas realidades no sólo económicas, sino sociales y políticas, pues teniendo en cuenta que por el verano y otoño del 33 los socialistas no estaban dispuestos a intentar la revolución, el único campo de batalla era el electoral y lo más viable una alianza lo más estrecha posible con los republicanos de izquierda, a lo que se negaron los socialistas, con gran perjuicio para ellos y para la República.

—¿A qué cree que se debe la

EN UNA POSTURA CONTRARIA A LA DE LARGO CABALLERO, INDALECIO PRIETO (EN LA FOTO, TRAS SER ENCARGADO DE FORMAR GOBIERNO) ERA PARTIDARIO DE UNA ESTRECHA COLABORACION CON LOS REPUBLICANOS DE IZQUIERDA. EN REALIDAD, PRIETO NO QUERIA LA REVOLUCION SOCIALISTA. ESPECIALMENTE POR LAS CONSECUENCIAS INTERNACIONALES QUE PODIA ENGENDRAR.

LOS SOCIALISTAS VEIAN EN LA C. E. D. A. UN AUTENTICO PELIGRO DE FASCISMO, SOBRE TODO DESPUES DE QUE LA CONFEDERACION DE DERECHAS AUTONOMAS —A CUYO LIDER, JOSE MARIA GIL ROBLES, VEMOS HABLANDO EN EL PARLAMENTO— LLEGASE AL PODER EN 1934.

sobrevaloración por parte del P. S. O. E. de sus posibilidades en las elecciones de 1933?

E. M.—Frente a las elecciones del 33 no existe un criterio unánime dentro del bloque socialista. Cuando Largo Caballero inicia a finales de julio esta nueva política en el discurso del cine Pardiñas, Besteiro empieza inmediatamente a manifestar su oposición a Largo, porque no veía probable que el P. S. O. E. pudiera llevar a cabo una revolución con éxito. También Prieto, partidario de una estrecha colaboración con los republicanos de izquierda, se manifiesta en contra de esta política y en agosto —en la Escuela de Verano de Torrelodones—, aunque inicia su discurso diciendo que es posible hacer la revolución, porque el P. S. O. E. es con gran diferencia la fuerza más grande y la única fuerza organizada, etc.; sin embargo, en la segunda mitad de su alocución queda muy claro que Prieto no quería esta revolución y sus palabras están llenas de advertencias; si bien, creo recordar, estas advertencias apuntaban más a las consecuencias internacionales que podía tener una revolución en España —no aceptación por parte de las otras potencias, boicot económico, etc.—, que a las consecuencias de orden interno. En cuanto a la base del partido hay que tener en cuenta que a la euforia excesiva del período 31-32 en el que los obreros habían conseguido victorias relativamente fáciles, sobreviene en 1933 el gran desengaño, provocado por un aumento en las cifras de paro, por la fuerte oposición de las asociaciones petronales y por las pocas esperanzas de que la coalición republicano - socialista en el poder creara nuevas disposiciones sociales, como la del turno riguroso de colocación de empleo, vital para los socialistas, que a nivel local no podían encontrar trabajo en razón de su militancia. Todos estos factores, y también el miedo producido por el triunfo de los nazis en Alemania, producen lo que suele llamarse un voluntarismo dentro del Partido Socialista. Cuando sobrevienen situaciones de desengaño o de desesperación —y este fenómeno se produce repetidamente en la historia 66 se pierde la racionalidad de los cálculos fríos que se había tenido en otras ocasiones, para actuar por motivaciones emocionales que no obedecen a razones lógicas. Este voluntarismo se empieza a

manifestar en el Partido Socialista a mediados y finales de 1933; un voluntarismo que no se puede explicar racionalmente, sino a través de factores emocionales.

—El desengaño que sufren los socialistas en 1933 frente a la República, se convierte con el acceso de la C. E. D. A. al poder en 1934 en un auténtico temor. ¿Qué opina usted de la objetividad de este temor por parte de los socialistas e, incluso, del peligro real que suponía la C. E. D. A. para el mismo régimen republicano?

E. M.—Me parece muy difícil dar una respuesta segura a esta pregunta, porque creo que en la C. E. D. A. coexisten varias tendencias. Había algunos elementos, sobre todo en las Juventudes, que se pueden llamar casi abiertamente fascistas. La C. E. D. A. también había imitado del fascismo alguna de las tácticas electorales y de movilización de masas; había asumido sobre todo la idea del «Jefe» y su obediencia absoluta. Es decir, había unos rasgos fascistas en el estilo de actuación de la C. E. D. A. Creo que era mucho más importante, sin embargo, la influencia monárquica: la C. E. D. A. tenía más monárquicos entre sus miembros que los mismos pertidos monárquicos. De ahí el peligro, mayor que el fascista, de que hubiera un intento de volver a un régimen monárquico en España. Al mismo tiempo dentro de la C. E. D. A. existía un verdadero «accidentalismo» que no se fijaba primordialmente en las formas de gobierno como tales. Muchas personas situadas en el centro del partido estaban dispuestas a aceptar una república que se autodefiniera de una manera distinta a como se había definido con la coalición de Azaña; entre estas personas yo incluiría la figura compleja de Gil Robles. Más a la izquierda de estos «accidentalistas» se encontraba un grupo que se podía denominar como de socialcristianos o de cristiano-demócratas que no quería una monarquía, que no deseaba tampoco un republicanismo puramente conservador o del «statu quo», sino que quería la República como un medio para llevar a cabo cambios sociales en un sentido católico. La gran figura de este grupo fue Jiménez Fernández; también habría que destacar a Luis Lucía. Es decir, si en casi todos los partidos que existieron durante la República había mucha heterogeneidad —en los radicales y radicalsocialistas sobre todo— creo que la C. E. D. A. era con mucho el más heterogéneo de

FERNANDO DE LOS RIOS FUE DE LOS QUE DENTRO DEL PARTIDO, COMBATIERON LA POSTURA REVOLUCIONARIA DE LARGO CABALLERO, SIGUIENDO ASI EL ENFOQUE DE PRIETO EN BUSCA DE UNA POLITICA DE PACTOS Y ALIANZAS.

todos. De todos modos, pienso que el predomio dentro del partido no lo tenían ni los fascistas, ni incluso los monárquicos intransigentes: en definitiva, aquellos que estaban dispuestos a obrar fuera de la legalidad existente. Por lo tanto, creo que el peligro que representaba la C. E. D. A. para la República como pura forma de gobierno nunca fue tan grande como pensaban los socialistas y muchos republicanos de izquierda. Al mismo tiempo, no cabe duda de que, dada la debilidad del ala cristiano-demócrata —más débil aún que el ala netamente fascista— y el conservadurismo muy estrecho de los «accidentalistas», la C. E. D. A. suponía un gran peligro para el contenido progresista y renovador que había dado la coalición de Azaña a la República entre 1931-33. Pienso que hay que ir más allá de la cuestión: ¿hasta qué punto amenazaba la C. E. D. A. a la República, para plantear otra pregunta bastante distinta: cómo debía uno enfrentarse contra esta amenaza? Tanto los republicanos de izquierda como los socialistas creían que la C. E. D. A. constituía un peligro, pero sólo los socialistas se lanzaron a la revolución.

—Entonces, ¿qué intención cree que mueve a los socialistas a lanzarse en octubre de 1934: la toma del poder o la defensa de la República?

E. M.—Como he dicho en mi libro sobre la Reforma Agraria, me parece que la política de los socialistas en el 34 y también en el 33 era una mezcla de miedo y de extrema confianza; una mezcla de razones defensivas y agresivas. He apuntado ya algunas de las razones defensivas; en cuanto a las agresivas, Andrés de Blas, en un reciente artículo, breve pero muy inteligente, donde analiza la radicalización de Largo Caballero, llega a la conclusión de que no puede decirse que el grupo caballerista, al menos, tuviera como objetivo la defensa de la República democrática y parlamentaria, tal como había existido durante los dos primeros años, sino que utilizaba este razonamiento como autojustificación frente a la opinión pública. Lo que verdaderamente motivaba a los caballeristas, según De Blas, era el establecimiento de una dictadura del proletariado en la cual no hubieran podido continuar las formas parlamentarias. Azaña, en dos páginas de sus memorias que constituyen el análisis más profundo que yo conozco sobre este asunto, llegaba a la misma conclusión. Decía Azaña que si esta revolución hubiera triunfado, los socialistas solamente hubieran podido consolidarla a través de la utilización de unas medidas tan dictatoriales e, incluso, tan sangrientas que no hubiera quedado nada de la democracia parlamentaria de la II República. Es verdad que Largo Caballero no había presentado ningún programa para después de la revolución y que el único programa medio difundido, el de Prieto, no era puramente socialista. Pero, como dice Azaña, los hechos hubieran superado el programa de Prieto, que, por otra parte, no fue aprobado por la Comisión Ejecutiva del partido, o cualquier otro programa de este tipo. El espíritu de la revolución del 34 no fue tolerante y legalista, como el de la revolución burguesa-democrática del 30-31, sino amargo y radical.

—Usted hablaba hace un momento del voluntarismo que llevó, quizá, a que la euforia de los caballeristas aumentase en grado inverso a las posibilidades reales de conquista del poder por parte del P. S. O. E. Largo Caba-

llero parece creer en la inevitabilidad inmediata del advenimiento del socialismo; sin embargo, la reciente experiencia alemana les pudo hacer dudar de esta especie de mecanicismo.

E. M.—Los acontecimientos alemanes se utilizaban, al contrario, para justificar la política de Largo Caballero, porque decían que lo ocurrido en Alemania se debía, precisamente, a que los obreros no se habían lanzado, ofreciendo así la oportunidad a Hitler para que tomara el poder. Por lo tanto, en España los obreros tenían que radicalizarse y mostrar su fuerza para que esta alternativa fascista no fuera posible. Los caballeristas y muchos otros llegan a decir, incluso, que la revolución de octubre, a pesar de su fracaso, había obstaculizado la venida del fascismo a España y que si los obreros no se hubieran lanzado en Asturias, se habría implantado un régimen fascista inmediatamente, lo que me parece un razonamiento completamente absurdo. Más sorprendente, creo, y más triste es que después del fracaso de la revolución, Largo Caballero no cambie de postura en el año 35 y en el 36, cuando muchos de los que habían aceptado y apoyado la línea radical en 1934, durante este período no sólo huyen de ella, sino que hacen todo lo posible para combatirla. Entre estas personas se encontraban grandes líderes del partido, como Prieto y Fernando de los Ríos y casi todos aquellos que habían participado en la revolución de Asturias. Es patente el caso de González Peña que en el 36, después de ser liberado de la cárcel, inicia una serie de discursos conjuntos con Prieto para oponerse a la tendencia caballerista. De todos estos hechos habría que destacar una serie de consecuencias: el rechazo por parte de los caballeristas de *reconstituir plenamente* la coalición de izquierda republicano-socialista crea una división que desvirtúa la victoria del Frente Popular y hace más débiles los gobiernos republicanos de la primavera del 36. Por otra parte, Largo Caballero, al seguir con una política revolucionaria, radicaliza, unifica y justifica a las derechas; y, dado que esta política existía más en un nivel retórico que real, no obtiene ningún efecto positivo compensatorio, a no ser el de conseguir en los obreros un estado de exaltación y preparación psicológica más favorable para oponerse, cuando llegó, al alzamiento militar. Sin embargo, es posible que sin esta radicalización, el levantamiento militar no hubiese tenido tanto apoyo por parte del ejército y de algunas masas civiles, quedándose, quizá, en algo más parecido a la intentona de Sanjurjo sin llegar a lo que de veras ocurrió.

JULIAN BESTEIRO SE CONSIDERABA UN SOCIALISTA MAS PURO QUE LARGO CABALLERO, FERNANDO DE LOS RIOS O PRIETO, PERO SU POLITICA SOLO ERA APLICABLE A LARGO PLAZO, CUANDO MUCHAS VECES LA REALIDAD YA LA HABRIA SUPERADO.

—¿Qué significación cree que tenía el ala socialista de Besteiro?

E. M.—El grupo de Besteiro creo que tiene un gran interés, pero más bien desde un punto de vista teórico y humano. Besteiro fue el único que desde el principio y abiertamente se opuso a la política de radicalización, pero pienso que su grupo, precisamente porque en aquellos momentos de intensa vida política seguía anclado en los aspectos teóricos del socialismo, dejó de tener un papel decisivo dentro del partido. Sus posiciones críticas hacia la política que, de hecho, estaba siguiendo el partido fueron bastante inteligentes, pero la alternativa que representaba el movimiento de Besteiro no me parece que tuviera ninguna posibilidad de imponerse e, incluso, pienso que de haberse llevado a la práctica hubiera sido perjudicial para el socialismo. A finales de los años 20, Besteiro se siente atraído por un tipo de corporativismo extraño; un corporativismo no católico, sino económico-social-estructural, cuyo fin sería la creación de grandes consejos capaces de aglutinar a muchos sectores —no solamente obreros— para abordar los problemas económicos y sociales que existían en el país. En Bilbao, hacia mayo del 36, Besteiro dedica la mayor parte de su discurso a hablar de la creación de un consejo de este tipo para las minas, que por entonces atravesaban una crisis, y también para la agricultura. Antes había hecho lo mismo en un discurso importante, pronunciado en Mieres en julio del 33. En cualquier caso, la idea fundamental de Besteiro, su deseo más profundo, era el de alejar al partido socialista de la participación directa en los órganos políticos ejecutivos del país. Pensaba Besteiro que los socialistas debían aprovechar el tiempo, durante el cual se irían consiguiendo una serie de cambios de orden social y económico bajo este régimen semicorporativo, para alcanzar una mejor preparación y un mayor apoyo entre las masas. A largo plazo se producirían aquellas condiciones que hicieran factible la toma completa del poder. En una palabra, Besteiro creía que en aquellos momentos el socialismo tenía un papel más importante fuera del gobierno que dentro y tras una intervención indirecta más que directa o inmediata en las luchas políticas. Una posición bastante difícil para mí, tanto de entender como de explicar, pues pienso que tiene poco sentido.

—¿Se podría pensar, entonces, que el pensamiento de Besteiro había dejado de ser socialista y que del socialismo sólo conservaba el lenguaje?

E. M.—Esto no es seguro. Besteiro se consideraba un socialista más puro, por ejemplo, que Caballero, Fernando de los Ríos o Prieto, pero su política se podía aplicar únicamente a muy largo plazo y lo peligroso de este tipo de políticas es que mientras se está esperando a que las condiciones sean óptimas, a veces los acontecimientos se precipitan.

—Dentro del bloque socialista, ¿qué posición ocupaban Prieto y sus seguidores a partir de octubre de 1934?

E. M.—A partir del 34, Prieto intenta conseguir el control del partido e influir en la U. G. T.; es decir, inicia entonces una lucha abierta y muy dura contra las Juventudes Socialistas y en oposición a la política de Largo Caballero; que defendía solamente las alianzas obreras y que rechazaba la colaboración con los republicanos. Esta lucha llega a ser pública en abril y mayo del 35, cuando Prieto publica una serie de artículos en «El Liberal», de Bilbao, que son reproducidos en otros periódicos, y que se llamaban «Posiciones Socialistas». En cuanto a la influencia de su política dentro del partido, hay que decir que los prietistas llegaron a convencer a Largo Caballero —contrario en principio a la coalición del Frente Popular— para que no se opusiera a la formación de este pacto electoral; lo que significó una victoria muy importante. Una vez que Prieto regresa de Francia —donde estuvo exilado durante 1935—, EMPIEZA A ACTUAR TANTO EN LA Comisión Ejecutiva y en «El Socialista», los dos bajo control prietista, como en ámbitos más amplios. Por aquel tiempo desarrolla al máximo sus funciones públicas y son muy importantes los discursos conjuntos con González Peña, donde Prieto ataca lo que él llamaba «izquierdismo infantil de la izquierda», utilizando términos de Lenin. Sigue insistiendo Prieto en la necesidad de una colaboración leal con los republicanos, en parte porque no consideraba posible una verdadera alianza con los anarcosindicalistas —reacios a colaborar con los socialistas en ocasiones anteriores— ni con los comunistas. Decía Prieto que aun en el caso de que pudiera llegar a formarse una coalición solamente obrera, no sería suficiente, en sí misma, para conseguir los fines que se había propuesto Largo Caballero. Habría que decir también que, aunque Prieto se opone a la política caballerista, su oposición no llegó a ser nunca frenética ni total, ya que Prieto trataba de evitar la escisión en el partido. La retórica y los métodos —sobre todo el atentado contra Prieto en Ecija en mayo del 36— empleados por los caballeristas me parecen mucho más duros.

—De las dos líneas políticas —caballerista y prietista—, ¿qué táctica piensa usted que se podía considerar más acertada?

E. M.—Optar ahora por una de estas dos líneas políticas resulta fácil en el sentido de que gozamos de una perspectiva en el

tiempo y de un desapasionamiento que nos permiten acercarnos a aquellos hechos de una manera que fue imposible para aquellos hombres, acuciados por la inmediatez de su acción. De todos modos, diré que de todo lo que yo conozco sobre el socialismo y sobre aquel período de la historia española, pienso que la línea política de Prieto fue muchísimo más acertada que la de Largo Caballero.

—¿Hasta qué punto cree usted que la táctica comunista en 1936 representa una opción más moderada que la caballerista-C. N. T. - F. A. I.?

E. M.—Me parece que en los discursos el tono de los comunistas fue claramente más favorable al Frente Popular que el tono de los discursos de Largo Caballero. También los comunistas se presentaban con más entusiasmo al pacto electoral que los caballeristas y apoyaban más abiertamente a los gobiernos de los republicanos de izquierda que ejercían el poder en el 36. El entusiasmo de los comunistas tiene una base muy firme en el sentido de que su línea de actuación coincidía con la política que por aquel entonces seguía la Internacional Comunista. Por otro lado, sin embargo, de las votaciones que se llevaron a cabo en el Parlamento se puede pensar que los comunistas eran tan radicales —si no más— que cualquier otro grupo. Es decir, la famosa «moderación» de los comunistas —algunos dirían su posición «antirrevolucionaria» e incluso «reaccionaria»— durante la guerra civil no se había desarrollado plenamente todavía. De todas formas, y como es bien conocido, los caballeristas se consideraban más a la izquierda que los comunistas; algunos, como Araquistain en junio del 36, llegan a jactarse de esto. Es lógico que ocurriera así, porque desde el 34 los caballeristas se encontraban en un estado psicológico más exaltado que cualquier otro grupo obrero; un estado de exaltación más parecido al que caracterizaba a los anarquistas en muchas ocasiones, o al que predominaba entre los comunistas de la Europa Central desde 1918 hasta 1923, que a la política habitual del partido socialista español. Como en muchas otras ocasiones me parece que esta exaltación excesiva tuvo efectos contraproducentes. Debilitó el gran compromiso histórico que representaba la República burguesa sin poder conseguir el triunfo de una República plenamente social. ■

J. P.

EN 1936, EL PARTIDO COMUNISTA SE MOSTRO MAS FAVORABLE AL PACTO ELECTORAL QUE LA FRACCION SOCIALISTA ENCABEZADA POR LARGO CABALLERO. EL P. C. —UNO DE CUYOS MITINES MASIVOS, ESTA VEZ EN BILBAO, RECOGE LA IMAGEN— SE SENTIA RESPALDADO POR LA POLITICA QUE EN ESOS MOMENTOS SEGUIA LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

UN ENSAYO DE FASCISI

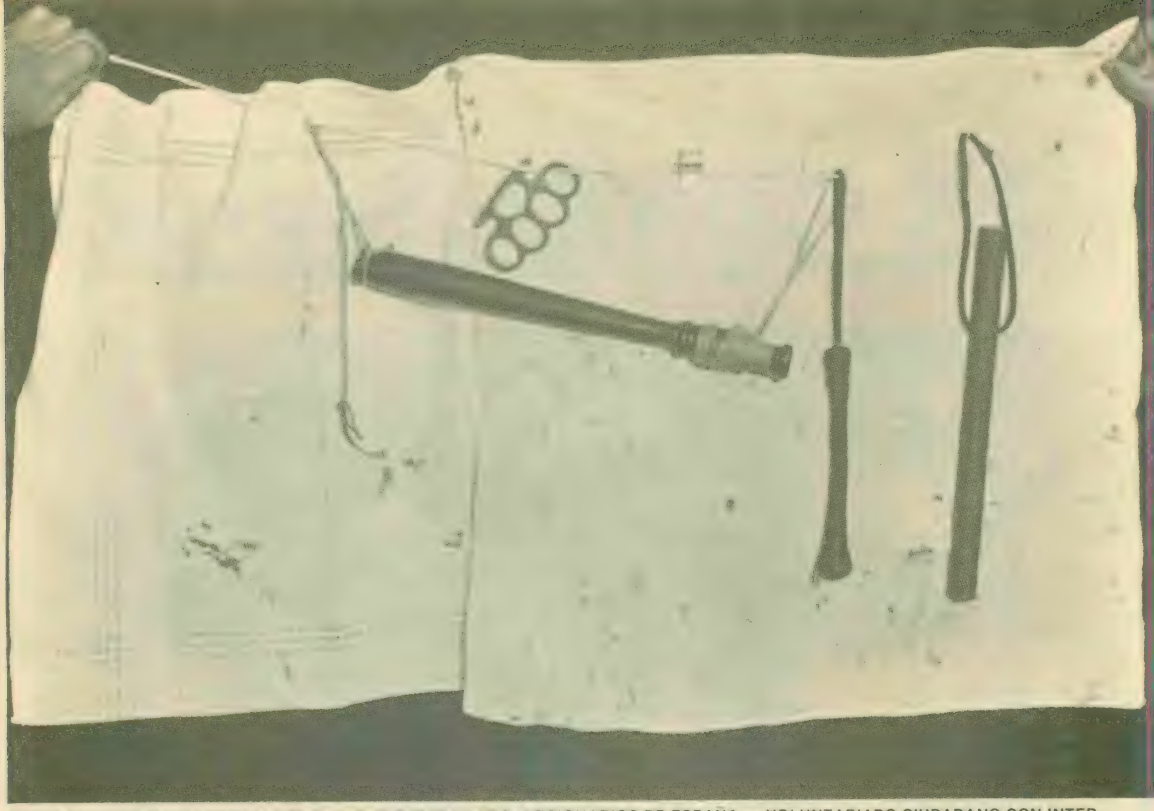
MANUEL PASTOR

Considerando el carácter anti - apriorístico que fundamentó la «revolución» fascista, como el propio Mussolini reconoció durante la marcha sobre Roma en 1922 al afirmar que la acción había enterrado a la filosofía, no dudamos en calificar a José María Albiñana como el primer fascista español. Pero en el caso español, a posteriori de la consolidación del fascismo en Italia, la ideología por la «vía estética» se anticipa brevemente a los hechos o a la actuación sistemática y definida, por obra del escritor Ernesto Giménez Caballero.

EL DOCTOR JOSE MARIA ALBIÑANA FUE EL PRIMERO EN ORGANIZAR EN ESPAÑA UN PARTIDO DE CORTE TIPICAMENTE FASCISTA, EL PARTIDO NACIONALISTA ESPAÑOL. EN EL MANIFIESTO-PROGRAMA DE DICHO GRUPO, LANZADO EN ABRIL DE 1930, ALBIÑANA INVITABA A ENCUADRARSE EN EL «A TODOS LOS HOMBRES HONRADOS QUE SIENTAN LA INAPRECIABLE DIGNIDAD DE HABER NACIDO ESPAÑOLES», PROPUGNANDO UN «MANTENIMIENTO RIGUROSO DEL ORDEN SOCIAL, COMO BASE PARA EL DESARROLLO DE LAS ACTIVIDADES NACIONALES». EN LA FOTO DE ALFONSO, VEMOS AL DR. ALBIÑANA (EN EL CENTRO) RODEADO POR CORRELIGIONARIOS EN ABRIL DEL 34.

IO EN ESPAÑA, 1930-1933

osé María Albiñana
y el
acionalista Español



COMO SECCION FUNDAMENTAL DEL P. N. E. FIGURABAN LOS «LEGIONARIOS DE ESPAÑA», «VOLUNTARIADO CIUDADANO CON INTERVENCION DIRECTA, FULMINANTE Y EXPEDITIVA EN TODO ACTO ATENTATORIO O DEPRESIVO PARA EL PRESTIGIO DE LA PATRIA», SEGUN EL PROPIO ALBIÑANA. SUS ARMAS ERAN, ENTRE OTRAS, LAS QUE MUESTRA LA IMAGEN, RECOGIDAS TRAS UN VIOLENTO ATAQUE A LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA EN EL MES DE MARZO DE 1931. (FOTO ALFONSO).

Seamos justos, no obstante, en precisar esta cuestión de los pioneros y reconozcamos que, si en el campo de las ideas Giménez Caballero (1) se adelanta a Albiñana, éste será, indiscutiblemente, el primero en organizar un partido de corte típicamente fascista en España, como el propio escritor ha reconocido (2).

Giménez Caballero funda en 1927 *La Gaceta Literaria*, donde inicia, tras una visita a Italia, «la campaña, de índole exclusivamente literaria y, por tanto, restringida» en favor del fascismo (3). Curiosamente, Ramiro Ledesma, al historiar los orígenes del nuevo movimiento en España, silencia el experimento albiñanista, debido quizá al carácter monárquico que adoptó el Partido Nacionalista, que el fundador de las J. O. N. S. calificó de «reaccionario» y «ensayo mostrenco de fascismo».

El carácter monárquico o antimonárquico no es, a mi juicio, un criterio fundamental, ni siquiera útil, para conceptuar los partidos fascistas. Sin embargo, en el caso del Partido Nacionalista Español (P. N. E.) es cierto que solamente en el breve periodo 1930-1933 adopta una forma o estilo fascista, periodo que se extiende desde la fundación del mismo hasta las elecciones de noviembre del 33, en las que Albiñana adopta una actitud de moderación y llega a obtener un acta de diputado en las Cortes por la provincia de Burgos. No es casual que en el mismo otoño de 1933 se funde la Falange Española, a la que se incorporarían los elementos más combativos del P. N. E., en una operación de aglutinar el fascismo español que se consolidaría en febrero de 1934, con la fusión de la Falange Española y las J. O. N. S. En diciembre de este mismo año aparece ya el Manifiesto del Bloque Nacional de derechas, entre cuyos firmantes figura Albiñana. Galindo Herrero nos informa de que «es de destacar que el Partido Nacionalista, iniciado el Movimiento Nacional, se integró en el Carlismo» (4). Su líder, detenido durante los primeros días de la sublevación militar, fue juzgado y ejecutado por la milicia roja en la Cárcel Modelo de Madrid el 23 de agosto de 1936.

(1) Cf. M. Pastor: «Los orígenes del fascismo en España» Tucar. Madrid, 1975, pp. 24-37. Sobre Albiñana, pp. 38-61.
(2) Ibid., p. 63.
(3) R. Ledesma: «¿Fascismo en España?», Ariel. Barcelona, 1968, p. 78.

(4) S. Galindo Herrero: «Los partidos monárquicos bajo la Segunda República», Rialp. Madrid, 1956, p. 132.

Los escritos doctrinarios-propagandísticos de Albiñana, que constituyen lo que él llamó el «ciclo revolucionario», se publican también en este período de 1930-1933: *Después de la Dictadura* (1930), *Prisionero de la República (1932), España bajo la dictadura republicana* (1932) y *Confinado en Las Hurdes* (1933).

ALBIÑANA Y LA DICTADURA PRIMORRIVERISTA

Nacido en Enguera (Valencia), en 1883, en el seno de una familia de clase media provinciana (su padre era médico rural), José María Albiñana se traslada, para estudiar, a Madrid, donde militó en las filas de la Juventud Monárquica Liberal, llegando a obtener tres títulos de doctorado: en Medicina, en Derecho y en Filosofía y Letras. En 1910 gana un premio nacional por su obra *Filosofía Médica* y en 1920 es catedrático de la facultad de Medicina de la Universidad Central. Presidió tres Congresos nacionales de Sanidad y representó a España en el I Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Amberes. Marcha a Méjico en 1921, comisionado por el Gobierno para investigar la primitiva medicina azteca, y, establecido allí, lanza un célebre reto a todo el profesorado de la Universidad de Columbia (New York) por unas inexactitudes vejatorias referentes a España vertidas en un libro de un profesor de la citada Universidad, y que hubieron de ser rectificadas. El general Primo de Rivera —esto ocurre en 1927— le enviará una tarjeta con un breve contenido: «Muy agradecido a su patriótica labor» (5).

Expulsado del territorio mejicano por orden expresa del presidente Plutarco Elías Calles, intenta capitalizar tal suceso para crearse una plataforma política en España. Sin embargo, Primo de Rivera prohibirá la publicación en la prensa nacional de la *Carta abierta* dirigida al presidente mejicano por el patriótico doctor con tono de reproche y acusación españolista (6).

En el decreto de expulsión de Albiñana por el presidente Calles está, a mi juicio, la clave de un aspecto político del fascismo albiñanista que ha sido ignorado por algunos historiadores de este período. Me refiero, concretamente, a su idea *imperialista.*

Calles expulsó a Albiñana por la propaganda imperialista pro-española que éste realizaba entre las colonias y círculos de españoles establecidos en Méjico. Algunas conferencias pronunciadas por Albiñana entre 1921 y 1929 son un dato elocuente: *La situación de Méjico vista*

(5) J. M. Albiñana: «Después de la Dictadura», Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Madrid, 1930, pp. 17-31.

(6) Ibíd., pp. 36-42.

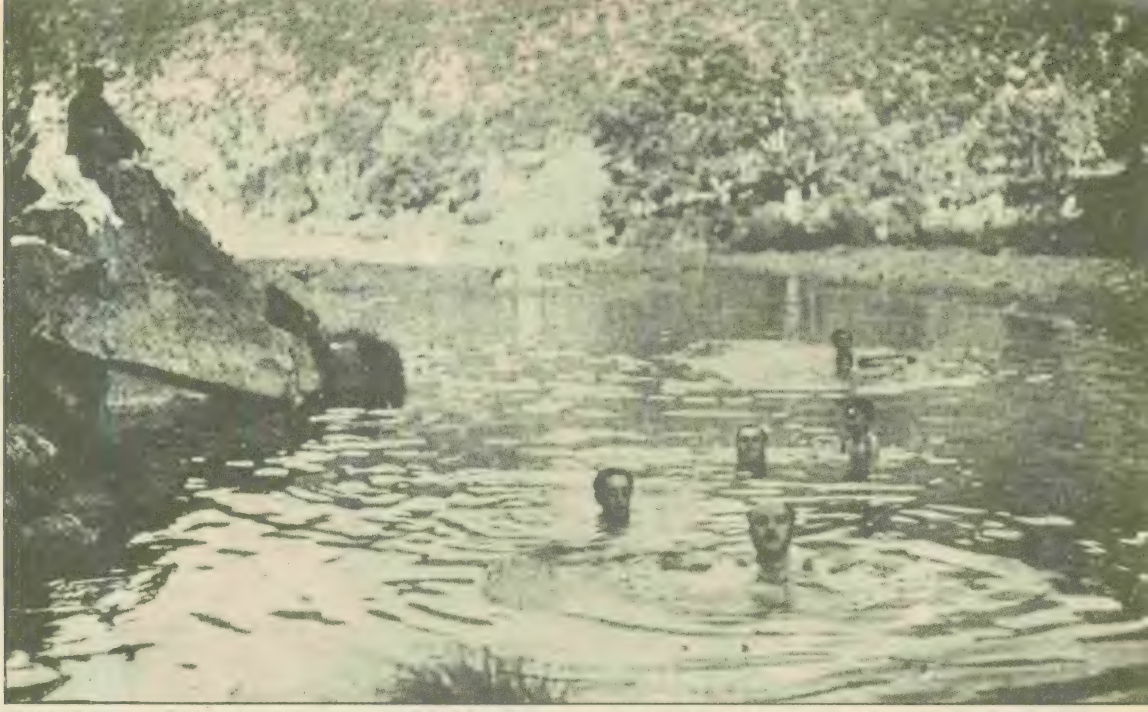
EN COMPAÑIA DE COMERCIANTES E INDUSTRIALES DE MADRID, ALBIÑANA POSA PARA LA CAMARA DE ALFONSO EN EL CIRCULO DE LA UNION MERCANTIL. A SU DERECHA, DON ANTONIO GOICOECHEA, QUIEN SERIA —JUNTO AL MISMO ALBIÑANA— UNO DE LOS PROMOTORES DEL BLOQUE NACIONAL, COALICION DE DERECHAS FORMADA A FINES DEL 34.

EL DR. ALBIÑANA PROCEDIA DE UNA FAMILIA DE CLASE MEDIA DE PROVINCIAS. DE DICHA FAMILIA, ESTAS FOTOS MUESTRAN A SUS HERMANOS RICARDO Y MANUEL Y A SU HERMANA AMPARO, ACOMPAÑADA ESTA ULTIMA DE LA «FIEL DONCELLITA» PILAR.

desde España (Ateneo de Madrid, 1921), *Las Leyes de Indias y la colonización española* (Casino Español de Méjico, 1922), *El orgullo de ser español* (Casino Español de Méjico, 1924), *Vindicación de España en América* (Centro Gallego de La Habana, 1928), *La grandeza del alma española* (Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, 1928), *Las armas españolas en la conquista del Mundo* (Casino de Clases de Madrid, 1929). Responden también a esta mentalidad colonialista sus novelas autobiográficas: *Sol de Levante* (Méjico, 1923), *Aventuras tropicales* (Madrid, 1928) y *Bajo el cielo mejicano* (Madrid, 1930).

El propio Albiñana reconocerá que «la causa inconfesada» de su expulsión fueron los artículos peridísticos que publicara en «A B C», de Madrid, sobre el tema *Reivindicaciones españolas.* Como dice en la *Carta abierta* citada: «Salgo de méjico por defender el prestigio de mi querida España.» Sus intenciones imperialistas no están veladas: «Pero ahora que su feliz acuerdo de expulsión me releva de atenciones y me devuelve la libertad, reintegrándome al mundo civilizado, tengo el deber de advertir a los extraños que mientras subsista este régimen de destrucción no piensen en aportar energías a la lejana prosperidad de Méjico; que no lleven un solo centavo para invertir, porque perderán su capital, absorbido por el Fisco y las imposiciones sindicalistas; que si proyectan establecer alguna industria, no arriesguen su dinero, porque cerrarán sus fábricas por falta de garantías o se incautarán de ellas los líderes revolucionarios, apoyados por el Gobierno» (7). Y continúa: «Este Méjico en la agonía, este país en ruinas, sin producción y hambriento, con el comercio en quiebra y una ficción de reclamaciones que no pagará nunca, porque tiene una deuda exterior de 117 millones de pesos, que, según confiesa el propio ministro de Hacienda, no puede pagar, es el que deben conocer los extranjeros para no arrojarse en la hoguera revolucionaria» (8). El punto culminante del discurso lo alcanza cuando hace una clara apología del imperialismo *yankee:* «La única esperanza de los mejicanos es que el espíritu justiciero de alguna nación poderosa avance, pacificador, por toda la desgraciada República para completar la obra civilizadora de España. Esta es también mi opinión. A ella me atuve cuando el general Obregón, actual candidato, siendo presidente de Méjico, me propuso escribir un libro contra el Gobierno de Washington, he-

(7) Ibíd., p. 39.
(8) Ibíd., p. 40.



TRAS LOS SUCESOS DE AGOSTO DE 1932, SE PROHIBE LA ACTIVIDAD DEL P. N. E. Y ALBIÑANA ES CONFINADO EN LAS HURDES. «MI BAÑO EN EL RIO JORDAN, CUIDADOSAMENTE ESCOLTADO POR LA GUARDIA CIVIL, QUE VIGILA DESDE ELEVADO PEÑON, PARA MAYOR SEGURIDAD DEL HERMOSO REGIMEN DEMOCRATICO», ESCRIBIRA ENTONCES AL PIE DE ESTA FOTO

cho que no se atreverá a negar; proposición que rechacé por respeto al gran pueblo americano, que mantiene afortunadamente cordiales relaciones con mi patria española» (9).

Con estos datos, ¿puede sostenerse la opinión de Southworth de que Albiñana no fue fascista porque le faltó el propósito imperialista? (10).

En 1929, Albiñana instala su despacho en la madrileña calle de Galileo y reanuda su actividad profesional. La indiferencia mostrada por el dictador Primo de Rivera —se negó repetidamente a recibir a Albiñana, «por razones diplomáticas»— no le impide a éste ser un fervoroso admirador de la Dictadura y tomar la iniciativa de organizar un homenaje nacional al general Martínez Anido, a la sazón ministro de Sanidad Pública, y que, probablemente, simpatizaba más con las exaltaciones nacionalistas y autoritarias de Albiñana que el viejo liberal marqués de Estella.

Al regresar a España, tras la expulsión de Méjico, Albiñana asiste confundido y consternado al desmoronamiento de la Dictadura y de la Monarquía española, lo que le inducirá a tomar una decisión de carácter práctico y urgente: «Para provocar el resurgimiento del ánimo español en medio de tanta podredumbre y descomposición de la vida pública, el autor de este libro acometió la empresa de crear un partido exclusivamente españolista, inspirado en un *nacionalismo patriótico y combativo*» (11).

EL PARTIDO NACIONALISTA ESPAÑOL (1930-1933)

En abril de 1930, Albiñana lanza profusamente por diversas ciudades españolas un Manifiesto-programa, de exaltación hispánica, en el que invita a «todos los hombres honrados que sientan la inapreciable dignidad de haber nacido españoles» a agruparse en la organización del Partido Nacionalista Español (12).

Muchos historiadores se resisten a ver en Albiñana y su P. N. E. la primera expresión fáctica y cimentadora, si bien rudimentaria, del fascismo en España. Por ejemplo, Southworth, que tan detalladamente conoce el tema, se limita a señalar que Albiñana «era simplemente un conservador indisciplinado y violento. No aspiraba a «revolución» alguna, fascista o de otra índole. No soñaba en imperios

(9) Ibíd., pp. 41-42.

(10) H. H. Southworth: «Antifalange», Ruedo Ibérico. París, 1967, p. 30.

(11) Albiñana, ob. cit., p. 240.

(12) Ibíd., pp. 240-246.

DURANTE SU CONFINAMIENTO EN LAS HURDES, EL LLAMADO «PRIMER FASCISTA ESPAÑOL» RECIBIO NUMEROSAS VISITAS DE CORRELIGIONARIOS Y SIMPATIZANTES. ASI (FOTO SUPERIOR), DON HONORIO MAURA «CON SU BONDADOSA FAMILIA Y OTROS DISTINGUIDOS EXCURSIONISTAS», LLEGADOS HASTA ALLI «EN UNA DE SUS FRECUENTES VISITAS PARA SOCORRER A LOS POBRES», LO MISMO QUE HARIA «EL VIRTUOSO OBISPO DE CORIA, DON DIONISIO MORENO BARRIO» (FOTO INFERIOR).

Comprendemos, así, al P. N. E. como el «eslabón perdido» que une los orígenes del fascismo español a un marco contrarrevolucionario más amplio.

Veamos la trayectoria política y el estilo peculiar que adopta este nuevo partido en las vísperas republicanas.

La práctica política es una realidad cuya conjunción de alma - impulso y cuerpo - organización se manifiesta en un *estilo* determinado. Este alma-impulso no debe confundirse con la teoría o doctrina propiamente dicha. En el que conquistar, sino en salvar el conservadurismo español —la monarquía, la Iglesia, el ejército— mediante la represión interna» (13).

A mi juicio, Southworth basa esta opinión en la actitud moderada que Albiñana adopta a partir de 1933 y la posterior adhesión al Bloque Nacional de derechas monárquicas. Evidentemente, hay una proximidad del P. N. E. a otras formaciones tardías del tradicionalismo contrarrevolucionario, como el Carlismo y la Unión Monárquica Nacional, fundada ésta precisamente por las mismas fechas (14), pero, como en el caso de la *Action Française* de Charles Maurras, según ha observado Nolte acertadamente, «resultan evidentes ciertosa rasgos modernos que no pueden derivarse de esta tradición (contrarrevolucionaria). Que su carácter monárquico no le diferencia del fascismo es algo que resulta evidente: también Codreanu y Mosley, De Bono y Ernest Röhm fueron partidarios de la monarquía. La praxis de la *Action Française* adopta rasgos característicos que anticipan ampliamente los métodos que posteriormente se adoptaron en Alemania e Italia» (15). Esta similitud, que yo quiero relacionar, más específicamente, con la actividad de los *Camelots du Roi*, brazo ejecutivo de la *Action Française* (ya que en el plano doctrinal en nada se puede comparar la altura, penetración y consistencia del pensamiento de Maurras con los panfletos de Albiñana), ha sido resaltada también por el autor británico Richard A. H. Robinson: «Una versión española de los *Camelots du Roi* franceses fue fundada en abril de 1930 por un antiguo masón y neurólogo, José María Albiñana» (16).

(13) Southworth, ob. cit., p. 30.

(14) Galindo Herrero, ob. cit., p. 49.

(15) E. Nolte: «El fascismo en su época», Península. Barcelona, 1967, p. 43.

(16) R. A. H. Robinson: «The origins of Franco's Spain», David & Charles, Newton Abbot, 1970, p. 35.

caso del Fascismo italiano, parece ser cierto que la práctica fue la premisa, a la que siguió una imprecisa y ambigua justificación ideológica.

El carácter fascista del P. N. E. no se puede derivar de su ideología pretendidamente «conservadora» o «reaccionaria», sino de su actuación práctica, de su *estilo*. Solamente si adoptamos este punto de vista, entendiendo su Manifiesto-programa como lo que realmente supuso (el alma-impulso de un cuerpo-organización con unos objetivos determinados, y no como una obra ideológica elaborada), comprenderemos por fin sus carácter netamente fascista.

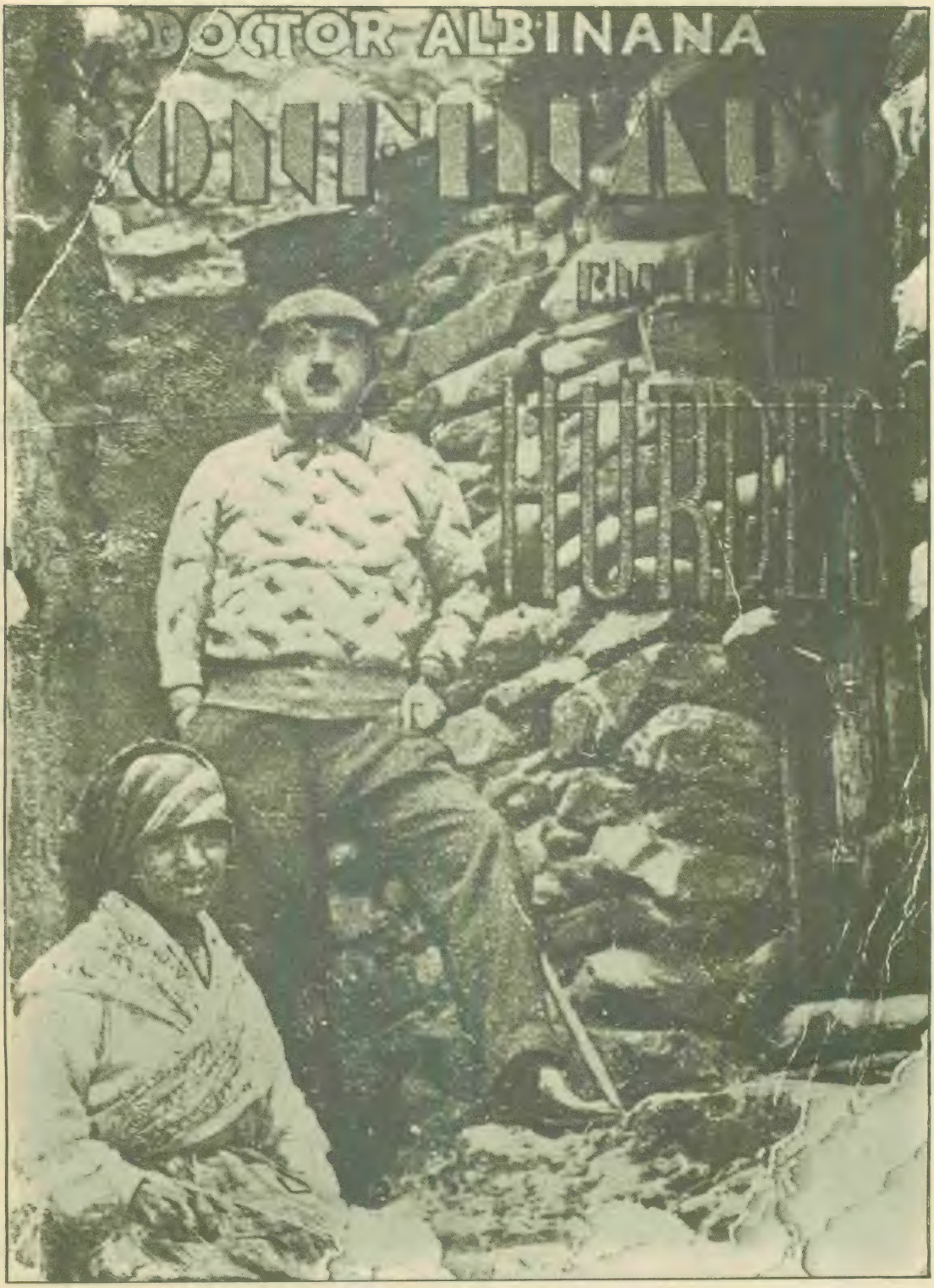
No tiene gran interés reseñar los ataques que Albiñana lanza contra el liberalismo, en los que saca a relucir toda la serie de tópicos sobre el judaísmo, la masonería, etc., que constituyen el denominador común de la demagogia fascista. Algunos ejemplos: «Existe un soviet masónico encargado de deshonrar a España ante el mundo, resucitando la leyenda negra y otras infamias fraguadas por los eternos y escondidos enemigos de nuestra patria» (17). «Cualquiera que repase últimamente la colección de esos diarios, a los que la opinión española ha calificado ya, con gran acierto, de prensa judía, por sus procedimientos tortuosos y semíticos ante los graves problemas nacionales, experimentaría un sentimiento de desprecio por sus inspiradores, y de lástima hacia los obligados ejecutores de una prosa incongruente y deleznable» (18). No falta, por supuesto, la consabida crítica del enciclopedismo y de las teorías de la soberanía popular de Rousseau. Finalmente, Albiñana se dirigirá contra el régimen de partidos y el parlamentarismo: «A esta miseria ruinosa, perpetuada a través de los pertidos tunantes, llaman los escandalosos «régimen democrático», «sistema parlamentario» y otra porción de motes callejeros» (19). «Los antiguos partidos turnantes, con los viejos y rutinarios nombres de liberal y conservador, carecen de contenido ideológico y de hombres capaces... La vieja y absurda distinción de los partidos en izquierdas y derechas, tan incompatible con el espíritu renovador y las realidades de la vida moderna, ha quedado rota con la aparición del nacionalismo español» (20).

(17) Albiñana, ob. cit., pp. 68-69.

(18) Ibíd., p. 114.

(19) Ibíd., p. 128.

(20) Ibíd., pp. 239 y 245.



CUARTA OBRA DE SU AUTOTITULADO «CICLO REVOLUCIONARIO», «CONFINADO EN LAS HURDES» FUE LA CULMINACION DE LA CAMPAÑA PUBLICITARIA MONTADA POR ALBIÑANA CONTRA EL REGIMEN REPUBLICANO. EL LIBRO —DEDICADO A LEON DAUDET, DE «ACTION FRANáCAISE»— ABUNDABA EN FURIBUNDOS ATAQUES ANTIMARXISTAS, ANTIJUDIOS Y ANTIMASONICOS.

Este paso era obligado para el desarrollo de su concepción «democrática» de la Dictadura, para afirmar su nueva alternativa, que, como decía Albiñana, «no es política de derechas ni de izquierdas: es una indispensable obra de saneamiento nacional» (21). Albiñana vió en la dictadura primorriverista la incubación de esa «nueva democracia española», que consideró «un régimen tan legal como cualquiera de las Constituciones que hemos tenido» (22). La confusión de legalidad y legitimidad le servirá para esbozar su teoría de la Dictadura: «La Democracia no sólo es compatible con la Dictadura, sino que en muchas ocasiones la Dictadura se ha hecho indispensable para establecer la Democracia... Yo defino la Dictadura de dos modos: uno, jurídico; otro, biológico. Desde el punto de vista jurídico, dictadura es el ejercicio de la autoridad subordinando el Poder Legislativo al Ejecutivo. Desde el punto de vista biológico, dictadura es el tratamiento revulsivo a que se somete el Estado enfermo, en trance de descomposición. Temer la dictadura es propio de ciudadanos pusilámines y menguados. Equivale al quejido ocioso de un paciente, espantado de antemano por la aplicación de un remedio fuerte» (23). En ese sentido *biológico*, precisamente, cuyas raíces podemos encontrar en la receta costista del «cirujano de hierro», se fundamentará la concepción fascista, irracional y metajurídica, de dictadura (24).

Pero el hecho de proclamarse «dictatorial» no es suficiente para merecer la calificación de fascista. Sólo se llega a tal estado cuando existe una motivación nacionalista extrema, imperialista, que proclama la violencia política como medio más propio y dirige su ataque contra el *enemigo fundamental*, la enfermedad maligna para el cuerpo social, el marxismo, aunque eventualmente pretenda captar el *élan* revolucionario de éste. Y ese fue el motivo que llevó a Albiñana a crear un partido «nacionalista» y «combativo». Nacionalismo omnicomprensivo y radical, en el que caben los *slogans* «defensa de la patria», «defensa de los principios religiosos que ejemplarizaron la vida de nuestros padres», «gloriosa institución monárquica que conquistó el Mundo», «abnegado ejército, que lleva en su seno todos los corazones del pueblo», etc., y la idea-fuerza que inspirará al partido: «Hay que combatir, hasta aniquilarlos, a los enemigos interiores de la Patria, que son los aliados naturales de sus enemigos exteriores. Hay que exaltar los verdaderos valores nacionales, residentes en una raigambre secular de hidalguía y sacrificio, y actuar con ellos en la vida pública.» El programa especificará los objetivos más claramente: «Afirmación rotunda y mantenimiento inconmovible de la unidad política de la Patria. Respeto a los principios religiosos según lo preceptuado en el artículo II de la Constitución. Afirmación de la soberanía nacional expresada por el pueblo y las instituciones históricas, según se establece en la forma monárquica...» (25). No se olvida, por supuesto, las alusiones expansionistas de España, mediante una «acción internacional» y, concretamente, la «prolongación de su dominación en América». La actuación que propugna está, evidentemente, caracterizada por las formas coactivas y violentas, ya que, como vimos, el «combate» y el «aniquilamiento» son los únicos en dirimir las diferencias políticas: «Facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo para suspender temporalmente los derechos constitucionales en caso de grave peligro para la Patria o el orden público. Mantenimiento riguroso del orden social, como base para el desarrollo eficiente de las actividades nacionales... Institución del *Tribunal de la Patria*, para conocer en juicio sumarísimo de las acciones y omisiones cometidas contra el prestigio y la seguridad de España...» (26). Todo ello, acompañado de un sistema de inhabilitaciones y extrañamientos perpetuos y privación de ciudadanía. Finalmente, la concreción de la violencia política organizada: «Creación de los *Legionarios de España*, voluntariado ciudadano con intervención directa, fulminante y expeditiva en todo acto atentatorio o depresivo para el prestigio de la Patria. Conquista del Poder Público para el desarrollo total de este programa. Colaboración con todos los partidos políticos y entidades nacionales y extranjeras en los extremos coincidentes» (27).

Sin embargo, como en el caso de Maurras, el monarquismo y el catolicismo de Albiñana conllevan ciertos rasgos de heterodoxia, en el sentido de que ambas instituciones no significan para él valores en sí mismos, sino instrumentos o mecanismos políticos para la conquista y afirmación del poder. (Como es sabido, en 1927, con la aprobación casi unánime del episcopado francés, el Vaticano condenó

(21) Ibíd., p. 75.

(22) Ibíd., p. 223.

(23) Ibíd., pp. 203 y 220.

(24) Cf. E. Tierno Galván: «Costa y el Regeneracionismo». Barcelona, 1961, y Nolte, ob. cit., p. 190.

(25) Albiñana, ob. cit., pp. 240-241.

(26) Ibíd., pp. 242-244.

(27) Ibíd., p. 245.

EN LAS ELECCIONES DE NOVIEMBRE DE 1933 QUE DIERON EL TRIUNFO A LAS DERECHAS, ALBIÑANA OBTUVO UN ACTA DE DIPUTADO POR BURGOS, VARIANDO ENTONCES HACIA UN FILOFASCISMO MODERADO. ASI PUDO ACCEDER AL CONGRESO, EN CUYO SALON DE CONFERENCIAS LE VEMOS DORMITANDO EN ENERO DEL 36. (FOTO ALFONSO).

las actividades de la «religiosa», «patriótica» y «monárquica» *Action Française.)*

Cuando Albiñana propugna un «mantenimiento riguroso del orden social, como base para el desarrollo de las actividades nacionales», en realidad lo que quiere decir es que las actividades nacionalistas son el instrumento para mantener el orden social. En este sentido es fácil identificar el elemento último o primero que define el fascismo albiñanista: *el enemigo fundamental.*

El punto de partida reside en el antiliberalismo. Pero se tratará de un antiliberalismo primordialmente *antidemocrático.* Parece cierto que Albiñana fue, en su juventud, liberal y masón. «El ataque del doctor Albiñana a la Masonería —señala Arrarás— tenía especial mérito e importancia, por haber sido el doctor en su juventud afiliado a la secta, en la que alcanzó un alto grado» (28). Muchas figuras del fascismo fueron, en efecto, tránsfugas del liberalismo (Gentile), de la masonería (Balbo), o, incluso, del socialismo (Mussolini). La crítica de Albiñana se dirige más bien contra la democracia inorgánica. Su nacionalismo se presenta desde el principio como expresión y defensa de aquella parte de la burguesía que dudaba del liberalismo porque consideraba el sistema indefenso ante la democracia y, en última instancia, ante el socialismo. Una vez más, como en el caso del «antiliberalismo» de Maurras, hay que descubrir, en el transfondo de la crítica a la democracia, el *enemigo fundamental:* el marxismo, socializante o comunista.

No se encuentra en Albiñana una crítica sistemática y coherente sino, más bien, alusiones y referencias a los «chispazos comunistas», la «hoguera revolucionaria», los «enemigos del orden y la propiedad», la «tiranía roja», etc., aunque en ocasiones es más explícito: «Por el honor de España no puede continuar un estado de general cobardía, en el que las personas conscientes, por temor al vacío de un diario arribista, se sienten incapaces de detener a la nación en su marcha hacia un sovietismo ruinoso»... «Cuando el comunismo comenzaba a amenazar a todas las naciones y en el centro de Europa se reunían los grandes traficantes de la perturbación para decretar la imposición de sus crímenes...» Y en el Manifiesto programa de 1930: «La trágica perspectiva de un sovietismo ruinoso y sangriento es el único porvenir inmediato que se brinda a nuestra amada España, si los hijos amantes de sus glorias no rechazamos con viril energía la obra nefasta de sus insensatos detractores» (29).

Sin embargo, como advierte Nolte, no puede hablarse de fascismo allí donde no estén presentes ciertos elementos de organización y propaganda próximos a los marxistas. Se trata, así, de captar y apropiarse del *élan* y estilo revolucionario de sus antagonistas, mediante la utilización de una demagogia pseudoizquierdista. Curiosamente, Albiñana se muestra indulgente con Pablo Iglesias, al que califica de «apóstol de la religión del Trabajo, varón de conciencia honrada y conducta intachable», actitud similar a la de Maurras respecto a su compatriota Jules Guesde. Así, cuando articula su programa, Albiñana procura destacar demagógicamente cierta fachada «izquierdista»: «La nueva fuerza política tiene de *izquierda* el contenido de las reivindicaciones sociales, el laborismo, la rigurosa fiscalización tributaria, el agrarismo destructor del latifundio, el sindicalismo ordenado al mejoramiento del trabajo, etc...» (30), que, en verdad, no va más lejos del «contenido social» del programa de Mussolini en marzo de 1919, o del programa nazi redactado en

(28) J. Arrarás: «Historia de la Segunda República Española», Editora Nacional. Madrid, 1956, tomo I, p. 308, y Robinson, ob. cit., p. 35.

(29) Albiñana, ob. cit., p. 245.

(30) Ibíd., p. 245.

1920 por Drexler, Hitler y Feder, donde se preveían también una drástica reforma agraria, expropiaciones sin indemnización, etc.

Tras la fundación del P. N. E., el doctor Albiñana emprende una activa labor de proselitismo y organización, cuya novedad en la arena política española es incuestionable. «El pueblo español —escribe Albiñana— ha dispensado a este programa una entusiasta acogida. Millares de adhesiones han surgido de todo el país, constituyendo una *falange* imponente, que gravitará sobre la vida pública, imponiendo al Poder las soluciones fortalecedoras que necesita la nación» (31). (Obsérvese la utilización —en 1930— del término *falange*, probablemente por primera vez en la literatura fascista española.)

Albiñana establece un Centro Nacionalista Español en Madrid, donde se coordinan todas las actividades y secciones del P. N. E. Entre ellas, señalaremos las siguientes: los *Legionarios de España*, el periódico *La Legión*, la *Unión Nacionalista Obrera*, la *Sección Femenina* (las *Legionarias)* y, finalmente, la *Juventud Nacionalista Española*. De todas estas, las únicas que funcionaron con cierta efectividad, aunque limitada, fueron la sección de choque, los *Legionarios*, y el órgano *La Legión*.

La apelación al obrerismo era inexcusable si el P. N. E. aspiraba a convertirse en un partido de masas, como lo habían hecho el Fascista italiano y el Nacionalsocialista alemán. Sin embargo, el P. N. E. fracasó en este propósito y lo único que reclutó fue un lumpen proletariado, al que se le reservó el papel de agente rompehuelgas.

En cuanto al interés por organizar políticamente a la mujer española —algo parecido inició el Partido Futurista de Marinetti, en quien se inspiraría Mussolini— que supone el «contrapunto romántico» (Sánchez Patiño), significó, de hecho, una táctica oportunista, considerando la mentalidad conservadora de la mujer media española en los años treinta.

El último elemento de interés para Albiñana, que copiaba fielmente los modelos fascistas europeos, era la captación de la juventud, encuadrándola en la organización de la *Juventud Nacionalista Española* que, según su fundador, «la integran vigorosos jóvenes, dispuestos a la lucha por el ideal y a rechazar en el acto toda ofensa inferida a nuestra doctrina. Al mismo tiempo constituyen una poderosa agrupación deportiva, que periódicamente realizará excursiones campestres, juegos gimnásticos y toda clase de ejercicios higiénicos, adiestrándose principalmente en la instrucción militar» *(La Legión*, órgano del P. N. E., 1931, cit. por Sánchez Patiño).

Finalmente, con la creación de la sección de choque, *Los Legionarios de España*, Albiñana pretendía trasladar el método de la guerra a la vida política civil, invirtiendo la famosa definición de Clausewitz, para llegar a la identificación ontológica del fascismo: política = guerra. De esta forma, los *Legionarios*, como anteriormente los *Camelots* franceses, las *S. A.* alemanas y las *Squadre d'azione* italianas, iban a convertirse, según Albiñana, en «centinelas permanentes de la seguridad patria, actuando incesantemente para que el país no se derrumbe» (32). En otra ocasión, definirá con precisión: «*Legionarios de España*, voluntariado ciudadano creado por el autor como avanzada guerrillera del Partido Nacionalista Español. Su misión es exterminar a los difamadores y destructores de la Patria, impidiendo su actuación pública...» (33). Entre las acciones de este grupo cabe destacar la intervención expeditiva en un mitin prorepublicano en el Cine Europa de Madrid, en mayo de 1930, donde Unamuno pronunciaba un discurso. «Nueve jóvenes heroicos —relata Albiñana—, nueve nada más y eran bastantes, replicaron a los gritos facciosos con vivas a España y al Rey, para desinfectar con esta invocación a los altos nombres de la Patria aquella atmósfera confinada por un dantonismo de opereta... ¡De este acto arlequinesco había de salir proclamada le república! Y bastó el gesto varonil de unos pocos muchachos para que la «terrible» asamblea estuviera a punto de agotar el aceite alcanforado. Claro está que los organizadores de la farsa no contaban con el resurgimiento del espíritu *guerrillero* español» (34).

En septiembre de 1930 se celebra un mitin de propaganda en la plaza de toros de Madrid, organizado por el Comité Revolucionario (republicano). En noviembre, el P. N. E. organiza otro mitin réplica en el Teatro de la Comedia. En abril de 1931, cuando el régimen se tambaleaba ya sin remedio, cara a las elecciones municipales, Albiñana lanzará el último grito desesperado ante la República que se avecina,

(31) Ibíd., p. 246.

(32) Ibíd., p. 245.

(33) Ibíd., p. 123.

(34) Ibíd., pp. 119-120.

invitando a tomar las armas: «¡Españoles, a defenderse!... ¡Legionarios! ¡Españoles! Hay que echarse a la calle para rechazar esa revolución tragicómica con que se pretende engañar a la opinión y forzar el arca del poder. El que quiera la República que tenga valor para conquistarla en la calle, a pecho descubierto, jugándose la vida, pero no hemos de consentirle que empuñe la innoble ganzúa pseudoconstitucional para desvalijar la Corona de España con el más vil de los atracos... Todo buen español que quiera sumarse a la *cruzada* patriótica debe acudir a inscribirse en el Centro Nacionalista Español, para recibir instrucciones y formar la milicia ciudadana. Tenemos la razón y la fuerza» *(La Legión*, 2 de abril, 1931). Como ha escrito Sánchez Patiño, «en aquel momento, José María Albiñana no tenía por lo menos la razón, pues el pueblo español no había depositado sus votos. Lo haría días después. La República, antes de nacer, estaba ya amenazada por uno de sus enemigos más empecinados».

El mitin monárquico de 10 de mayo de 1931 será la nueva oportunidad que tiene Albiñana para significarse; con motivo de su intervención sufrirá prisión gubernativa durante siete meses en la Cárcel Modelo, donde redacta su segundo libro del «ciclo revolucionario»: *Prisionero de la República* (35), en el que reanuda sus ataques contra las personas e ideologías del nuevo régimen: «En España nada se hizo para librar a la nación de esta amenaza constante. El mal ha debido ser cortado de raíz. Porque no se trata de un problema constitucional de orden político. Se trata de algo más fundamental y preeminente, como es la seguridad de España. Y para resolverlo no hay más que este dilema: O España acaba con los perturbadores, o los perturbadores acaban con España» (36). Su opinión de ahora sobre el obrerismo ya no es ambigua: «El Estado, monárquico o republicano, debe disolver inmediatamente toda organización obrera contraria a la seguridad nacional...» El antisemitismo de Albiñana se afirma explícitamente: «Se trata de una ofensiva internacional contra España, que no es de ahora, sino de siglos. Lo que presenciamos en el instante actual es su reproducción. Una fase esporádica de esa persecución implacable que aspira a destruir nuestra nacionalidad...» (37). Albiñana considera inseparable del judaísmo la masonería, el comunismo y el separatismo,así como la Institución Libre de Enseñanza y la propia Universidad.

Su indignación por la pusilanimidad de la clase burguesa, que le niega fondos económicos para el P. N. E., es patente, cuando escribe: «Dentro de la política española no existe otra intervención... que la del P. N. E. Nuestros medios son muy limitados, porque somos un Partido pobre... En Francia, el nacionalismo católico y monárquico vive en la abundancia. En Italia, el fascismo contó desde sus comienzos con el apoyo económico de todos los patriotas. Alemania ha dado a Hitler cuantos recursos necesitó para la organización modelo de un partido nacionalista que es el asombro de Europa... Causa vergüenza comparar el floreciente estado económico de las hordas comunistas..., con la inopia inquietante de las organizaciones inspiradas en un puro ideal hispánico. Esto sólo debiera sonrojar a los que en España se llaman católicos , patriotas y monárquicos, que miran impasibles la proximidad de su propia ruina, como si no tuvieran nada que perder» (38).

Lo cierto es que por estas mismas fechas otras organizaciones netamente fascistas como las J. O. N. S. de Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, comenzaban a ser financiadas por determinados sectores de la burguesía vasca y castellana. Los fondos promonárquicos se dirigían, más bien, al grupo filofascista de *Acción Española* (39).

Albiñana consigue la libertad y, en febrero de 1932, la oportuna autorización legal para el P. N. E. Publica una nueva diatriba antirrepublicana, *España bajo la Dictadura republicana* (40), y en el mes de marzo, nuevamente en el Teatro de la Comedia, anuncia el nuevo curso del P. N. E. bajo su jefatura y el lema maurrasiano «Religión, Patria y Monarquía», anticipando el destino futuro de su partido: «Somos monárquicos, pero para nosotros no existe cuestión dinástica. Si los Carlistas, únicos defensores de la tradición con las armas, volvieran a empuñarlas en igual defensa, contarían con nosotros» (Cit. por Sánchez Patiño).

Con los sucesos del 10 de agosto, se prohibió la actuación del P. N. E. en todo el país y fueron detenidos medio centenar de socios. El Gobierno decreta contra Albiñana la pena de con-

(35) J. M. Albiñana: «Prisionero de la República», Talleres Tipográficos El Financiero. Madrid, 1932.

(36) Ibíd., p. 48.

(37) Ibíd., pp. 67 y ss.

(38) Ibíd., pp. 57 y ss.

(39) Cf. Pastor, ob. cit., y R. Morodo, «Acción Española» (en «Teoría y Sociedad», homenaje a Aranguren), Ariel. Barcelona, 1970.

(40) J. M. Albiñana: «España bajo la dictadura republicana», Talleres Tipográficos El Financiero. Madrid, 1932.

ENTRE LAS FOTOS PREFERIDAS DEL DR. ALBIÑANA FIGURABA ESTA EN UN LUGAR DESTACADO, QUIZA COMO SIMBOLO DEL IMPERIALISMO DE SU IDEOLOGIA Y EN RECUERDO DE SU ACCIDENTADA ESTANCIA EN MEXICO, DE DONDE SACO SU NOVELA «AVENTURAS TROPICALES». EN ELLA, FIGURABA COMO AUTOR Y «UNO DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES».

finamiento en la región de Las Hurdes, desde donde el patriótico doctor montará una hábil campaña publicitaria contra el régimen. Un relato minucioso de su aventura jurdana se encuentra en la cuarta obra de su «ciclo revolucionario»: *Confinado en Las Hurdes* (41), que dedica a León Daudet, de la *Action Française*. En ella abunda en sus ataques antimarxistas, antijudíos y antimasónicos, afirmando el nacionalismo y propugnando un «Frente Unico» de derechas que, en cierto modo, anticipa la idea del «Bloque Nacional»: «¡Millonarios... labriegos... humildes proletarios! ¡Todos en pie! ¡Alzaos contra el bárbaro yugo de las Internacionales, abrazados a la gloriosa Tradición Española! ¡A formar todos el Frente Unico Español!» (42). El eco maurrasiano es claro cuando afirma: «El P. N. E. no tiene otra base que la muy amplia de la Tradición. El nacionalismo nuestro no es más que el tradicionalismo en actividad. ¿Y cuáles son los principios de la Tradición española? La Religión, vínculo espiritual de la nacionalidad. El Patriotismo, sentimiento alentador de las grandes gestas españolas. La Monarquía, régimen secular que presidió la formación de España. Por eso, los nacionalistas españoles somos religiosos, patriotas y monárquicos» (43).

El 29 de octubre de 1933, terminado su confinamiento, Albiñana y sus *Legionarios* ocupan una platea en el Teatro de la Comedia, donde José Antonio Primo de Rivera pronuncia el discurso fundacional de la *Falange Española*. Este acto simbólico supone, a nuestro juicio, el fin del fascismo o ensayo fascista del P. N. E.

En las elecciones de noviembre que dieron el triunfo a las derechas, Albiñana obtiene un acta de diputado por la provincia de Burgos. Su proclividad hacia un filofascismo moderado, al estilo de la *Acción Española*, es patente. Cuando ésta celebra su reapertura en mayo de 1934, Sáinz Rodríguez, en homenaje a Calvo Sotelo, apunta la idea del «Bloque Nacional»: «A nuestro bloque —dirá— han de unirse todos los que han hecho sacrificios por España, como el doctor Albiñana» (44). Efectivamente, en diciembre de 1934, aparece ya el Manifiesto del Bloque Nacional, firmado por Albiñana, junto a Goicoechea, Rodezno, Pradera, Aunós, Yanguas, Maeztu, Sáinz Rodríguez, duque de Alba, Benavente, Areilza, Lequerica y otros. Posiblemente, ante el fracaso de la revolución de octubre en Asturias, las derechas españolas no vieron la necesidad de recurrir a un fascismo abierto, agresivo, plebeyo y «revolucionario». Sin embargo, otros tomarían la bandera: la fusión de *Falange Española* y las JONS en este mismo año de 1934 supone la coordinación del fascismo español, que marca los inicios de un proceso de fascistización, según la expresión de Poulantzas, frustrado en plena guerra civil. Un testigo de excepción, el embajador de Alemania en España, conde de Welczeck, constatará, en un informe diplomático de enero de 1934: «En tanto en cuanto el grupo de Albiñana va pasando aceleradamente a un segundo plano, cabe destacar la actividad de las llamadas J. O. N. S., que se califican como nacionalsindicalistas, y la del grupo del joven Primo de Rivera...» (Asunto: *Fascismo en España*. El embajador de Alemania en España, conde de Welczeck, al Ministerio de Negocios Extranjeros, Berlín. No. 395/34. Madrid, 29 de enero de 1934) (45). ■ **M. P.**

(41) J. M. Albiñana: «*Confinado en* Las Hurdes», Talleres Tipográficos El Financiero. Madrid, 1933.

(42) Ibid., p. 12.

(43) Ibid., p. 113.

(44) Galindo Herrero, *ob. cit.*, p. 232.

(45) Documento recogido por A. Viñas en su obra «La Alemania nazi y el 18 de Julio», Alianza Editorial. Madrid, 1974, p. 496.

EL MANIFIESTO COMUNISTA DE 1848

VALENTIN MEDEL ORTEGA

LAS Revoluciones inglesa primero, y francesa después, destruyeron las bases sobre las que se mantenía el Antiguo Régimen. La Revolución Industrial, que había comenzado en Inglaterra en el siglo XVIII, alteró profundamente las relaciones de producción imperantes al introducir una economía de tipo capitalista en la que la producción para el mercado se convirtió en la palanca que había de transformar el mundo. Las profundas modificaciones introducidas, tanto en la industria como en los transportes, permitiría la producción de manufacturas en gran escala y, sobre todo, superar el concepto de mercado nacional. Para el capitalismo, el mundo entero empezó a transformarse en un inmenso mercado.

El único problema que se planteaba era el del reclutamiento de la suficiente mano de obra. Sin embargo, fue rápidamente resuelto gracias a las emigraciones campesinas. Masas de campesinos se volcaban hacia las ciudades en busca de un trabajo que en el campo les era negado debido a la utilización de nuevas técnicas que hacian innecesario su concurso. De todas formas, la avidez de brazos por la industria haría que fueran empleados en la misma tanto las mujeres como los niños; a todos era necesario sacrificarlos ante el nuevo «molloch».

Por otro lado, la Revolución Francesa introduciría y exportaría a toda Europa a través de sus ejércitos revolucionarios, y sobre todo de su ejemplo, las nuevas nociones de libertad e igualdad entre todos los hombres. No obstante, la «igualdad» que fue, en general, rápidamente aceptada por todos los gobiernos, se vio pronto que quedaba relegada al terreno jurídico, el gran refugio de la burguesía.

Dado el poco desarrollo del capitalismo y, consiguientemente, del proletariado en la primera mitad del siglo XIX, los primeros en oponerse fueron los elementos pertenecientes a la clase dominante que pretendieron la reforma de la sociedad en base a argumentos morales y a apelaciones a los gobiernos, reformadores que serían encuadrados por Engels como pertenecientes a la etapa del socialismo utopico. Lógicamente, surgieron allí donde las contradicciones eran más evidentes: Godwin y Owen en Inglaterra y Proudhon y Fourier en Francia.

Sin embargo en Alemania, cuyo atraso con respecto a Francia o Inglaterra en el terreno industrial era evidente, se había formado en 1847 la Liga de los Comunistas, heredera de la malograda Liga de los Justicieros deshecha tras el fracaso de la conspiración contra Luis Felipe de Blanqui a la que se había unido, y por cuyo motivo sus dirigentes hubieron de trasladarse a Inglaterra donde se organizarían en la Asociación de Cultura Obrera, dada la prohibición de fundar asociaciones obreras, con ramificaciones en París y Suiza.

La nueva situación creada hará que la Liga sienta la necesidad de plasmar en un documento su pensamiento, pensamiento por otra parte que ya está radicalmente alejado de las primitivas degeneraciones utopicas. De la redacción del mismo fueron encargados Marx y Engels en noviembre de 1847.

Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"
von J. E. Burghard.
46, Liverpool Street, Bishopsgate.

PORTADA DE LA EDICION ORIGINAL DEL «MANIFIESTO COMUNISTA» (LONDRES, 1848).

AUNQUE REDACTADO EXCLUSIVAMENTE POR MARX, EL «MANIFIESTO COMUNISTA» FUE OBRA CONJUNTA DEL AUTOR DE «EL CAPITAL» Y DE ENGELS. EN EL GRABADO DE VANETSIANE VEMOS A AMBOS EN PARIS, RODEADOS DE CORRELIGIONARIOS, EN EL OTOÑO DE 1844.

EN el mes de febrero de 1848 aparecería por fin la primera edición del **Manifiesto Comunista** (1), que si bien había sido redactado exclusivamente por Marx era obra conjunta de ambos, y del que hoy son incontables las ediciones ya que, prácticamente, ha sido traducido a todos los idiomas y en todos los países. Manifiesto en el que aparece por primera vez toda una teoría científica al servicio del proletariado que, aunque precede en breve tiempo a la ola revolucionaria de 1848, *«(no) tuvo gran influencia sobre aquella generación de revolucionarios; de hecho pasó casi desapercibido en medio de la excitación general y la segunda edición tuvo que esperar hasta 1872, fecha en la que Marx ya había adquirido notoriedad pública a raiz de una convulsión sobre la que no había tenido ningún control: la Comuna de París de 1872»* (2).

La idea fundamental del documento, resumida por Engels en el prólogo a la edición alemana de 1883, es que la historia de la humanidad ha sido siempre una historia de lucha de clases, lucha entre clases opresoras y oprimidas, entre explotados y explotadores, con las características correspondientes a cada formación social. Sin embargo y sin caer en mecanicismos o determinismos, que son ajenos totalmente al marxismo, el Manifiesto Comunista alumbra la buena nueva del fin de la explotación del hombre por el hombre ya que la emancipación del proletariado traerá consigo la emancipación total de la humanidad.

Para Proudhon la propiedad es un robo. Marx y Engels profundizan mucho más en el tema. Ante las acusaciones de que los comunistas pretenden abolir la propiedad privada, Marx y Engels señalan en el Manifiesto cómo esta abolición es innecesaria, ya que este tipo de propiedad está siendo destruído por el sistema capitalista al ir concentrando la propiedad en unas pocas manos; lo que se deberá hacer es abolir el régimen de propiedad burgués que conduce a esto, lo mismo que se

(1) C. Marx y F. Engels. **«El Manifiesto Comunista»**. Editorial Ayuso, Madrid, 1975. Contiene una introducción de W. Roces y notas de D. Riazanoff.

(2) G. Lichtheim. **«Breve historia del Socialismo»**. Alianza Edit. pp. 100.

deberá destruir todo el entramado socio-político que este tipo de propiedad ha establecido.

El Manifiesto es un programa dirigido contra la burguesía, tal y como estaba establecida ésta en 1850 en Alemania, y no podía ser de otro modo ya que, como señala Mao, «*Marx en la época de la libre competencia del capitalismo no pudo conocer concretamente por adelantado algunas leyes propias del imperialismo, ya que el imperialismo fase última del capitalismo, no había aparecido aún, y faltaba la práctica correspondiente*» (3). A pesar de ello, convendría preguntarse: ¿El Manifiesto es hoy, en términos generales, un documento válido para la acción? O, por el contrario, ¿ha de considerarse como un simple documento histórico? Vamos a intentar responder a este interrogante por dos vías distintas, pero entendemos que complementarias. La primera será la de examinar el Manifiesto para ver si las metas que propone han sido ya alcanzadas, para después pasar a analizar el grado en que las distintas agrupaciones políticas, con base marxista, hacen suyas, tanto en el terreno de los programas como en el de la praxis, las premisas contenidas en él.

El Manifiesto es fruto de la ruptura que se produce en 1845 en Marx con toda teoría que funde la historia y la política en la esencia del hombre.

Según Althusser (4), esta ruptura comporta tres aspectos teóricos indisociables:

a) *Formación de una teoría de la historia y de la política fundada en conceptos radicalmente nuevos: los conceptos de formación social, fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructura, ideologías, determinación en última instancia por la economía, determinación especifica de otros niveles, etc.*

b) *Crítica radical de las pretensiones teóricas de todo humanismo filosófico.*

c) *Definición del humanismo como ideología.*

EL PROGRAMA INCUMPLIDO

El Manifiesto, ya lo vimos anteriormente, demuestra cómo el desarrollo de la historia se realiza a través de la lucha de clases, lucha entre los explotados y explotadores; pues bien, una simple mirada al mundo que nos rodea nos podrá demostrar cómo el capitalismo no ha podido, logicamente, conseguir superar esta contradicción, ya que si bien el aumento de la producción y la presión que han ejercido las masas obreras ha hecho que la distribución de la riqueza haya mejorado cuantitativamente, evitando esa pauperización progresiva de las clases populares que podía augurarse en el pasado siglo, cualitativamente las diferencias han aumentado, y es que nunca como hoy, en que la mayoría de los países industrializados cuentan con un capitalismo monopolista de Estado, ha sido tan cierto lo que afirmaban los autores del Manifiesto en 1848: «*El poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de Administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa*» (5).

A su vez el obrero sigue teniendo que vender su fuerza de trabajo en el mercado al mejor postor (y eso cuando lo hay) en competencia cada vez mayor, ya que la clase obrera se ve incrementada continuamente con individuos que, pertenecientes a la pequeña y media burguesía, son desplazados por la gran burguesía monopolista, aún cuando respecto a éstos en muchos casos siga teniendo vigencia el Manifiesto, que nos señala que no son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atras la rueda de la historia (6).

Para Garaudy, la superación de las contradicciones capitalistas pretendida por los teóricos o economistas, como Keynes con sus teorías o Rostov con su «Manifiesto anticomunista», ha sido un auténtico fracaso. Que la autosuperación de las contradicciones no se ha llevado a cabo es evidente. Primero, la inflación ha impedido mantener el pleno empleo y una tasa alta de crecimiento; para frenarla, el único recurso encontrado ha sido bloquear los precios y salarios. Segundo, hay una crisis permanente del sistema monetario internacional. Y tercero (aunque no último), la distancia entre países subdesarrollados y países ricos no ha disminuido; al revés, no cesa de aumentar.

Una de las ideas claves del Manifiesto, que no olvidemos es «sólo» un programa teórico y práctico de un partido que se mueve ante una sociedad concreta, y sobre todo en un contexto histórico dado, es la de la internacionalidad del movimiento obrero. Esta es una aspiración que Marx y Engels sitúan como objetivo primordial y que tardará en ser retomada por otro de los grandes lideres del proletariado, Lenin. Dicho internacionalismo les hará superar sus propias fronteras nacionales, ya que su objetivo es común allí

(3) Mao Tse Tung: **«Cuatro Tesis filosóficas»**. Edit. Anagrama. pp. 13.

(4) L. Althusser y otros **«Polémica sobre Marxismo y humanismo»**. Siglo XXI, Editores. México, 1968. pp. 12.

(5) **«Manifiesto»**. pp. 72.

(6) **«Manifiesto»**. pp. 83.

donde se encuentran: la lucha contra la burguesía y su régimen de propiedad.

Por último y aunque creemos que se podrían multiplicar los ejemplos para demostrar la validez actual de la obra, señalemos los peligros, denunciados por Marx en el Manifiesto, que corre la clase obrera de ser desviada de sus auténticas metas por los cantos de sirena del «socialismo burgués», que pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales y económicas de su vida (7).

EL MANIFIESTO Y LOS PARTIDOS POLITICOS

El termino «comunista» que, como vimos, daba nombre a la Liga de los Comunistas en 1848, sería prácticamente ignorado por las organizaciones obreras hasta que Lenin lo reivindicara para su partido, y esto justamente para diferenciarse de los partidos socialistas que habían demostrado un claro abandono de los ideales y se habían pasado, prácticamente en bloque, al campo del reformismo. Y es que, ayer como hoy, el socialismo es un término culto y perfectamente asimilado por la burguesía, ya que pocos políticos conscientes repudian el término. No así el de comunismo, que es considerado cómo una peste plebeya contra el que todo es lícito. Y conste que esta observación ya la hizo Engels en 1890 en el prólogo a la 3.ª edición alemana del Manifiesto: si el «socialismo» designaba un movimiento burgués, el «comunismo» un movimiento obrero. Sin embargo, todos los partidos obreros, y no todos eran reformistas, durante el período de tiempo comprendido por las dos primeras Internacionales mantuvieron univocamente esta denominación, quizá porque la aceptación plena de los postulados mantenidos en el Manifiesto sólo podía darse cuando la clase obera alcanzara un determinado nivel de desarrollo.

El 28 de septiembre de 1864, tuvo lugar en Londres la primera reunión de la Asociación Internacional de Trabajadores, a la que asistiría Marx como representante del proletariado alemán. Encargado de redactar los estatutos y el memorial fundacional (8), tendría que «dulcificar las ideas expuestas anteriormente con el fin de hacerlas aceptables a todos los reunidos». Sin embargo, sí serían recogidas las ideas fundamentales: necesidad de acabar con la dominación clasista, constatación de que la propiedad privada de los medios de producción es la fuente de la esclavitud del proletariado y, sobre todo, la necesidad de superar nacionalismos, ya que **«la emancipación de la clase obrera no es una tarea local ni nacional sino social, que abarca a todos los países en los que existe la sociedad moderna y cuya solución depende de la cooperación práctica y teorica de los países más avanzados»** (9), internacionalismo que encaja perfectamente con el lema del Manifiesto: **«Proletarios de todos los países, unios».**

Tan sólo la propia existencia de las Internacionales, en cuanto éstas suponían que al fin el Movimiento Obrero iba a contar con una organización capaz de establecer una estrategia global, ya podemos estimarla como un triunfo del internacionalismo propugnado por Marx y Engels.

La 1.ª Internacional tuvo que enfrentarse, prácticamente desde el principio, con una teoría distinta de la lucha obrera como sería el anarquismo, propugnado por Mihail Bakunin. Enfrentamiento que terminaría con la salida de la Internaciona de los anti-autoritarios para pasar a su propia organización. Los apolíticos se agruparon en la Alianza Democrática Socialista. Dentro de la asociación y correspondiendo al distinto desarrollo de las formaciones sociales en ella agrupadas, se enfrentaron dos concepciones distintas de la forma en que el proletariado debía destruir el Estado, extremo en el que ambas coincidían. De un lado, el núcleo agrupado alrededor de Marx, para el que el único modo de destruir al Estado era que la clase obrera accediese al poder político; es decir, se pretendía la destrucción desde dentro y, para ello, las fuerzas obreras debían entrar en el «juego» político, aspirar a «tomar» este poder. Enfrente se situarían los núcleos seguidores de Bakunin que —una vez constatado que el poder político es fuente de corrupción— consideraban aberrante cualquier forma de aproximación a él. En definitiva, se trataba de saber si la nueva sociedad que saliese de la Revolución había de ser organizada de abajo arriba, como sugerían los anarquistas, o si, por el contrario, la nueva organización debía ser impuesta desde la cúspide. De aquí los apelativos con que ambos grupos se señalaban: autoritarios y anti-autoritarios, o políticos y apolíticos.

Tras el enfrentamiento entre Alemania y Francia en 1871, la necesidad de reconciliar a la clase obrera de ambos países llevaría, después de grandes esfuerzos, a la creación en 1889 de la II

(7) **«Manifiesto».** pp. 104.

(8) W. Abendroth. **«Historia Social del Movimiento Obrero».** Ediciones de Bolsillo n.º 7. Edit. Estela, Barcelona, 1970. pp.39.

(9) Idem.

Internacional, organización eminentemente europea, aunque en sus congresos figurara un contingente sustancial de norteamericanos y algunos delegados de Latinoamérica y Japón (10).

La experiencia acumulada por los lideres obreros les llevo bien pronto, en 1896, a eliminar el peligro de enzarzarse en continuas discusiones teóricas y, para ello, se decidió que en adelante sólo participarían aquellas organizaciones que aceptasen la transformación del orden capitalista de producción y propiedad, así como la participación en la actividad parlamentaria.

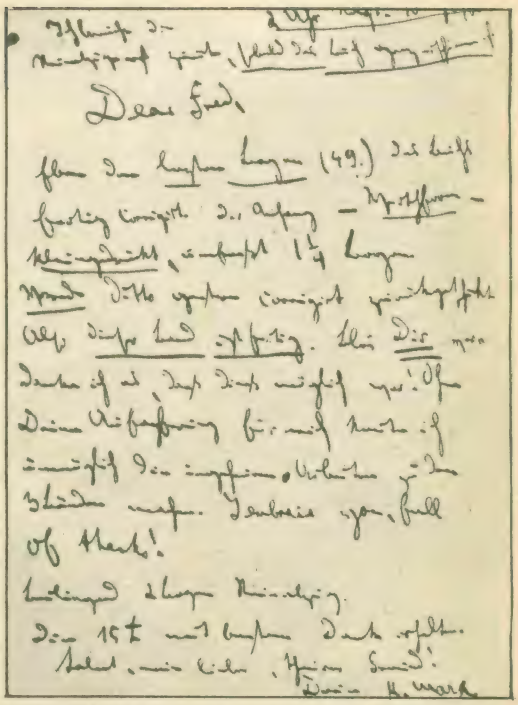
Sin embargo, el país en el que Marx había puesto más esperanzas de poder conseguir el acceso al poder del proletariado y la destrucción del «orden» burgués, Alemania, sería la cuna de los teóricos de una nueva mentalidad de entender la lucha obrera. En efecto, en Alemania el capitalismo de libre competencia tuvo que hacer frente al nuevo capitalismo de tipo oligárquico y expansionista. Capitalismo que podía elevar el nivel de vida de sus obreros metropolitanos mediante la distribución de parte de la plus-valía obtenida en las colonias.

La chispa determinante que llevaría a escindirse al Movimiento Obrero de base marxista, y que, por tanto, al menos en teoría reivindicaba para si el contenido del Manifiesto, sería menos la postura de la socialdemocracia alemana, chauvinista a ultranza, en el sentido de votar los créditos que harían posible una guerra imperialista, producto y necesidad de la fase superior por la que atravesaba el capitalismo, que el triunfo de la Revolución Rusa de 1917 y, sobre todo, la creación de la tercera Internacional con sus 21 condiciones de aceptación y **cumplimiento** obligatorio.

Por un lado, quedarían los partidos socialistas, cuyo máximo teórico en este momento y siguiendo la escuela de Lasalle primero, y Bernstein después, será Kautski. A partir de ahora y con la aparición del «socialismo democrático», se produce un auténtico foso, práctico y teórico, entre las filas de los pretendidos seguidores de Marx. Los postulados mantenidos en el Manifiesto no sólo no se tratan de llevar a la práctica sino que son «teóricamente» rechazados. Según Ebenstein (11), el objetivo de la revolución y la conquista mundiales viola la doctrina de Marx de que las condiciones de existencia del hombre determinan su consciencia y el cambio social, por lo que no es el producto de la mera voluntad y de la libre elec-

(10) Lichtheim, 295

(11) W. Ebenstein. **«Los grandes pensadores políticos».** Edit. Revista de Occidente, Madrid, sin fecha, pp. 907.



CARTA DE MARX A ENGELS, FECHADA EL 16 DE AGOSTO DE 1867. EN ELLA, EL PRIMERO AGRADECE A SU AMIGO LA AYUDA QUE LE PRESTARA PARA LA ELABORACION DE «EL CAPITAL». LA COLABORACION ENTRE AMBOS TUVO DECISIVOS RESULTADOS.

ción. Consecuentemente, la socialdemocracia, instalada en países con un capitalismo avanzado, entiende que el cambio estará en virtud de la raigambre que tengan en cada lugar las instituciones democráticas. Así, diferencia entre capitalismo democrático, que permitiría un «tránsito pacífico», y capitalismo fascista. Si el Manifiesto propugna un camino unívoco (Capitalismo - Revolución - Comunismo), la socialdemocracia aboga por un esquema que, arrancando de un capitalismo «predominante», a través de una reforma en «periodo gradual» nos llevará a una económia socializada «predominantemente».

Para Kautski, la sociedad burguesa evolucionada permite al proletariado su integración sin contradicciones importantes. Lo fundamental ahora será que el proletariado, organizado en un Sindicato fuerte, luche dentro de un campo exclusivamente reinvindicativo por pequeñas mejoras. A su vez, parte de ese proletariado, aglutinado en el Partido, intervendrá en colaboración con las otras clases en todos los organismos del Estado, con el fin de ir produciendo la legislación social más avanzada posible, pero sin que se trate en ningún momento de encauzar las fuerzas obreras hacia esa Revolución más o menos violenta que postula el Manifiesto, ya que —como señala Marx en su critica al programa de Gotha para combatir las ideas lasallianas introducidas en la social-democracia ale-

mana— *«la organización socialista de todo el trabajo (propuesta) no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que surge de la ayuda del Estado».*

Kautski rechaza por innecesarias la revolución y la dictadura del proletariado como via al socialismo, ya que —según sus premisas— al haber aceptado el sufragio universal la burguesía había sido derrotada «ya» por el proletariado.

En definitiva, el Estado ha pasado de ser la superestructura al servicio de las clases dominantes, a ser un «ente»» autónomo, superador de diferencias y al cual los trabajadores pueden acudir en busca de apoyo. Como vemos y sin querer señalar más concomitancias que las que realmente existen, esta concepción del Estado sería ampliamente desarrollada por el fascismo, en su pretensión de moderador imparcial, ya que en el fondo y aunque siguieron lógicamente caminos distintos, porque distintos eran sus objetivos, ambos no pasan de ser concepciones pequeño-burguesas que, incapaces de enfrentarse al problema de su erosión, buscan la potenciación de un organismo tutelar.

Para Lenin, en su artículo «Marxismo y Revisionismo», publicado en 1908 y refiriéndose por tanto a Bernstein y su escuela, *«el revisionismo intentó revisar lo que realmente constituye la base del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal destruyen la base para la lucha de clases —nos decían los revisionistas— y dan un mentís a la vieja tesis del Manifiesto Comunista de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera la voluntad de la mayoría, no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de la denominación de clase, ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios»* (12).

Sin embargo, la llama del Manifiesto no se perdería, ya que sería recogida por la tercera Internacional y los partidos comunistas integrados en la misma. Para ello y como primera medida, ante el desprestigio del término socialista, vuelven a los orígenes y retoman el término de **comunistas,** designación casi obligatoria para todos los partidos afiliados. Y a su vez, se potencia el internacionalismo. Los partidos comunistas deberán no sólo demostrar una cohesión aparente, como ocurría en las otras Internacionales, sino que su internacionalismo ha de ser militante y organizado, y de ahí el establecimiento de unas normas de obligada aceptación. Frente al reformismo, la revolución proletaria; frente a la integración en la máquina estatal, la potenciación de la lucha que acabe con el estado burgués.

El impulso teórico dado por Lenin, así como la imágen del primer país en que triunfó el Movimiento Obrero, conseguiría que —en todos o casi todos los países— grupos minoritarios, aunque por lo general los más lucidos y combativos, hicieran revivir el ideal perdido y pretendiesen la implantación de la dictadura revolucionaria del proletariado, único modo (según los esquemas marxistas) de hacer posible el proceso de transformación de la sociedad capitalista en socialista. Justamente esta «dictadura» fue una de las armas usadas tanto por los gobiernos como por los partidos socialistas contra los núcleos comunistas, olvidándose que tanto el término como el proceso no eran ninguna novedad, sino algo que encontramos en numerosas obras de Marx.

No obstante, las divisiones no se acabarían aquí. La situación por la que atravesaba Rusia (bloqueo, guerra civil, economía destrozada, etc.) así como la temprana muerte de Lenin, motivó que surgieran nuevas concepciones de cómo llevar a la práctica la doctrina del Manifiesto) el caballo de batalla volvió a ser, entonces, el internacionalismo. Para Stalin, las condiciones objetivas señalaban como único camino a seguir, tras el fracaso de la continuamente esperada revolución alemana, la subordinación del Movimiento Comunista a la consolidación de la patria socialista, es decir a la U. R. S. S., según señaló en su obra «El socialismo en un sólo país». Enfrente se situaría Trotski con su «Revolución permanente»: la revolución socialista solo sería posible si se extendía como una llamarada de un país a otro.

Según Garaudy (13), los objetivos que debe perseguir la Revolución para llegar a la patria socialista son: la unidad sindical, la unión de las fuerzas provenientes del trabajo y de la cultura, los consejos obreros y la huelga general como recurso crítico y esencial del paso hacia el socialismo. Pero, ¿cuál ha de ser este socialismo? El de autogestión, definido claramente por Marx: *«Una sociedad en que la libre expansión de cada uno sea la condición de la libre expansión de todos».* Aunque el propio Garaudy aclara que este socialismo no deberá ser entendido desde perspectivas proudhonianas, propias de una sociedad de artesanos, sino dentro de las condiciones de otra sociedad caracterizada hoy por la constante mutación científica y técnica que se trata de encauzar.

Aunque Garaudy sigue considerando que la abo-

(12) V. I. Lenin. **«Carlos Marx: Breve esbozo biográfico y otros artículos».** Cuadernos Anagrama. Barcelona, 1974. pp. 89.

(13) Roger Garaudy. **«La Alternativa».** Edicusa, Madrid, 1973.

«LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD HA SIDO SIEMPRE UNA HISTORIA DE LUCHA DE CLASES, OPRESORAS Y OPRIMIDAS, ENTRE EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS», ESCRIBIRIA ENGELS EN SU PROLOGO A LA EDICION ALEMANA DEL «MANIFIESTO COMUNISTA». EL DIBUJO DE MINKOV Y ROMANOV LE RECOGE (A LA DERECHA) CON MARX (EN EL CENTRO), HABLANDO CON LOS «DOCKERS» DEL PUERTO DE LONDRES.

lición del régimen de propiedad privada constituye una «conditio sine qua non» de la revolución pendiente (y aquí volvemos a encontrarnos con la doctrina incumplida del Manifiesto), tal condición no es suficiente, con lo que enmarcamos de nuevo el problema en su ámbito internacionalista, ya que Garaudy, indirectamente, está rechazando una de las formas predominantes del socialismo de hoy, es decir, la situación de «capitalismo de Estado» a que al parecer han llegado los países del bloque socialista. Para el teórico francés, el problema consiste en que el mayor mal que proviene hoy de la sociedad burguesa no es la pauperización, sino la alienación. A partir de ahí, estima que —en el caso concreto de Francia— la democracia socialista no tiene sentido como destrucción de la democracia burguesa, sino como «superación» de la misma.

Si, como vemos, en el campo comunista se está intentando encontrar nuevas vías hacia el socialismo, en el campo de la social-democracia los intentos siguen confluyendo en la línea del reformismo, aunque haya algo de común en ambos movimientos como es su propio enfrentamiento.

Para socialdemócratas como Willy Brandts (14), el estado liberal es la forma superior existente hoy, y merece el apoyo de todos los socialdemócratas. En todo caso, *«es muy superior al comunismo y supera* **también** *al comunismo evolucionado»*. En definitiva, este apoyo viene no tanto de su propia creencia en este Estado, como de la necesidad de encontrar apoyo en las fuerzas anticomunistas, dado que «hoy día no se puede ser demócrata sin ser anticomunista».

Dada la pérdida de «agresividad» comunista, los partidos socialistas se ven forzados a girar más a la derecha, en busca de una clientela electoral que les es disputada tanto por la derecha como por la izquierda. Este continuo giro hace que, en su mayoría, los postulados del Manifiesto hayan sido desechados y cuando, por lo general, por presiones de sus juventudes tengan que hacer referencia a los mismos, se vayan mixtificando en gran medida. Como ejemplo podríamos señalar, por lo claro, el caso del Partido Socialista Portugués. A raiz del 25 de abril de 1974, en su programa se señalaba que una de las metas a lograr era la implantación de la patria socialista y se indicaban modelos como Cuba, Vietnam, etc. Pues bien, en el nuevo programa redactado antes de las elecciones legislativas, aunque se sigue manteniendo el «principio», se ha eliminado toda referencia a ejemplos concretos que pudieran asustar a ciertas capas electorales. ■ **V. M. O.**

(14) W. Brandt **«La política de la Paz»**. Dopesa, Barcelona, 1972.

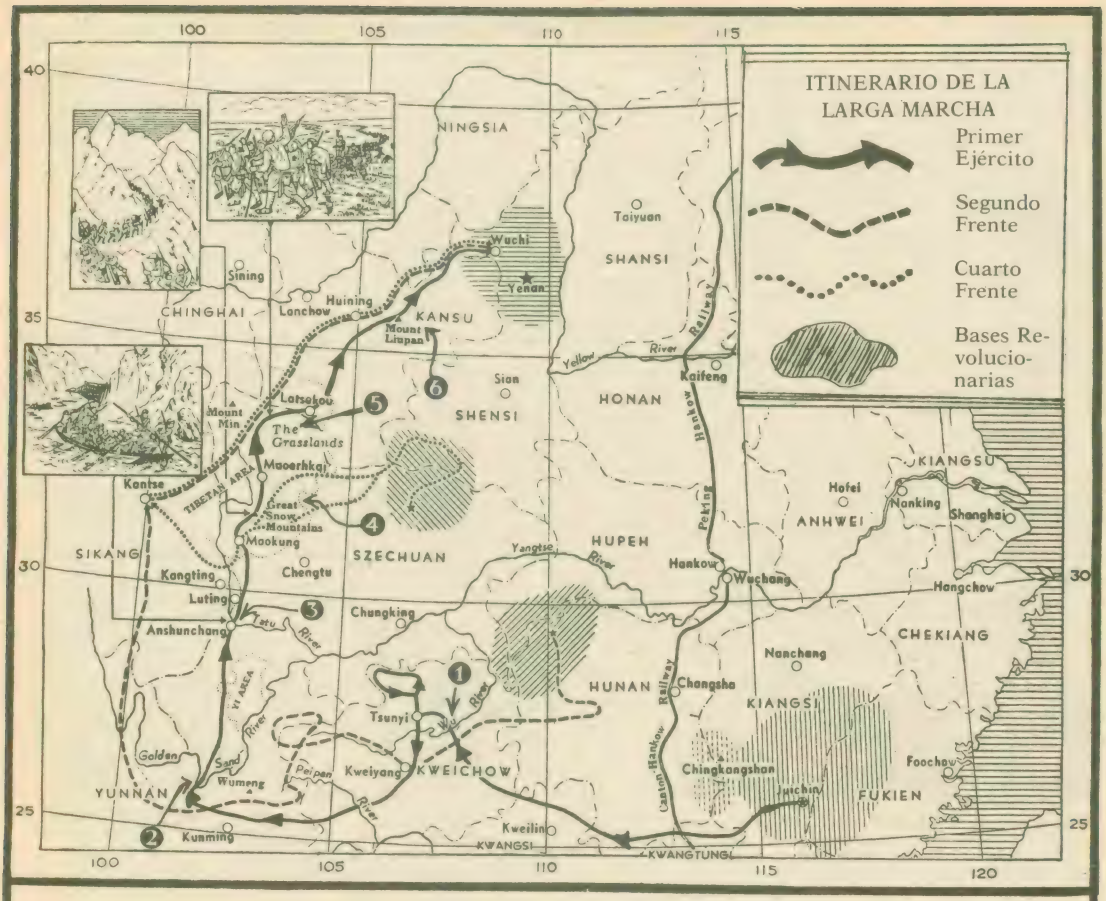
CHINA: LA LARGA MARCHA

A LO LARGO DE MAS DE UN AÑO (DESDE EL 16 DE OCTUBRE DE 1934 AL 26 DE OCTUBRE DE 1935), MAS DE CIEN MIL REVOLUCIONARIOS EFECTUARON UN RECORRIDO DE 12.000 KILOMETROS POR TERRITORIO CHINO. TAL EPOPEYA SE CONOCE COMO LA «LARGA MARCHA» Y A ELLA SE DEDICO EL MONUMENTO QUE APARECE EN EL GRABADO DE LA PAGINA IZQUIERDA INSCRITO EN UN POEMA DE MAO TSE-TUNG, AL QUE VEMOS SOBRE ESTAS LINEAS HABLANDO CON UN GRUPO DE CAMPESINOS DURANTE UNO DE LOS DIAS DE LA MARCHA, DECISIVA PARA EL FUTURO DE CHINA.

EDUARDO PONS PRADES

POR extensión, las claves del éxito de una de las más importantes retiradas militares que la historia conoce parecen ser dos: la perspicacia política y las dotes de mando de Mao Tsé-tung, jefe del Primer Ejército de Línea, plenamente avalado y asesorado por Chu Teh, otro fundador del Partido Comunista Chino, y de Chu En-lai, su comisario político (los cuatro principios tácticos que rigieron siempre fueron:

1.° El enemigo ataca, nosotros nos retiramos. 2.° El enemigo se concentra, nosotros nos dispersamos. 3.° El enemigo descansa, nosotros le hostigamos. 4.° El enemigo se retira, nosotros le perseguimos), y la estricta disciplina a la que supieron plegarse los cuadros subalternos y los soldados (las reglas básicas observadas fueron estas: **1.° Dejar limpio y ordenado el albergue ajeno. 2.ª Ser educado y cortés con las gentes y ayudarlas. 3.ª Devolver todo cuanto se os preste. 4.ª No confiscar nada a los campesinos pobres. 5.ª Ser honestos en todos los tratos con los campesinos. 6.ª Pagar todo lo que se adquiera. 7.ª Pronta entrega al mando de todos los bienes que se confisquen a los terratenientes. 8.ª Reponer o pagar todos los objetos deterio rados. 9.ª Respetar escrupulosamente las normas elementales de higiene. 10.ª No insultar ni maltratar a los prisioneros).** Los principios de la guerrilla no eran recientes ni originales, ya que, veinticinco siglos antes, habían sido anunciados por Sun Tsu, «gran maestro del arte de la guerra»; durante las Dinastías de la Primavera y del Otoño (722 - 481 a. de J. C.). Mao reconoce lo que debe a Sun Tsu, puesto que lo cita frecuentemente en las conferencias militares que da en la montaña a sus compañeros.



PRINCIPALES OBSTACULOS NATURALES VENCIDOS POR LA LARGA MARCHA

1 — 28 noviembre 1934: cruce del río WUKIANG.
2 — 7 enero 1935: cruce del río de las Arenas Doradas (Yangtsé).
3 — 27 mayo 1935: cruce del río TATU.
4 — julio 1935: escalada de las Grandes Montañas Nevadas.
5 — agosto-septiembre 1935: travesía de las Tierras Verdes.
6 — octubre 1935: escalada de los Montes Luipan.

El deslizamiento a través de las líneas enemigas se inicia el 16 de octubre de 1934. Cuando abandonan la base revolucionaria de Juechín, las columnas de la Larga Marcha están compuestas por 130.000 personas, que irán fundiéndose en los doce mil kilómetros de retirada, en la que se franquearán dieciocho cordilleras, veinticuatro ríos, los desoladores desiertos tibetanos, la región pantanosa de las Tierras Verdes, docenas de gargantas y varios territorios poblados de aborígenes que odian a los chinos. Atravesarán once provincias: Fukien, Kiangsi, Kuangtung, Hunan (tierra natal de Mao), Kuangsi, Kueuitchu, Setchuán, Yunnán, Kansu y Shensi y librarán doscientos combates y quince grandes batallas contra los generales adictos al Kuo-Ming-Tang y los mercenarios de los Señores de la Guerra que imponen su ley en la mayor parte del territorio chino.

Al llegar a la inhóspita región de Shensi, a fines de octubre de 1935, la proeza del Primer Ejército de Línea se inscribía como uno de los más notables triunfos del hombre sobre la naturaleza, sólo comparable al fabuloso vuelo del Torgut, desde Mongolia al Caúcaso, o a la audaz retirada de las tropas capitaneadas por Jenofonte, y con un precedente en la propia China: la espedición de Shih Ta-K'ai, que empezó en 1857 y terminó en 1863, y que recorrió casi veinte mil kilómetros.

EL SOVIET DE OBREROS Y CAMPESINOS DE KIANGSI

Desde los albores de 1931, Chiang -Kaig-chek había organizado cuatro operaciones de «cerco y aniquilamiento» contra la base revolucionaria de Kiangsi

En aquellas fechas existían en la China cinco bases revolucionarias organizadas en soviets: la de Oyüwan, la de Hupei-Hunán, la de Hunán-Kiangsi, la de Shensi-Setchuán y la del norte de Shensi. En las dos últimas campañas contra las posiciones estratégicas de los montes Tsingkang, el consejero japonés de las fuerzas del Kuo-Ming-Tang pudo comprobar la ineficacia de las tropas de Chiang. Todos los informes llegados a Tokio incitaban a la invasión de China, que se desencadenará con el inesperado ataque de la guarnición china de Mukden, en la noche del 18 de septiembre de 1931. Era el principio de una guerra que duraría catorce años. Y, mientras Chiang comentaba el incidente, riéndose y afirmando que prefería ver a China invadida por los japoneses que conquistada por los comunistas, el Partido Comunista chino lanzaba una proclama, desde Kiangsi, en la que se llamaba «al país entero a luchar sin tregua contra el imperialismo invasor y sus lacayos del Kuo-Ming-Tang».

El 5 de mayo de 1932, el Kuo-Ming-Tang firmaba un tratado de paz con el Japón, en Shanghai. En él se prohibía el estacionamiento de tropas chinas cerca de la ciudad, que en adelante tendría una guarnición japonesa. Y Chiang se comprometía «a hacer cesar toda acción antijaponesa en cualquier lugar de la China en donde pudiera producirse». El 10 de junio, el Consejo Ejecutivo del Soviet de Obreros y Campesinos de Kiangsi, cuyo presidente era Mao Tsé-tung, declaraba la guerra al Japón.

Los graves conflictos surgidos, desde enero de 1931 hasta abril de 1932, entre los Señores de la Guerra, acaudillados por Chiang Kai-chek, y los viejos izquierdistas moderados del Grupo de la Colina Occidental, habían dado un respiro a los comunistas. La deserción de dos comandantes del Ejército revolucionario, Kuo Ping-Sheng y Lung P'u-Lin, daba pie a que Mao nombrara mandos adictos a sus tesis. Pero, en compensación, en diciembre de 1931, dos brigadas del Kuo-Ming-Tang, las 73 y 74 del XXVI Ejército de Marcha, se habían rendido a las fuerzas revolucionarias, con todo su material bélico: unos 20.000 fusiles, varios centenares de máquinas automáticas ligeras y pesadas, más de 100 piezas de artillería y varios equipos completos de radio. Entonces fue cuando Chiang, con la consigna «no temer a los bandidos rojos, no subestimarlos, buscarlos y destruirlos», lanzó su cuarta campaña, que duraría desde junio de 1932 hasta marzo de 1933, en la que el Kuo-Ming-Tang empleó más de medio millón de hombres. El mayor éxito de aquella operación fue la reducción del soviet del lago Hung, en la frontera Hupei-Hunan, cuyas fuerzas se replegaron hacia las montañas Miao, al NO de Hupei, lindando con Setchuán, Hunán y Kueitchu. Mao, que discrepaba de la táctica que se seguía, y encontrándose en minoría, optó por retirarse y consagrarse, durante un tiempo, a la organización del Soviet de Kiangsi, quedando al margen del mando del Primer Ejercito de Línea, que asumió Chu Teh. Mao terminó el reparto de 60.000 hectáreas y prescribió que el esfuerzo económico frente al bloqueo debía centrarse en aumentar la producción agrícola, para asegurar un aprovisionamiento en cereales que cubriese las necesidades del Ejército rojo y la población civil, así como el dealgunas materias primas para las industrias recién creadas. Los campesinos aún no colectivizados fueron organizados en grupos de asistencia mútua y en equipos de trabajo agrícola. Se fundaron nuevas cooperativas en las que los bueyes de tiro y otros animales eran mantenidos y conducidos al trabajo por varias familias. «Nos hemos hecho totalmente independientes del mundo exterior, afirmarían los sitiados. Hemos establecido industrias para fabricar papel, tejer e hilar las telas, refinar el azúcar, extraer el wolframio y producir nuestros propios aperos de labranza. Incluso hemos llegado a comerciar con gentes del campo enemigo, que eran hostiles al bloqueo, haciendo pasar wolframio más allá de la base, a cambio de sal y de tejidos de lana».

El remate de la cuarta campaña, en la que Chiang-Kai-chek alinearía 75 divisiones, librándose una serie de batallas con resultados alternos, fue el establecimiento del bloqueo de la base revolucionaria de Kiangsi. Base que había sido creada por Mao

en octubre de 1930. El asedio lo dirigía el general Chu Pei-Te.

CONSEJEROS MILITARES ALEMANES EN AMBOS BANDOS

En Europa, los nacional-socialistas alemanes han subido al poder y el Tercer Reich no tardará en exteriorizar su irrefrenable vocación imperialista, mandando varios consejeros militares a Chiang-Kai-chek, bajo el mando de los generales von Seeckt y Wetzell, que vienen a completar la variopinta gama de consejeros japoneses, norteamericanos y franceses que ejercen en territorio chino desde la creación del Kuo-Ming-Tang. En octubre de 1933, cuando se inicia la quinta campaña de «cerco y aniquilamiento» (de «saneamiento», según Chiang, el cual, a los pueblos sospechosos de simpatizar con los revolucionarios, los llama «poblados infectados»), el Kuo-Ming-Tang dispone de casi un millón de hombres frente a los ciento ochenta mil del Primer Ejército de Línea revolucionario. La táctica seguida por el general Chu Pei-Te, uno de los mejores colaboradores de Chiang, es la de la despoblación y allanamiento del territorio conquistado. Se construyen blocaos (en un año se construirán cerca de tres mil alrededor de la base de Kiangsi), los cuales, a medida que las tropas de Chiang avanzan, son desmontados y se reconstruyen en el terreno tomado al enemigo. Día a día el cerco se va estrechando.

En semejante circunstancia, el talante democrático de la fracción adicta a Mao, cuya máxima era «dejar reflexionar y estudiar una cuestión el tiempo necesario, pero cuando se toma una decisión debe cumplirse a rajatabla», iba a torcer el curso de los acontecimientos, por lo menos en lo inmediato, en detrimento de las fuerzas revolucionarias.

El Consejo Supremo del Ejército rojo, presidido por Peng-Teh-huai, muy influido él mismo por Li Li-San, que ha estado en Moscú a fines de 1930, y por un grupo de estudiantes que acababan de regresar de la capital moscovita, y bajo los consejos de otro general alemán, toma una decisión que Mao y Chu En-lai, absteniéndose, desaprueban totalmente. «Es una decisión impropia de un organismo revolucionario», escribirá Mao. En el momento más crítico del bloqueo, algunos de los miembros del Partido Comunista y especialmente el desviacionista Pen Teh-huai, adoptaron una errónea política defensiva pasiva, cuando lo cabal era atraer al enemigo hacia el interior de nuestro territorio; luego concentrar fuerzas superiores para atacar sus puntos débiles y barrer los contingentes enemigos uno tras otro, en una guerrra de gran movilidad».

Si precisamos que era el general alemán Li-Teh, llamado también «Otto», (delegado por el Komintern, que es tanto como decir Stalín), el que asesoraba al Consejo Supremo, y bajo orientación el Primer Ejército de Línea librará interminables batallas de posición, empeñándose en conservar las ciudades conquistadas, perdiendo así la iniciativa y acusando grandes bajas y una profunda desmoralización, no podemos sino emparejarlo con otro no menos nefasto consejero, en el terreno político, llamado Borodín, también delegado por el Komintern años atrás.

(En 1943, cuando los japoneses habían puesto precio a la cabeza de Mao, en un millón de dólares, porque sus guerrillas «entretenían» a mayor número de unidades niponas que el empleado en todo el sureste asiático contra los ejércitos aliados, lossoviéticos comenzaron a enviar armas y municiones a los revolucionarios chinos. En el primer envío, estos encontraron un **Manual de guerrillas.** Los destinatarios lo hojearon y Lin Piao comentó: «Menos mal que este libro no cayó en nuestras manos hace unos años, porque, de haber seguido sus instrucciones, a estas horas estaríamos todos muertos»).

El 11 de octubre de 1934, Chu En-lai y Chu Teh presentan su informe semanal a Mao, que estaba convaleciente de la malaria contraída un mes antes: «Los nuevos alistamientos se hacen raros, la sal escasea y, en los últimos treinta días, en el campo atrincherado han muerto unas diez mil personas. El Primer Ejército de Línea cuenta aún con 70.000 soldados aguerridos». Chu En -lai aporta algunas precisiones más:

— Hasta hoy hemos vivido de las reservas. No hay suficientes víveres para pasar el invierno y sólo disponemos de municiones para unas semanas. Estamos completamente sitiados.

Mao le observa fijamente, sonríe, se atusa su espesa melena negra y extendiendo un tosco mapa sobre el suelo de la cueva, dice:

— Propongo que salgamos cuanto antes. Aquí, en Juechín, a dos pasos de la base central, hay un desfiladero y las informaciones que tenemos de ese sector son excelentes: Chiang ha fusilado a muchos oficiales suyos que querían luchar preferentemente contra los japoneses y en sus filas reina un gran descontento. Pasaremos por ese desfiladero.

Chu En-lai y Chu Teh quedaron suspensos. Mao añadió:

— Iremos hacia el norte, hacia las montañas que bordean el río Amarillo. Por allí andan

KIANGSI ERA —A COMIENZOS DE LOS AÑOS TREINTA— UNA DE LAS CINCO BASES REVOLUCIONARIAS CHINAS ORGANIZADAS EN SOVIETS. ES EN ELLA DONDE MAO HABLA EN LA IMAGEN A NUMEROSOS OBREROS Y CAMPESINOS DURANTE UN MITIN.

los japoneses y Chiang tiene muy pocos amigos. Nosotros, en cambio, en Shensi tenemos muchos camaradas.

Los dos colaboradores de Mao no salían de su asombro. Chu Teh exclama:

— ¡Pero si Shensi se encuentra a más de diez mil kilómetros! ¿Cómo demonios vamos a llegar hasta allí?

Mao se levantó y, recobrando su seriedad, señaló sus pies y respondió:

— ¡Andando!

Se convocó urgentemente el Consejo Supremo y los dirigentes del Partido Comunista chino tomaron una decisión dramática: abandonar la República sovietica de Kiangsi y emprender una gran retirada estratégica, gracias a la cual —paradojas de la historia—, a la vuelta de dos lustros, el ejército derrotado recuperaría la iniciativa y se lanzaría a la conquista del país entero.

Unos meses más tarde, en febrero de 1935, iniciaría su larga marcha otro ejército revolucionario, el más importante de todos, el Cuarto Ejército de Línea, fuerte de unos 65.000 hombres, mandado por Chang-Kuo-tao, que pasaba por ser el rival más serio de Mao en el organismo superior del Partido.

UNA RETIRADA POLITICO-MILITAR: LA REVOLUCION CHINA PONE PROA AL FUTURO

Las condiciones en que se realiza la Larga Marcha reflejan lo esencial de la doctrina de los guerrilleros comunistas chinos: «el arte de combinar la lucha política con el armamento del pueblo». Así, a la vez que se toman disposiciones para asegurar la protección de la columna y de las fuerzas combatientes en particular, cuando se llega a una aldea lo primero que se hace es detener, si no se han ido antes, a los usureros y juzgarlos —y ejecutarlos si ha lugar—; se recoge información y se escuchan las quejas de los campesinos. Luego se reparten las tierras y se queman los títulos de propiedad de los terratenientes y se organizan cursillos culturales y profesionales, puesto que en la Larga Marcha hay dos buenas docenas de ingenieros agrónomos. Después viene el capítulo de las diversiones, que interesa tanto a las gentes de los pueblos como a los maltrechos expedicionarios. El millar de jóvenes, estudiantes casi todos, que formaban parte de la Escuela Dramática de Kiangsi, dan representaciones teatrales, a base de piezas de ambientación rural, a veces improvisadas sobre la marcha —teatro directo, en suma— y en las que a menudo se reflejan situaciones locales. También se organizan charlas, interminables charlas que servirán para desacomplejar a los campesinos, cuyo vocabulario habitual apenas alcanza el medio centenar de vocablos, a la vez que los adiestra en el planteamiento de sus problemas. Se imprimen diarios y boletines, que se leen en voz alta, ya que el porcentaje de analfabetos es elevadísimo: entre 90 y 95%, según las regiones.

Al reemprender la marcha, en los pueblos se quedarán viejos militantes (unos cinco mil a lo largo del camino), que llevarán la buena palabra por doquier ya que «la Larga Marcha es igual que una máquina sembradora, que expande la simiente por las tierras que pasa y que un día nos dará una bella cosecha», reza un slógan revolucionario. Las gentes quedan asombradas cuando ven ponerse en camino a las recuas de animales, y a los seis mil portadores, cargados con tornos, fraguas, estampadoras, material de artes gráficas, telares, máquinas de coser, ruecas, amén del ganado y las reservas de alimentos y de municiones.

A las familias de los pueblos se

les confiará, alguna vez, el cuidado de heridos intransportables, de ancianos y de niños (el propio Mao dejará a tres de sus cinco hijos). En ciertos casos, aquellas gentes conseguirán esconder a miembros de la Larga Marcha durante varios años. Más tarde, cuando el Ejército rojo chino iniciará su marcha victoriosa en sentido contrario, muchos de aquellos niños, hombres ya, combatirán en grupos autónomos de guerrilleros, que se han creado en el interior del país. Por de pronto, reconociendo el valor de la estrategia preconizada por Mao y sus compañeros, «conquistar el campo para el Partido y sitiar luego las ciudades», las luchas intestinas han perdido mucha virulencia, si bien todavía se producirán fricciones, hasta que, en enero de 1935, en la histórica conferencia de Tsuenyi, Mao será elegido Presidente del Politburó, tras haber forzado a Ch'in Pang-Hsien (formado también en Moscú) y a sus adeptos a inclinarse y a reconocer sus errores.

En adelante, bien respaldado por Chu En-lai y Chu Teh, Mao acabará siendo, incontestablemente, la personalidad de mayor relieve del Partido Comunista chino. Y esto no tanto por el peso de las decisiones de Conferencias o Asambleas, más o menos representativas, como por la habilidad y firmeza con que condujo la Larga Marcha a su destino.

JUECHIN - RIO WUKIANG: LOS PRIMEROS 2.500 KILOMETROS

La verdad es que nunca un ejército, numéricamente tan importante, dio la impresión de estar tan desarticulado. Esta aparente desorganización, añadida a lo que Chiang Kai-chek y sus consejeros consideran como un lastre insalvable: los elementos no combatientes y el material no bélico que transporta la Larga Marcha, desconcertará a los Señores de la Guerra, poco imaginativos en general, e incapaces de comprender hasta qué punto una guerra revolucionaria puede alterar las coordenadas consagradas en las academias militares, tan sólo con saber tensar a fondo los bien forjados resortes morales de sus militantes.

El armamento es escaso y diverso: fusiles ingleses y norteamericanos tomados al enemigo y ametralladoras rusas, que les causan muchos quebraderos de cabeza, por cierto. Casi nadie lleva uniforme y galones, desde luego, no se ve ni uno. La premisa «los jefes enseñan a los soldados, los soldados enseñan a los jefes y unos aprenden de otros», es aplicada plenamente. La retaguardia del Primer Ejército de Línea, para que el grueso de la caravana se ponga a salvo, librará infinidad de combates periféricos contra los destacamentos del Kuo-Ming-Tang, y especialmente contra las guarniciones del desfiladero de Juechin. Solamente saldrán con vida de la prueba unas docenas de combatientes, los cuales se dispersa-

LA «LARGA MARCHA» ARRANCO DEL RIO WU YANG, A 18 KILOMETROS AL OESTE DE JUECHIN (PROVINCIA DE KIANGSI), CUYO CAUCE VEMOS EN LA FOTO QUE HAY BAJO ESTAS LINEAS. EL PRIMER OBSTACULO IMPORTANTE CON QUE TROPEZARON LOS EXPEDICIONARIOS FUE OTRO RIO, EL WU KIANG (FOTO EN LA PAGINA ADJUNTA), PERECIENDO ALLI UNAS DIEZ MIL PERSONAS.

rán por las montañas de Kiangsi, en las que formarán nuevos grupos de guerrilleros y lucharán durante doce años. Es el primer sacrificio consentido por la Larga Marcha, para que la República soviética de Kiangsi pudiera ser evacuada.

En cerca de dos meses, desde Juechín al río Wukiang, han recorrido unos 2.500 kms. y las bajas ascienden ya a 12.000 soldados (de ellos unos 7.000 heridos, graves en su mayoría). Entonces empiezan a aparecer los comunicados victoriosos de Chiang-Kai-chek. Tras haber estado enviando destacamentos de un lado para otro, allí donde le señalaban la presencia de fuerzas comunistas, Chiang publica el famoso parte del 9 de diciembre de 1934, en el que se afirma que el Primer Ejército Rojo ha sido destrozado por la acción conjunta de las fuerzas de la Naturaleza y las del Ejército del Kuo-Ming-Tang. Pues bien, por aquellas fechas, los componentes de la Larga Marcha están descansando en las montañas de la frontera de Hunan-Kueitchu, entre los pueblos **yao** y **miao.** Este será uno de los pocos períodos de auténtico descanso que conocerán.

Peng Teh-huai sugiere que se pase el invierno en los montes Miao y que se reanude la marcha a la llegada de la primavera. Mao, que está seguro de que cualquier parada importante en aquellas regiones significaría la exterminación de la Larga Marcha, replica:

— En un viaje como éste no hay hibernación posible. Recuérdese nuestro viejo proverbio: es en un largo viaje cuando se ve la fuerza de un caballo y donde se pone a prueba el corazón del hombre. Los débiles van a morir, ya lo sabemos. Confiamos en que mueran valerosamente.

El 10 de diciembre se ponen en camino de nuevo y llegan al río Wukiang diez días después. El ejército revolucionario serpentea lentamente hacia el gran río, que baja muy crecido a causa de las lluvias y que está fuertemente guardado por las fuerzas locales adictas al Kuo-Ming-Tang.

CRUCE DEL RIO WUKIANG: DIEZ MIL BAJAS

En balsas, agarrados a troncos secos, en algunos casos; a nado, bajo un verdadero diluvio de balas de fusil y de ametralladoras, desaparecerán unos diez mil hombres, la mayor parte de ellos muertos o ahogados. El ataque ha empezado al anochecer y cuando alborea el día siguiente los soldados de la Larga Marcha han conseguido crear unas pequeñas cabezas de puente, en las que los supervivientes se afanan por recoger los cadáveres de sus compañeros para recuperar los fusiles y las cartucheras. Al atardecer del segundo día se inician varios ataques convergentes contra las posiciones del Kuo-Ming-Tang, cuyos defensores, desmoralizados ante la ineficacia de sus disparos, emprenden la fuga. Aquella misma noche, en cientos de balsas, construidas apresuradamente, pasa el grueso de la larga caravana. Las impetuosas aguas del Wukiang aún cobrarán varios centenares de vidas humanas, volcando muchas de aquellas rudimentarias embarcaciones.

Los quinientos kilómetros siguientes, hasta llegar a las inmediaciones del río Kinchakiang (nombre del curso superior del Yangtsé), en la provincia de Setchuán, son recorridos con relativa tranquilidad, tan sólo turbada por algunas escaramuzas. Chu En-lai, que manda las fuerzas de vanguardia, es informado que importantes fuerzas del Kuo-Ming-Tang se dirigen hacia

ellos. Hay que anotar un hecho importantísimo: Chu En-lai dispondrá siempre, durante toda la Larga Marcha, sin la menor interrupción, de una información detallada y puntual, gracias a la colaboración de los campesinos indígenas. Los dirigentes de la gran retirada captaron muy pronto el partido que podían sacar de ello, organizando la información propia y la desinformación del enemigo. Así muchos campesinos, debidamente aleccionados por instructores comunistas, inducirían en error a las fuerzas de Chiang-Kai-chek. Y esto pese a la creación del **Grupo A-B,** que era un organismo contrarrevolucionario del servicio secreto del Kuo-Ming-Tang, que actuaba clandestinamente en las zonas revolucionarias. Las letras A-B correspondían a las iniciales de la palabra inglesa «AntiBolshevik». Doliéndose de ello el propio Chiang dirá: «El ejército del Kuo-Ming-Tang se ve obligado a actuar siempre en la oscuridad, mientras los «bandidos rojos» van y vienen en plena luz». Esta era, no se olvide, la cualidad básica que el Ejército rojo exigía a sus hombres: la de moverse entre el pueblo como el pez en el agua. Gracias a la aceptación y a la ayuda recibida de la población, en 1934 y 1935, al desplazar del Sur al Norte sus fuerzas regulares, el Ejército rojo chino dejará destacamentos guerrilleros importantes en ocho provincias, y en catorce zonas de las mismas: al sur de Chechiang, en los cuatro puntos cardinales de Fuchién, el NE de Kiangsi; en la frontera de Kiangsi-Fuchién; en la de Kuangtung-Kiangsi, al sur de Hunan; en los límites de Hunan y Kiangsi, en los de Hunán, Hupei, Kiangsi, Yunan y Anhvei; en las montañas de Tungpai, al sur de Yunan y en la Isla de Jainán, en la provincia de Kuangtung.

A los pocos días, la aviación de Chiang efectuará repetidos bombardeos y uno de los heridos será la propia mujer de Mao, que recibirá veintitantas heridas. En vista de los informes recibidos, los jefes de la Larga Marcha toman una decisión insólita: la de dar media vuelta y dirigirse hacia el sur, volver a cruzar el Wukiang, tras haberlo bordeado durante unos doscientos kilómetros, en busca de parajes propicios para protegerse contra la aviación enemiga. El día de Año Nuevo de 1935, la columna mandada por Lin Piao cruzó la primera las zonas controladas por el enemigo, y en una semana de marcha se presentó ante Tsunyi, que tomó sin disparar un sólo tiro. El grueso del ejército llegó en los dos días siguientes y allí se detuvieron a descansar durante doce días, y a reorganizar las distintas columnas de la Larga Marcha, al tiempo que se convocaba la célebre Conferencia del Consejo Supremo Revolucionario. Mao, Chu En-Lai, Chu Teh y Lin Piao, al ver cortada la retirada de sus fuerzas por las tropas de Chiang, necesitan un voto de confianza para poder rectificar la marcha y dirigirse hacia el sur, atravesar el curso superior del Yangtsé, seguir hacia la frontera tibetana, al oeste, y trazar de alcanzar la provincia de Shensi, a través de las Grandes Montañas Nevadas y de las Tierras Verdes.

Los dirigentes de la Larga Marcha pueden confiar plenamente en sus compañeros, ya que en el cruce del peligroso Paso de Loushan (situado entre la frontera de Setchuán y Tsuenyi), se ha puesto una vez más en evidencia su voluntad de resistencia. Peng Teh-huai intentará otra vez, y no siempre con las más nobles armas, que la Larga Marcha pase el invierno en las aldeas **miao.** Pero Mao, ante un nutrido auditorio de luchadores veteranos, analizará fría y meticulosamente la situación. Los representantes de Cantón, que gozan de gran autoridad, son los más impasibles. El Consejo deliberará durante seis horas. Al terminar la reunión, Chu En-Lai se reúne con Mao, que está admirando el valle del Wukiang, extasiado. Chu permanece a su lado unos instantes, silencioso. Mao ladea ligeramente la cabeza e interroga a su compañero con la mirada. Chu, sonriéndose, le da la noticia:

— Todos estamos de acuerdo en ir contigo al Tibet.

Mao, empujando suavemente a Chu por la espalda, sugiere:

— Bien, ¿y si fuéramos a echar un vistazo al mapa?

Unas horas más tarde, Mao perdía a su tercera mujer, la cual, dada la gravedad de su estado, tuvo que ser evacuada hacia el Tibet, siendo enviada después a Moscú. (La primera le había sido impuesta por su familia. El matrimonio no se consumó y Mao se separó de ella. La segunda, Kai-Hui, fue vilmente estrangulada, estando encinta, por los soldados de Chiang, en 1927, en Changcha).

LA LARGA MARCHA INICIA UN VASTO RODEO POR EL SUR

Para cubrir esta nueva etapa y desorientar a los generales enemigos, Mao envía cuatro fuertes destacamentos a su encuentro, con el fin de que lleven a cabo varias operaciones de distracción y retardamiento. Las marchas se harán de noche, hasta que se llegue al Yunan. Esta provincia está en manos de un «comisario de la pacificación», Lu-Han, delegado por Chiang, al que asisten dos rufianes de talla: Chang «Treinta y seis caballos» —gobernador militar— y Lung «Tigre enjaulado» —gobernador civil—. Allí, la tradición administrativa estaba basada en la más abyecta corrup-

MAO TSE-TUNG Y CHU TEH, JEFES MAXIMOS DE LA «LARGA MARCHA». SU SENTIDO TACTICO Y ESTRATEGICO, LA CONFIANZA HACIA ELLOS DE LOS REVOLUCIONARIOS Y SU CONCEPTO DE LA DISCIPLINA, CONVIRTIERON UNA RETIRADA COMO ESTA —EMPRESA IMPOSIBLE, SEGUN TODAS LAS OPINIONES— EN UNA BAZA ESENCIAL PARA EL TRIUNFO DEL SOCIALISMO.

CONSTRUIDO POR LOS EXPEDICIONARIOS DE LA «LARGA MARCHA» PARA DESORIENTAR A LAS TROPAS DE CHIANG KAI-CHEK, ESTE PUENTE DE BAMBU SOBRE EL RIO DE LAS ARENAS DORADAS FUE BOMBARDEADO DURANTE UNA SEMANA MIENTRAS QUE LOS REVOLUCIONARIOS CRUZABAN EL CAUCE A 130 KMS. DE ALLI.

ción, en la que sólo prosperan los traficantes de opio. La agricultura, donde existía un paro endémico, que alcanzaba a miles de campesinos, estaba dedicada casi exclusivamente a la cultura de la hierba azul. Mao y sus compañeros, conocedores de aquella situación, deciden que la provincia de Yunan sea adoctrinada a fondo. Esto representa, en primer lugar, el lograr persuadir a los campesinos que deben renunciar a los juegos de azar, a fumar opio y a asistir a las representaciones en los «tambores de flores», que son espectáculos teatrales indecentes. Impedir también la destrucción de los palanquines mientras no se pueda abolir el **status** social que los hace posibles, y abogar por el aumento de las tarifas de transporte. (Esta medida, más reformista que revolucionaria, dará, no obstante, frutos eminentemente positivos, ya que el gremio de palanquines será el crisol, en el Yunan, de los grupos de resistencia más activos). Prohibir la elaboración de alcohol y azúcar de calidad nociva. Y preconizar el cese del vagabundeo. En una palabra: luchar contra el individualismo y fomentar la unidad de quienes arrastran una existencia infrahumana. Para ello es necesario establecer un estrecho y sostenido contacto con las gentes del país. Con los campesinos sobre todo, a quienes exponen los objetivos de la Revolución, que Mao explica con crudeza, sin el menor rodeo: «una revolución no es como invitar a alguien a comer, escribir un ensayo, pintar un cuadro o hacer calceta; no puede ser ninguna de estas cosas tan refinadas, tan apacibles y gentiles, suaves, dulces, bondadosas, corteses, magnánimas. Una revolución es una insurrección, un acto de violencia mediante el cual una clase arroja del poder a otra». Y, ante los cuales, los dirigentes de la Larga Marcha se comprometen a dejar unos cuantos grupos de guerrilleros en las vecinas montañas de Kunming, capaces de defenderlos contra los traficantes de opio. Otra categoría de campesinos son aquellos que, acorralados por la miseria, se han hecho salteadores de caminos, «bandidos casi rojos» los llamará Mao, ya que considera que a éstos se les puede convertir. «A los demás, a los «bandidos blancos» —añadirá—, se les puede comprar». Tras organizar varias expediciones punitivas y ejemplarizadoras, se llega a un acuerdo con algunos jefes de bandas. Con éstas se formará un cuerpo auxiliar, que acompañará y guiará a los revolucionarios a través de la provincia de Yunan, casi totalmente desprovista de caminos y en cuyas montañas es muy difícil, sobre todo en invierno, localizar los senderos. El tiempo reinante es malísimo y por los pasos se despeñan infinidad de bestias cargadas con comida. A los mandos de la Larga Marcha, al escasear los víveres, les costará mucho trabajo lograr que los «bandidos» recién incorporados no saqueen las miserables aldeas por las que pasan. Enseguida se organizan cursillos culturales intensivos para inculcarles el espíritu de sacrificio y las reglas estrictas que caracterizan a los veteranos de la columna. Y tratar de recuperar a los que merecen seguir formando parte de la Larga Marcha. En una de las localidades saqueadas se celebra un juicio público y se decapita a cincuenta saqueadores.

El escritor chino Jerome Ch'ên, describe la travesía de Yunan así: «Se hizo en tres columnas, que fingieron el ataque de Kuinming, pero que se dirigieron rápidamente hacia el oeste, y, repentinamente, torcieron hacia el norte, en dirección al río de las Arenas Doradas (curso superior del Yangtsé).» Ocho días emplearán las espaciadas columnas de la Larga Marcha en cruzarlo.

MAO Y SUS COMPAÑEROS FRANQUEAN EL RIO DE LAS ARENAS DORADAS

La maniobra nos la cuenta, con su estilo sobrio, Edgar Snow, el periodista extranjero que mejor conocía la China comunista, en su libro **Red over China today:** «Después de atravesar las salvajes montañas del Yunan occidental, donde el río Yangtsé se desliza entre profundísimas gargantas, los hombres y mujeres de la Larga Marcha se encontraron con que todos los puentes estaban en poder de las fuerzas locales del Kuo-Ming-Tang y comprobaron que todos los vaporcillos estaban anclados en la orilla opuesta. Otras fuerzas de Chiang acudían a la cita, con la esperanza de copar al Primer Ejército de Línea revolucionario. Los comunistas construyeron un

puente de bambú a bastante distancia del río y mandaron a varios comandos, en una rápida contramarcha de veinticuatro horas, a más de cien kilómetros de allí, al sector menos vigilado. Es decir; lejos del lugar que el Estado Mayor del Primer Ejército rojo había escogido para hacer creer al enemigo que allí se librarían los combates decisivos: el puente de bambú. Los comandos comunistas se apoderarán por sorpresa de una pequeña guarnición del Kuo-Ming-Tang, se vestirán con los uniformes del enemigo y con la ayuda de algunos campesinos persuadirán a las tropas adversas de la orilla opuesta que les envien los vaporcillos. Así, mientras la aviación de Chiang bombardea el puente de bambú durante una semana entera, a ciento treinta kilómetros de allí, la Larga Marcha, con armas, bagajes, industria móvil, hospitales y todos los servicios auxiliares, cruza el río de las Arenas Doradas. Mao y su estado mayor pasarán el noveno día al amanecer. Antes de abandonar la provincia de Yunan, una estafeta les ha entregado un mensaje confidencial: el gobierno revolucionario, el Comité Central del Partido y el Cuartel General del Ejército Rojo se han instalado en la región de Chengtu, en la retaguardia del Ejército del Kuo-Ming-Tang.

Chiang-Kai-chek concentra los restos de las cinco divisiones vapuleadas por las unidades volantes de la Larga Marcha y ordena a las columnas que llegan del centro del país, que se dirijan hacia el río Tatu, situado al norte, por donde se prevé que pasarán las fuerzas de Mao, ya que, en pleno invierno, era prácticamente imposible que intentaran pasar más hacia el oeste, donde la Larga Marcha —según Chiang y su Estado Mayor— hubiera quedado sepultada para siempre bajo las eternas nieves del Tibet. El jefe de las fuerzas armadas del Kuo-Ming-Tang recordaba, sin duda, que el río Tatu había presenciado, en épocas remotas, dos derrotas sonadas: la de los héroes de los Tres Reinos y la del príncipe Shih Ta-Kai, el último rebelde Taiping, a manos de las tropas gubernamentales. Lo grave, para Chiang, era que Mao y Chu Teh también conocían aquellos hechos de armas y que, estudiándolos a fondo, sacan la conclusión de que ambas derrotas se debían a la lentitud con que habían actuado los rebeldes. Saltarse a la torera lo que prescriben los manuales militares al uso da, a veces, excelentes resultados. Al revés, preveerlo todo a tenor de los que en ellos se apunta, reserva, a menudo, desagradables sorpresas. Así, recorriendo a marchas forzadas el millar de kilómetros que separan los ríos Yangtsé y el Tatu, la Larga Marcha va a cruzar un territorio prohibido, en el que seguramente Chiang no se hubiese atrevido nunca a entrar: las boscosas montañas pobladas y dominadas por los Lolos negros y blancos, aborígenes que odian a muerte a los chinos, y que guerrean frecuentemente entre sí.

Pero, antes de penetrar en el territorio Lolo, los hombres de la Larga Marcha recogen información y se enteran, por unos campesinos, que los señores de la Guerra de aquella región guardan como rehenes a varios jefes Lolo. En un audaz golpe de mano, los comunistas los rescatan y les devuelven la libertad. Con ellos marcha a los bosques un comandante comunista que habla su dialecto. Este les recalca su condición de chinos rojos, que combaten por la libertad de todos, y así se llega a un acuerdo: La Larga Marcha atravesará aquellos montes tranquilamente. Y, además, los temidos Lolos,

no sólo la asesorarán en todos los terrenos, sino que la abastecerán generosamente en alimentos, curando a los heridos, a base de hierbas maceradas, y guardando con ellos a los más graves. Se logra, también, que se establezca una tregua, que no se romperá ya nunca más, entre las dos tribus. Años más tarde, surgiría en aquel sector una de las más temibles guerrillas con las que tuvieron que enfrentarse las tropas de Chiang y las japonesas. En Kunming, la capital de la provincia, es donde unos seis mil estudiantes organizarían en plena ocupación japonesa, un levantamiento insurreccional memorable. Y donde, en la Guerra de Liberación, unidades compuestas de Lolos blancos y negros combatirán al lado del Ejército revolucionario».

Cruzar aquellos macizos montañosos constituyó una proeza sin precedentes. «Sólo en la cima del Pao-tung Kang, consignará Mao en su diario de guerra, una de nuestras columnas, pese a la inestimable ayuda de los Lolos, perdió las dos terceras partes de sus monturas. Cientos de bestias cayeron para no levantarse más. Y, cientos de hombres y mujeres conocieron la misma suerte».

OTRA GRAN OPERACION: EL CRUCE DEL RIO TATU

A fines de mayo de 1935, bordeando impresionantes barrancos, la Larga Marcha se presentaba en la orilla derecha del Tatu. Era imposible vadearlo si no se ocupaba antes el único puente de cadenas existente, en las inmediaciones del Anchuentchang. La primera sorpresa para las tropas del Kuo-Ming-Tang fue ver aparecer por allí a las fuerzas comunistas, tan cerca de una ciudad importante. Los hombres de la Larga Marcha sabían que debían operar rápidamente porque si no corrían el peligro de encontrarse atenazados por dos columnas del Ejército de «pacificación» de Chiang. El franqueo del Tatu comienza el 30 de mayo. La zona escogida es la del puente suspendido, el de las trece cadenas, cuyo piso de maderos había sido quemado por las tropas de Chiang que lo custodiaban. Protegido por el fuego de varias armas automáticas, el puente era una auténtica trampa. Sin embargo, la primera noche, un grupo de veinte hombres, armados de sables y de bombas de mano, colgados de los cables metálicos, cruzaron sigilosamente el puente y exterminaron a la guarnición enemiga. Se colocaron los travesaños nuevos—que los carpinteros de Mao acababan de fabricar en un bosque cercano— y la Larga Marcha empezó a pasar a la orilla izquierda. Unos veinticuatro mil hombres, enviados por el estado mayor rojo hacia el sector de Luting, para distraer tropas adversas, pasaron el río en un **ferry-boat** recuperado por un comando revolucionario. Pese a los repetidos bombardeos aéreos, el número de bajas del Primer Ejército de Línea fue, esta vez, muy reducido: apenas medio centenar de muertos.

LA LARGA MARCHA AL ASALTO DE LAS GRANDES MONTAÑAS NEVADAS

Catorce días tardaron en recorrer los 700 kilómetros que separan el río Tatu de Maoking, al pie de los grandes picachos, algunos de los cuales rebasan los

«NO NOS SACRIFIQUEMOS POR LOS «SEÑORES DE LA GUERRA», TRAIDORES A LA NACION. ALISTEMONOS EN EL EJERCITO ROJO PARA LUCHAR CONTRA EL JAPON», DICE ESTA «PINTADA» CONSERVADA DESDE LOS DIAS DE LA MARCHA.

CASINO DE LOS «SEÑORES DE LA GUERRA» EN TSUNYI DONDE, UNA VEZ OCUPADO POR LOS REVOLUCIONARIOS, SE CELEBRO EL PLENO DEL PARTIDO COMUNISTA CHINO DURANTE ENERO DE 1935. EN PLENA «LARGA MARCHA». ALLI, MAO SERIA PROCLAMADO MIEMBRO MAXIMO DEL COMITE CENTRAL. EL EDIFICIO FUE CONSTRUIDO FIELMENTE EN 1949.

5.000 m. En las marchas que precedieron la escalada, las tropas habían sufrido mucho por el calor y su vestimenta de algodón era inapropiada para afrontar las bajas temperaturas reinantes en las alturas. Y menos aun la brisa glacial del Tibet. Miles de personas perecerían en las cuatro semanas que duró aquella otra gran prueba a que fue sometida la Larga Marcha. Las afecciones cardíacas estuvieron a punto de costar la vida a dos de sus jefes: al joven general Lin Piao y al propio Mao, que fueron rápidamente evacuados hacia la llanura. A primeros de julio, la caravana llega a la primera aldea tibetana, en la que descansará un par de días, antes de reemprender la marcha hacia Mu-Kong. Este importante pueblo tibetano sería rebautizado en honor a Mao y a Niel Erh, el autor del himno **La Marcha de los Voluntarios.** En Mao-eulhai, que era el nuevo nombre de Mu-kong, se celebró la conferencia del Politburó elegido en Tsuenyi ocho meses antes. Allí se adoptó y se publicó, el 1.° de agosto de 1935, el «Llamamiento a todos los patriotas para la resistencia contra el Japón y por la Salvación Nacional», en el que se pedía la rápida creación de un frente unido. Nótese que, a mediados de julio, se había operado el contacto del Primer Ejército de Línea, mandado por Mao, Chu Teh, Lin Piao y Chu En-lai, y el del Cuarto Frente, acaudillado por Chang Kuo-Tao. Pronto se puso de manifiesto el hondo abismo que separaba a ambos mandos. Kuo-Tao era partidario de instalarse en la parteNO de la provincia de Setchuán, mientras que Mao y sus compañeros opinaban, por el contrario, que debían llegar, cuanto antes a las montañas de Shensi. Los hombres de la Larga Marcha esgrimían para ello tres argumentos clave: la unánime adhesión del campesinado de aquella región, la posibilidad de establecer la mejor base revolucionaria de que pudiera disponer el Ejército rojo y la certeza de que, por ambas razones, el ejército del Kuo-Ming-Tang primero y el invasor japonés después, acabarían acudiendo a la cita. Y así ocurrió, en efecto. La Larga Marcha no contaba ya más que con unos treinta mil soldados, rendidos, andrajosos, mientras que las fuerzas de Kuo-Tao ascendían a cincuenta mil hombres. Pero la personalidad de Mao tenía ya duros perfiles y Kuo-Tao tuvo que inclinarse. En realidad lo que hizo fue fingir que acataba la decisión del Politburó, puesto que pocas fechas más tarde, aprovechando un duro encuentro con las fuerzas del Kuo-Ming-Tang, dio media vuelta, se dirigió hacia el sur, no supo evitar a sus tropas que cayeran en múltiples emboscadas, lo que motivó el desgajamiento de ciertas unidades, que regresaron a Shensi, reuniéndose con la Larga Marcha, a la vez que otros destacamentos se rendían a las tropas de Chiang. Tchang Kuo-Tao terminaría sus días, triunfante ya la Revolución China, refugiado en el enclave británico de Hong-Kong.

EL PRIMER EJERCITO DE LINEA —MAXIMO PROTAGONISTA DE LA «LARGA MARCHA»— FUE DIRIGIDO POR MAO, CHU TEH, LIN PIAO Y CHU EN-LAI. DE ESTE CUARTETO, EL GRABADO RECOGE LAS FIGURAS DEL PRIMERO Y TERCERO.

TRAVESIA DE LAS TIERRAS VERDES

La marcha a través de la región pantanosa de las Tierras Verdes se llevó a cabo desde fines de julio hasta comienzos de septiembre de 1935. Y fue, sin duda alguna, uno de los más difíciles trances por que pasó la Larga Marcha. Los historiadores son unánimes en reconocer que aquella etapa de la retirada del Primer Ejército de Línea, constituyó el episodio más heroico que se recuerda en la historia de la logística.

Las Tierras Verdes eran, en realidad, un imenso pantano recubierto por una espesa alfombra de hierba y sepultado continuamente por una agobiante niebla baja. Por ellas soplaba casi siempre un viento fortísimo, que solía degenerar en aterradoras tormentas de lluvia y granizo. Los componentes de la Larga Marcha tuvieron que dormir las más de las veces agrupados de dos en dos o de cuatro en cuatro, apoyándose unos contra otros, porque el tenderse allí significaba una muerte cierta. Durante la etapa intermedia, que duró diez días y diez noches, no encontraron la menor huella humana y se nutrieron tan sólo de hierba seca, llegando a beber sus propios orines. Por vez primera se dieron varios casos de enloquecimiento. Muchos otros no lograron sobrevivir a este último combate contra la naturaleza.

Los expedicionarios aún tendrían que librar batalla dos veces contra la División n.º 49, del Kuo-Ming-Tang, mandada por Hu Tsung-Nan. En el primer enfrentamiento, una de las unidades de la Larga Marcha, el XXXº Ejército de Hsü Hsiang-Tao, falto de mapas y de brújulas, se perdió y se metió en un terreno pantanoso, en el que perecieron la mayor parte de sus hombres. Días más tarde, los comunistas chinos se internaban en la última cordillera de montañas que los separaban de la base revolucionaria de Shensi.

LOS MONTES LUIPAN: EL POSTRER OBSTACULO TIBETANO

El paso por estas montañas fue también muy accidentado. Los Mantzús, tribus tibetanas de un primitivismo feroz, hostigarán sin cesar a la Larga Marcha, tendiéndole emboscada tras emboscada. El mando de las fuerzas revolucionarias se ve obligado a dividir la caravana en pequeños grupos, al estilo de las expediciones americanas que iban a la conquista del Oeste, para poder enfrentarse eficazmente con los asaltantes. Antes de llegar a las fértiles llanuras del Río Amarillo, les sale al paso caballería musulmana, al servicio de Chiang, de cuyo asedio se libran sin grandes dificultades.

Al fín, pocos días después, irrumpen en la altiplanicie del Kansu. Orillean Huining y alcanzan la provincia de Shensi. Al llegar a su destino, la Larga Marcha se compone solamente de siete mil supervivientes. Han andado diez horas diarias, de promedio, durante trescientas sesenta y ocho jornadas.

En las inmediaciones de la base de Shensi, Mao y sus hombres son acogidos por el propio jefe del XVº Cuerpo del Ejército rojo, Hsü Hai-Tung, que cabalga al frente de un reducido grupo de jinetes.

— ¿Eres el camarada Hai-Tung?, pregunta Mao.

— Sí, soy yo. Y tú debes ser el camarada Mao, ¿no es así?

— Así es. Y os agradecemos de todo corazón que os hayais tomado la molestia de haber salido a esperarnos.

LA REVOLUCION CHINA EMPRENDE OTRA LARGA MARCHA

Al día siguiente de haber llegado, 26 de octube de 1935, se publicaba el manifiesto del Ejército Popular de Liberación, que comportaba ocho puntos: **1.° Unir todas las clases y capas sociales oprimidas, obreros, campesinos, soldados, intelectuales y comerciantes, todas las organizaciones populares, todos los partidos democráticos, todas las minorias nacionales, todos los ciudadanos chinos que están en el extranjero y demás patriotas, para formar un frente unido nacional, destituir al gobierno dictatorial de Tchiang - Hai - chek y constituir un gobierno democrático de coalición. 2.° Detener, juzgar y castigar a todos los criminales de guerra y a Tchiang-Kai-chek el primero. 3.° Abolir el régimen feudal de Tchiang-Kai-chek, realizar la democracia popular y garantizar al pueblo la libertad de palabra, de expresión, de reunión y de asociación. 4.° Abolir las instituciones corrompidas del régimen de Tchiang-Kai-chek y eliminar a todos los funcionarios indelicados y establecer un gobierno limpio y correcto. 5.° Confiscar todos los bienes de las cuatro familias de Tchiang-Kai-chek, de T. V. Soong, de H. H. Kung y de los hermanos Tchen, que controlan el 70% del capital del país y cuyas fortunas personales se estiman en más de 20.000 millones de dólares, así como los bienes de los principales criminales de guerra, desarrollar la industria y el comercio de la burguesía nacional, mejorar las condiciones de vida de los obreros y empleados, y socorrer a los siniestrados e indigentes. 6.° Abolir el sistema de explotación feudal y aplicar el sistema «la tierra para quienes la trabajan». 7.° Reconocer el derecho a la igualdad y a la autonomía de las minorías nacionales en todo el territorio chino. 8.° Repudiar la traidora política extranjera y no reconocer la validez de los tratados y deudas contraídas por Tchiang-Kai-chek en el extranjero durante la guerra. Firmar tratados comerciales y amistosos con los países extranjeros, basándolos en la igualdad y el interés recíproco.**

Al terminar la primera Conferencia del Consejo Supremo Revolucionario, celebrado en la base soviética de Shensi, las últimas palabras de Mao Tsé-tung fueron estas:

— Ahora, camaradas, vamos a seguir trabajando de firme, para probar al mundo que China es algo más que «un lugar ideal para cultivar adormideras».

Hoy, en la gran sala que se ha consagrado a la Larga Marcha en el Museo de la Revolución de Pekin, ante un inmenso mapa que se va iluminando, de río en río y de cordillera en cordillera, de este a oeste y de sur a norte, una joven muchacha relata a los visitantes los hitos esenciales de aquella proeza sin par. Y para que salgan de allí con una sonrisa en los labios, les explica las peripecias de una mujeruca que consiguió llevar su modesta batería de cocina, desde Kiangsi hasta Shensi, sin perder ni una sóla cuchara. ■ **E. P. P.**

SOLO SIETE MIL PERSONAS LOGRARON LLEGAR A YENAN, TERMINO DE LA «LARGA MARCHA». DICHA CIUDAD, QUE AQUI VEMOS EN PERSPECTIVA, SERIA A PARTIR DE ESE MOMENTO LA CUNA DE LA REVOLUCION SOCIALISTA CHINA.

Si su trabajo como actor le ha dado una popularidad y un prestigio sobresalientes en nuestro país, la personalidad de Fernando Fernán Gómez no se agota en esta faceta. Por el contrario, su trayectoria se caracteriza por una inquietud intelectual que le ha movido a abordar muy diversos campos expresivos. Cine, teatro y televisión han sido los más habituales (y todos recordamos films como «La vida por delante» o «El extraño viaje», montajes como «La sonata a Kreutzer» o «Mi querido embustero», programas como «Juan Soldado» o «El pícaro»), pero no hay que olvidar que Fernán Gómez es también el creador del premio «Café Gijón», y el autor de la novela «El vendedor de naranjas», de algún libro de poesía y de las obras teatrales «Marido y medio» y «Pareja para la eternidad».

Precisamente es una obra de teatro suya —«La coartada», finalista del premio «Lope de Vega» en su última edición— la que ahora ofrecemos íntegra en TIEMPO DE HISTORIA. Se basa (de ahí la publicación en nuestras páginas) en un hecho histórico: la conjura que, contra los omnipotentes Medicis, protagonizaron la familia Pazzi y un importante sector eclesiástico en la Florencia renacentista de 1477. Para la mejor comprensión de la obra de Fernán Gómez, advertiremos que su desarrollo no mantiene una continuidad cronológica, sino que va ofreciendo saltos atrás en el tiempo después de cada monólogo del protagonista, el padre Maffei, uno de los brazos ejecutores de la conspiración.

"LA COARTADA"

(Texto íntegro)

FERNANDO FERNAN GOMEZ

PERSONAJES

BLANCA DE MEDICIS, joven esposa de Guillermo de Pazzi.
ISABELA, hija del boticario Antonio di Prato.
LUCRECIA, madre de Isabela, mujer de Antonio.
ESTEBAN MAFFEI, joven clérigo.
MONTESECCO, bandido.
EL CARDENAL RIARIO.
JACOBO DE PAZZI.
BAGNONE, clérigo.
BEPPO, mancebo de botica.
ANTONIO DI PRATO, boticario.
BEFFONE, ebanista.
CRIADO, de Antonio Maffei, padre.
PADRE, de Antonio Maffei.
MUJER, del pueblo.
FRANCISCO DE PAZZI, hermano de Jacobo.
GUILLERMO DE PAZZI, cuñado de Lorenzo de Médicis.
JULIAN DE MEDICIS.
LORENZO DE MEDICIS.
CLAUDIA, niña de doce años.
CORTEJO, de Lorenzo de Médicis.
CORTEJO, del Cardenal Riario.
SECUACES, de los Pazzi.

En Florencia, siglo XV

CUADRO I

Callejón en Florencia.

Tocan a rebato las campanas. Griterío que proviene de otras calles de la ciudad.

Entra, huyendo, Esteban Maffei. Habla como si otra persona le acompañase, pero esa otra persona no existe. Esteban Maffei esta solo.

MAFFEI.—¡No ha muerto! ¡No ha muerto! ¡Os digo que no ha muerto! ¡El no ha muerto, y nosotros no hemos conseguido nada! Ha muerto el otro, su hermano, pero él no. Corremos un gran peligro, Jacobo de Pazzi, un gran peligro... No trateis de engañarme, estoy cierto de lo que os digo. Aunque el rojo estallido de la sangre en la herida me nubló la vista, tuve fuerzas para verle marcharse vivo hacia la sacristía... ¿O lo habeis visto mejor que yo? ¿Podeis asegurármelo? Se formó tanto revuelo en aquel momento que quizá yo... Pero esto es un consuelo inútil. No, no podeis asegurarme nada. No me dejeis solo ahora, Jacobo de Pazzi, no me abandoneis. Vos sabeis que yo no he hecho nada. Todos vosotros lo sabeis. Lo sabeis mejor que nadie. Y el Cardenal Riario también sabe que yo no he sido, ¡no he sido yo! Hace años que no vivo en Florencia; me marché de estos campos, de niño. Soy ajeno a las luchas de esta ciudad, no conozco a los Médicis, ni os conocía a vosotros, a los Pazzi. ¿Cómo iba a haber hecho nada yo? ¿Por qué? Decidme, ¿por qué? ¿Tenía alguna razón, algún motivo? ¿Quién soy yo para hacer esto? ¿Quién, decidme? Explicadles a todos, a los jueces, a la familia Médicis, a los hombres de Florencia, que yo no soy nadie. A mi no me creerían aunque se lo dijese a gritos y entre lágrimas, aunque me rasgase el pecho para hablarles con el corazón en la mano. Han enloquecido, y lo único que quieren es un culpable. Pero vos sabeis que ese culpable no soy yo. Explicadles a todos que yo no soy nadie. ¡Teneis que explicárselo antes que sea demasiado tarde! No podeis abandonarme ahora...Teneis que decirles a todos que yo no he sido, que no estaba allí, ni estaba en ningún lado, en ningún lado... ¡Lo sabeis, Jacobo de Pazzi! ¡No, esperad, no os marcheis! ¡No os vayais solo, no me dejeis! Yo no sé el camino. ¿Por dónde, por dónde es? Yo no soy nadie. Decídselo. ¿Cómo puedo haber hecho nada? Decidles que nunca he sido nadie. ¡Yo no existo ni he existido nunca! ¡Cómo puedo haberlo hecho yo! ¡Cómo puedo haber matado a Lorenzo de Médicis! ¡No corrais, no me dejeis solo!

Sale huyendo tras el otro

CUADRO II

La botica de Antonio di Prato.

Antonio, trabajando. Beppo, en traje de domingo.

BEPPO.—*(Mirando un frasco de botica que alarga a su maestro).*—¿Y esto qué es, micer Antonio?

ANTONIO.—Beppo, tienes que aprender a leer.

BEPPO.—Si me vais diciendo los nombres, yo voy distinguiendo los frascos por los adornos.

ANTONIO.—Sí, así empecé yo. Pero luego aprendí a leer.

BEPPO.—Mi padre dice que para ser boticario no hace falta saber leer.

ANTONIO.—Tu padre es más viejo que yo. Es de otros tiempos. Ahora todo se ha puesto muy difícil. Y este arte, más que otros. ¿Por qué crees tú que sirvo yo a los Médicis y a los Pazzi y al Obispo? Pues porque sé leer.

BEPPO.—Y porque sois el mejor.

ANTONIO.—No, Beppo. Nadie es el mejor. O por lo menos nadie sabe quién lo es. Ni eso importa mucho. Pero sí importa trabajar bien. Y yo trabajo bien porque he leído.

BEPPO.—¿De veras?

ANTONIO.—Créeme, Beppo, en Florencia los boticarios que no sepan leer ya pueden dejar su oficio. Y tú, si no aprendes, te tendrás que volver al campo, con tu padre.

BEPPO.—No, no, eso sí que no.

ANTONIO.—Claro. Florencia es más bonita.

BEPPO.—El campo es para los viejos. Aquí las cosas cambian y uno también puede cambiar.

ANTONIO.—Pues para empezar el cambio, esa cabeza llena de pelos llénatela también de letras.

BEPPO.—Alguien tendrá que enseñarme.

ANTONIO.—Mi hija Isabela puede hacerlo.

BEPPO.—¡Ah! Si me enseña su hija, ya lo creo que aprendo.

ANTONIO.—*(Le da un pescozón).* ¡Para eso te crees muy listo, eh! Anda, tráeme la salvia.

Beppo va por lo pedido. Suenan unos golpes en la puerta.

BEPPO.—¿Voy a abrir, maestro?

Llega Lucrecia, de la cocina. Se limpia las manos en un delantal.

LUCRECIA.—Deja, voy yo. Es Beffone, le he visto desde la ventana. *(Sale).*

ANTONIO.—Ese te va a quitar la novia.

BEPPO.—Pues tampoco sabe leer.

ANTONIO.—Para la ebanistería ninguna falta le hace.

Entran Beffone y Lucrecia.

BEFFONE.—¿Huy, que sabroso spezzatino se va a comer hoy en esta casa!

LUCRECIA.—¿Sí? ¿De dónde sacas eso?

BEFFONE.—Del olor que despide el ama.

LUCRECIA.—Sí que entiendes tú de guisos... No es spezzatino, sino judías con corteza.

ANTONIO.—Lo que has olido es de aquí: orégano.

Sale Lucrecia hacia la cocina.

BEFFONE.—Buenos días, maestro. ¿Trabajando en domingo?

ANTONIO.—No trabajamos. ¿No ves que éste está vestido de paje de corte? Esto que hago es estudiar. Hay que aprender siempre cosas nuevas.

BEFFONE.—Andese con cuidado, maestro, con tantas cosas nuevas. Se cuenta de muchos brujos que han acabado mal.

ANTONIO.—Nada tiene que ver esto con la brujería. Si quieres comparar, compáralo con la cocina.

BEFFONE.—Prefiero mi arte. No hay que inventar. Las sillas siempre han sido igual, y las mesas, y los arcones, y así seguirán por los siglos de los siglos.

ANTONIO.—De eso no entiendo.

BEFFONE.—Aprendes lo que te enseña tu maestro, enseñas lo mismo a tu aprendiz, y así no hay peligro de morir en la hoguera.

ANTONIO.—La botica es distinta, muchacho. Hay gente que no quiere morir ni en la cama. Si las medicinas son malas, hay que inventar otras mejores.

BEFFONE.—¿Aunque os abrasen por ello? Prefiero las sillas. Los hombres también necesitan sentarse para no morirse, ¿no creeis, Antonio di Prato?

ANTONIO.—También. Tu arte es bello y útil.

BEFFONE.—Lorenzo de Médicis va a regalar una villa a su cuñado, Guillermo de Pazzi. Han estado en el taller hablando con mi maestro. Le van a llenar las arcas de onzas de oro.

Antonio está moliendo en el mortero. Asoma Lucrecia con otro mortero en la mano.

LUCRECIA.—¿Tienes perejil?

ANTONIO.—Sí, por aquí había. Toma.

Beffone da un codazo a Beppo.

BEFFONE.—El mismo oficio. Vas para cocinera. ¿Dónde está Isabela, ama Lucrecia?

LUCRECIA.—Salió a la plaza con Adriana y con Aldo.

Vuelve a la cocina.

BEFFONE.—Dijo que me esperaría aquí.

ANTONIO.—Lorenzo y ese Cardenal que ha venido de Roma van a Misa Mayor y querían ver el cortejo.

Llega de fuera un rumor que va creciendo.

BEFFONE.—Y vos, maestro, ¿seguís cocinando? ¡Quitaos el mandil y vamos nosotros también!

Beppo va a mirar por la ventana.

ANTONIO.—Hace ya media hora que ha empezado la misa.

Beffone esta impaciente.

BEFFONE.—No se si salir a encontrar a Isabela.

BEPPO.—No se ha ido para siempre.

BEFFONE.—Tú atiende a ver si sale por ahí Satanás, y calla.

Asoma Lucrecia por la cocina.

LUCRECIA.—¿No oís? Parece que gritan... *(Va hacia la ventana)* ¿Ves algo, Beppo?

Llaman a la puerta.

BEPPO.—Desde aquí no.

Crece el rumor, se acerca.

ANTONIO.—Ve a abrir, Beppo.

Beppo va hacia la puerta.

LUCRECIA.—*(Asustada).* ¡Antonio, Isabela está en la calle!

Beppo abre. Isabela, fatigada, convulsa, se adelanta.

LUCRECIA.—¡Isabela!

ISABELA.—*(Gritando).* ¡Han matado a los Médicis!

A Antonio se le cae de la mano el recipiente que sostenía. Choca con otro y los dos se estrellan en el suelo.

CUADRO III

Callejón junto a la botica de Antonio di Prato. Llega fugitivo, jadeante, Esteban Maffei. En la misma situación del cuadro primero, hablando con una persona invisible.

MAFFEI.—¿Hemos llegado ya? ¿Esta es la botica de Antonio di Prato, vuestro amigo?... ¿La puerta trasera?... Esperad un momento, esperad. No entreis todavía... Decidme antes lo que vais a hacer, decídmelo claramente. No pensareis acusarme a mí, no pensareis echar sobre mí la culpa y decir que lo he hecho yo. Sí, ya sé que el boticario es hombre de vuestra confianza, que os lo debe todo, me lo habeís dicho. Os debe muchos favores, pero os los debe a vos, a Jacobo de Pazzi. ¿A mí, qué me debe? Vos tendreis que valerme ante él, porque yo para él no soy nadie. Nadie... Ni siquiera soy ya de aquí, de Florencia. Me fuí tan joven... ¡No, no entreis solo, no entreis! ¡No me abandoneis ahora! ¡Vos sabeis que yo no he sido, que yo no he alzado la mano contra nadie! ¡Ni he salido de Roma, ni de casa de mi padre! ¡No, no ha salido aún ni del vientre de mi madre! ¡No estoy aquí, en Florencia! ¡No me toqueis, soltad! ¿Por qué, por qué me sujetais así? ¿Soy la garantía de vuestra inocencia? Sí, ahora lo comprendo. He caido en una celada: El Cardenal Riario y vosotros los Pazzi, me necesitais como víctima expiatoria... Si la jugada hubiese salido bien, bien para todos... Pero en saliendo mal, yo pagaré por vosotros y vosotros seguireis como siempre... ¡Decidme que no, que no es eso! No me dejeis perdido... Perdido como estoy desde que me trajísteis aquí.

Un trueno. Estalla una tormenta.

CUADRO IV

Bosque en las cercanias de Florencia.

Esteban Maffei vaga perdido en medio de la tormenta que acaba de desencadenarse.

MAFFEI.—Perdido... ¿Cómo es posible? En estos bosques pasé mi infancia. No debo estar ya lejos de mi casa. Era hacia allá... Pasado el torrente... Pero, ¿está el torrente por ese lado? Cuando llegue a este claro del bosque venía de... de por allí... Sí, ese era mi camino. ¡Oh, Dios! A la luz del día conocería todo esto. Aunque, ¡quién sabe! Hace ya tantos años... Por aquí correteábamos mi hermano y yo. Y por aquí vine algún día con Claudia. Yo recogía flores silvestres para que ella se adornase. Siempre le faltaba una de algún color y había que seguir buscando. Pero, ¿por qué pienso ahora en eso? ¿Para distraerme? Sí, para espantar el miedo. ¿Qué ha sido eso? El ruido del torrente... No, ha sido como una voz... No; no puede haber voz tan potente.

Un relampago más intenso que los otros. Maffei se asusta. Se recupera después.

De nada me ha servido la luz del relámpago. Ahora recuerdo que nunca había visto el bosque en la tormenta. Es otro. Las hojas verdes de los árboles ahora estaban blancas. Blancos los troncos... Pero, ¿no he vislumbrado un brillo hacia ese lado? ¿No sería el torrente? Claudia y yo lo mirábamos desde arriba. Ella tiraba flores y me miraba. Pero nunca me atrevía a recogerlas. Se las llevaba la corriente. No, no debo andar. Mejor no dar ni un solo paso. Recuerdo... sí... sólo eso... que el torrente surgía de pronto... en un desnivel del suelo... como a traición... Mejor, no moverme... Pero, ¿cómo permanecer aquí toda la noche?

Pausa. Tras el ruido de un trueno, en el silencio, se oye más fuerte el rumor del torrente.

No, no debo moverme; está aquí, junto a mí, a un paso... Algo se ha movido, algo ha sonado... Sí, como si alguien hubiese corrido...!

Pausa. Escucha, en tensión.

¡Favor!

Pausa.

¡Favor! ¡Socorredme! ¡Me he perdido en la tormenta!

Pausa, silencio.

Y sin embargo... estoy seguro de haber oido pasos.

Quizá alguna alimaña, alguna bestia del bosque.

Cae al suelo, tembloroso.

Dios mío, Dios mío. ¿Por qué terminar así? ¿Por qué deseas que mi vida acabe de este modo, si he venido tan solo a servirte? Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...

Se oye una voz, pero sin entenderse lo que dice, por el fragor de la tormenta. Maffei, que algo ha percibido, suspende la oración. Queda en silencio, expectante, tembloroso. Vuelve a oirse de nuevo la misma voz. Maffei, inmovil, pregunta desentonadamente.

¿Qué?... ¿Quién va?

Entre los árboles, se divisa la silueta de un hombre que se acerca. El hombre vuelve a hablar igual que antes, quizá repite la misma frase, pero el

ruido de la lluvia, del viento, de las hojas cubre sus palabras. Maffei pregunta frenético.

¿¡Qué decís!?

MONTESECCO.—*(Que ha llegado al claro del bosque, y ahora es visible).*

Que alceis los brazos, eso digo. Y que os alceis vos mismo también si os quedan fuerzas. ¡Vamos, alzaos!

Monteseco empuña una daga y se ha acercado, amenazador, a Maffei. Maffei, con dificultad, temblorosos sus brazos alzados, se levanta.

MAFFEI.—¿Quién sois?

MONTESECCO.—Poco importa.

MAFFEI.—Necesito ayuda, por eso gritaba... Estoy perdido. La tormenta me ha hecho perder el camino.

MONTESECCO.—A mi también.

MAFFEI.—Podeis enfundar el arma, no tengais ningún temor... Yo estoy indefenso. No pienso hacer nada contra vos.

MONTESECCO.—Pero quizá yo contra vos sí pienso hacer algo. ¿Quién os dice lo contrario?

Un momento, Montesecco se queda en silencio, quieto, contemplando el pavor de Maffei.

¿Decís que os habeis extraviado en el bosque, que habeis perdido el camino? Pues ya os digo: yo también. Buena ayuda vamos a ser el uno para el otro. ¿Hacia dónde os dirigíais?

MAFFEI.—¿Sois de por aquí?

MONTESECCO.—No. Soy de muy lejos.

MAFFEI.—Pero, ¿conoceis estos lugares?

MONTESECCO.—Poco. Algo.

MAFFEI.—Yo, antes, hace tiempo, sí los conocía... De niño. Nací por aquí y aquí me crié... Pero... ahora no recuerdo. ¡Hace ya tantos años...! Y, además, con esta tormenta...

MONTESECCO.—A pesar de eso, si haceis un esfuerzo... Con poco que me digais, quizá yo pueda encaminaros.

MAFFEI.—¿Creeis?

MONTESECCO.—¿Hacia dónde íbais?

MAFFEI.—Iba hacia... Hacia la casa grande... La que está más allá del torrente. Por aquí cerca hay un torrente, ¿no habeis escuchado el rumor del agua?

MONTESECCO.—Sí; bien cerca debe de estar.

MAFFEI.—Pues, pasado el torrente... está la casa de Esteban Maffei. Hacia allí voy yo.

MONTESECCO.—¿La casa de Esteban Maffei?

MAFFEI.—¿Sabeis cual os digo? ¿La conoceis?

MONTESECCO.—¿La casa del padre Maffei? ¿Del dominico?

MAFFEI.—¿Sabeis quién es el padre Maffei?

MONTESECCO.—Sí... Bueno, lo sé aunque no le conozco. No, no le he visto nunca.

Maffei mira fijamente, detenidamente, a Montesecco.

MAFFEI.—Pero... yo no voy a casa del padre Maffei, del dominico...

MONTESECCO.—¿No?

MAFFEI.—La casa a la que voy yo es de su padre.

MONTESECCO.—¡Ah!

MAFFEI.—*(Muy despacio, precavido.)*

Yo soy el dominico, el padre Maffei.

MONTESECCO.—¡Ah! ¿Sois vos?

MAFFEI.—Cuando os he dicho mi nombre ya lo conocíais. ¿Por qué?

MONTESECCO. — Casualidades de la vida. Vos y yo teníamos que vernos mañana en Florencia para un asunto muy importante. No, no os asombreis; el asunto es secreto, pero no para unos cuantos. Y entre esos cuantos estamos vos y yo. No creo que este encuentro inesperado altere en nada nuestros planes. Pero si lo creeis así, me voy por donde he venido y os dejo otra vez a la buena de Dios.

MAFFEI.—No, no es necesario. Pero ¿por qué estais enterado de todo? ¿Quién sois? ¿Cómo os llamais?

MONTESECCO.—Yo soy Montesecco. *(Y enfunda su daga.)*

MAFFEI.—*(Respira tranquilo).* ¡Ah! Sois Montesecco... Creo que ... que la suerte nos ha unido.

MONTESECCO.—Veremos, veremos... Si podeis ayudarme a mí y yo puedo ayudarós a vos, tendreis razón; pero si no, toda esta gran empresa se ira al garete. De momento, estamos perdidos.

MAFFEI.—Pero algo podreis hacer. Supongo que estareis más habituado que yo a estos trances.

MONTESECCO.—Veamos cómo salir de ésto. ¿No re-

cordais nada del lugar? Claro que ¿cómo vais a recordar si esto está como boca de lobo? Pero, en fin, algo que pueda orientarnos. Mi única intención era llegar a Florencia sin que me vieran, antes de que despuntase la aurora.

MAFFEI.—Yo recuerdo que... sí, sólo eso... que la casa está más alla de ... pasado el torrente. Luego se cruza la vaguada y allí está la casa.

MONTESECCO.—¡Y creeis que eso es poco! ¡No estamos descaminados, compañero! El torrente está justo aquí, aquí mismo.

Da un golpe en la espalda a Maffei, le empuja hacia adelante. Maffei, asustado, creyendo que va a caer al torrente, se agarra a Montesecco.

MAFFEI.—¡Ah!

MONTESECCO.—*(Divertido por el susto de Maffei.)*

No tan cerca, padre, no tan cerca.

Vuelve a empujar a Maffei, y salen los dos.

CUADRO V

Sala de la casa de Esteban Maffei en el campo. No lejos de Florencia.

Ha pasado la medianoche y el tiempo es tormentoso.

Suenan unos aldabonazos y poco después cruza la escena un criado con una luz en la mano. Se cubre con una ropa improvisada. Desaparece por un corredor por el que vuelve a entrar precediendo a Maffei y a Montesecco.

CRIADO.—¡Señor Esteban, que sorpresa tan inesperada! Me compensa de los sustos que me han dado primero la tormenta y luego los aldabonazos.

MAFFEI.—¿Te asusta la tormenta, Victorino?

CRIADO.—¡Amí que va a asustarme! Pero cuando estaba en el primer sueño, mi mujer ha pegado un grito que por poco salto hasta el techo. Voy a despertar a vuestro padre. ¡Qué alegría se va a llevar mi señor!

MAFFEI.—Estamos empapados. Podías, antes, encender la lumbre.

CRIADO.—Teneis razón. *(Va hacia el hogar.)*

MAFFEI.—O si no, deja. Yo encenderé mientras tú le avisas. Ganaremos tiempo.

CRIADO.—Y recordarás tus años de muchacho.

MAFFEI.—Es verdad. *(A Montesecco.)* Yo era el encargado de mantener vivo el fuego.

Sale el criado, que ha dejado la luz sobre una mesa. Maffei va hacia la lumbre, pero se detiene, antes de llegar, para llamar al criado.

MAFFEI.—¡Victorino!

Asoma de nuevo Victorino.

VICTORINO.—Señor.

MAFFEI.—¿Sigue habiendo vino en la alacena?

VICTORINO.—Sí, ya lo sabeis. Al señor le gusta que siempre haya una garrafa

MAFFEI.—Me lo imaginaba. Mi padre no es partidario de las innovaciones. Sacadla vos mismo mientras yo enciendo la lumbre, Montesecco. Así tendremos calor por dentro y por fuera.

Sale Victorino. Maffei va a encender la lumbre. Montesecco saca de la alacena una garrafa y dos vasos y los pone sobre la mesa. Habla mientras los llena, y se sienta.

MONTESECCO.—¿Estais ya más tranquilo? ¿Se os va pasando el susto, padre Maffei?

MAFFEI.—Sí, y agradezco mucho vuestra ayuda.

MONTESECCO.—Con el vino se os pasará del todo; para algunas ocasiones no hay mejor compañero. Yo también os doy las gracias de corazón, padre. En una noche endiablada como ésta, un techo, un fuego y un vaso no se pagan con todo el oro de los Médicis.

MAFFEI.—Y si añadimos una cama...

MONTESECCO.—Si añadimos una cama no se pagan ni con todo el oro del mundo.

MAFFEI.—Pues vereis que se añadirá. Ya ha prendido el fuego. Acercaos.

Montesecco va hacia el hogar, llevando los vasos.

MONTESECCO.—Ahora, antes de que aparezca vuestro padre, os falta hacer algo.

MAFFEI.—¿El qué?

MONTESECCO.—Teneis que inventar un nombre.

MAFFEI.—¿Inventar un nombre?

MONTESECCO.—Claro. ¿No lo comprendeis? Teneis que inventar un nombre para mí. Tomad, padre... *(Le alarga uno de los vasos).*

Esto os inspirará.

MAFFEI.—Gracias. *(Toma el vaso).*

MONTESECCO.—No creo que vuestro padre me haya visto nunca. Yo, al menos, no tenía noticias de su existencia hasta esta noche; ni siquiera

había oído nunca, que yo recuerde, pronunciar su nombre. Pero el mío lo conoce todo el mundo. No lo digo por vanidad, podeis creerme. Y para un anciano recien despertado en noche de tormenta, tantas sorpresas seguidas pueden ser muy graves. El hijo, el adorado hijo, que se presenta inesperadamente en el hogar tras largo tiempo de ausencia: «¡Hijo, hijo mío querido!» «¡Padre, padre mío!». Y, de repente: «Padre mío, os presento a mi amigo Montesecco». Y el buen viejo exclama: «¡Ah, horror, horror!» Y se os muere como un pajarito.

MAFFEI.—No creo que ocurriera eso; mi padre se conserva fuerte. Pero opino que teneis razón, no es necesario que sepa quien sois.

MONTESECCO.—Eso pienso yo. ¡Vamos, un nombre, un nombre!

MAFFEI.—¿Qué os parece Cassola?

MONTESECCO.—¿Cassola? Bien, muy bien. Ya lo he utilizado. También está bien vuestro vino.

MAFFEI.—Hacía tiempo que no lo cataba.

MONTESECCO.—Es bueno, pero habreis tenido ocasión de beberlo mejor. Sin embargo, lo decís con nostalgia. ¿Cuánto tiempo llevais fuera de casa?

MAFFEI.—Hice una visita a mi padre, va para dos años. Pero hace siete que marché a Roma.

MONTESECCO.—¿Siete años? Más que suficiente. Allí se hace carrera de prisa. Sobre todo en vuestro oficio. Claro, que el mío es aún más rápido, pensareis.

MAFFEI.—Sí, pero se acaba antes.

MONTESECCO.—¿Estais seguro? A mí me enseñaron de pequeño vuestros colegas... —o me pareció entenderlo así— que el tiempo era igual de largo para todos. Para unos en la gloria de Dios, para otros en el infierno de Satanás.

MAFFEI.—Sí, la eternidad es igual de larga para todos; pero el infierno, Montesecco...

MONTESECCO.—*(Con cierta dureza).* Prohibido hablar del infierno, padre.

MAFFEI.—Vos habeis empezado.

MONTESECCO.—Retiro lo dicho. Prefiero encontrármelo por sorpresa que no sentirlo a diario aquí.

MAFFEI.—Porque lo que prefieres en realidad es no creer en él.

MONTESECCO.—Será por eso.

MAFFEI.—Pero comprende que...

MONTESECCO.—Padre, hace un rato, cuando os he encontrado perdido en el monte, he tenido la gentileza de no ejercer con vos mi oficio; no ejerzais el vuestro conmigo.

MAFFEI.—Me parece que no ha sido gentileza. Ha sido conveniencia. Pero os lo agradezco igual.

MONTESECCO.—Sí. Puede que tengais razón. Ha sido más bien compañerismo, diría yo. Aunque sólo sea por unos días, los dos servimos al mismo amo.

MAFFEI.—*(Como reflexionando en voz alta.)* Y no es sólo un nombre...

MONTESECCO.—¿Qué decís?

MAFFEI.—Que no es sólo el nombre lo que hay que inventar. Hay que pensar, además, quién sois, qué haceis, cual es vuestra familia, de que vivís...

MONTESECCO. — *(Reprendiéndole dedo en alto, como a un niño.)*

Satanás os achicharrará por tantas mentiras. ¿No le teneis miedo?

MAFFEI.—No es él quien juzga, Montesecco.

MONTESECCO.—Podemos decir que soy otro sacerdote, como vos. ¿Qué os parece? Con estas ropas de viaje no nos diferenciamos mucho.

MAFFEI.—No teneis el aspecto de un clérigo.

MONTESECCO.—¿Estais seguro de que no? Se que soy lo que llaman «un hombre de aspecto sospechoso», pero los he visto peores en cualquier gremio. ¿Y artista? El maestro pintor Cassola que ha trabajado para Sixto IV y regresa a su ciudad natal.

MAFFEI.—¿Y cómo conversaríais con mi padre si os interroga? El es buen aficionado, y los artistas siempre hablan de su arte.

Montesecco acepta la objección torciendo el gesto.

MONTESECCO.—¡Dux de Venecia! Eso me gustaría. Decidle que viajo disfrazado y que...

MAFFEI.—Pensemos en serio, Montesecco. Algo que resulte adecuado.

Entra jubiloso el padre. Se ha

echado una bata sobre su ropa de dormir.

PADRE.—¡Hijo mío, Esteban!

MAFFEI.—¡Padre!

Los dos se abrazan.

PADRE.—Ni más leve esperanza tenía de volverte a ver, por lo menos hasta fin de año.

MAFFEI.—Yo tampoco lo pensaba. Y tengo la misma alegría que vos, padre. Me han encomendado una misión en Florencia —voy en el séquito del Cardenal Riario—, y pedí permiso a Su Eminencia para desviarme y haceros esta visita. Pero a no ser por este amigo que va allí por el mismo asunto, no habría llegado. Me extravié en la tormenta y él volvió a encaminarme.

PADRE.—*(Va hacia Montesecco).* Os estaré eternamente agradecido.

MAFFEI.—Es el señor Cassola...

MONTESECCO.—*(Saludando)* De la banca, señor.

MAFFEI.—Mi amigo Jacobo Cassola.

MONTESECCO.—No me gusta ese nombre.

Maffei se aterra, mirando a Montesecco.

PADRE.—*(Con ingenua extrañeza).* ¿Cómo decís?

MAFFEI.—Dice que... no le gusta su nombre.

MONTESECCO.—No, decididamente. Lo de Cassola está bien... Pero lo de Jacobo...

Rie, divertido, su broma.

De pequeno sí me gustaba... ¡Jacobo, Jacobo! Muchos de mis amigos se llamaban Jacobo, y por eso me gustaba... Pero ahora que soy banquero me parece bien lo de Cassola. Es un apellido muy importante en Roma, aunque ahora hayamos descendido a la banca...

PADRE.—*(Cortesmente).* ¿Descendido?

MONTESECCO.—Sí, señor Maffei. Esa es la verdad. Las armas son la nobleza. Incluso vuestra agricultura es más digna. La banca es un recurso. Lo sabemos. Y os admiramos y envidiamos. Pero los tiempos obligan. A lo que iba: Cassola, bien; pero Jacobo... ¡Por Dios! Cualquiera puede llamarse Jacobo.

Entra el criado con unas viandas que deposita sobre la mesa.

PADRE.—El nombre es sólo la fachada, es para lo demás. A uno lo que le importa es el interior de la casa. Dije que os prepararan algo, vendreis desfallecidos por el viaje.

MAFFEI.—Sí que se agradece a estas horas.

PADRE.—También nuestro apellido, el apellido Maffei, se va desgastando. Pero ámalo siempre, hijo mío.

MAFFEI.—No teneis que pedírmelo.

PADRE.—El apellido es la familia. Un depósito de sangre que nos viene desde el principio de la creación y que nosotros llevaremos hasta el final de los tiempos.

MONTESECCO. — *(Comiendo).* La familia... Todos sabemos lo que es la familia... Todo lo que yo he hecho lo he hecho por la familia, por la sangre. He descendido a la banca, por la familia, para que mi familia pueda llevar su herencia de sangre hasta donde habeis dicho vos. ¡Sangre y familia! Habla muy bien vuestro padre, Maffei.

PADRE.—*(A Montesecco).* Los Maffei, quizá lo sepais, en otros tiempos eran algo más. Mi bisabuelo aún usaba su título de nobleza. Pero poco a poco todo ha cambiado y hoy yo no soy más que un labrador. *(A su hijo).* Y tú nada más que un sacerdote.

MONTESECCO.—Ser labrador no es mala cosa, creedme. Depende de los acres. Y los acres pueden ir aumentando.

PADRE.—Un labrador está pendiente de algo que le es ajeno: de la tierra, del sol, de la lluvia, del pedrisco. De poco nos sirve a los labradores la voluntad. Pero mi hijo tiene ciencia y gobierno. O llegará a tenerlo. *(A Maffei).* Tu voluntad sí es un arma.

MAFFEI.—A todos nos es ajena la voluntad de Dios.

PADRE.—Sí, pero sólo en eso nos igualamos.

MONTESECCO.—Es cierto. En todo lo demás se ven muchas diferencias.

PADRE.—Antes se diferenciaban las gentes por el nacimiento. Hoy ha cambiado todo, y la nobleza mejor es ocultarla.

MONTESECCO.—Hoy lo que más diferencia a las gentes es el dinero.

PADRE.—*(Asintiendo).* ¿Oyes? Por eso hay que ganarlo, Esteban. No digo que debamos descender al comercio, a la usura...

Se vuelve hacia Montesecco.

¡Oh, perdonad!

MONTESECCO.—¿Yo? ¿Por qué?

PADRE.—No sé... Quizá mis palabras...

MONTESECCO.—¡Ah, claro, la banca! No, no tengais preocupación. ¿No han descendido al comercio, a la usura, los Pazzi, los Médicis?

PADRE.—Sí, es cierto.

MONTESECCO.—Pues os equivocais. No han descendido, porque antes no eran ni usureros. Pero, en fin, ascendido o descendido, si ellos lo hacen, ¿por qué no vamos a hacerlo los Cassola? O vosotros, los Maffei...

PADRE.—Tú, hijo mío, Esteban, estás en el camino de ascender, de recuperar el poder perdido. Tus hermanos y yo, no.

MONTESECCO.—¿No son fértiles estas tierras?

PADRE.—Menos que cualquier ciudad. Mi hijo, ayudado por los Riario —hubo un tiempo en que su familia debió mucho a la nuestra y el Cardenal no lo ha olvidado—, puede prosperar y devolver a la familia Maffei el puesto y el honor que antes tenía.

MAFFEI.—El honor lo tenemos, padre. No se pierde por descender de condición.

MONTESECCO. — Encuentro muy razonable lo que dice vuestro padre, Maffei. Y pienso que vos desde Roma podeis hacer mucho.

MAFFEI.—Yo aspiro a hacer mucho por la Iglesia.

PADRE.—Y todo lo que hagas por la Iglesia repercutirá en gloria y provecho para nuestra familia. No te empujaría yo a ser mercader o leguleyo, pero por el camino de la religión igual podrás devolver a nuestra familia su prestigio. Veo claro el porvenir: ya no cuenta la nobleza.

Se vuelve a Montesecco.

¿Estais de acuerdo?

MONTESECCO.— *(Ponderativamente).*

Uuu... Los Alberti en el exilio... Los Luchetti reducidos a la miseria... Los Tarsi exterminados...

PADRE.—*(Que se ha exaltado, mientras enumeraba Montesecco.)*

¡Tantas y tantas familias que ya no existen! Pero unas bandas de comerciantes...

Se interrumpe, pidiendo perdón con la mirada a Montesecco.

MONTESECCO.—Seguid, seguid...

PADRE.—*(Muy exaltado, sin atreverse a seguir.)*

...de...de ...

MONTESECCO.—De «perros del dinero», así nos llaman.

PADRE.—No me atreví...

MONTESECCO.—Pero me atrevo yo y lo digo yo y lo repito: «perros del dinero», que pisotean al plebeyo y al noble, al que trabaja y al que goza, y que provienen lo mismo de arriba que de abajo, porque a esos perros no les diferencia la sangre sino su conciencia. su falta de conciencia. Y lo digo yo, que soy uno de ellos, y que me reconozco arrastrado por Satanás y que me atrevo a decir que mejor que cualquiera de nosotros es el último ladrón de caminos.

PADRE.—Ese arriesga su vida. Lo he dicho muchas veces.

Montesecco se levanta, abre sus brazos al padre. Los dos se estrechan emocionados.

MAFFEI.—Los tiempos cambian, padre. Y ahora más velozmente que nunca. En eso os doy la razón.

PADRE.—Tan velozmente —oye lo que te digo— que todo volvera a ser como antes.

Va hacia él.

MAFFEI.—Se tardará.

PADRE.—Menos de lo que piensas, Esteban. Mira a tu alrededor y verás que ya empiezan las nuevas familias a vivir como lo hacían los Maffei en tiempos de los abuelos. Siempre habrá unas pocas familias por encima de la plebe. Yo te he dado un arma, hijo mío, para que devuelvas el esplendor a la nuestra.

MAFFEI.—Yo soy un arma en manos de la Iglesia.

MONTESECCO.—Todo el mundo compagina las dos cosas.

PADRE.—Tú sirve a la Iglesia, sirve al Cardenal Riario. Es un hombre de estos tiempos, pero que no olvida los antiguos. Roma defenderá siempre lo perenne. Pero no hay que retroceder, no hay que resignarse. Hay que luchar.

MAFFEI.—Así piensa Montesecco. El ha luchado con las armas que tenía a su alcance.

PADRE.—Con su talento comercial.

Vuelve a sentarse en su sitio.

MONTESECCO.—Bien, llamémoslo así.

PADRE.—Un talento que, por lo menos hasta esta generación, le falta a nuestra familia.

Ya más sereno, cambia de tema.

Y ¿es importante la misión que os lleva a Florencia?

MONTESECCO.—Muy importante.

MAFFEI.—Muy importante.

CUADRO VI

Botica de Antonio di Prato.

Beppo abre la puerta. Isabela, fatigada, convulsa, se adelanta.

LUCRECIA.—¡Isabela!

ISABELA.—*(Gritando).* ¡Han matado a los Médicis!

A Antonio se le cae de la mano el recipiente que sostenía. Choca con otro y los dos se estrellan en el suelo.

ANTONIO.—¿Qué dices, hija?

Los líquidos se mezclan en el suelo. Empiezan a salir llamas y burbujas de colores.

LUCRECIA.— ¡Ten cuidado, Antonio!

ISABELA.—¡Los han matado! ¡En la iglesia! ¡Yo lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Sí, en la iglesia!

ANTONIO.—¡Sacrilegio!

LUCRECIA.—Serénate, hija mía. Trae agua, Beppo.

BEFFONE.—*(Gritando).* ¡Apagad eso!

ANTONIO.—¡Apágalo, Beppo!

BEPPO.—*(Con miedo).* No, no...

ANTONIO.—Písalo...

BEPPO.—No; es Satanás... Satanás...

ISABELA.—¡Cuando el sacerdote alzaba! ¡Han clavado un puñal en el cuello a Julián de Médicis!

Llora, histérica.

LUCRECIA.—Sostenla, Antonio. Voy por el agua.

Sale Lucrecia. Antonio sostiene a Isabela. La lleva hacia una silla.

ANTONIO. — ¡Apaga eso, Beppo!

Beppo va a obedecer, pero Beffone le contiene.

BEFFONE.—No, no te acerques. Es Satanás..., Satanás...

Cae de rodillas y hace la señal de la cruz. Un hombre que corre por la calle se acerca a la puerta para gritar:

HOMBRE.—¡Han matado a los Médicis!

ANTONIO.—¡Pareja de mantecatos, venid acá!

Corre Beppo a sostener a Isabela. Antonio va a pisar el fuego. Lucrecia sale con el vaso de agua. Comienzan a sonar las campanas. Entra Beppo y Lucrecia sientan a Isabela.

ISABELA.—¡He visto como le saltaba la sangre del cuello!

LUCRECIA.—Toma, bebe, bebe...

Micer Antonio ha apagado el fuego. Hay un momento de silencio en la botica. Fuera tañen las campanas, continúa el griterío. Micer Antonio va hacia su hija. Beffone sigue con la vista fija en el charco de líquido.

BEFFONE.—Era Satanás... Lo he visto... Lo he visto.

ISABELA.—En el momento de alzar... Estaba Julián de rodillas... Inclinada la cabeza, la vista en el suelo...

LUCRECIA. — *(Asombrada, con tristeza)* ¿Y en ese momento...?

ANTONIO.— *(Profundamente).* Sacrilegio.

ISABELA.—*(Tapándose los oidos).* ¡Se me ha quedado dentro el sonido de la campanilla!

LUCRECIA.—Bebe, hija.

ANTONIO.—Beppo, trae.

ISABELA.—Un hombre que había cerca de él. Ví el resplandor de la daga en el aire, pero en aquel momento no comprendí lo que sucedía.

ANTONIO.—¿Y Lorenzo?

ISABELA.—Yo ví cómo aquel hombre se precipitaba sobre Julián. ¡Ví cómo le clavaba el puñal en la nuca! ¡Y ví saltar la sangre!

Llora y rie, histérica.

LUCRECIA.—¡Hija!

Llega Beppo con el láudano.

BEPPO.—Tomad, micer Antonio.

ANTONIO.—Bebe, hija, es láudano.

Isabel bebe.

LUCRECIA.—¿La llevamos a su cuarto?

ANTONIO.—Sí, ahora. ¿Y Lorenzo?

ISABELA.—Yo vi... saltar la sangre de Julián... Recuerdo muy mal todo... Recuerdo las velas... No se veía muy bien... Pero a Lorenzo le daba en la nuca una luz blanca de un vitral... Recuerdo el olor del incienso, las velas... la sangre de Julián de Médicis... Casi no se oyó el grito del Médicis al caer. Cayó allí mismo, mientras el otro huía apartando a la gente con la daga empapada en la sangre de Julián.

Llora.

ANTONIO.—¿Y Lorenzo de Médicis?

ISABELA.—Cuando todos corrían de un lado a otro, huían, gritaban... a él le arrastraban los suyos hacia la sacristía, empapado en sangre...

Ahora, vencida por la excitación y la fatiga, llora blandamente en el pecho de su madre. En los rumores de la calle se oye gritar: «¡Han matado a Julián de Médicis!».

Los han matado... los han matado...

ANTONIO.—Lucrecia, trae un paño humedecido.

Rápida, va Lucrecia a la cocina. Se abre un instante la puerta de la calle y grita una mujer:

MUJER.—¡Doña Lucrecia, Micer Antonio, han matado a Julián de Médicis! *(Desaparece.)*

Un grito de Lucrecia en la cocina.

ANTONIO.—¡Lucrecia!

Todos miran hacia la puerta de la cocina. Aparece Lucrecia, demudada.

LUCRECIA.—No, no pasa nada, Antonio... Al entrar, vi a dos hombres en la cocina. Pero...

Entran Jacobo de Pazzi y Maffei.

JACOBO.—Soy yo, micer Antonio di Prato.

ANTONIO.—¿Vos, señor Jacobo de Pazzi?

Va solicito hacia él.

Ya sé lo sucedido. Mi hija lo ha presenciado. ¿Se puede hacer algo aún? ¿Me necesitais?

JACOBO.—Ya no se puede hacer nada. Pero yo sí os necesito.

MAFFEI.—¿Vuestra hija lo ha visto?

ANTONIO.—Estaba en la iglesia.

MAFFEI.—¿Y sabeis quién lo hizo?

ISABELA.—Yo ví al hombre cuando mataba a Julián, pero no se quién era, no le reconocí... No pude verle la cara.

JACOBO.—Micer Antonio, el tiempo apremia, y preciso hablar con vos a solas.

ANTONIO.—*(Reservado).* Señor, estos que aquí veis son como mi familia.

JACOBO.—Pero, ¿puedo considerarlos como de la mía?

ANTONIO.—Todo cuanto hay aquí es de los Pazzi.

JACOBO.—Micer Antonio, los Médicis acaban de morir. Dentro de unos minutos esas voces que gritan gritarán sólo: «libertad». Y Florencia será de nuevo la Florencia republicana.

ANTONIO.—Sí, señor.

JACOBO.—¿Entendeis lo que os digo?

ANTONIO.—Creo que sí, señor.

JACOBO.—Pero ahora, en este momento de excitación, alguien ha lanzado la voz de que nosotros, la familia Pazzi, tenemos que ver en esta muerte, y nos persiguen.

ANTONIO.—Señor Jacobo...

JACOBO.—No creerás tú, Antonio, que yo puedo haber matado a Lorenzo o a Julián.

ISABELA.—*(Se abalanza hacia él).* ¡No, tú no! ¡Pero tu maldita familia...!

Lucrecia la contiene.

LUCRECIA.—¡Hija!

ANTONIO. — Disculpadla, señor. Es presa de un ataque. Siempre ha respetado a la familia Pazzi. Sabe, como yo mismo, que os lo debemos todo. Pero Julián era el ídolo de todas las muchachas de Florencia... Y acaba de verle morir apuñalado. No sabe aún lo que se dice. Isabela, la familia Pazzi y la familia Médicis son una misma familia. Nadie ha dicho aquí que los unos hayan hecho nada contra los otros, sino que son infundios que corren. *(A Jacobo).* ¿Qué pretendeis de mí, señor?

JACOBO.—El tiempo apremia, Antonio. Se han formado patrullas. Y pronto andarán por esta calle.

ANTONIO.—¿Qué quereis que haga por vos?

JACOBO.—Escondednos en la cueva. Y, a la anochecida, llevadnos a vuestro huerto de San Giovanni. Aunque para esta hora ya habremos salido a la luz y estaremos en nuestra casa, o en la Señoría, reunidos con vosotros, con los gremios, como antaño, para ordenar las libertades de Florencia.

MAFFEI.—Las tropas de Rocalta se acercan a la ciudad enviadas por el Papa para contribuir a restablecer el orden republicano.

ANTONIO.—Nunca he querido mezclarme en estos asuntos, señor *(a Jacobo).* Pero en esta ocasión, y siendo vos el perseguido...

Se oyen golpes en la puerta.

JACOBO.—¡Llaman!

LUCRECIA.—Entrad aquí. *(Por la cocina).* Os bajaré a la cueva.

Salen los tres hacia la cocina.

BEFFONE.—¿Vais a esconderlos, micer Antonio? ¿Y si Lorenzo no ha muerto?

CUADRO VII

La cocina de Antonio di Prato.

Entra Esteban Maffei. Actúa como si le acompañasen Lucrecia y Jacobo de Pazzi, pero sólo le vemos a él.

MAFFEI.—¿Para qué nos escondemos? Lo registrará todo... Esto será como una ratonera. Jacobo de Pazzi; ¿seguís vuestro juego? ¡Soltadme, no quiero bajar ahí! Sí, ya lo veo, vais disponiendo todas las piezas para llegar a la jugada final, ¡para entregarme a mí! Y vos quedareis libre, ¡claro!, vos sois la gran familia. Vuestro hijo Guillermo está casado con una Médicis. Bien lo ha dicho ese hombre... Pero a mí, a mí me dejareis solo...

Se vuelve como para hablar a Lucrecia.

Y no he sido yo... No. Yo no estaba en el templo, ni siquiera en Florencia...¡Soltadme, no quiero bajar!

Como conducido por los otros, va bajando hacia la cueva.

¡Habeis sido vos, Jacobo de Pazzi, vos lo habeis hecho! ¡Ha sido Jacobo de Pazzi, Jacobo de Pazzi!

Desaparece por la cueva.

CUADRO VIII

Sala en el Palacio Pazzi.

Están sentados Jacobo y Francisco de Pazzi. El primero se levanta, nervioso, y va hacia una ventana.

FRANCISCO.—Por favor, Jacobo, no te impacientes, que me estás poniendo nervioso también a mí con tus paseos. Deja ya de mirar por la ventana, siéntate, y aguarda con tranquilidad a que llegue Bernardo Bandini.

JACOBO.—El traerá la noticia.

FRANCISCO.—Sí, él. Anda, ven, siéntate.

Jacobo de Pazzi se acerca.

JACOBO.—No comprendo cómo puedes tener esa calma.

FRANCISCO.—Porque estoy seguro de que todo saldrá bien.

JACOBO.—Acuérdate de los Malfatti, de los Lavelli.

FRANCISCO.—No somos tan estúpidos como el viejo Lavelli.

JACOBO.—¿Tú crees? A veces estas situaciones graves le vuelven a uno estúpido y le dejan sin la frialdad necesaria para comprenderlo.

FRANCISCO.—¿Estás arrepentido?

JACOBO.—No digo eso.

FRANCISCO.—Aunque fuésemos estúpidos nosotros, no lo es el Cardenal Riario. El plan que ha trazado es perfecto.

JACOBO.—No lo dudo. Pero en esta circunstancia, en este momento, es natural que no esté tranquilo.

FRANCISCO.—Ayer lo estabas. O disimulabas mejor.

JACOBO.—No disimulaba. Pero ayer era otra cosa. La noche tampoco la he pasado mal, aunque por un momento, pensé que no iba a poder dormir. Pero en cuanto ha sonado la hora del banquete...

FRANCISCO.—Confía en Riario, confía en Montesecco. Son hombres de experiencia.

JACOBO.—No es que tenga ninguna duda sobre el plan, no es eso. Lo he aprobado después de pensarlo y discutirlo. Y yo mismo os he convocado uno por uno a todos vosotros.

FRANCISCO.—Y a todos nos pareció bien. Había que hacerlo.

JACOBO.—Sí, un día u otro había que hacerlo. Pero no a todos nos pareció bien.

FRANCISCO.—Tú dijiste...

JACOBO.—Guillermo se negó.

FRANCISCO.—¿Y te vas a contagiar ahora del miedo de Guillermo? El siempre lo ha tenido.

JACOBO.—No es un cobarde.

FRANCISCO.—Siempre ha sido un frío.

JACOBO.—Quizá lo hace por Blanca. Y en ese caso es que teme. Que ve el peligro quizá con más claridad que yo.

FRANCISCO.—No ha sido ni cobarde ni enamorado, ni lo uno por lo otro; no le des más vueltas. Ha sido un calculador. El pertenece a las dos familias. Si se hunden los Médicis, es un Pazzi; pero si se hunden los Pazzi, es un Médicis. ¿Para qué iba a complicarse?

JACOBO.—Sí, sus razones son justas. Como las nuestras. Porque nosotros tenemos una sola familia.

FRANCISCO.—Dentro de unos años seríamos los parientes pobres de los Médicis.

Jacobo se levanta y vuelve a sus paseos nerviosos en dirección a la ventana.

FRANCISCO.—Y adiós a la banca Pazzi.

JACOBO *(desde la ventana).*—Aquel que viene de la

plaza parece el padre Maffei. Juraría que viene hacia aquí.

FRANCISCO *(va hacia la ventana).*—¿No te equivocas? Es imposible que haya sucedido ya.

JACOBO.—No me equivoco. Es el padre Maffei.

FRANCISCO.—Sí, y se dirige hacia aquí.

JACOBO.—Algo ha fallado, Francisco. Algo ha salido mal. En este momento no puede haber finalizado el banquete. Quizá no haya ni empezado.

FRANCISCO.—Cálmate, Jacobo. Ya ha entrado en el palacio.

Se aleja de la ventana.

Ahora es más importante estar sereno que acertar una adivinanza.

JACOBO.—Si es preciso huir...

FRANCISCO.—Digo que no adivines nada, Jacobo.

JACOBO.—... Dirígete a la casa de Prato, el boticario.

FRANCISCO.—¿Qué dices?

JACOBO.—Antonio di Prato, ya sabes de quien te hablo.

FRANCISCO.—Sí, sí, lo recuerdo muy bien, en eso quedamos. Pero espera ahora a que llegue Maffei; aplaza un poco tus oráculos.

JACOBO.—Prato nos lo debe todo. Nos ayudará.

FRANCISCO.—Pero... Tú no le habrás contado nada.

JACOBO.—¿Crees que soy imbécil? ¿Qué no sé lo que hemos jurado? Pero debemos estar prevenidos frente a cualquier eventualidad, y tengo mis razones para fiar de ese hombre. Nos lo debe todo.

Entra Maffei.

Venid Maffei y contadnos. ¿Qué ha sucedido?

MAFFEI.—Ante todo, no os alarméis, no hay motivo para ello.

FRANCISCO.—Sentaos, padre, habeis venido muy deprisa.

MAFFEI.—No estoy fatigado.

FRANCISCO.—Os hemos visto desde la ventana. Ahí empezó la alarma de mi hermano.

JACOBO.—¿Qué significa vuestra presencia aquí? Habeis abandonado el banquete, ¿no es cierto?

MAFFEI.—El Cardenal Riario me envía a daros noticias porque piensa que debeis estar informados. Dentro de poco habríais aguardado el griterío, las campanas... Y habríais aguardado en vano, pues no sucederá nada.

JACOBO.—Comprended nuestra impaciencia y explicaos de una vez.

MAFFEI.—El Cardenal Riario desea que no tomeis ninguna decisión por vuestra cuenta, pero quiere también obrar de acuerdo con vos. Por eso demanda vuestra opinión sobre los acontecimientos.

JACOBO.—No los conozco.

MAFFEI—No ha podido hacerse nada. Montesecco no ha tenido ocasión de realizar el plan.

JACOBO.—Aún es pronto.

FRANCISCO.—Calculábamos que quizá no hubiese empezado la fiesta.

MAFFEI.—Así es. Pero, de cualquier modo, hoy no se podrá actuar.

FRANCISCO.—¿Por qué?

JACOBO.—Acabad.

MAFFEI *(Con una sonrisa).*—Permitidme que antes empiece. Como en nuestro plan, todo lleva su orden.

JACOBO.—Escuchamos.

MAFFEI.—No había nada en el ambiente que delatase la sombra de una sospecha por parte de los Médicis. Como habréis observado, la ciudad se ha despertado como en cualquier otro sábado. La gente estaba informada de la visita del Cardenal Riario y aguardaba impaciente en Vía Larga para ver pasar el cortejo. Su Eminencia fue recibido cordialmente y se cambiaron los presentes.

FRANCISCO.—¿Vísteis de cerca a Lorenzo?

MAFFEI.—La sonrisa iluminaba su rostro. Es la primera vez que veo al Magnífico y he sentido que se me oprimía el corazón. No al conocer su rostro, sino al contemplar su sonrisa. Qué frágil es siempre el porvenir del hombre, y cómo parece un niño cuando su destino está en manos de los demás.

JACOBO.—Bien, padre Maffei...

MAFFEI.—Perdonadme. El cortejo del Cardenal llenaba todo el palacio, pero Florencia está desde hace tiempo habituada a estos acontecimientos, y ya habrá presenciado otros con más derroche. Ya os digo: ni una sombra de sospecha. Pero Lorenzo de Médicis, antes de empezar el banquete, le ha dado a Su Eminencia la información

que ha trastornado todo: Julián no puede asistir.

JACOBO.—¿Cómo?

MAFFEI.—Ha tenido esta mañana un accidente de caza. Está en cama, con fiebre muy alta.

FRANCISCO.—Vos, Maffei, ¿qué pensais de esto?

JACOBO.—¿Y el Cardenal Riario?

MAFFEI.—Tranquilizaos, señores. El Cardenal —y mi pensamiento es el suyo— piensa simplemente eso: que Julián no puede asistir porque ha sufrido un accidente de caza y está enfermo. Vosotros, señores, ¿qué sospechais?

FRANCISCO.—¿Nosotros?

MAFFEI.—Sí, ¿qué temores deseais que traslade al Cardenal?

JACOBO.—No sé... pero, en fin... podría pensarse que todo fuera una precaución de Lorenzo porque conoce o sospecha la conjura.

FRANCISCO.—El Cardenal insistió desde el principio, obstinadamente, en que era necesario deshacerse a un tiempo de los dos hermanos.

MAFFEI.—Cierto. Ese ha sido siempre su punto de vista. Y me consta que sigue opinando de la misma manera. Pero estad tranquilos. Nadie sospecha nada, nadie sabe nada. *(A Jacobo).* Guillermo, vuestro hijo, el único que podría haber hablado, no lo ha hecho. Los vuestros están en sus casas y aguardan la noticia. Rocalta se acerca a la ciudad con sus tropas, pero los Médicis ni saben ni sospechan. Agradecen la visita de Su Eminencia; la ven como una mano que les tiende Sixto IV. El propio pueblo de Florencia no sabe que dentro de poco se lanzará a la calle gritando: «¡Libertad!». Pero permitidme que os comunique las conclusiones a que ha llegado el Cardenal.

JACOBO.—Las aguardo impaciente.

MAFFEI.—La indisposición de Julián de Médicis impide que hoy se haga nada.

JACOBO.—Sí, y todos estamos acordes en que deben desaparecer los dos a un tiempo.

FRANCISCO.—¿El accidente ha sido grave?

MAFFEI.—Parece que no. Según Su Eminencia puede trastocarse el plan en dos sentidos. Uno, eliminar hoy, durante el banquete, al menos a Lorenzo, y quizá intentar llegar después hasta la habitación de su hermano Julián.

JACOBO.—Eso no resolvería nada. Los adictos a Lorenzo lo serían al momento de su hermano.

FRANCISCO.—Los partidarios de los Médicis lo son tanto del uno como del otro.

MAFFEI.—Esa es, como os he dicho, la opinión de Su Eminencia. Y si Montesecco no llega hasta el propio lecho de Julián, lo cual es casi imposible, mañana, esta tarde, ahora mismo, en cuanto cundiese la noticia, las turbas estarían invadiendo vuestros palacios. Las represalias serían lastimosas para todos. No se puede poner, por una ligereza, en peligro la vida de nadie. Ni a la Iglesia de Roma.

JACOBO.—Las razones. Las razones del Cardenal son las nuestras. Hoy no puede hacerse. Pero habéis dicho que el plan puede trastocarse en dos sentidos.

MAFFEI.—El segundo parece más indicado.

JACOBO.—Las tropas de Rocalta están llegando a la ciudad.

FRANCISCO.—Sí, mañana entrarán en Florencia.

MAFFEI.—De no hacerse hoy, habría que hacerlo mañana. El Cardenal me envía, como os he dicho, a solicitar vuestro consejo.

JACOBO. *(Con una mirada a Francisco.)*

¿Y qué consejo voy a darle? ¿Cómo vamos a hacerlo mañana? ¿Qué ocasión tenemos? Vos padre, ¿qué pensais?

MAFFEI.—Yo en esto no soy ni consejero. Modestamente, os traigo la voz del Cardenal. Pero no tengo pensamiento ni opinión. Es ésta una ocasión demasiado alta para mis merecimientos.

JACOBO *(irritado).*—Entiendo muy bien. Sois un hombre de iglesia, humilde, al servicio siempre de más altos intereses. En fin, que no quereis aclarar nada.

MAFFEI.—No os irriteis conmigo, señor. Sólo puedo deciros, si esto os sirve de orientación, que cuando vine hacia aca, Monseñor Riario conversaba con Lorenzo después de haber visitado la galería de las estatuas. Quizá vuelva mañana al palacio; con su séquito, naturalmente.

JACOBO.—¿Vos creeis? Tendríamos una nueva oportunidad.

MAFFEI.—Se lamentaba Su Eminencia de no ser suficiente un solo día para admirar las colecciones de Lorenzo. Como sabeis, también el Cardenal es un gran amante

de las artes. La colección de vasos griegos de su palacio de Roma despierta la admiración de cuantos la visitan. No sería sorprendente que Lorenzo invitase de nuevo para mañana al Cardenal. Y si Julián, como es de suponer, está repuesto, saldría a hacerle los honores.

JACOBO.—Esperémoslo.

MAFFEI.—Y creedme, señor Pazzi, nada más puedo deciros. Perdonadme ahora. Autorizadme a que me retire y dadme pronto vuestra respuesta. El Cardenal me rogó que regresase cuanto antes al banquete.

JACOBO *(consulta con la mirada a Francisco.)*

Decidle que lo que él disponga está por mí aceptado.

MAFFEI.—Agradecerá vuestra decisión, señor.

Va hacia la salida, pero se vuelve, de pronto, frenético, hacia los hermanos Pazzi.

¡Pero yo era un simple mensajero!

CUADRO IX

Cueva en la botica de Antonio di Prato.

Resistiéndose, Maffei baja las escaleras de la cueva.

Habla solo, pero como si le acompañase Jacobo de Pazzi.

MAFFEI.—¡Un simple mensajero! ¡Nada más! Insistí en ello, lo recordareis. Ahora deberéis aclararlo. Deberéis aclarárselo a los jueces, o a quienes vengan a prendernos. Porque nos prenderán ... Hemos fracasado, Pazzi, ha fallado el golpe. Yo lo sé. Pero vos repetiréis lo que yo os decía: no tengo pensamiento ni opinión, soy sólo la voz del Cardenal..., ni consejero, ni consejero soy. No lo habréis olvidado. ¿Os acordáis bien? Os enojábais cuando yo hablaba así, y ahora eso es lo importante. Explicadles bien que ni siquiera ese simple mensajero era yo. Que yo no era. Que había elegido ser otro, ser el Cardenal, o Roma, o la Santa Iglesia. Pero no era yo. Yo no sentía con mis sentimientos, no pensaba con mis pensamientos. Hacía años que no los tenía. Quizá ahora me vuelven de pronto y por eso... ¡por eso debeis salvarme! ¡Para que tenga más tiempo! Si no me ayudais no sólo me condenarán los jueces de Florencia, también Dios me condenará. Pero si me dais tiempo, yo podré procurar mi salvación. Pero para eso debo ser yo, no ser Roma, ni la Iglesia ni el Cardenal.

Se deja caer, desfallecido, sobre uno de los últimos escalones.

CUADRO X

La cámara de Julián de Médicis.

En el lecho, Julián. Junto a él su hermana Blanca y Guillermo, su marido.

GUILLERMO.—¿Te encuentras mejor, Julián? ¿Estás con ánimos para charlar un poco? Parece que el Cardenal Riario quiere subir a visitarte.

Pero Julián no le presta demasiada atención, tiene la mirada puesta en Blanca.

JULIAN *(divertido, refiriéndose a su hermana).*—No la conozco, Guillermo, ya no la conozco. Ya no entiendo el lenguaje de su mirada. Antes, cuando sólo era mi hermana, me enviaba mensajes por encima del hombro de nuestro padre y yo los descifraba al instante. Pero ahora habla otro idioma. El tuyo, ¿no es verdad, Guillermo?

GUILLERMO *(que está situado entre Blanca y Julián, se vuelve hacia su mujer).*—¿Querías decirle algo por encima de mi hombro?

BLANCA.—¿Yo? No le hagas caso. Le miraba con pena. Sé lo que es para él perderse un festejo como éste.

JULIAN.—¿Esa mirada quería decir «qué pena»? No sé, no sé... En nuestro lenguaje de antes yo habría leído «qué miedo». ¿Te habla también a ti de esa manera, Guillermo? ¿Con unas lucecitas que enciende y apaga alrededor de sus pupilas?

Guillermo se vuelve a mirar a Blanca.

BLANCA.—Sí, pero siempre le digo lo mismo.

JULIAN.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! Pero eso no es lenguaje cifrado. Lo entiende todo el mundo. ¿Quién se ama más en Florencia? Y las piedras de Florencia responden a coro: «¡Guillermo y Blanca! ¡Blanca y Guillermo!» No, eso no sirve. Lo bueno de los mensajes es que haya alguien que no los entienda.

GUILLERMO.—Me alegra encontrarte tan animado. Pensé que pudiera ser algo más grave.

JULIAN.—¡Bah! Si no ha sido nada. Lorenzo se obstinó en que me quedase en cama. Pero no me mires con miedo, Blanca. Mañana habrá pasado todo.

BLANCA.—No te miro con miedo.

JULIAN.—Ni con pena. Lorenzo repetirá la fiesta si se lo pido.

GUILLERMO *(aparta la mirada de los dos. Habla como si se consultase a si mismo.)*

No creo que invite dos veces seguidas al Cardenal

JULIAN.—No, tienes razón. Por cuestiones de política. Para él la política es lo primero —sin descuidar lo demás, se entiende, es un hombre de nuestro tiempo—. Es capaz de perderse una buena fiesta por la prosperidad de Florencia. O por la de la familia Médicis, que viene a ser lo mismo. ¡Eh, tú, Guillermo, míranos! Cuando mi hermana Blanca dejaba de enviarme mensajes con las lucecitas de sus ojos, también me estaba diciendo algo. Y también lo decía cuando no contestaba a mis preguntas. El silencio habla, Guillermo.

GUILLERMO.—Tienes fiebre, Julián, procura reposar.

BLANCA *(se acerca más a Julián).*—Sí, quédate tranquilo.

JULIAN.—Creí que solo eras tú la que me hablaba así, y todos lo hacen en Florencia. Pero la verdad es que casi siempre dicen lo mismo: «¡Cuidado, Julián! ¡Cuidado, Lorenzo! ¡Cuidado, los Médicis!» *(pausa)* «¡Cuidado, los Pazzi! ¡Cuidado, Guillermo!».

Un silencio. Julián señala los ojos de Guillermo y se dirige a Blanca.

Vamos, descíframelo, ¿qué quiere decir ahora?

Blanca mira a los ojos a Guillermo.

BLANCA.—No sé...

GUILLERMO.—Cuidado, Julián.

JULIAN.—¡Bah, qué pérdida de tiempo! Yo siempre tengo unos ojos dentro que me están diciendo: «Cuidado».

BLANCA *(sin dejar de mirar a Guillermo.)*

Ahora él es mi hermano, pero a veces no entiendo sus signos.

Pone una mano sobre la mano de Guillermo.

Me mira como tú de niño, por encima de los hombros de todos, pero yo no le entiendo. Le miro al fondo de los ojos, avanzo por ellos a tientas como en una larga cueva, y me pierdo sin encontrar nada.

Se vuelve hacia Julián.

¿Sabes cuándo no le entiendo? Cuando él no quiere.

JULIAN *(riendo).*—¡Pues ya les has entendido!

Entra el Cardenal Riario seguido de Lorenzo de Médicis y del padre Bagnone.

CARDENAL.—Señor Julián de Médicis, hijo mío, un joven tan despierto como vos, ¿cómo tiene un accidente en vísperas de una fiesta?

JULIAN *(incorporándose en el lecho).*—Excelencia...

CARDENAL.—No os incorporéis. Sin duda el médico os habrá aconsejado reposo, a falta de más conocimientos por su parte.

LORENZO.—¿Cómo te encuentras, Julián? Pensé que debíamos dejarte descansar, pero el Cardenal mostró tanto interés...

JULIAN.—Se lo agradezco muchísimo. Ha sido un accidente estúpido.

CARDENAL.—Lamentable. Pero, ahora que no nos oye, quizá el estúpido sea el médico.

Se vuelve hacia Lorenzo.

Ya, ya imagino que será el mejor de Florencia. Y Florencia tiene fama en medicina. Pero, por desgracia para todos nosotros, que también el cuerpo tiene su importancia, la medicina está en pañales, como vulgarmente se dice.

BLANCA.—¿Pensais eso, Eminencia? Yo estoy de acuerdo con vos. Los médicos...

CARDENAL.—Los médicos, mi señora Blanca, poco saben de medicinas, menos de enfermedades y nada del cuerpo humano. Confiemos en que pronto se recupere la sabiduría de los antiguos.

LORENZO.—En nuestros tiempos se está dando un gran avance.

CARDENAL.—Pero todavía es poco.

Se ha acercado al lecho.

Una cosa sí es clara. Con fiebre no es bueno asistir a un banquete.

JULIAN.—El médico me ha ordenado dieta absoluta.

CARDENAL.—La fiesta promete otras satisfacciones, pero sin buena alimentación no es fácil disfrutar de ellas. Y a un joven de vuestra vitalidad eso quizá le aumentará la calentura. *(A Lorenzo).* No, no le pido que nos acompañe en la comida.

LORENZO.—Ya veis que no es posible.

CARDENAL *(se vuelve hacia Julián).*—Me iré de Florencia sin haber tenido el honor de compartir con vos el pan y el mantel. Y, en fin, lo que os deseo es que mañana a la tarde ya podais comenzar de nuevo a alegrar los ojos de las

florentinas. Pero, seguid mi consejo, desconfiad de los médicos del cuerpo. Los pobres ignoran demasiado. Yo cuando siento enfermedad —no del alma, que esa está siempre enferma— confío más en las oraciones.

JULIAN.—No descuido las oraciones. Todos confiamos en Dios más que en la medicina.

CARDENAL.—Yo en eso me comporto como una campesina vieja. Me agrada que penseis lo mismo. De vuestro aspecto deduzco que mañana estaréis algo mejorado. ¿Por qué no nos acompañais mañana a Misa Mayor? Quizá os fuera beneficioso; no desgasta tanto una misa como un banquete.

GUILLERMO.—El médico le ha prescrito reposo.

CARDENAL.—Doy por seguro que vuestro Hipócrates florentino, a poco que yo se lo insinuara, encontraría que ese breve paseíto por Vía Larga le vendría muy bien. Yo, por mi parte, en representación de la Iglesia de Roma, estoy dispuesto a certificar que la salud del alma ayuda a la del cuerpo.

JULIAN.—¿Qué piensas tú, Lorenzo?

LORENZO.—Podemos consultar al físico.

CARDENAL.—Para mí sería no sólo un honor sino un placer —que muchas veces significa más— compartir con vos una misa, ya que es voluntad de la Divina Providencia que no comparta un banquete. Inmediatamente después de terminar la misa regresaríais a vuestra cámara.

Se acerca a Lorenzo.

Creo, Lorenzo, que es para todos beneficioso que, por lo menos una vez, el pueblo de Florencia nos vea a los tres juntos. Vos sois Lorenzo de Médicis; yo, en esta ocasión, soy Roma. Pero Lorenzo y Julián son una familia, algo más significativo que ser uno u otro. Sixto IV ama a Florencia, ama a Julián, ama a Lorenzo, pero tengo razones para suponer que siente aún más predilección por la familia Médicis.

LORENZO.—Todo depende del estado en que mañana se encuentre mi hermano.

CARDENAL.—¡Bah! Espléndido. Pensadlo, Julián. Y aconsejadle en este sentido, Lorenzo. Y vos, mi señora Blanca, como hermana suya. Y también vos, Guillermo, sois ahora un Médicis. Siempre que, en verdad, no penseis que pueda resultar perjudicial para su salud. Para la salud del alma hay ese esperanzador punto de contricción en el último instante de la vida, pero la del cuerpo debe cuidarse a cada momento. El tiempo perdido nadie nos lo devuelve. Ni siquiera Dios, para quien el tiempo es bien poca cosa. Y no os robo más tiempo de vuestro reposo, Julián. Si no se realiza con medida, esta obra de misericordia fácilmente se convierte en una tortura.

Se levanta.

CUADRO XI

Interior de la iglesia de Santa María la Mayor.

Los sacerdotes ofician. Hay algunas personas en los bancos. Humos de incienso. Cánticos que vienen del coro. La luz que se filtra por los altos vitrales baña de colores el ámbito del templo.

El padre Maffei, el padre Bagnone y Montesecco cruzan la iglesia y se quedan en un lateral, cerca del muro.

Montesecco ha hecho el recorrido lentamente, mirando a un lado y a otro. Bagnone y Maffei deben hacerle señas de que se acerque.

MAFFEI.—Aguardemos aquí. Está concluyendo la ceremonia.

Pausa. Prosiguen los oficios. Maffei y Bagnone se arrodillan, musitan una oración. Montesecco escucha los cánticos, contempla las luces de los vitrales, el humo del incienso. Se separa unos pasos de sus acompañantes, para observar mejor el templo. Regresa junto a ellos. Se apoya en el muro.

MAFFEI.—Arrodillaos.

Montesecco lo hace.

MAFFEI.—Simulad que rezais.

Montesecco obedece muy torpemente, mientras pasa su mirada de Bagnone a Maffei. Bagnone se levanta con mucha soltura, que contrasta con la rigidez de Montesecco.

BAGNONE.—Voy a comprobar la disposición de los bancos. Regreso enseguida.

Se aleja.

Montesecco está de nuevo entregado al ambiente que le rodea. Llama su atención un cambio de tono en las voces que vienen del coro. Maffei se ha incorporado y está de pie junto al muro.

MAFFEI.—Levantaos, Cassola.

Montesecco no atiende, y Maffei le toca en la espalda.

Levantaos, Cassola.

MONTESECCO.—Perdonad. Olvidé mi nombre.

MAFFEI.—Hay gente en la iglesia. Pudieran oirnos.

MONTESECCO.—Sí, sí. Comprendo.

Quedan un momento en silencio. Concluyen los oficios. La gente comienza a abandonar el templo. Regresa Bagnone.

BAGNONE.—Todo es tal como nos dijo Su Eminencia.

MAFFEI *(a Montesecco).*—Ahora, cuando hayan salido todos, te explicaremos.

Pero Montesecco no esta junto a ellos. Vaga por el ámbito de la iglesia contemplando los altos muros, acompañando con la mirada a los fieles que salen.

BAGNONE *(en voz baja).*—¡Acércate, Montesecco!

MAFFEI *(corrige).*—Cassola.

BAGNONE.—Acércate, Cassola.

Pero como éste no hace caso, Maffei va junto a él y le trae.

MAFFEI.—¿No habías visto nunca una iglesia?

MONTESECCO.—De niño. Pero como ésta no era.

MAFFEI.—Ven acá. Vamos a explicártelo todo.

Ya no hay fieles en el templo.

BAGNONE.—Date una vuelta, Maffei. No vaya a quedar alguna beata.

Maffei se aleja a dar una vuelta por el templo.

BAGNONE.—Presta atención. No tenemos mucho tiempo.

MONTESECCO.—Estaré atento.

MAFFEI.—No, por aquí no queda nadie.

BAGNONE.—Es cuestión de vida o muerte no fallar el golpe, Montesecco.

MAFFEI.—Cassola.

MONTESECCO.—Es igual.

MAFFEI.—Atiende. Ven con nosotros.

Se desplazan los tres hacia el altar mayor.

Si sale alguien, no lo olvideis, somos quien somos: tres personas del séquito del Cardenal Riario que están admirando el templo. Te lo advierto, Cassola, para que pongas en tu mirada todo lo que tengas de artista, o de banquero. Aquí estará la silla de Lorenzo de Médicis. Aquí, junto a él, la de Julián. Tú, estarás aquí detrás, a dos metros de Lorenzo. Ese otro hombre tuyo...

MONTESECCO.—Landini.

MAFFEI *(desplazándose).*—Aquí, dos bancos detrás de Julián. No ha sido posible encontrar puestos más cerca. Cuestiones de protocolo, ¿comprendes?

MONTESECCO.—Es igual.

MAFFEI.—Deberá saltar por encima de estos bancos.

MONTESECCO.—Es joven y ágil.

MAFFEI.—Bien. Este es el lugar de Lorenzo de Médicis. Ahora no está su silla, pero aquí estará.

Se coloca en posición parecida a la que tendrá Lorenzo.

Y tú estarás ahí... Apenas dos metros. ¿Es fávil hacerlo?

MONTESECCO.—Es fácil.

BAGNONE.—Y aquí estará Julián. ¿Comprendes? Ese Landini, allí...

Maffei ocupa la posición que tendrá Landini.

MAFFEI.—Por esos bancos tendrá que saltar. Aquella es la puerta de la sacristía. No es por ésa por la que debeis huir. Ni por aquella del fondo. Sino por ésa, por la que hemos entrado ahora. En el recorrido hacia esa puerta estarán todos los nuestros. Ellos correrán, gritarán también como los demás, sacarán las dagas, las espadas, pero os dejarán el paso libre, os facilitarán la huída.

Hace tiempo que Montesecco no atiende. No mira a Bagnone ni a Maffei, ni a la puerta que le indican.

MAFFEI.—Esa es la puerta, digo. La misma por la que hemos entrado nosotros. *(Va hacia Montesecco).* ¿Qué te ocurre?

MONTESECCO.—No lo haré.

MAFFEI.—¿El qué?

BAGNONE.—¿Qué dices?

MONTESECCO.—Que no.

MAFFEI.—¿Que no matarás a los Médicis?

Montesecco no responde.

BAGNONE.—¿Te parece mal trazado el plan? Tiene su riesgo, lo comprendo, pero tu oficio es el riesgo.

MONTESECCO.—No quiero hacerlo.

MAFFEI.—Comprende que no pueden darse más seguridades. Todos los seguidores de los Pazzi estarán entre esta silla y la puerta.

BAGNONE.—Y una vez fuera de la puerta contamos con el pueblo de Florencia.

MAFFEI.—Y con Roma, para protegerte.

BAGNONE.—Por nuestra parte cumpliremos hasta el fin lo pactado.

MAFFEI.—¿Qué nuevo peligro encuentras, Montesecco? ¿Falla algo en el plan?

Montesecco no responde.

BAGNONE.—Contéstanos de una vez. No te quedes callado como un muerto. ¿Por qué no quieres hacerlo?

MAFFEI.—¿Crees que te será fácil volver a Roma después de esto? Es una traición, lo ves claro, ¿no es cierto?

MONTESECCO.—Sí

MAFFEI.—Estás acostumbrado a venderte a unos o a otros y a incumplir el trato en el último instante. Unos te perdonan porque te temen, otros lo olvidan porque puedes serles útil en otra ocasión. Pero esta vez están en juego intereses más altos. No se trata de una carga de seda ni de oro, o de inclinar la balanza de una escaramuza. Es algo más grande, algo que está por encima de todos nosotros.

MONTESECCO.—Si, muy por encima.

MAFFEI.—Lo comprendes. Tú ya estás en la conjura. Si no llegamos hasta el fin, no faltará quien nos delate. Florencia estará de parte de los Médicis, y ni en la ciudad ni en la Señoría vas a encontrar amparo. Serás solo un asesino que fracasó por cobardía. Tampoco pensarás contar con Roma.

BAGNONE.—Hay un procedimiento para que los Médicis le otorguen su gracia.

MAFFEI.—¿Cuál?

Sin responder, Bagnone mira fijamente a Montesecco. Maffei aguarda un momento la aclaración de Bagnone.

MAFFEI.—No, Montesecco no nos delatará. El sabe que abundan los hombres como él. No sería cara su cabeza. Pero se engaña si cree que el Cardenal permitiría a Jacobo Pazzi una venganza sangrienta. Sólo la limpieza de la causa puede justificar un acto sangriento. Suprimir a un tirano y con él la tiranía puede ser necesario. Pero un asesino como Montesecco sólo es acreedor a misericordia. Siempre tendrá la infinita misericordia divina, pero ya que no por esta traición, por sus delitos anteriores la justicia de los hombres no tardará en descargar sobre él. Más aún si se obstina en prescindir de quienes pueden ayudarle.

MONTESECCO.—Siempre he contado con eso.

Bagnone y Maffei le miran expectantes. Pausa.

MAFFEI *(intentando otro camino).*—No pienso ahora en nuestra sagrada misión ni en el tiempo que corre en contra nuestra. Pienso en ti, en tu vida y en tu salvación. Tú, que tantos crímenes has cometido, que te vanagloriabas de ello, ¿por qué retrocedes ahora ante una acción tan limpia de culpa? ¿Quizá no te atrae, como tú piensas, la violencia, sino el mal? Piensa también en ti mismo. No pienses como nosotros, en Florencia, en Roma. en la Iglesia. Sigue siendo tú mismo, como lo has sido siempre, y piensa en ti. ¿Es sensato, es lógico, es útil, que teniendo ocasión de prestar a la Iglesia un servicio tan grande, sin dejar de ser tú mismo, desperdicies esta ocasión de reconciliarte con ella? Si yo, por medio de la oración, del estudio, de lo que es mi vida...

BAGNONE.—Le estás hablando como si fuera la primera vez que se tratara el caso. No fueron necesarios tantos razonamientos.

MAFFEI.—Es cierto. Montesecco comprendió pronto los únicos aspectos de la cuestión que podían interesarle: la utilidad de sus servicios para los fines superiores de la Iglesia y su propia seguridad posterior.

BAGNONE.—Y la bolsa.

MAFFEI.—Sí, la bolsa. Todo lo comprendía, todo lo aceptaba y en todo estaba de acuerdo. Pero ahora, súbitamente, ha cambiado de pensar.

BAGNONE.—Algo ha sucedido, por consiguiente, dentro de él. Y nos lo va a decir, para que se busque el remedio. Vamos, Montesecco, estos asuntos son muy graves y el tiempo apremia. ¿Por qué no quieres hacerlo? ¿Por la bolsa?

MONTESECCO.—No.

MAFFEI.—¿Temes por tu seguridad?

MONTESECCO.—Siempre temo. No más en esta ocasión.

BAGNONE.—¿Escrupulos de conciencia?

Montesecco hace una pausa, mirando a Bagnone.

MONTESECCO.—¿Lo decís con burla?

BAGNONE *(secamente).*—Contesta de una vez, Montesecco. Nosotros también tenemos que rendir cuentas de todo.

MONTESECCO.—No me lo pregunteis. Yo mismo no lo sé. Para hacerlo o no hacerlo no preciso pensar en la Iglesia ni en Florencia ni en mí. Es

una cosa mucho más simple. Para vos, Maffei, todo tiene una causa y una consecuencia, y uno para obrar tiene que estar siempre pesando el pro y el contra. Si yo hubiese procedido así aún no habría hecho nada en mi vida, ni bueno ni malo. Vos, para matar a un hombre, y aún para beberos un vaso de vino, teneis que revolver todas vuestras tripas, o escarbar en el fondo de vuestra alma, como gusteis. Yo tengo que tener un arma, fuerza en el brazoy las espaldas bien guardadas. Matar a un hombre es meterle un hierro en la nuca. Hay que pensar, sí; hay que pensar en acertar a la primera. Y yo, ahora, no puedo hacer nada de eso.

BAGNONE.—Tienes miedo.

MONTESECCO.—Sabeis que no es eso. Quizás he herido a muchos para demostrar que no lo tengo. Y si lo tengo, si eso que siento cuando empuño el arma se llama así, no ha sido nunca tan fuerte que me impidiera mi propósito.

BAGNONE.—Quizá estemos engañados al pensar que acaba de tomar esta decisión ahora.

MAFFEI.—¿Y esto, qué cambia?

BAGNONE.—Si la ha tomado ayer o esta mañana, puede haber intervenido alguien. Quizá ahora Montesecco sabe algo que nosotros ignoramos.

MAFFEI.—Montesecco no tiene miedo. Pero tampoco valor para traicionar al Cardenal Riario, a la Iglesia, al Papa. Menos aún no estando entre los suyos, sino aquí, entre nosostros. El sabe que no todos piensan tanto como yo antes de obrar.

MONTESECCO.—Esta determinación, como decís, la he tomado ahora mismo.

MAFFEI *(A Montesecco).*—Y sabes claramente tus razones. Pero no quieres decirlas. ¿Temes no ser comprendido? A veces, el miedo a no ser comprendidos nos empuja al silencio. Si es eso lo que te sucede ahora, habla. Aunque Bagnone y yo seamos torpes en nuestro oficio, nuestro oficio es comprender.

MONTESECCO *(después de una pausa, sin mirar a ninguno de los dos.)*

Ha sido por el sitio.

BAGNONE.—¿Por el sitio?

MONTESECCO.—Sí, por este lugar. No puedo hacerlo aquí, en la iglesia.

MAFFEI.—¿Cómo dices eso ahora? Cuando hablaste con el Cardenal los dos estábais de acuerdo en que éste era el lugar más seguro.

BAGNONE.—Estarán aquí todos los hombres de los Pazzi y del Cardenal.

MONTESECCO.—Pero aquí, en la iglesia, es muy difícil matar... Mucho más difícil. Imposible.

MAFFEI.—¿Qué diferencia encuentras entre este sitio y otro cualquiera? Si las hay, todas están a favor de éste. Tú te has negado a hacerlo en la Plaza o en Vía Larga, cuando los Médicis vinieran hacia el templo.

MONTESECCO.—Sí, y cuando el Cardenal me lo propuso me pareció este el mejor lugar. Y, según habíamos dicho, durante la misa, en el momento de alzar. Casi todos con los ojos cerrados, me decía el Cardenal... Y era razonable. Pero al venir aquí, a estudiar el terreno, hemos tenido mala suerte. Celebraban los oficios, cantaban, las velas estaban encendidas, quemaban incienso...

BAGNONE.—Pero, ¿de qué estás hablando? ¿Temes que mañana te deslumbren las velas, que te haga llorar el incienso y se te nuble la vista?

MONTESECCO.—No os burleis, Bagnone. Me estoy jugando la protección de Roma. Lo se. La de los Médicis la doy por perdida. No estoy tranquilo, podeis comprenderlo. No me gusta matar en la iglesia, pero fuera de ella las cosas cambian.

Bagnone, quizá comprendiendo la amenaza de Montesecco, se queda en silencio.

MAFFEI.—Yo no me burlo, pero comprendo las razones de Bagnone para burlarse.

MONTESECCO.—Utilizad algo de vuestra comprensión conmigo y acabemos este asunto. El Cardenal necesita tiempo para tomar una decisión.

MAFFEI.—Has dado unas razones que no paracen tuyas. Como si lo que saliera de tus labios no naciese en tu alma ni en tu cabeza. A veces, uno se comporta como si fuese otro.

MONTESECCO.—Cuando está endemoniado.

MAFFEI.—Y sin necesidad de estarlo.

MONTESECCO.—No entiendo. No entiendo. Ni necesito entender. Tengo ya mi propio modo de ver las cosas y no voy a cambiarlo.

MAFFEI.—Y, sin embargo, lo has cambiado al encontrar un sitio en el que no se puede matar.

MONTESECCO.—Pero lo he encontrado yo, Montesecco. Y todo lo que hace Montesecco es una acción de Montesecco. Aunque sea lo contrario de lo que pudiera hacer. *(Mira a uno y a otro)* ¿Eh? ¿Qué os parece ¿Está bien razonado o no?

MAFFEI.—Quizá lo esté.

MONTESECCO.—Y cuando se quiera saber cómo era Montesecco habrá que decir: es aquel que no quiso matar en la iglesia.

BAGNONE.—Aquel que tuvo miedo en la iglesia.

MONTESECCO.—Sí, aquel que tuvo miedo de matar en la iglesia.

BAGNONE.—Era miedo.

MAFFEI.—¿Es miedo?

MONTESECCO.—No sé... Sólo sé que aquí no puedo matar. Esto infunde respeto.

MAFFEI *(ingenuamente convencido, y convincente.)*

¿Respeto? Es natural que infunda respeto. Pero no a ti. Ni a nosotros, cuando la causa es limpia. Lo que importa es el móvil, no la acción. Menos aún el sitio.

MONTESECCO.—No sé, no sé...

MAFFEI.—¿No infunden respeto los hogares? ¿No lo infunden los ancianos? ¿Y las mujeres? Y el propio campo, ¿no debe infundir respeto? ¿No es todo obra de Dios? ¿Cuándo has respetado tú algo? Ni siquiera a una mujer...

MONTESECCO.—Sé por lo que hablais así, por lo que os conté la noche de la tormenta, cuando íbamos a casa de vuestro padre. Pero a aquella que os dije, tampoco la habría matado aquí. No, aquí, con esta luz, con ese olor no habría podido hacerlo.

BAGNONE.—El incienso.

MONTESECCO.—Lo hice de noche, en el campo. Casi sin luz. Sólo la luz de la luna. Y las ramas y las hojas de los árboles medio la ocultaban. Y con mi olor de siempre. Allí, en el campo y de noche, todo es distinto.

BAGNONE.—¿Y qué pretendes? ¿Que convenzamos a Lorenzo para que salga mañana de cacería?

MONTESECCO. — Ponedme, como se había tratado, en palacio a los postres de un banquete, cuando ha corrido el vino...

MAFFEI.—Todos preferíamos eso, pero no pudo ser.

MONTESECCO. — Esperemos otra ocasión.

MAFFEI.—No hay tiempo.

MONTESECCO.—Y os digo que no se trata de que no quiera hacerlo, ni de que retroceda ante los Médicis. Ponedme en una calleja oscura, que sólo se oigan las pisadas.

BAGNONE.—En fin, en cualquier parte, menos donde se puede hacer.

MONTESECCO *(sin prestarle atención).*—Sí, ya sé, todo eso da respeto, decís. La calleja, el campo, los árboles, la luz de la luna, y hasta los manjares y el vino... No lo entiendo. No lo entiendo, perdonadme. A mí no me lo da. No tiene por qué dármelo. Es lo mío de siempre.

MAFFEI.—Luego, según tú, las cosas que son de uno, las que le rodean, las uqe se tienen a diario, no merecen respeto.

MONTESECCO.—No sé... No sé... Pero aquella noche estábamos ella y yo cerca del torrente. Mis hombres habían bebido y cantaban. Me dejaron allí solo con ella, cerca de la cueva. Ella se resistió, llegó a arañarme, a moderme. Pero lo decisivo es que estábamos en el campo y era de noche.

MAFFEI.—¿Y tú que no crees en el pecado, o que desprecias el castigo divino, cuando llega el momento de matar consideras mejor el campo que la iglesia, la noche que el día?

MONTESECCO.—Así es.

MAFFEI.—Escúchame, Montesecco, empiezo a pensar lo mismo que el padre Bagnone: eso se llama miedo. No tiene otro nombre.

MONTESECCO.—No sé... Pero... Recordaréis esto. Es noche cerrada y amenaza tormenta. Un clérigo va por el camino. Ha de llegar presto a Florencia, pero se desvía para hacer una visita a su señor padre. Se encuentra solo en medio del bosque. No hay ni una luz. Ni un reflejo de la luna. Ni una estrella. Oye el rumor del torrente. ¿Qué le ocurre entonces al pobre clérigo?

MAFFEI.—Tiene miedo.

BAGNONE.—¿A qué viene este relato?

MAFFEI.—Yo sé por qué lo dice. El clérigo era yo. Esa noche conocí a Montesecco.

MONTESECCO.—Sí, miedo. Referidle a Bagnone cómo era el pavor de aquel clérigo, cómo rezaba a gritos. Y no tenía que matar a nadie. El clérigo tenía miedo en el campo, en la noche cerrada. Yo tengo miedo aquí.

BAGNONE.—Luego es miedo.

MONTESECCO.—Sí; miedo a las velas, a las imágenes, a los cánticos, al incienso...

BAGNONE.—¿Hemos de creerlo?

MONTESECCO.—Pensad lo que gustéis.

MAFFEI.—No es fácil creer esto a un hombre como tú. El Cardenal Riario...

MONTESECCO.—¿Por qué no ha de creerme el Cardenal? Yo le hablaré como a vosotros.

BAGNONE.—No tienes miedo a la justicia humana, no lo has tenido nunca, o, al menos, el temor nunca ha sido suficiente para detener tu brazo. ¿No es así?

MONTESECCO.—Así es.

BAGNONE.—Ni siquiera has temido nunca a la cólera divina, a las llamas del infierno.

MONTESECCO.—He procurado no pensar en eso.

BAGNONE.—Y pretendes hacernos creer que te espantas, en una acción como ésta, ante unos cánticos, unas imágenes de madera, las llamas de unos cirios...

MONTESECCO.—Así es. Vos entendéis más de todo esto, al menos habeis consagrado vuestra vida a ello. Por eso temeis a Dios, a una fuerza que está por detrás de las cosas, por detrás de todo, por encima de todo. Yo, en cambio, tengo miedo a las cosas. No me llegan mis ojos a más.

MAFFEI.—Tienes miedo a unas cosas; a otras, no.

MONTESECCO.—Sí; y a vos igual os sucede. Veis a vuestro diablo tras unas cosas y tras otras no. Quizá le oyérais en el rumor del torrente y en el fragor de la tormenta. Y en la noche viérais las negruras de la condenación y en las exhalaciones el fuego del infierno. Hoy, aquí, yo he visto y he escuchado a Dios. Y he sentido un punto que le temo como vosotros al diablo. He oído a Dios en esos cánticos, en los rumores de las beatas; lo he visto en la luz de los vitrales y en las llamas de los cirios.

MAFFEI.—Dios no es nada de eso.

MONTESECCO.—Para mí, sí lo es. *(Obstinadamente)* Sí lo es. Vosotros miráis hacia esa luz *(señala el vitral)* y veis sólo cristales de colores. Quizá pensais en la calidad del vidrio, en el precio del plomo, en la habilidad del artista, en si es trabajoso limpiarlo. Cuando escuchais el cántico, sentís si un sochantre desafina, y un cirio no puede significar para vosotros lo mismo que para la mujer que os lo entrega porque no la azote su marido.

MAFFEI.—Son nuestras cosas familiares.

MONTESECCO.— Para mí todo eso es de Dios. El Dios con el que quereis siempre amedrentarnos. Ya lo habeis conseguido; aunque en mala ocasión para vosotros. Yo veo y oigo a Dios aquí, y no mataré cuando lo tenga delante.

MAFFEI.—¿Y tus hombres?

MONTESECCO.—Mis hombres sólo harán lo que yo haga. Y yo no lo haré. Decídselo al Cardenal. Que me ponga al Médicis en su palacio, en una calleja oscura, en el campo... O si no, que lo mate él. ¡El no teme a los cirios, ni al incienso, ni a las imágenes...! ¿No es cierto?

Se va exaltando Montesecco. Comienza a cambiar la luz. De una manera irreal el templo se va iluminando. Este cambio de luz no existe para los personajes.

MAFFEI.—Sí, es cierto. Nosotros no sentimos temor en el templo. No más temor que en otro lugar.

Muy débil, aumentando poco a poco, va sonando la música que acompaña a la Misa Mayor. Lentamente y en silencio se va poblando el templo con los cortejos de los Médicis y del Cardenal Riario.

MONTESECCO.—Pues probad, probad vosotros, y decidme luego qué pensais cuando en el momento de alzar, estando los Médicis de rodillas...

Efectivamente, los dos hermanos Médicis han entrado y se han arrodillado en sus reclinatorios tal como lo describe Montesecco.

MONTESECCO *(acercandose a los Médicis y señalándolos.)*

... con los ojos en tierra, empeceis a sacar el puñal. ¡Decidme lo que pensais entonces!

MAFFEI.—Nosotros no pensamos cuando ya ha pensado la Santa Iglesia.

Van Maffei y Bagnone a ocupar sus puestos en los bancos. Suena ahora la música en toda su intensidad. Montesecco ha quedado solo en primer término. No se dirige ya a los otros.

MONTESECCO.—No, no lo haré... Ni vosotros... Se os nublaría la vista, os temblaría el pulso, no os obedecerían vuestras piernas, el puñal se os caería al suelo... No lo haré. Tengo que oir el silbido de la hoja al salir de la vaina, tengo que oir mi grito al dar la cuchillada, y no oiré

más que esos cánticos. Tengo que ver la nuca del Médicis y no veré más que los cirios, la luz de los vitrales... No lo haré, no lo haré.

Rápidamente, Montesecco sale de la iglesia. Cesan los cánticos y la música. En el silencio, tintinea la campanilla del monago. Algunos fieles que estaban en pie, se arrodillan. Maffei se incorpora, desenvaina el puñal, salta sobre los bancos lanzando un grito y apuñala a Lorenzo de Médicis. Vocerío, confusión. Desaparece toda la luz menos la que ilumina al grupo de Maffei y Lorenzo. Tocan a rebato las campanas. Oscuro total.

CUADRO XII

La botica de Antonio di Prato.

Acaba de cerrarse la puerta de la cocina tras Jacobo y Maffei.

BEFFONE.—¿Vais a esconderlos, micer Antonio? ¿Y si Lorenzo no ha muerto?

ANTONIO.—¿Qué harías tú, Beffone?

BEFFONE.—No sé.

ANTONIO.—Ve a abrir, Beppo. *(a Beffone).* Ni una sola palabra de lo que ha sucedido.

BEFFONE.—Dios me guarde.

Beppo ha abierto la puerta. Entra Blanca, fatigada, llorosa.

BLANCA.—¡Micer Antonio!

ANTONIO.—¡Donna Blanca! ¿Vos aquí?

BLANCA.—¡Micer Antonio, quieren matar a Guillermo! ¡Todos vosotros sabeis que él no ha entrado en esta conjura! ¡Tenéis que ayudarme!

ANTONIO.—Señora, os confundís. No sé de qué me hablais. De algo estoy informado por mi hija, pero podéis estar segura de que yo jamás habría intervenido en nada contra vuestra familia. Soy un modesto artesano y esas cosas son de señores.

BLANCA.—No temais nada, micer Antonio. Nada puede ocurrirle al que me socorra. Teneis la palabra de los Médicis.

ANTONIO.—Pero, señora, os digo...

BLANCA.—Busco a Jacobo de Pazzi. El sabe que Guillermo no ha intervenido. Vos sois adicto de los Pazzi. Pensé que vos...

ANTONIO.—Yo, señora, tampoco he intervenido en nada. Mi hija ha tenido la desgracia de presenciar la muerte de Lorenzo y de Julián...

BLANCA.—¿Qué decís? Lorenzo no ha muerto.

ISABELA.—Yo le ví sangrante.

ANTONIO *(en voz baja, a Beppo).*—Haz subir a Jacobo de Pazzi.

Beppo sale.

BLANCA.—Llegó hasta la sacristía. Los asesinos, dos hombres del Cardenal Riario, dos clérigos, le siguieron hasta allí. Mas no lograron entrar. Ahora llevaban al palacio a Lorenzo. ¿No sabeis nada de Jacobo de Pazzi? ¿A quién puedo dirigirme?

Antonio la mira un momento. Luego abre la puerta de la cocina. Blanca mira, anhelante, hacia la puerta.

ANTONIO.—Señor Jacobo, perdonadme; todo esto es demasiado para mí, y no sé si me comporto bien. Blanca de Médicis quiere veros. *(Pausa.)* Salid.

Salen Jacobo y Maffei. Blanca se abalanza sobre Jacobo.

BLANCA.—¡Señor Jacobo, venid, venid conmigo! ¡Van a matar a Guillermo!

JACOBO.—Guillermo no ha intervenido.

BLANCA.—¡Vos lo sabéis! ¡Vos teneis que decirlo! ¡Es vuestro hijo! La gente está enloquecida. ¡Sólo piensa en matar, en vengar la muerte de Julián!

Se detiene bruscamente y mira con fijeza a Maffei. Quedan todos en silencio. Siguen la mirada de Blanca.

Este... este es el asesino... el clérigo que hirió a Lorenzo...

Maffei permanece estático. Solo sus ojos buscan una salida imposible. Antonio se vuelve despacio hacia Jacobo.

ANTONIO.—Señor Jacobo de Pazzi, me habeis mentido.

JACOBO *(nervioso, apremiante, con cierta autoridad despectiva.)*

Micer Antonio, estos no son negocios vuestros. Contribuid a que no se vierta más sangre. Blanca de Médicis es hija mia; no hará nada contra nosotros. Vamos, volvamos a la cueva. Y sacadnos en cuanto anochezca, por atrás, con ropas vuestras.

Va hacia la cocina, Blanca le detiene.

BLANCA.—¿Y Guillermo?

JACOBO.—Lorenzo le protegerá. Pero a nosotros, ¿quién?

Los demás callan. Beffone se ha movido hacia la puerta de la cocina y la ha cerrado, quedando ante ella. Al ruido, Jacobo se vuelve.

Abrid...

BEFFONE.—Lorenzo de Médicis no ha muerto.

Insensiblemente, Beppo, Lucrecia, Beffone, Isabela, van formando como un cerco frente a Jacobo y Maffei. Aunque ellos no se han movido, quedan también componiendo el cerco Antonio y Blanca. Anhelante, rompe el silencio Jacobo.

JACOBO.—¿Qué pensais? ¿Qué vais a hacer?

Silencio.

MAFFEI *(tembloroso).*—Van a entregarnos... Sí, van a entregarnos... Lorenzo no ha muerto... Todo está como antes... ¡No, no hagais eso!

Se adelanta, viene a primer termino traspasando el cerco, dejándolo atrás. Los demás personajes quedan en segundo término. Maffei no se dirige a nadie, pero habla como si lo hiciese a los demás personajes que han quedado en segundo término.

MAFFEI.—¡Yo soy un hombre de la Iglesia! ¡Ya no os pertenezco! ¡Ni pertenezco a nadie ni me pertenezco a mí! ¡Yo soy de la Iglesia! ¡Caera sobre vosotros la eternidad!

Calla, espera una respuesta, pero todos, al fondo, siguen quietos y en silencio. Cae de rodillas, suplicante.

¡Salvadme a mí, salvadme! ¡A mí no me ha movido interés alguno! ¡Ellos son los Pazzi, los Médicis! Pero yo no soy nadie... Nada he pensado. No tengo pensamiento ni bueno ni malo. Soy sólo un siervo, un esclavo de la Iglesia de Roma, de la Santa Iglesia... Soy sólo un brazo que se ha movido cuando otro cerebro ha pensado. Yo estoy libre de culpa. ¡Salvadme a mí! ¡Yo no soy un asesino! ¡No soy un hombre! ¡Soy sólo una cosa, un arma esta vez, pero no mía, un arma de la Iglesia! ¡De la Santa Iglesia de Dios!

Un instante de silencio. Maffei respira entrecortadamente. Isabela se lanza hacia la puerta, la abre y grita hacia la calle.

ISABELA.—¡Aquí están los asesinos! ¡Aquí están los asesinos de los Médicis!

CUADRO XIII

Calles de Florencia.

Griterío. Suenan las campanas.

Como conducido, arrastrado, por un grupo de gente del pueblo, va por las calles, solo, Esteban Maffei.

MAFFEI.—No, no me resisto... Llevadme donde queráis... Sé que ya todo ha concluido para mí. Que ha concluido quizá antes de empezar. ¿Sabéis a quién vais a ajusticiar? Si lo sabéis, decídmelo un instante antes de darme muerte, para que por lo menos pueda vivir ese instante. Hombres de Florencia, vosotros creéis que yo soy una voluntad que ha empuñado un arma, que todos los actos de mi vida, elegidos por mí, conducían a este desenlace. Pero preguntadles a ellos... A Claudia, que echaba flores en el torrente... A mi padre, que quería ahogar su rencor con mi victoria... A Montesecco, que sintió el terror en la hora de sentirlo... A los Pazzi, al Cardenal Riario... Ellos os dirán que yo era sólo el arma.

CUADRO XIV

En el Palacio Pazzi.

El Cardenal Riario y Maffei.

CARDENAL.—Grave situación, Maffei. Porque todo lo que habéis hablado en la iglesia con Montesecco es muy cierto. Lo que ha dicho Montesecco y lo que habéis dicho vosotros. Es muy cierto. Y de esa certidumbre debemos extraer nuestra manera de obrar. Otra salida no nos queda. Porque hay que realizar esta acción aun en contra de todas las circunstancias.

MAFFEI.—¿Tenéis ya algún proyecto, señor?

CARDENAL.—Sí, el que os estoy exponiendo. El que se desprende de lo que Montesecco, Bagnone y vos habéis razonado. Es como una parábola... El clérigo en la noche oscura, noche tormentosa, perdido en el bosque, junto al torrente, tiene pavor... No es la circunstancia más adecuada para que al clérigo no le tiemble el pulso al empuñar un arma. Y el pulso no debe temblar. En un templo, ante las imágenes, entre la luz de los cirios y los vitrales, envuelto por el cántico gregoriano, la mano del asesino tiembla más que la del clérigo. ¿Vos temblaríais, Maffei?

MAFFEI.—Es tarde ya para preguntar eso. Yo no me lo pregunto. Sé que tengo que hacerlo y con eso me basta. Lo sé desde que empecé a razonar con el bandido. Esta era mi obra y no la suya.

CARDENAL.—Nuestra causa es alta; como, en otra medida, lo es la de los Pazzi. Ellos hacen un servicio a Florencia y a la libertad. Nosotros se lo hacemos a la Iglesia de Dios. Montesecco lo hubiera hecho sólo por la bolsa. Y ésa es una causa pequeña para una acción tan grande. Pero ¿temblaréis?

MAFFEI.—Si tiemblo, no será por los cirios.

CARDENAL.—No hay otra razón, Maffei. Vuestra vida está garantizada. Y vuestra alma está al servicio de la Iglesia. Un religioso joven como vos, está siempre a la

espera de ocasiones en que ser útil a Dios y a Roma.

MAFFEI.—No soy un monje contemplativo, señor. He elegido este camino.

CARDENAL.—El más duro.

MAFFEI.—Sé que ésta es una gran ocasión. Y aunque no lo fuera, no me negaría. Mi voluntad y mi pensamiento son del Papa.

CARDENAL.—Dios te lo premiará en la vida eterna. Y en ésta, Sixto IV y yo sabremos recompensarte.

MAFFEI.—Agradezco vuestras palabras, pero no es preciso que os dilatéis en convencerme. Sé que lo he de hacer.

CARDENAL.—No he querido hablarte a solas para convencerte, sino porque en ti tengo menos seguridad que en Bagnone.

MAFFEI.—Señor...

CARDENAL.—Sí, el trance es difícil.

MAFFEI.—Eminencia, ¿puedo preguntaros por qué no tenéis seguridad en mí?

CARDENAL.—No he dicho eso. Sólo que tengo menos seguridad que en Bagnone. El es más recio, más fuerte. Me le imagino más diestro en el manejo de las armas.

MAFFEI.—Yo haré un esfuerzo por recordar.

CARDENAL.—Pulso firme, Maffei. Es preciso acertar a la primera. Cada segundo que los Médicis estén vivos es un siglo de peligro para la libertad de Florencia y para la gloria de la Iglesia.

MAFFEI.—Lo sé, señor.

CARDENAL.—Reposa esta noche cuanto puedas. Mañana deberás tener los músculos distendidos. Recuerda: toda la fuerza en el puño, la mirada en la nuca. Tú y Bagnone os ocuparéis de Lorenzo. Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, de Julián, que es aún más diestro que su hermano. Aunque ésta es una precaución innecesaria, pues el logro del plan reside en que en el lugar y en el momento elegidos ninguno de los dos tendrá tiempo de defenderse.

MAFFEI.—Confiad en mí, señor. Como en Bagnone.

CARDENAL.—Te veo dispuesto y confío, Maffei. Pero necesitaba verte así, a solas, frente a frente. Desde que tu padre te confió a mí te he estado preparando para una gran ocasión y me congratula ver que cuando ha llegado te muestras digno de ella.

MAFFEI.—Os lo agradezco, señor.

CARDENAL.—En cuanto los Médicis caigan se producirá gran tumulto, pero los hombres de los Pazzi estarán a vuestro lado. Vosotros iréis hacia la puerta de Vía Tarentina. En fin, todo se producirá como antes de la traición de Montesecco. Dios le proteja. El error fue mío al escuchar a mi hermano. No era Montesecco un hombre digno de la ocasión. ¿Tú tienes alguna duda, alguna inquietud?

MAFFEI.—No, señor.

CARDENAL.—Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini tampoco la tendrán. Ya me habían pedido sustituir al hombre de Montesecco, pero no lo consideré prudente. Así como ahora considero prudente utilizar cuatro hombres en vez de dos para compensar con el número la falta de destreza. Bagnone tampoco tendrá dudas ni inquietudes. Pero tú...

MAFFEI.—Yo tampoco, señor, creedme... No dudéis de mis palabras ni de mi decisión. Siento ahora, en este momento, una gran serenidad. Me acompañará hasta mañana. Nunca como ahora había experimentado el infinito descanso que supone estar en el seno de la Iglesia y con qué confianza y seguridad puede actuar un hombre que se ve liberado del pensamiento. Si los incrédulos, los que dudan, los que no se han sabido emplear su razón como azada para desenterrar la fe, pudieran contemplar ahora el interior de mi ánima, morirían de envidia. No puede haber mayor tranquilidad, mayor goce que éste de no sentirse criatura humana, hombre completo, sino un simple brazo de la voluntad de Dios. Porque mañana en la Catedral no estaré yo, no estará mi voluntad ni mi pensamiento, que mi pensamiento, mi voluntad y yo estamos siempre en el seno de la Iglesia de Roma, sino que estará sólo mi brazo.

CARDENAL.—Recuerda: los músculos distendidos, la fuerza en el puño.

MAFFEI.—Sí, Eminencia.

CARDENAL.—Ve a avisar a Bagnone, a los Pazzi, a Bernardo Bandini. Diles que debemos reunirnos ahora mismo.

MAFFEI *(yendo hacia la puerta).*—Sí, Eminencia.

CARDENAL.—Y que Dios bendiga tu brazo, hijo mío. *(Maffei sale.)*

CUADRO XV

Calles de Florencia.

Maffei en el mismo lugar en que quedó en el cuadro XIII.

MAFFEI.—Yo era sólo el ar-

ma, ¿habéis comprendido? En vez de un hombre era una cosa...

Aumenta el griterío. Maffei grita para hecerse oír.

¡Mi voluntad...!

Pero las voces ahogan sus palabras.

VOCES MULTITUD.—¡A la horca con él! ¡Colguémosle de la torre!

MAFFEI.—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Soltadme!

Cuando está a punto de salir arrastrado, algo ve de repente hacia el lado opuesto de la calle.

¡Esperad! ¡Esperad sólo un instante! ¿No la veis? Es Claudia.

Silencio. Cesan las voces y las campanas.

Pasábamos las tardes en el bosque, recogiendo flores.

Va hacia un extremo de la calle por el que, lentamente, llega Claudia, una niña como de doce años, con una brazada de flores. Maffei se acerca a ella.

MAFFEI.—Claudia..., ¿has venido a hablarles, a defenderme? Explícales, Claudia... Diles algo, o dímelo a mí.

CLAUDIA *(habla con naturalidad, con una naturalidad fría, convencida, que por contraste con la situación y con el tono de Maffei, resulta completamente lejana. Su intención es de suave reproche).*—No recogías las flores, Esteban. Me querías, pero ni me lo decías a mí ni lo hablabas contigo, y no recogías las flores. Yo elegía la más bella, la que más quería. La echaba al torrente. Y tú no la recogías. No la recogías nunca. Lo recuerdas, ¿verdad? Ni siquiera lo intentabas. Ni una sola vez.

MAFFEI *(alejándose de Claudia).*—Sólo por las tardes íbamos al bosque y llegábamos junto al torrente. Pero nunca había llegado hasta el torrente de noche. Nunca hasta hace muy poco, hasta la noche de la tormenta. Pero también a la luz del día me daba espanto. Una mañana fui hacia allí sin que ella me acompañase. Lo contemplé desde arriba. Arranqué unas flores del suelo. Las arrojé. Ordené a mis piernas que avanzasen. Los pies se me clavaron al suelo y las piernas temblaron y entre las lágrimas vi cómo el agua se llevaba las flores. Hoy, en cambio, he dado una prueba de mi valor.

CARDENAL *(Ha aparecido por el extremo opuesto de la calle. Habla también con cierto aire de reproche, y con la misma naturalidad que Claudia. Excepto Maffei, los demás personajes de este cuadro deberán parecer excesivamente cotidianos.)*

Pero te ha temblado el pulso, Maffei...

Maffei, precipitado, va hacia él.

MAFFEI.—Eminencia, Eminencia... A tiempo llegáis, sólo vos podéis ayudarme...

CARDENAL *(sin escucharle).*—No has dado una prueba completa de tu valor. Tu pulso...

MAFFEI *(le interrumpe).*—Decidles a éstos, a las gentes de Florencia, que quieren colgarme, que yo...

CARDENAL.—Maffei, ya nadie puede ayudarte. ¿Por qué te ha temblado el pulso?

MAFFEI.—Perdonadme, no conseguí controlarlo. Pero hice todo lo que pude, os lo aseguro. Hice todo lo que pude, en la medida de mis fuerzas, por vos, por la Iglesia. Ahora vos podéis hacer algo por mí.

CARDENAL.—¿Ahora? Es ya demasiado tarde.

MAFFEI.—Sí, pero entendedme, Eminencia. Yo trabajaba para la eternidad y ahora sólo pido un poco de tiempo. Porque ahora lo siento por primera vez. Y necesito tiempo, un poco más de tiempo para vivir.

CARDENAL.—Yo no mando en el tiempo, déjate ahora de esas cosas. Si tu brazo, en aquel momento...

MAFFEI.—Estoy seguro de que si les convencéis de que me suelten... Vos podéis conseguirlo explicándoles que yo no era nada, sólo una cosa vuestra. Explicándoles que ahora es cuando empiezo a ser algo más... Si les convencéis de que me suelten, y puedo vivir un tiempo más, un día, unas horas, podré pensar, elegir... Y quizá elija la Gloria. La Gloria, Eminencia, en vez del Infierno.

CARDENAL.—Maffei, no desvaríes, ¿tú qué sabes? Tú no sabes nada. ¿Cómo sabes que vas a ir al infierno?

MAFFEI.—Si ya estoy en él, ¿cómo no voy a saberlo?

CARDENAL.—Te lo dije. ¿Recuerdas mi inseguridad? ¿Por qué no dominaste ese temblor? Si hubieses matado a Lorenzo, ahora la república estaría en Florencia, las gentes correrían por las calles gritando: ¡Libertad!, tú serías un héroe y tendrías por delante mucho más tiempo de ese que ahora me pides.

MAFFEI.—Yo estaba seguro de mí, Eminencia.

CARDENAL.—Te conocías

mal, Maffei, muy mal. Si te hubieras vuelto con frecuencia sobre ti mismo, si hubieras conseguido penetrar dentro de ti, no habrías ignorado que la mano te había de temblar. Y me habrías dicho: «Cardenal, no puedo hacerlo.» ¿Por qué no lo dijiste? ¿Quién te obligaba? Ya ves, por una desidia tuya, se ha estropeado todo. ¡Con lo bien preparado que estaba!

Maffei se separa del Cardenal, que desaparece.

MAFFEI.—Yo no me conocía a mí mismo, como tampoco se conocen las bestias. Por eso os pido: dadme ahora un plazo para mi vida de hombre. No me dejéis solo en la noche, perdido en la tormenta.

Va al otro lado de la calle y se arroja a los pies de su padre, que acaba de entrar.

¡Van a matarme, padre!

PADRE.—Hijo mío, Esteban... ¿Por qué no me dijiste cuando estuviste en casa que se trataba de eso? Con un acto así has destrozado todas nuestras posibilidades. ¿Qué será ahora de la familia Maffei? Tú ya sabías aquella noche lo que ibas a hacer, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste?

MAFFEI.—¡No, padre; no lo sabía!

PADRE.—Sí, lo sabías. O lo temías. Yo te hubiera aconsejado: «No lo hagas, espera otra oportunidad de prestar servicios. Estas hazañas de riesgo, de violencia, no son para ti, hijo mío. Tú siempre has sido débil, inseguro...»

MAFFEI.—¡Padre, van a matarme!

PADRE.—Y contigo va a morir mi esperanza. Tus hermanos no son más que dos campesinos. Y eso, nada más que eso, serán ya los Maffei por muchísimos años. Quizá para siempre.

El padre inicia marcharse, pero Maffei le detiene.

MAFFEI.—Padre, yo no soy culpable de nada. Acabo de nacer ahora, frente a mi muerte. Siempre ha visto únicamente el mañana que tú me indicabas. Pero ahora soy sólo una mirada que ve hacia adentro, hacia adentro de mí. Y allí estoy yo que me devuelvo otra mirada acusadora. Padre, no me dejes...

Intenta retenerle, pero el padre se suelta. Le mira largamente a los ojos; luego, despacio, desaparece.

MAFFEI *(alza la cabeza).*—Dios mío... Dios mío... ¿Esto es temor o es arrepentimiento? Sólo Tú lo sabes. Pero sé más generoso conmigo de lo que yo lo soy. No me juzgues, Dios mío. Me encuentro solo ahora, y lo he estado siempre. Pero no he sabido estarlo.

Entra Montesecco.

MONTESECCO.—Vamos, padre, no os muráis antes de tiempo, que a éstos no les divertirá colgar un cadáver. A ellos lo que les gusta más son los gritos, los retorcimientos del cuerpo y ver cómo la lengua sale poco a poco hasta quedar colgando.

MAFFEI *(gritando).*—¡El, él tenía que hacerlo! ¡El fue quien aceptó cometer el crimen! ¡El sabe que yo...!

MONTESECCO *(imitándole y gritando más que él).*—¡El fue quien cometió el crimen cuando me negué a realizar un acto tan inicuo! ¡El empuñó el arma homicida!

MAFFEI *(sobre las últimas palabras de Montesecco).*—¡Pero si Montesecco en un principio no hubiera aceptado...!

Y ahora hablan, gritando, los dos a un tiempo. Montesecco siempre haciendo burla de Maffei.

MONTESECCO.—¡Nunca hay más que un culpable! ¡El que derrama la sangre de la víctima!

MAFFEI.—¡...No se hubiera podido planear nada, y jamás yo hubiera tenido ocasión...!

Las carcajadas de Montesecco ponen fin al párrafo de Maffei.

MONTESECCO.—No os esforcéis, nadie os escucha y aquí no se salva ninguno. Ya se bambolea en la plaza vuestro amigo el padre Bagnone, y en este momento están alzando a nuestro querido protector Francisco de Pazzi. No me sorprendería que el próximo fuera yo, porque, aunque me retiré a tiempo, los ánimos están muy exaltados. De cualquier modo, tuve un buen golpe de vista en la iglesia, ¿verdad, Maffei? A propósito, padre, allí había un hombre sin conciencia. ¿Quién era?

Sale.

Vuelven de nuevo las voces de la multitud, el ruido de las campanas.

MAFFEI.—¡Soltadme! ¡Soltadme!

Va por la calle como arrastrado.

¡Quiero tiempo, tiempo para vivir de nuevo! ¡Tiempo para pedir perdón a Dios! ¡He matado! ¡He matado a un hombre! ¡Perdóname, Esteban Maffei! ¡Perdóname, Esteban Maffei! ■ **F. F. G.**

INFORMACIONES

Las Cortes aprueban por aclamación EL FUERO DE LOS ESPAÑOLES

«Todo español podrá expresar LIBREMENTE SUS IDEAS, mientras no atenten a los PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL ESTADO»

IMPORTANTE DISCURSO DE DON ESTEBAN BILBAO

A LA MEDIDA

Las Cortes Españolas

SESION PLENARIA DE HOY

OTRA VEZ LA AVIACION AMERICANA SOBRE EL JAPON

Mil aviones atacan desde esta madrugada las islas de HONDO y HOKKAIDO

ES INMINENTE la reforma del Gobierno argentino

TEISAIRE, AVALOS Y AMEGHINO SALDRAN DEL GABINETE

EN IRLANDA NADIE DICE NADA

ES POSIBLE QUE LEOPOLDO III haya abdicado y

(«Informaciones», 14-VII-1945)

CLARA LECCION DE POLITICO Y DE JURISTA

Sin necesidad de apurar el contenido doctrinal y político del discurso de Franco ante el Consejo de Estado, pues basta una lectura medianamente atenta de su texto para darse cuenta de la importancia que entraña, se está ya en condiciones de formular un juicio general sobre su pensamiento directivo, que se refleja en sus palabras tanto como en sus acciones.

El Consejo de Estado es un organismo de solera tradicional, de buena raigambre política y de una gran autoridad jurídica que fue perdiendo paulatinamente importancia y que el Régimen actual ha vivificado concediéndoles medios, autoridad y jerarquía extraordinaria. El discurso del señor Fernández Cuesta ante el Jefe del Estado historia suficientemente la vida del organismo señalando las vicisitudes por que ha atravesado; y es cómodo, por tanto referirse a dicho discurso, como testimonio más inmediato, para comprobar la curva descendente del proverbial Consejo, que la España actual tanto ha prestigiado.

Naturalmente, en el orden político consciente, las cosas nunca suceden sin orden ni concierto, ni se producen faltas de motivación. Sentado ese precedente general, hay que preguntarse las razones en que se funda el Régimen y, concretamente, Franco, para revivir una institución que otros sistemas políticos habían arrinconado. ¿Por inservible? Todo lo contrario: por eficaz y autorizado. El Jefe del Estado ha recordado, sagazmente que el régimen de consorcio parlamentario, con la francachela de las clientelas políticas, hubo de sentirse incompatible con un organismo tan elevado del Estado cuyos miembros debían dirimir una alta justicia política que no admitía torceduras ni componendas. El carácter de integridad que comportaba, pues, el Consejo de Estado, fue su ruina; porque el contubernio republicano le asestó golpes de muerte como, en general, en cuanto había de sano histórico y respetable en el país.

Nuestro régimen se halla, lo hemos sostenido muchas veces, en una fecunda etapa institucional. En el molde de antiguas y acreditadas instituciones, que su propia eficiencia pone rigurosamente al día, se vierte la substancia a un tiempo juvenil y tradicional del Movimiento nacional, cuya fuerza de integración ha amalgamado las fuerzas sociales vivas de la nación, que la República revolucionaria creía desarticuladas definitivamente. En el plan general de amoldamiento institucional, constitucional, le llegó el turno al venerado y acreditadísimo Consejo de Estado, que

(Sigue en la pág. siguiente)

(«La Vanguardia», 20-VII-1945)

Trascendental discurso del Caudillo en el Consejo Nacional

En la nueva etapa que hoy comenzamos se hace necesario enfrentarse con el problema de la sucesión»

«Sólo puede ser aplicada la fórmula tradicional de la Monarquía, que dió a España su grandeza y su gloria»

Poco importarían las mejores leyes si decayese el espíritu de nuestra Falange»

(«Informaciones», 18-VII-1945)

(Viene de la pág. anterior)

recobrando por ministerio de la ley sus grandes y características prerrogativas, ha comenzado ya a rendir un servicio eminente, ante cuya naturaleza el Gobierno inclina la orientación primigenia, porque sabe que de la serenidad jurídica del Consejo depende que la iniciativa de los organismos administrativos y ejecutivos del Estado se acomode a la letra y al espíritu de las leyes, cuyo cumplimiento evita la lesión del derecho y crea una atmósfera de equidad que es para el Estado la más deseable de las aureolas.

El Jefe del Estado, a cuya sabiduría política práctica debe España tan inmensos servicios, ha querido prestigiar con su presencia personal las nuevas instalaciones, decorosas y dignas, del Consejo de Estado, aprovechando la oportunidad para establecer contacto físico y espiritual con los señores consejeros, magistrados de elevadísima significación, de los cuales ha recibido el homenaje y a quienes ha recordado, autorizadamente, la naturaleza de sus deberes y la dignidad de su rediviva función. Pero las palabras del Caudillo fueron lanzadas desde aquella noble tribuna a todos los ámbitos del país, y entrañan un profundo significado político que la simple lectura, según decíamos al principio pone de manifiesto. La diafanidad del pensamiento político de Franco confiere a sus palabras un sentido exotérico, que no esotérico; ni habla para iniciados ni para quienes le escuchan, necesitan de claves y cabalismos para entenderle. Habla, en suma, para todos los españoles, y les explica, una vez más, la suma lección de esa verdad española que se va afirmando de modo original e inconfundible frente a cuantos dogmatismos y histerismos de manifiesta mala fe pretenden enturbiar el desenvolvimiento ascendente y vigoroso, históricamente irresistible, de nuestra España recobrada, primero por la espada y luego por el talento político —y jurídico— del Generalísimo.

(«La Vanguardia», 4-VII-1945)

«Precisamente por haber pasado España con varios años de adelanto por el proceso de descomposición política a que otras naciones empiezan a llegar, lo exclusivamente político a pocos en España ya interesa; lo que preocupa es lo espiritual, lo nacional y lo económico-social.»

(Del discurso del Caudillo ante el Consejo Nacional el 17 de julio de 1945)

«En el terreno de las definiciones, no creo que pueda cabernos opción, pues de los sistemas universalmente aceptados para la gobernación de los pueblos, solamente uno se presenta a nosotros como viable: el tradicional español, que, de acuerdo con los principios de nuestra doctrina, propugnan muchos de los señores que combatieron en nuestra Cruzada, que forman hoy parte integrante de nuestro Movimiento. La República en España fué por dos veces lo que tenía que ser: un sistema artificial en pugna con nuestra Historia y con nuestras tradiciones; si tantas veces se repitiese su ensayo, tantas otras haría caer a España en el mismo grado de ladilmo. Y es que por encima de las formalidades políticas existen valores espirituales, históricos y tradicionales que caracterizan la vida de los pueblos y les hacen incompatibles con las fórmulas y los sistemas importados.»

(Del discurso del Caudillo ante el Consejo Nacional, el 17 de julio de 1945)

IMPORTANTE DECLARACION MINISTERIAL

El Gobierno representa un nuevo período en el camino de la restauración ESPIRITUAL Y MATERIAL DE NUESTRA PATRIA

En la tarde del sábado se reunió el Consejo de ministros bajo la presidencia de S. E. el Jefe del Estado, facilitándose la siguiente declaración:

«El Gobierno que hoy empieza su vida política, bajo la presidencia del Caudillo de España, representa un nuevo período en el camino de la restauración espiritual y material de nuestra Patria; período de continuación de la fecunda labor desarrollada por los Gobiernos anteriores que será impulsada de acuerdo con las consignas trazadas en su último discurso por el Jefe del Estado.

En el orden de la política exterior, el Gobierno reitera el noble afán del pueblo español de colaborar, desde el plano de sus posibilidades, en favor de la convivencia espiritual de los pueblos, manteniendo pacíficas relaciones con todos ellos, y ratifica sus tradicionales vínculos de cordialidad con la nación portuguesa y con las naciones Iberoamericanas, a la vez que subraya su simpatía y afecto para con el pueblo marroquí.

En el orden interior abre la etapa que inauguran las dos leyes fundamentales recientemente aprobadas: el Fuero de los Españoles y la ley de Régimen Local, y se traza asimismo el programa de continuar el digno ejercicio de la justicia y el mantenimiento de las garantías de todos los españoles.

Por lo que se refiere a las extraordinarias dificultades que las adversas circunstancias meteorológicas han creado en el abastecimiento de la nación y en algunas de sus producciones fundamentales, el Gobierno, continuando la línea ya en curso adoptará todas aquellas medidas que contribuyan a disminuir los daños, seguro de encontrar la comprensión precisa y todas las necesarias colaboraciones.

Sin perjuicio de atender a esta necesidad de primer plano, se continuará la labor, ya en plena marcha, de robustecer nuestra Hacienda y de equilibrar nuestra Economía a través de los precisos *desenvolvimientos agrícolas*, industriales y comerciales que contribuyan a la mejora de las condiciones de la vida de los españoles, y principalmente de los más modestos.

En este sentido, el Gobierno acepta de buen grado la tarea de acentuar la política de justicia social merced al avance de la legislación y la realidad de sus instituciones sociales, manteniendo a nuestra Patria en la primera línea de los pueblos que se preocupan por asegurar a sus productores el bienestar material y espiritual a que les da derecho su condición de agentes de la riqueza nacional y la dignidad de consideración que el trabajo reclama en el orden social cristiano.

El Gobierno declara, asimismo, su propósito de intensificar su política de cultura, aplicando el valioso instrumento de la nueva ley de Educación Primaria, sin olvidar el continuado apoyo que demanda la investigación y producción científica y el interés y celo con que ha de atenderse y perfeccionarse, en provecho de la educación de la juventud española, cuanto concierne a nuestra vida universitaria.

El nuevo Gobierno, en fin, al iniciar en el día de hoy su vida política, afirma su fe en el porvenir de España, seguro de que todos los españoles seguirán contribuyendo a la gran empresa de levantar entre todos, sobre sus cimientos tradicionales, la estructura definitiva del Estado español.»

(«Informaciones», 23-VII-1945)

Manifestaciones del enviado especial del «Daily Mail», en España

Está admirado de la magnífica situación de nuestra nación, y dice: «España es quizá el país donde se come mejor actualmente»

En su edición de anoche, nuestro querido colega «El Noticiero Universal» publicó la siguiente información con

ra del bizarro general Patton. Lo que más le impresionó durante la campaña de Alemania, fué por una parte el efec-

(«El Noticiero Universal», 30-VII-1945)

SOBRE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

España ha llegado al equilibrio de su personalidad internacional. Nos hallamos englobados en un engranaje de relaciones, por donde camina con paso seguro y firme esta realidad española, vencedora de los peligros innúmeros de la guerra. Haber alcanzado tan limpiamente la postguerra y haberse sabido situar con tanta precisión en el campo del tiempo nuevo, demuestra la sagacidad política de nuestros conductores y dinamismo de las decisiones españolas frente a los acontecimientos mundiales. Hoy día el concepto español de sus relaciones internacionales está moldeado por una apreciación sustancial y definitiva: España mantiene sus amistades y sus inteligencias con entidades históricas capaces de corresponder a su actitud. Las pugnas políticas internas no podrán afectar la conducta fiel y correcta de España para con las naciones insertas en el marco de nuestras relaciones internacionales. El juego alterno de las ideologías, en sus concretas versiones nacionales, no puede deformar el criterio de simpatía predominante en el contacto de otros Estados con el nuestro. La realidad interna de dichos Estados está completamente fuera de la esfera internacional en lo que concierne al parecer español. Es natural que la conducta internacional de España comporte un derecho inmediato al respeto y a la no injerencia. Afirmamos que las relaciones internacionales son cosa distinta a las situaciones políticas temporales y al movedizo resultado de la lucha de partidos. Para cualquier gobernante extranjero, España habrá de merecer una consideración parecida, que aprecie ante todo la personalidad libre e histórica de nuestra Nación. Al servicio de esta clave de la política internacional, España ofrece su imparcialidad rigurosa para tratar con las naciones, sin hacer deslindes ideológicos ni guardar reservas de origen interno.

En sus relaciones con las demás potencias España ha guardado siempre la más escrupulosa seriedad. Nadie puede echarnos en cara que hayamos faltado a uno solo de nuestros compromisos internacionales ni que nos hayamos arrogado privilegios de actuación en cuestiones ajenas a nuestro interés nacional. La política internacional de España tiene un sello de ejemplaridad que se actualiza constantemente, incluso cuando la defensa de su prestigio podría dar lugar a la adopción de medidas dialécticas excepcionales. La virtud suprema de España en es-

El primer «jeep» norteamericano que ha aparecido ayer por las calles de Madrid

(«Fotos», 7-VII-1945)

UN COMPATRIOTA RECIEN LLEGADO DE MANILA HABLA PARA «INFORMACIONES»

Los españoles fuimos presa del HAMBRE y del TERROR

Todas las atrocidades japonesas de Intramuros, contadas POR UN TESTIGO PRESENCIAL

BARCELONA, 7.—De paso en la ciudad condal puede [illegible] proclama á la población civil recomendando tranquilidad y pidiéndoles no tuvieran con ellos actos hostiles, hizo que toda la población constantemente el número de heridos y muertos de los alli albergados. Los curábamos cosiéndoles las heridas con agujas corrientes de firmo y marchábamos hacia la gloria. Ahora quieren los norteamericanos repatriar de Filipinas a muchos extranjeros y supones la

(«Informaciones», 7-VII-1945)

LLEGADA DE CINCUENTA Y OCHO JUDIOS

Barcelona.—El trasatlántico español «Plus Ultra» ha llegado a Barcelona trayendo a bordo a cincuenta y ocho judíos de Palestina; éstos embarcarán en Bilbao para los Estados Unidos a bordo del barco español «Magallanes».

(Agencia «Cifra», 26-VII-1945).

tas horas es saber guardar silencio, cuando el no hacerlo supondría acrecer en confusión el tono de las polémicas. Nos inhibimos de juzgar cuestiones internas, de otros países; exigimos una actitud paralela, con la confianza de que estas recíprocas abstenciones contribuirán a clarificar el horizonte europeo. Cuando las posiciones partidistas cuyo marco ideal y concreto es el gobierno de una nación rebasan su esfera propia y tratan de reducir la política internacional del Estado a sus objetivos parciales de conducción interna, es probable que se produzca una deformación inadmisible del mecanismo internacional.

España ha equilibrado su conducta en la postguerra presentando el auge de una política objetiva y realista que condiciona a los hechos de su expresión inmediata; pero está siempre influida por un riguroso principio de respeto y de cortesía hacia las modalidades políticas internas de cada país extranjero.

(«El Español», 9-VI-1945).

PONGASE EL TRAJE MAS VIEJO QUE TENGA

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

BARCELONA
Viernes 13 de julio de 1945

25 cent.

Teléfono 14133

FUNDADORES: DON CARLOS Y DON BARTOLOMÉ GODÓ — Año LXI — Número 24.683 — DIRECTOR: LUIS DE GALINSOGA

Hoy hace nueve años que la República asesinó a Calvo Sotelo

«Aquel régimen murió definitivamente en aquella madrugada triste en que un sedicente Gobierno, construyéndose en ejecutor de la masonería, tragó y llevó a cabo por medio de sus verdugos el asesinato del Jefe de la Oposición Parlamentaria y gran patricio José Calvo Sotelo.» FRANCO

CRIMEN DE ESTADO

DICE que el Gobierno de la República asesinó a Calvo Sotelo, así lo afirmaban por en un exabrupto polémico, de insultos y ofensas y mentiras desprejuiciadas. Por ahí, no mucho, que sea la ejecución de nuestra conciencia, no podríamos razonablemente, ni a la distancia, tan intensa que diría toda que nos separa del hecho, insistir en la calificación de semejante delito imputado arbitrariamente al régimen bajo cuya inspiración y mandato directos se consumó. Después de tantas magníficas intervenciones en España y en el mundo desde aquel 13 de julio de 1936, no habría fuerza moral alguna en nuestra conciencia para encender en furor o la recordación del asesinato de Calvo Sotelo; pasiones cargadas por la radicalización, si este delito no hubiera sido y quedado para siempre en los actanos anales de la República española, como lo que exactamente fue: un crimen de Estado.

En el lívido amanecer del 13 de julio de 1936, los agentes de la policía y de la fuerza pública de aquel régimen actuaron en el allanamiento brutal del hogar de José Calvo Sotelo, y pocos minutos después, en la perpetración del asesinato vil, con rigurosa consecuencia, sobreseyeron cobramente respecto a las premisas que habían venido en los años de 1931 a 1936 la propia República desde el Poder. La superlativa importancia de la víctima pudo dar extraordinaria resonancia de escándalo al caso; pero la verdad es que el caso que en el piso segundo del número 89 de la calle de Velázquez se produjo a las tres de la madrugada de aquel 13 de julio no era sino la culminación de todo una serie de crímenes sordos, difusos y solapados que con allanamiento de domicilio, con premeditación y alevosía calificadas, con ensañamiento desalmado, se habían ido perpetrando a decenas y a centenares a lo largo de los cinco años individuales y colectivos. Crimen de Estado consumado la República en la persona egregia de Calvo Sotelo, pero no era la primera vez que el Estado anárquico en que había venido a degenerar una democracia alborada el 14 de abril de 1931 entre la estupida complacencia confiada de los papanatas y de los imbéciles, se hundía en la sima del crimen. Porque crímenes de Estado fueron también los asesinatos en las calles o en los centros políticos de hombres y hombres socialistas, como anteriormente a Calvo Sotelo, en la madrugada que siguió a la Proclamación de la República, fueron los incendios de iglesias y monasterios del 11 de mayo de 1931, no hubo una sola voz de autoridad, de estado, sensata y patriótica, porque nunca los Poderes amparaban y hacían efectivos los más primarios derechos individuales en manos de los sucesivos Gobiernos de aquel régimen, tampoco, que se dictaran medidas de cuerpo macizo el derecho, la justicia, los principios individuales, las garantías de un supuesto y lamentable constitucionalismo, eran un perfecto escarnio. No una sola línea de convivencia, no ya nacional, pero siquiera humana, tuvieron los españoles bajo el régimen que hoy hace nueve años. Tal a sus antecedentes, es decir, consecuente con sus principios y con su proceder, violentaba en la forma más definitiva e irreparable, el derecho de un español de pro a tener un pensamiento político y hasta a vivir en su hogar.

Por eso, en el asesinato de Calvo Sotelo estuvo, como muy certeramente ha recordado en una ocasión con palabras que hacían la cabecera de esta página 3, el Generalísimo, lo quiere fulminante de aquel régimen que otrora si no hubiera sido por la sangre de Calvo Sotelo, es decir, por la notoriedad escandalosa del propio crimen de Estado, hubiera seguido resguardado, en pura agonía trágica para la nación. Reacción fulminante también contra un Estado capaz de organizar semejante crimen fue el Alzamiento glorioso para debelar un régimen detentador no ya del Gobierno sino del destino histórico de la nación y de los títulos de libertad y democracia en que simulaba fundarse. La República se denunció a sí mismo en este crimen de Estado, al asesinar al hombre, que no en la sombra delictiva de la conjura al de la conspiración, sino en pleno Parlamento, alzaba su voz acusadora contra los gobernantes escarnecedores de la democracia y de la libertad.

LOS HOMBRES Y LOS DÍAS

Aquellas sus anchas espaldas

EL PROTOMARTIR

(«La Vanguardia Española», 13-VII-1945)

EL ASESINATO DE CALVO SOTELO

No es necesario trazar un bosquejo de la gran personalidad de Calvo Sotelo para llorar su desaparición y execrar el régimen que lo cometió. El hecho lleva en sí tales grados de vileza que jamás un Gobierno, si no descendemos a las peores épocas de los tiranos, alcanzó vergüenza y vilipendio semejante. Ni los acontecimientos ni los años podrán borrar de los españoles honrados los minutos de ansiedad vividos por la nación entera en aquellas horas en que se iban conociendo detalles del alevoso crimen de Estado. La indignación brota espontáneamente del corazón de quienes recibieron aquella señal, dada por los matones instalados en el Poder como la de la declaración de la guerra: la guerra civil española. Aquella turba de maleantes la quiso, la buscó a lo largo de seis años de nefasto régimen republicano y la encontró. ¿Quién derrocó, pues, a la fementida democracia española? Mienten canallescamente cuantos consideran nuestra guerra civil como explosión de un pueblo belicoso dirigido por descontentos. Mienten y si la realidad no fuera lo suficientemente clara con sus múltiples y repetidos hechos (incendios de iglesias, huelgas revolucionarias, asesinatos, persecución religiosa), bastaría el asesinato de Calvo Sotelo llevado a cabo a altas horas de la madrugada, sin tener en cuenta los más elementales derechos del ciudadano, ni su inviolabilidad de parlamentario tan celosamente custodiada por todas las democracias. El Gobierno republicano, ese mismo equipo que anda vociferando por el mundo y exponiendo a la vista y consideración de todos sus propias vergüenzas, quebró la convivencia ciudadana en España por el crimen y por la violencia. ¿Qué había de hacer el pueblo español sino reaccionar virilmente y con dignidad como lo han hecho siempre los pueblos que la han estimado en algo?

Existen momentos en que el silencio en torno a un suceso vale mucho más que la condenación más elocuente. Y éste de la muerte de Calvo Sotelo es uno de ellos. ¿Qué dirán hoy los Prieto, los Negrín y demás gente de mal vivir cuando la conciencia les reproche el crimen que recuérda España entera? A nosotros, los españoles, nada nos va ni nos viene en que digan una cosa ni otra. Lo que nos conforta es que nosotros, los españoles, estamos hoy donde hace nueve años estábamos cuando íbamos conociendo poco a poco los detalles del crimen organizado por el Estado y cometidó por sus agentes. Estamos donde estábamos. En la misma actitud, contra los mismos hombres y contra sus procedimientos de Gobierno. Y esto es lo permanente y lo español.

(«Informaciones», 13-VII-1945)

MADRID.—En el teatro Alcázar se ha verificado solemnemente la clausura del curso 1944-45 de la asociación matritense de La Palabra Culta. («Foto Reflejos»)

(«Fotos», 7-VII-1945)

En el español no caben rencores

Somos anchos de generosidad y sabemos perdonar, dice el Sr. Aunós

Durante todos los días de la semana se han venido celebrando los diversos actos anunciados, con motivo de LXIV aniversario de la fundación del Cuerpo de Prisiones y que culminaron con el homenaje dedicado al excelentísimo señor mi-

res de los diarios madrileños y otras distinguidas personas.

DISCURSO DE DON ANGEL B. SANZ

El Director General de Prisiones,

vocados, muchos de los cuales vos habéis puesto en la vía de reconstruir hogares y familias. Y así lo hicisteis porque aquí hemos sentido siempre la auténtica libertad aquella que sólo es posible, como dijera Balmes con cer-

En el español no caben rencores—añadió—. Somos de ancha generosidad y sabemos perdonar.

El nuevo Estado termina diciendo—espera de todos los fun-

(«Redención» 30-VI-1945)

(«La Vanguardia Española» 15-VII-1945)

LIBERTAD, ORDEN Y AUTORIDAD

El verdadero concepto de la civilización recoge las esencias de estos tres principios fundamentales: libertad, orden y autoridad, procurando que dominen en la vida de completo acuerdo. El orden no es opuesto a la libertad, cuando se entienden en su contenido y exacto alcance y el principio de autoridad, base de toda sociedad, no puede dañar el desenvolvimiento racional de la libertad. Que es difícil su acoplamiento y ensamblaje en la vida práctica es cosa que no la discute nadie, máxime teniendo en cuenta la desorientación y la anarquía doctrinal en que ha vivido la Humanidad en estos últimos tiempos. Por eso resulta más laudable la obra de las Cortes Españolas al dar en un corto texto los guiones fundamentales a los que ha de ajustarse la vida del ciudadano español. Porque en medio de un mundo preñado de incertidumbre y de angustia han sabido acudir a los principios inmutables del Derecho natural, co-

rroborado y ampliado por el Cristianismo. A la luz de las enseñanzas cristianas, que se repiten idénticas a través de los tiempos y de las controversias de los hombres, las Cortes Españolas han encontrado las líneas que enmarcan los derechos del individuo, su aspiración indeclinable a una libertad racional y la misión del Estado como representante de una autoridad operante y eficaz. Y ahí está el acierto del Fuero de los Españoles. No se trata de una carta otorgada, ni pactada, ni impuesta. Es este de los derechos o deberes fundamentales del individuo constituido en sociedad un campo en el que no caben ni los otorgamientos ni los pactos, ni las imposiciones. Se tienen o no se tienen. Y todo estado bien organizado ha de reconocerlos y ampararlos con los caracteres y la manera de ser de los individuos y de la sociedad, de la que el Estado debe ser servidor fiel y no opresor y tirano insoportable. En nuestros días hemos asistido al espectáculo del encumbramiento del Estado hasta tal punto que no ha estado lejos del endiosamiento. Los manifiestos errores de las teorías que amparan y proclaman y defienden esta concepción han sido puestos de manifiesto por la autoridad máxima de este mundo cuya misión es, precisamente, la de enseñar el camino de la verdad y de la vida. Por ello la crítica de tal aberración política resulta contemporánea e inútil por nuestra parte. Porque las Cortes Españolas han tenido muy en cuenta las enseñanzas del supremo magisterio de la Iglesia y nuestra realidad del pasado histórico, en el que dimos tan sabias y acertadas leyes políticas, creemos que la influencia del Fuero de los Españoles ha de ser larga en el tiempo y profunda en la realidad.

Las circunstancias imponen a veces modos y medidas que se irán suavizando conforme vayan cambiando las situaciones y un gobernante que merezca el calificativo de acertado ha de tenerlas muy presentes. Hasta que el individuo influya en los destinos de su propio pueblo con la amplia libertad que exige la concepción cristiana del hombre y de la vida ha de pasar bastante tiempo. La sociedad pasa por una aguda crisis y está en pleno período de restablecimiento su precaria salud. Por lo mismo el Estado debe acentuar su papel de médico exagerando tal vez, en algunos puntos sus funciones terapéuticas. Y aún cuando duela la opresión del aparato ortopédico que oprime el miembro roto o torcido, no tenemos más remedio que aceptar este desagradable dolor del momento con la esperanza puesta en que un día han de sobrar los hierros que queman o los cueros y la escayola que aprisionan y oprimen en demasía.

Por otra parte las obras de los hombres están todas sujetas a imperfecciones. Quizá más que ninguna, las que atañen al gobierno y organización de los pueblos. Por lo tanto, y sabedores de esta verdad, no hemos de caer en el pecado irreflexivo de afirmar que el Fuero de los Españoles es una obra insuperable. Pero sí es preciso admitir que dentro de las circunstancias actuales constituye la expresión más sincera y clara de los propósitos de un Gobierno y de unas Cortes en que abundan el deseo de acertar para el mayor bien y provecho del mayor número de españoles.

(«Informaciones» 15-VII-1945)

BANDOLERO MUERTO EN GRANADA

GRANADA.—En servicio practicado por la Policía fue muerto el bandolero Pedro Quero.

Durante el servicio el guardia de la Policía Armada, Jose Vázquez Rubio, encontró heroica muerte en el cumplimiento del deber. El director general de Seguridad ha enviado un donativo de 5.000 pesetas a la viuda del guardia, y ha comunicado que serán abiertas cartillas extraordinarias de ahorro a nombre de los huérfanos de la víctima.

(«Agencia CIFRA» 14-VII-1945)

FANTASIO
HOY, ESTRENO
LOS ÚLTIMOS ÉXITOS DE «BOTE» POR LA FAMOSA ESTRELLA DE LA
B. B. C.
DIRECCION: PHIL BRANDON
VERA LYNN
GERALDO y su ORQUESTA
MUSICA en el AIRE
Un film intensamente humano y divertido, que refleja el optimismo y fe de los ingleses en su victoria final.

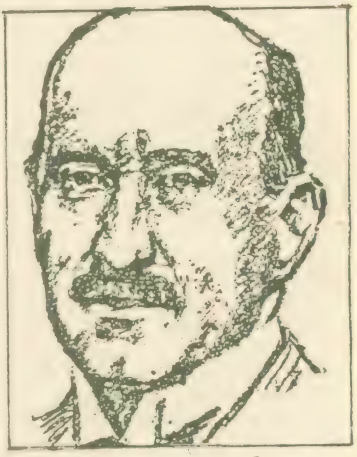
DON VICTOR PRADERA Y SUS «OBRAS COMPLETAS»

El Jefe del Estado ha escrito el prólogo a la recopilación del pensamiento praderiano

Don Víctor Pradera es uno de los gigantescos solitarios de la política española del primer tercio del siglo XX. Formado Pradera en el carlismo que le eligió diputado cuando todavía no contaba veinticinco años, más tarde diputado tradicionalista, tuvo su obra política caractéres de singularidad, dentro de la norma amplia de sus irrevocables y constantes ideas raíces. A través de don Víctor Pradera, en el parlamento español se oyó la voz de todos los españoles que aún diferenciados en lo político, coincidían en el respeto a la defensa de la unidad patria. En la legislatura de 1918, por ejemplo, Pradera fue el hombre aclamado por todo el pueblo español y su actitud contra los separatismos —desde el secesionismo bronco y sincero hasta el autonomismo disfrazado—, impidió que el Parlamento, por compromisos partidistas, concediera los Estatutos solicitados por los nacionalistas catalanes y los vascos. Aquellos meses Pradera cumplió una misión providencial.

Años después, el Caudillo de España y el diputado tradicionalista, requerido por don Miguel Primo de Rivera para que aportara su consejo a la nueva Constitución española, comenzaron una honda amistad que perduró vivísima, acrecentada por muchas coincidencias morales y patrióticas, hasta la gloriosa y trágica muerte de Pradera, a manos de los rojo-separatistas en San Sebastián

Para las «Obras Completas» de Pradera, el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos ha escrito un magnífico y hermoso prólogo, que constituye el tributo de una noble amistad, y al mismo tiempo se refiere a paginas de la Historia contemporánea, que tienen, gracias a las palabras de Franco, definitiva versión. Para un español de la calidad intelectual de don Víctor Pradera, este homenaje que representa la edición de las «Obras Completas» es el que podía llegarle a lo más íntimo del sentimiento. Pues escasísimos ejemplos de desinterés hay en la política de todos los tiempos, que puedan parangonarse con el prodigioso alejamiento de Pradera y cuanto significa pompa y vanidad y provecho personal.



Don Víctor Prádera

Con motivo de la Feria Nacional del Libro se han puesto a la venta, en excelente edición las «Obras Completas».

(«ABC», 29-V-1945)

UN AUTOGRAFO DE

EL CABALLERO AUDAZ

Hoy, 6 de junio, desde las siete de la tarde, este ilustre escritor dedicará al público los ejemplares de sus últimos grandes éxitos:

"TE ESPERARE SIEMPRE"
"VER"
"TANIA, LA MUJER NUEVA"
"LA MENTIRA DE TU AMOR"
"GALERIA"
"EL DUQUE DE AYER"
"SI TU SUPIERAS..."
"EL TRAJE DE LUCES"
"MI MARIDO SOY YO"

que sean adquiridos en la Caseta núm. 7, de la EDITORIAL E. C. A., en la Feria del Libro. También tendrá mucho gusto en dedicar otros libros suyos que le sean presentados por sus lectores.

PONGASE EL TRAJE MAS VIEJO QUE TENGA

LOS PRODIGIOS DE LA CODOSERA

UNA MISA, UN VIA CRUCIS Y UNA ERMITA

(De nuestro enviado especial JOSE DE LA CUEVA)

III

Suman ya más de un centenar las personas que han visto la aparición, pero sólo tres —tres hombres— han sido favorecidas con ella. Dos que la presencia, una de ellas es Marcelina; las otras, son Dolores Lucio Matador y Afra Brígido Blanco. A estas dos voy a referirme especialmente, porque el grado de favor alcanzado les otorga un singular relieve.

Dolores forma con su marido, Pablo Pulido, y sus cinco hijos una familia como muchas de La Codosera. Tiene treinta y un años, cara agradable —más agradable de lo que aparece en la fotografía, porque el afán de resistir el sol con los ojos abiertos ha cambiado su natural expresión—, no es muy alta, pero conserva cierta esbeltez a pesar de la repetida maternidad, cosa que en los pueblos no es frecuente.

Tiene un pasar modesto: casa propia a tono con su posición, y algunas herrezitas que, bien trabajadas, dan para vivir. Es —era, mejor dicho—, mujer de carácter tranquilo, apacado y vergonzoso, y entre sus convecinos goza de buena fama y simpatía, y su vida en su hogar no ha sido nunca objeto ni motivo de murmuraciones ni habladurías.

Debo estos datos a muchas personas y de modo principal a la vecindad. Pero el día 31, fiesta del Corpus —día del Señor, como dicen aquí—, fué con unas amigas a Chandavila, más que nada en plan de paseo y distracción, y estaba mirando al cielo, cuando detrás de una nube que tenía forma muy cuadrada, salió la Virgen de perfil, mirando hacia la derecha. En ese momento, Afra exclamó: «¡Dios mío!», y se desmayó, y desmayada la transportaron a su casa.

—¿La has vuelto a ver?

—El día 17 estaba allí cuando llegó Dolores, y al devolver la Virgen la palabra a ésta, se me apareció a mí la Virgen a unos dos metros de altura sobre el suelo. Tenía manto negro con estrellas, pero no tenía corona. Yo me puse muy nerviosa, y entonces me habló la Virgen diciéndome: «No tengas miedo, hija mía, que en las horas de más angustia de tu vida estaré siempre a tu lado. Ahora ve a besar a la niña y dile que se persigne.» Yo le pregunté que a qué niña, y me contestó: «A Marcelina».

Cuando me levantaba para cumplir el mandato me dijo: «Vuelve mañana a la tarde», y desapareció.

Yo fui, besé a la niña, e hice que se persignara.

—¿Volviste al día siguiente?

—Volví y [illegible] lo el pueblo.

Dolores Lucio Matador —a quien la Virgen pidió la erección de la ermita— y su esposo, Pablo Pulido.

Afra Brígido Blanco, la muchacha que renuncia al amor por súbita vocación religiosa provocada por la aparición.

(«Informaciones», 2-VII-1945)

¡SUBSIDIOS FAMILIARES!

Con ellos protege el nuevo Estado a la familia española.

Todo empresario y trabajador debe cumplir sus mandatos para disfrutar sus beneficios.

«El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio»

UN LIBRO DE ARRESE

El ministro secretario general del Movimiento, camarada José Luis Arrese, plantea en su libro «El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio» una de las cuestiones de más interés actual, relacionadas con la política interior de España, por las sostenidas polémicas a que ha dado lugar. ¿Qué sentido y extensión debe concederse a la expresión Estado totalitario? ¿Cuál era el significado y cuál el concepto de este término para José Antonio? ¿Es la Falange un movimiento totalitario? A estas interrogaciones pudiera concretarse la materia que aborda el camarada Arrese con indudable acierto y probada autoridad, en un momento en que la propia contextura del Estado y los esfuerzos para su reconstrucción constituyen las mejores ambiciones de la Falange y a su consecución dedica sus empeños y sus desvelos.

La respuesta del camarada Arrese es categórica y tiene un alto valor de definición, al establecer que lo estrictamente fundamental y decisivo, en la doctrina falangista, es su entendimiento religioso, cristiano y más concretamente, católico del hombre. Todos los textos, desde los fundacionales hasta los de la hora presente, han reiterado esta posición filosófica de la Falange ante el problema de tan honda raigambre y acusada trascendencia. El Estado español, en el pensamiento falangista, se ordena al cumplimiento de los fines del individuo, atribuye carácter sagrado a un fuero reconocido de la personalidad y se funda en la convicción de que el destino de los españoles y sus posibilidades de existencia se realizan a través de la Patria. Incurren, pues, en fundamental error quienes sitúan a José Antonio y la Falange en el plano de los movimientos filosóficos, ideológicos o políticos que, a través de la idea del Estado, crean una nueva divinidad que todo lo absorbe y a lo que todo debe sacrificarse. La realidad política española y la doctrina que constituye su fundamento no son matices, variaciones ni interpretaciones de unos principios exó-

ticos, sino una entidad genuina, inconfundible y sustantiva.

No son de ahora los reparos que los enemigos del orden falangista han suscitado sobre su propia consistencia. Las deformaciones, hijas de la hostilidad, surgieron ya en la primera hora de la Falange. Y también desde entonces comenzó la lucha de José Antonio, plasmada en numerosos textos y citas, por afinar el concepto y desvanecer mal entendidos. En este sentido, pues el ministro secretario no ha hecho sino seguir los pasos del primer Jefe nacional, y en las páginas de su libro pueden comprobarse los argumentos y las polémicas de José Antonio. El grado de violencia de la ofensiva contra la Falange se ha mantenido siempre a tan elevada presión que no es de extrañar que muchos camaradas, llevados al malhumor por sus torcidas imputaciones, perdieran la serenidad y se negasen al razonamiento en esta materia. Por eso, precisamente, es más de encomiar la posición de Arrese, situado en un plano de sosiego discursivo, que avalora, si cabe, el acierto de su empeño, y que el ministro sin duda, respalda en la frase de José Antonio: «Si logramos desvanecer esta especie, ya nos inventarán otras».

(«La Vanguardia», 31-III-1945

SUCESOS EN PROVINCIAS

Un chimpancé se come el perrito pequinés de una señora

BARCELONA, 12 noche.—En una calle del casco antiguo de la ciudad, cerca de la plaza del Pino, se ha escapado un chimpancé de diez meses, propiedad de un vecino de la barriada. El animal originó la consiguiente alarma, sustos y carreras. «Jaimito», que así se llama el animal, durante sus correrías, se comió un perrito pequinés, que llevaba una distinguida dama, del que sólo dejó el rabo por ser muy duro. La propietaria del perrito ha anunciado su propósito de presentar una denuncia, pidiendo fuerte indemnización por daños y perjuicios. «Jaimito» pudo ser capturado con la intervención de los guardias, quienes también actuaron para calmar las iras de la dueña del perro, la cual trataba de agredir al dueño del mono.

(«Agencia Cifra», 7-VII-1945).

DON JACINTO BENAVENTE, RUMBO A LA ARGENTINA

Barcelona.—Don Jacinto Benavente, acompañado de Lola Membrives, a bordo del «Cabo de Buena Esperanza» momentos antes de zarpar de nuestro puerto con rumbo a la Argentina

(«La Vanguardia», 21-VII-1945)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

Feria del Libro 1975

LA HISTORIA, PROTAGONISTA

LA FERIA NACIONAL DEL LIBRO —CELEBRADA EN EL RETIRO MADRILEÑO DURANTE LA PRIMERA QUINCENA DEL PASADO MES DE JUNIO— HA TENIDO COMO UNO DE SUS RASGOS MAS CARACTERISTICOS EL EXITO Y LA ABUNDANCIA DE LIBROS HISTORICOS.

UNA vez más, como en años anteriores, el Paseo de Coches del Retiro ha albergado durante cerca de 20 días la XXXIV Feria Nacional del Libro, lugar de reunión, de balance y punto de partida de los sufridos lectores y de la industria cultural del país. Para algunos comentaristas, la Feria —a más de lluviosa, cosa ya habitual— ha sido este año un año «gris» por la ausencia de novedades espectaculares o firmas multitudinarias. Incluso algún crítico apresurado —o quizá genial, según como se mire— ha declarado, en una revista de gran difusión como es Cambio 16, *que «apenas media docena de libros tienen un cierto interés». Curiosamente, el comentarista sólo cita tres de esos seis grandes libros y, más curioso todavía, dos de elloscorresponden a la misma firma editorial. En cambio para el modesto crítico que esto escribe, pese a que sólo buscaba las novedades relativas a la historia, el problema ha sido el contrario: examinar la multitud de libros de interés, y tratar de seleccionar y ordenar los más importantes en este informe, por fuerza, incompleto.*

Quizá convenga comenzar por los libros de mayor difusión y venta entre el público más amplio que el de los estrictos lectores de obras de historia. Porque un rasgo característico de esta última Feria ha sido el éxito de diversos textos de este sector cultural, éxito promovido a veces por distintos premios o por una intensa campaña de publicidad, más que por las virtudes específicas de los mismos. Tal es el caso de *García Lorca, asesinado: toda la verdad* (Ed. Planeta), de Vilá San-Juan, cuyo contenido resulta decepcionante en vista del rotundo título; o de la escasamente sociológica *Sociología del Franquismo,* de Amando de Miguel. En cambio, a pesar de no haber alcanzado premios ni difusión semejantes, el lector interesado por los testimonios directos puede sentirse más atraido por las vivencias de algunos «vencidos» de nuestra guerra, como Juan A. Cabezas *(Asturias: Catorce meses de guerra civil,* ganador del premio sobre «Memorias de la guerra civil española», en su convocatoria de 1975), o Eduardo Pons-Prades *Republicanos Españoles en la segunda guerra mundial,* finalista del premio «Espejo de España», convocado por la Ed. Planeta y cuyo ganador fue precisamente Vilá San-Juan). Ambas obras, junto con los textos precedentes de Eduardo de Guzmán o Mariano Constante, representan un dramático fresco del destino de los hombres cuya defensa de la República acabó en la cárcel, en los campos de concentración, y en el desprecio, el olvido o la ignorancia de muchos.

De corte más académico, con pretensiones «científicas», otro ganador de premios, X. Tussell, ha presentado en *La España del siglo XX* una alabanza de la Monarquía y de los sectores moderados y derechistas de la II República, muy en estilo de su maestro Carlos Seco. Pero esta obra, galardonada con el Premio «Mundo»,merece un futuro comentario más detenido.

Al margen de las modas, los premios y las campañas publicitarias, Manuel Tuñón de Lara, el valor más sólido de la historiografía de izquierdas, firmó ante un nutrido público de compradores y curiosos algunas de sus obras. Con él, y con los textos ya citados, la Historia se convertía en la estrella más rutilante de una Feria del Libro que en otros campos resultó bastante menos atractiva.

LOS CLASICOS RECUPERADOS

En cualquier país europeo, la edición de clásicos políticos, sociales o ideológicos es un re-

EN CONTRASTE CON EDICIONES APRESURADAS, INCOMPLETAS O MAL TRADUCIDAS DE TEXTOS CLASICOS, PUEDE CITARSE COMO MODELICA LA QUE SE HA LLEVADO A CABO DE «EL SISTEMA INDUSTRIAL» DE SAINT-SIMON QUE APARECE EN EL GRABADO), UNA DE LAS MEJORES «NOVEDADES» DE LA FERIA.

curso «conservador» de algunos editores para superar la crisis con obras de venta aseguradas; en el nuestro, en cambio, resulta sobre manera arriesgado. Pregunten, si no, a la Ed. Ayuso, cuyo intento de publicar una edición de bolsillo del *Manifiesto Comunista,* como primer título de una «Biblioteca de Textos Socialistas», ha traido como resultado el secuestro de la obra. Por eso, y por el gran número de textos que gracias a la traída y llevada apertura pueblan desde hace poco los anaqueles de nuestra librerías este tipo de obras vuelve a ser noticia.

La recuperación es sobre todo importante para las corrientes ideológicas ligadas a los distintos sectores del movimiento obrero, cuyas exposiciones más significativas, que hoy tienen un carácter de documentos históricos de primera mano, habían estado ausentes de nuestro mundo cultural durante los treinta

últimos años. Ahora, tras los textos de Marx y Engels reeditados por Ayuso a partir de la edición pionera de la desaparecida Ed. Ciencia Nueva, otras obras y autores ocupan el terreno de las «novedades»: tales como el *Manifiesto Comunista*, en la clásica traducción de W. Roces (Ayuso); la polémica sobre el revisionismo en que se vieron envueltos, como figuras fundamentales, Bernstein, Kautsky y Rosa Luxemburgo (publicada en tres volúmenes por Ed. Fontamara); las *Obras Completas* de Lenin (Ayuso-Akal), su análisis sobre *El desarrollo del Capitalismo en Rusia* (Ariel Historia), o algunos de sus textos políticos más significativos (*¿Qué hacer?, La revolución proletaria y el renegado Kaustky...*, en ediciones de Akal o Fundamentos); las reflexiones de Mao Tse-Tung sobre *La construcción del socialismo* (Anagrama y Fundamentos), o las críticas de Rosa Luxemburgo a *La revolución rusa* (Anagrama). A veces, el interés editorial por publicar unos libros cuya venta parece asegurada ha llevado a ediciones apresuradas o incompletas, y al uso de malas traducciones que no favorecen este acercamiento a las fuentes de un pensamiento que, cuando menos, exige un mínimo respeto editorial.

En contraste con estas prácticas viciosas, se puede saludar como edición modélica la de *El Sistema Industrial* de Saint-Simon (Ediciones de la Revista de Trabajo) con un prólogo brillante y riguroso de Carlos Moya, gracias al cual podemos descubrir las claves de la importancia del pensamiento saint-simoniano

ENTRE LOS «CLASICOS MAS REEDITADOS —O EDITADOS POR PRIMERA VEZ EN NUESTRO PAIS— FIGURA LENIN (AQUI EN UNA FOTO FAMILIAR), CUYOS TEXTOS HAN SIDO PUBLICADOS POR VARIAS FIRMAS CON NOTABLE ACEPTACION DEL PUBLICO.

para el desarrollo de la Sociología y su papel como «Profeta de la Sociedad Industrial«.

Pero no son los clásicos del socialismo «utópico» o marxista los únicos recuperados en nuestros días. Tusquets ha iniciado la publicación de una colección, «Acracia», dedicada al pensamiento y la actividad anarquistas a lo largo del último siglo y medio, en la que junto a un texto de Proudhon se presentan el informe más completo y directo de la experiencia anarquista en Ucrania (Archinov: *El Movimiento macknovista)* y un estudio sobre la significativa, y casi desconocida trayectoria de los anarquistas en China (Scalapino-Georges T. Yu *El movimiento anarquista en China).* Y en forma más general, la renovada Ed. Nacional se ha embarcado en la tarea, tan necesaria dadas las insuficiencias culturales del país, de ofrecer una serie de obras clave de la historia del pensamiento europeo, a partir de los *Escritos filosóficos* de Diderot y la Etica de Spinoza.

Al lado de los clásicos europeos, en los campos del pensamiento o la ideología política, no está de más recordar algunos textos españoles, o dedicados a España, cuya reedición tiene un puesto de primera fila entre las novedades editoriales de esta Feria. Entre ellos se encuentran algunos textos fundamentales de nuestra historia moderna, como la *Restauración política de España* de Sancho de Moncada (Instituto de Estudios Fiscales), en cuidada edición prologada y anotada por Jean Vilar, o el *Tratado de la Regalía de Amortización* de Campomanes, en edición facsimil y precedido por un Estudio Preliminar de F. Tomás y Valiente, dos obras de primera importancia para el conocimiento de los proyectos reformistas de la economía española de los siglos XVII y XVIII. O la serie de obras de la «Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados» que para sufrimiento de los menéndez-pelayistas ha empezado a publicar la Ed. Nacional. Y también, con valor más testimonial y a veces literario que estrictamente historiográfico, los volúmenes de recuerdos de Unamuno y Pérez Galdós, recogidos en la nueva colección de «Recuerdos y Memorias» (Ed. Tebas), junto a obras de Berenguer y Ossorio y Gallardo, a las que dedicamos nuestra atención en una recensión de este mismo número.
Pero quizá resulten más significativos otros textos dedicados al examen de los problemas de nuestro siglo. Por vez primera aparece en castellano una de las obras básicas para el conocimiento de los conflictos sociales del país a comienzos de siglo: *La cuestión social en España,* de A. Marvaud (Ed. de la Revista de Trabajo), en edición precedida por un estudio de Borrás y Castillo que delimita la figura del autor y sus estrechas conexiones con algunos sectores del capitalismo francés muy interesados por la evolución de los acontecimientos en nuestro país. En estos acontecimientos jugó un papel fundamental Salvador Seguí, el dirigente más significativo de la CNT a fines de la década de 1910, cuyos *Escritos,* tras cuatro años de espera, aparecen por fin en una cuidada antología de Isidre Molas (Ediciones 62). Suponemos que no nos tocará esperar otros tantos para conocer los textos de otros dirigentes o militantes del movimiento obrero español (como Iglesias, García Quejido, Tomás Meabe o Gabriel Mario de Coca) que, pese a estar anunciados como novedades de la Feria, no han aparecido en el momento de escribir estas líneas.

POR VEZ PRIMERA, PUEDE LEERSE EN CASTELLANO «LA CUESTION SOCIAL EN ESPAÑA» DE ANGEL MARVAUD, TEXTO BASICO PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS CONFLICTOS SOCIALES DE NUESTRO PAIS Y DENTRO DEL QUE SURGE DESTACADA LA FIGURA DE SALVADOR SEGUI (EN EL CENTRO DE LA FOTO), DE QUIEN TAMBIEN SE ACABAN DE PUBLICAR SUS «ESCRITOS».

Por fin, entre los testimonios sobre el primer tercio del siglo conserva especial viveza e interés el relato de Vicente Marco Miranda, figura significativa del republicanismo valenciano y testigo de los hechos que relata, sobre *Las*

OBRA FUNDAMENTAL PARA QUIEN QUIERA DISPONER DE UN TESTIMONIO SOBRE LA OPOSICION AL DIRECTORIO —CUYOS DIRIGENTES APARECEN EN LA IMAGEN RODEANDO A ALFONSO XIII— ES «LAS CONSPIRACIONES CONTRA LA DICTADURA» DE V. MARCO.

conspiraciones contra la Dictadura (1923-30). (Ed. Tebas). Obra obligatoria para quienes, en estos años del cincuentenario de la Dictadura, quieran disponer de un testimonio directo sobre los diversos movimientos conspiratorios que jalonaron su recorrido.

EL ESTUDIO DEL PASADO

Imposibilitados, por falta de conocimientos y de tiempo (¡qué felicidad la del crítico que sólo encontraba media docena de libros de cierto interés!), para dar cuenta de todos los estudios o investigaciones sobre temas históricos, no podemos dejar sin mencionar al menos algunas obras de importancia para la Historia Contemporánea de España, época a la que se orientan las predilecciones de un gran sector del público y las de quien esto escribe.

Si la Feria del Libro de 1974 fue el marco para la aparición del primer volúmen de *Partidos y Programas Políticos (1908-1936)*, de Miguel Artola, uno de los libros más importantes y discutidos de los últimos años, la Feria presente ha contemplado la salida a la calle del segundo tomo, dedicado a los «*Manifiestos y Programas Políticos*» (Ed. Aguilar), rigurosa selección de más de cien textos programáticos, procedentes de las principales corrientes políticas del siglo que va desde 1834 a 1936. En conjunto, se trata de un esfuerzo sin precedentes por renovar nuestra historiografía política, desde el análisis de los partidos hasta el exámen de las actitudes del Poder frente a los derechos y libertades fundamentales de los ciudadanos. Junto a esta obra, la descuidada traducción del famoso artículo de Juan J. Linz sobre *El sistema de partidos en España* (Ed. Narcea), resalta algo anacrónica, al comparar las escasas fuentes menejadas por Linz con la abundancia de documentación y el rigor en el análisis del libro de Artola.

Los estudiosos extranjeros, que hasta ahora parecían interesados fundamentalmente por la grandeza del Siglo de Oro o las convulsiones de nuestro siglo, empiezan a adentrarse en otros terrenos y a plantearse otra serie de problemas menos gloriosos o candentes. Prueba de ello es la publicación casi simultánea de dos obras de síntesis sobre la guerra de la Independencia y sus consecuencias para la España decimonónica, firmadas por Gabriel H. Lovett *(La guerra de la Independencia y el nacimiento de la España Contemporánea*, (Ed. Siglo XXI), desiguales de tamaño aunque muy

parecidas en su planteamiento general y esquema interpretativo; y de una investigación biográfico-política sobre *Mendizabal y la instauración de la Monarquía Constitucional en España (1790-1853)*. (Ed. Siglo XXI), de Peter Janke. El atractivo de la primera mitad del siglo pasado, de las polémicas políticas en torno al liberalismo y su puesta en práctica en nuestro país, impulsó también a Concepción de Castro a preparar una tesis doctoral sobre

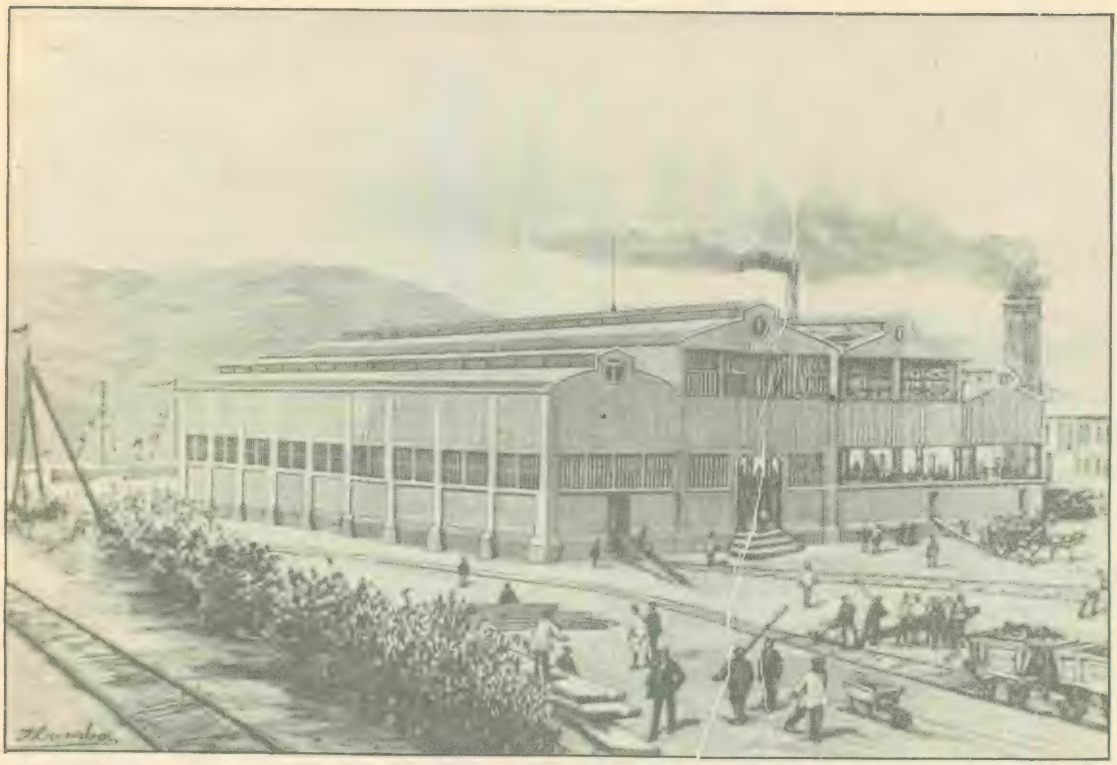
SI LA FERIA DEL LIBRO DE 1974 SIRVIO COMO MARCO PARA LA PRESENTACION DE «PARTIDOS Y PROGRAMAS POLITICOS (1908-1936)» DE MIGUEL ARTOLA (EN LA IMAGEN), EN LA DE ESTE AÑO HA OFRECIDO OTRO GRAN LIBRO DEL MISMO AUTOR: «MANIFIESTOS Y PROGRAMAS POLITICOS», CUIDADA SELECCION DE MAS DE CIEN TEXTOS PROGRAMATICOS DEL XIX Y XX

una figura menos importante, pero muy significativa, del periodo: Andrés Borrego. La tesis, convertida ahora en libro con el título *Romanticismo, periodismo y política. Andrés Borrego* (Ed. Tecnos), se ajusta a los mismos módulos de desapasionamiento y claridad de las obras que acabamos de citar, y junto a ellas (y al amplísimo estudio de Gil Novales sobre las Sociedades Patrióticas, cuya publicación parece inminente) servirá para mejorar nuestro conocimiento de la historia política de un periodo especialmente agitado y decisivo para toda la etapa contemporánea.

Pero no se puede reducir la historia a la pura historia política. Así lo han entendido, tras múltiples trabajos precedentes, los promotores del Primer Coloquio de Historia Económica de España (celebrado en Barcelona en 1972), destinado a «sancionar la mayoría de edad» de esta disciplina a través de la reunión de un conjunto de ponencias de diversos especialistas y jóvenes investigadores. El coloquio estuvo dirigido al análisis del crecimiento económico en la España Contemporánea; de él se publican ahora las ponencias y comunicaciones relativas a la agricultura y al comercio colonial, en un volúmen editado por Nadal y Tortella (Ariel Historia), cuya lectura ratifica algunas interpretaciones que ya conocemos y a la vez muestra la necesidad de nuevas investigaciones para poder trazar un panorama riguroso de nuestra historia económica más reciente.

Precisamente, quienes deseen una información general de carácter bibliográfico y metodológico en esta materia, relativamente nueva, tienen ahora la posibilidad de consultar el manual de Roderick Flound, *Métodos cuantitativos para historiadores* (Alianza Universidad), breve y clara introducción a un conjunto de técnicas cuyo uso, guste o no guste, es cada vez más necesario.

La historia social ha sido quizá —frente a lo habitual en los años precedentes— la menos representada en esta Feria. Pese a que se anunciaban numerosos títulos (desde una historia de la Unión General de Trabajadores a un estudio sobre el socialismo en la Segunda República, pasando por las Actas del Coloquio de Pau de 1974 sobre la prensa española de los siglos XIX-XX, o por el estudio de la enseñanza en el régimen republicano), sólo han aparecido dos obras de importancia. Una de ellas, la recopilación de artículos de Nuria Sales sobre el servicio militar y las distintas formas utilizadas por los sectores superiores de



DENTRO DE LA ESCASEZ DE LIBROS DE HISTORIA SOCIAL QUE HA MOSTRADO LA FERIA, DESTACA EL DE JUAN PABLO FUSI SOBRE «POLITICA OBRERA EN EL PAIS VASCO (1880-1923)», EJEMPLAR EN SU DOCUMENTACION Y RIGOR. (EN EL DIBUJO DE COMBA —SITUADO DENTRO DEL PERIODO OBJETO DE ESTUDIO—, TALLERES DEL NERVION, EN BILBAO).

la sociedad para librarse del mismo en el siglo XIX *(Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos,* Ariel Quincenal). Y la otra, a caballo entre la estricta historia social y la historia política tradicional, corresponde a la investigación de Juan Pablo Fusi sobre la evolución del movimiento socialista en el País Vasco, en el periodo comprendido entre las primeras actividades propagandísticas de la década de 1880 y el golpe militar de Primo de Rivera *(Política obrera en el País Vasco (1880-1923),* Ed. Turner). El libro aún siendo discutible en varios aspectos, es ejemplar en su documentación y representa uno de los textos más rigurosos a que ha dado lugar la creciente historia de nuestro movimiento obrero. Pero para llegar a estos resultados, no habría sido necesario negar «el pan y la sal» a los demás investigadores, sólo porque en ellos aparezcan a veces errores o apasionamientos bastante disculpables. Sobre todo cuando algunos de ellos emprendieron y realizaron sus investigaciones con una pobreza de medios y pasando por un conjunto de dificultades que contrastan con las ayudas y facilidades recibidas por el autor de este libro.

Si la cosecha en el terreno de la historia social de España no es abundante, al interesado en estos temas le queda al menos la posibilidad de acceder por primera vez a los estudios sobre el movimiento obrero portugués, de Cesar Oliveira *(O Socialismo en Portugal, O Primeiro Congreso do Partido Comunista Português...),* pioneros en un país donde las investigaciones están aún más retrasadas que en el, nuestro.

Y, por fin, como la historia es —en definición de Lucien Goldman— la ciencia del pasado y del presente, merece la pena acabar esta enumeración con la mención de varios libros fundamentales, que en el futuro serán fuentes de primera mano para el historiador cuidadoso, y que, en mezcla un tanto heterogénea, la Feria ha puesto al alcance de todos. Nos limitaremos, para terminar, a recoger sus títulos: *Liberalismo y Socialismo: Problemas de la transición. El caso chileno,* con colaboraciones de Tierno, Garcés y Cerroni, entre otros (Ed. Tucar); *MFA e Revoluçao Socialista,* del ya citado César Oliveira (Diabril); *El poder económico en España (1939-1970),* de Carlos Moya (Ed. Tucar), y la polémica y deliciosa *Vida y Milagros de Monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del «Opus Dei»,* de Luis Carandell (Ed. Laia). ■

MARIA RUIPEREZ

Libros

ESTUDIOS DE HISTORIA CONTEMPORANEA

Cuando, a principios de los años sesenta, uno empezaba a sufrir la Universidad que le tocó en desgracia, los jóvenes que recalábamos en la sección de Historia queríamos ser medievalistas; las sombras de Menéndez Pidal, Américo Castro, Sánchez - Albornoz y Valdeavellano planeaban sobre el personal, que no sobre la especialidad, si es que la hubo. El mundo cambia, el miedo pasa, aunque sólo sea porque la mayoría de los habitantes del país ni han vivido la última guerra civil ni recuerdan sus secuelas y ahora se estudia historia de España contemporánea y los libros sobre el tema figuran en las listas mensuales de los más vendidos. La gente busca sus raíces. En este contexto editorial se sitúa la nueva colección de Siglo XXI de España Editores, «Estudios de Historia contemporánea».

Abre la colección **J. R. Aymes** (Universidad de Caen) con **La guerra de la Independencia en España (1808-1814).** (Traducción de Pierre Conard. Madrid, 1974, 163 págs.) Tras una introducción y algunas indicaciones sobre la situación de España en 1808 (auge demográfico, economía agraria y paralela distribución de la población, etc.) el autor se detiene en la gestión de Godoy y la animadversión que suscitó, el motín de Aranjuez y la jornada del 2 de mayo madrileña, planteándose —sin contestarlos— los interrogantes habituales sobre los móviles e inductores de estos acontecimientos, para pasar después a considerar las motivaciones de los patriotas que veían en el movimiento popular ceguera y apasionamiento totalmente ajenos a cualquier planteamiento racional, desencadenados no sólo por la presencia de las tropas imperiales en el país, sino como respuesta «a la violencia, al desafío, a la alevosía de los franceses». Al afectar a todo el país, la Guerra de la Independencia iba a originar las más variadas formas de enfrentamiento, tanto militar como político y cultural. Creando formas específicas de lucha como la guerrilla, a cuya evolución dedica el autor un apartado, y una literatura de combate circunscrita a núcleos urbanos muy determinados. Por otro lado, afrancesados, eclesiásticos y emboscados de ambos bandos darían las más diversas justificaciones a sus actos. La política de José Bonaparte, que buscaba más la asimilación que la destrucción del enemigo y que tenía un inequívoco aire de despotismo ilustrado, chocó en repetidas ocasiones con la actuación de los militares franceses que despreciaban al monarca. Por parte española, ante el desmoronamiento del poder central, se crearon unos organismos, las Juntas, pronto copados por las personalidades dominantes del Antiguo Régimen. A su análisis dedica otro apartado el autor, ocupándose después de las Cortes de Cádiz y de la Constitución de

1812. Cierra el libro una consideración de las consecuencias de la Guerra de la Independencia y un apéndice bibliográfico y documental. El libro no añade nada a los trabajos especializados sobre el tema, aunque a nivel de divulgación cumpla su cometido.

Albert Balcells (Universidad de Barcelona) es el autor de **Cataluña contemporánea II. 1909-1936** (Madrid, 1974, 165 págs.). En apretada síntesis consigue trazar un amplio panorama de la densa historia del principado entre las fechas indicadas, que por razones de espacio no podemos seguir aquí con detalle. De principios de siglo a 1914 la política en Cataluña estuvo determinada por el afianzamiento del movimiento catalanista que culminó en la Mancomunidad y por el resurgimiento del republicanismo. La represión de la Semana Trágica radicalizaría a la Solidaridad Obrera y en 1910 se fundaría en Barcelona la C. N. T. 1917 resultó el año clave en el que Barcelona fue «el núcleo de la segunda gran crisis de la monarquía alfonsina», jalonada por las Juntas Militares, la Asamblea de Parlamentarios y la huelga general revolucionaria, repudiada, claro está, por Cambó y por la **Lliga,** cuya posterior campaña autonomista fue desbordada por la huelga de «La Canadiense», en 1919. Desde ese año a 1922, Barcelona y su provincia vivieron en estado de excepción bajo Martínez Anido y el pistolerismo. Primo de Rivera logró un paréntesis en esta lucha, disolviendo la C. N. T. (mayo 1924) y suprimiendo la Mancomunidad (1925). Aunque la construcción y la metalurgia progresaron, la industria textil no superó la depresión. Tras la caída del dictador, la **Lliga** entró en el último gobierno de la monarquía y, en marzo de 1931, se fundó la **Esquerra Republicana de Catalunya** (Macià, Companys y Lluhí y Vallescà) que triunfó en las elecciones del 12 de abril de 1931. Tras la aprobación del Estatuto (septiembre de 1932), la generalización de la crisis económica en 1933 y los intentos de insurrección anarquista, en abril de 1934, el Parlamento catalán votó la Ley de Contratos de Cultivo, «reforma gradual que nada tenía de socialista», que la **Lliga** se apresuró a llevar al Tribunal de Garantías Constitucionales, controlado por las derechas, que anuló la Ley, con la consiguiente tirantez entre la **Generalitat** y el poder central. La entrada de tres ministros de la C. E. D. A. en el Gobierno desencadenó la huelga general el 5 de octubre de 1934. Al día siguiente, Companys y su Gobierno proclamaron la República Catalana. Fácilmente reducidos por las tropas del general Batet, fueron condenados a treinta años de prisión, suspendido el Estatuto (hasta febrero de 1936) y desencadenada una represión que llegó a los 3.400 detenidos en Cataluña en diciembre

de 1934 y más de 1.400 aparceros desahuciados judicialmente. Tras las elecciones de febrero de 1936, Companys y su Gobierno volvieron al poder. El 19 de julio de 1936 las fuerzas militares de Barcelona vieron cortado su camino hacia los puntos claves de la ciudad por la policía republicana, a la que pronto se unieron elementos anarquistas —a los que las autoridades se habían negado a armar el 17 de julio— y por la Guardia Civil, que permaneció fiel a la República. Al día siguiente los anarcosindicalistas eran dueños de Barcelona, aunque renunciaron a imponer el comunismo libertario. Hasta septiembre de 1936 el «órgano efectivo de gobierno de Cataluña» va a ser el Comité Central de Milicias Antifascistas en el que entró el recién fundado P. S. U. C. Fruto de un compromiso entre todos los partidos fue el decreto de Colectivización, y Control Obrero del 24 de octubre de 1936. El sistema de colectivización, falto de los adecuados instrumentos crediticios, «funcionó con grandes deficiencias», aunque demostró su eficacia en la metalurgia y en la producción bélica. La lucha por el control del aparato estatal que se estaba reconstruyendo llevó al enfrentamiento —mayo de 1937— entre C. N. T. y P. O. U. M., de un lado, contra P. S. U. C., **Esquerra** y Gobierno central, de otro; la correlación de fuerzas se modificó «en beneficio de la burocracia y de la pequeña burguesía». La negativa de Largo Caballero a disolver el P. O. U. M. motivó su salida del Gobierno. Negrín disolvió el P. O. U. M., Andréu Nin fue asesinado, los cenetistas excluídos de la **Generalitat** y la división de Líster se encargó de disolver la mayoría de las colectividades agrarias aragonesas. Cierra el libro una bibliografía y una serie de documentos comentados y cuidadosamente seleccionados.

A **David Ruiz** (profesor de la Universidad de Oviedo hasta 1974) se debe **Asturias contemporánea** (Madrid, 1975, 120 págs.). En la primavera de 1808 se formó en Asturias la primera Junta Provincial que se constituye en España, y asturianos fueron Jovellanos, ambos Toreno, Canga Argüelles, Agustín Argüelles, Flórez Estrada, el cardenal Inguanzo, Porlier, Riego, Evaristo San Miguel, personajes todos ellos de gran relieve en la vida política nacional de la época. El proceso de establecimiento y consolidación del régimen liberal lo estudia muy someramente el autor, señalando la falta de monografías sobre una serie de temas y destacando las repetidas hambres que sufrió la región (1847, 1854, 1857, 1866), la escasa resonancia del carlismo y el predominio del mundo agrario hasta la industrialización. Esta comenzó con la delimitación del espacio hullero y, dada la falta de acumulación primitiva de capitales autóctonos, hipótesis en la que insiste el autor, con la fundación de compañías extranjeras y algunas españolas, como la Duro y Cía., que en 1900 daría lugar a la Duro - Felguera. Tras ocuparse de las fluctuaciones de la producción, estudia los orígenes del movimiento obrero, condicionado en sus inicios por el «obrero mixto» y el analfabetismo. No hay noticia de huelgas hasta fecha tan tardía como 1881. El anarquismo se difundió desde Gijón por las cuencas del Langreo y del Caudal, arraigando sólidamente entre los metalúrgicos de la Duro, mientras el socialismo se afianzó entre los mineros. El caciquismo se desarrolló en toda la región con predominio en las zonas agrarias. 1901, 1906 («la huelgona») y 1917 jalonan las principales huelgas obreras. A finales de la primera década del siglo se funda el Sindicato de Obreros Mineros, vinculado a la U. G. T., que se convierte en la vanguardia del movimiento asturiano, y colabora con la dictadura, tras la entrevista de Primo de Rivera con Manuel Llaneza. Colaboración que tocó techo en 1927 al ponerse de manifiesto la oposición de la base a las directrices reformistas de los cuadros. Los primeros años de la República estuvieron determinados por la crisis económica, cuyos ramalazos se van a dejar sentir en la revolución de octubre de 1934, que el autor estudia concisa pero claramente en las páginas que cierran la primera parte del libro. Una segunda está dedicada a estudiar el estado actual de las investigaciones en los aspectos relativos a demografía, estructura social, industrialización, sindicalismo y partidos políticos. El libro se cierra con una bibliografía, un apéndice documental y una serie de mapas y cuadros.

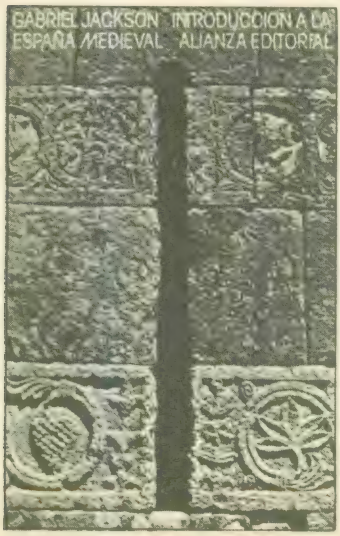
Jacques Maurice (Universidad de París, VIII, Vincennes) es el autor del penúltimo de los trabajos aparecidos hasta ahora en la colección, **La Reforma Agraria en España en el siglo XX (1900-1936).** (Madrid, 1975, 159 págs.). Tras insistir en el carácter «dual» de la agricultura española en 1931, señala que por primera vez la población activa agraria descendía en términos absolutos, llegando a ser inferior a la mitad de la población activa total. El desarrollo del capitalismo español «originaba la proletarización creciente del pequeño campesino». Se ocupa después de las ideologías de la reforma agraria, señalando la timidez de los planteamientos al respecto del Gobierno Provisional. La pequeña burguesía se inclinaba por la creación de una clase media de pequeños agricultores, posible remedio contra los males y peligros de la industrialización. La laboriosa gestación de la Ley de Bases, que el autor analiza con detalle, puede explicarse en función del equilibrio a nivel político entre los partidarios de una reforma democrática y antioligárquica y los que pretendían hacer una reforma capitalista antiaristocrática. En cualquier caso, la ley aprobada en septiembre de 1932 respondía a los propósitos de los republicanos más moderados y requería tiempo y amplios recursos económicos, cosas ambas de las que no disponía el Gobierno republicano. Así y todo, las derechas se encargaron cuidadosamente de desmontar la ley en cuanto llegaron al poder en beneficio de los pequeños y grandes propietarios. En el pacto del Frente Popular prevalece el punto de vista de la izquierda burguesa, que sobordinaba la reforma agraria a la recuperación del capitalismo español, una vez desvanecido el temor a una revolución campesina. Según Maurice, «los republicanos de izquierda y sus aliados socialistas creyeron que era posible adaptar las relaciones de producción en el campo con la eliminación de los residuos feudales». La otra solución, la reforma agraria revolucionaria, la considera el autor imposible en 1931 y difícilmente realizable en 1936. Unas breves consideraciones sobre los problemas historiográficos planteados, una bibliografía y el habitual apéndice documental y estadístico, cierran el libro. Era de esperar que, tras las minuciosas críticas formuladas por el autor al libro de Malefakis en el III y IV coloquios de Pau, tales críticas fueran más ampliamente incorporadas a una exposición global del polémico tema de la Reforma Agraria.

En términos generales, la colección

comentada viene a otrecer una visión panorámica de cada uno de los temas tratados, teniendo en cuenta las investigaciones más recientes. Se trata de libros de divulgación adecuados para profesionales de Enseñanza Media, estudiantes de primeros cursos de carrera, opositores o, simplemente, para tener una visión actualizada de los distintos temas. A ese nivel alcanzan sus objetivos. ■ **FERNANDO REIGOSA.**

INTRODUCCION A UN ESTUDIO DE LA CONVIVENCIA Y DE LA INTOLERANCIA

«Creo que no se puede entender España sin el final de la Edad Media, y digo esto porque hay una interacción tan compleja, tanto hostil como simbiótica, entre las comunidades musulmana, judía y cristiana, que todo lo que le sorprende a uno como típicamente español en asuntos intelectuales y artísticos, y una parte de lo que es característico en formas de tenencia de tierras, característico en actitudes religiosas, característico en la organización política y social, desciende de estos siglos de combinación de lucha y simbiosis de la Edad Media. Así que sentí que si pretendía entender España en su conjunto, tenía que estudiar especialmente ese período...»



Fiel a este párrafo de su famoso estudio «La República Española y la Guerra Civil» (1965), **Gabriel Jackson** emprendió años más tarde una Introducción a la España Medieval, editada ahora en España por Alianza Editorial (colección« El libro de bolsillo»), en traducción de Javier Faci Lacasa.

Más que un trabajo exhaustivo de investigación, lo que aquí ha hecho el profesor de California es un libro breve (173 páginas) de divulgación, bueno para la iniciación del neófito o la recordación del olvidadizo. Jackson consigue su intención divulgadora gracias, en primer lugar, a una gran claridad espositiva y al estilo fluido de la narración (sin notas a pie de página), que a veces se impregna de tintes casi novelescos, dicho sea no con ánimo de rebajar la seriedad de sus intenciones, sino de resaltar sus logros en amenidad. El libro lleva catorce ilustraciones, cinco mapas, un cuadro sinóptico con los gobernantes del período (incompleto para la España musulmana a partir del siglo XIII) y una bibliografía seleccionada.

Jackson parece bucear entre el piélago de nuestro Medievo en busca de las raíces de la intolerancia de nuestro hoy. Y acaso le parecen decididas cuando la Castilla del siglo XV tomó partido no por la heredera de Enrique IV, alrededor de la cual se juntaban «los grupos más pluralistas y tolerantes», sino por Isabel que tenía por secuaces a «los más ortodoxo y tradicionalistas». Entre ese final de partida (que casi nunca, sobre todo en los primeros siglos de la llamada Reconquista, llegó a plantearse de manera tan diáfana como tal partida) y el año 711, se extiende el estudio jacksoniano.

Lo primero que sorprende en este tiempo es la rapidez de la conquista musulmana. ¿Cómo menos de veinticinco mil hombres pudieron conquistar (y retener) una península de orografía difícil y más de medio millón de kilómetros cuadrados? ¿Y cómo, además, pudieron hacerlo en sólo media docena de años? Jackson responde: «La rapidez de la conquista islámica debe de atribuirse principalmente a la desunión de los gobernantes visigodos y a la indiferencia, y aun hostilidad, de la gran masa de la población hispanorromana.» Y el mantenimiento —tan difícil si consideramos que en estricto reparto aritmético cada soldado «invasor» tendría que vigilar más de veinte kilómetros cuadrados— puede explicarse por las mejoras sociales que trajeron los musulmanes. Por ejemplo, en los contratos de aparcería los campesinos pasaron de un régimen de casi esclavitud a uno de libertad, y de tener que entregar entre el 50 y el 80 por 100 de las cosechas a entregar entre el 20 y el 50.

Una y otra vez subraya Jackson esa simbiosis intercultural de los tres pueblos peninsulares: cristianos, judíos y musulmanes. Las conexiones se dieron a todos los niveles y quizá más que ningún otro en el superior. Hubo bodas entre familias gobernantes. Toda, reina madre de Navarra y figura clave entre el 930 y el 970, fue tía abuela del califa cordobés Abderramán. Una de las mujeres de Almanzor era hija de Sancho Garcés II de Navarra. El único hijo varón de Alfonso VI de Castilla nació de su matrimonio con la princesa Zaida, hija del sevillano Motamid... Las relaciones entre cristianos y musulmanes eran muy grandes y la bisagra entre ambas comunidades era, a veces, la rica comunidad judía, que vivió en plena libertad entre los musulmanes hasta la llegada de los fanáticos africanos en el siglo XII, y también entre los cristianos hasta que creció la ola antisemítica, tras las histéricas predicaciones de San Vicente Ferrer. De todas formas, ello no impidió que durante mucho tiempo «todos los reyes, las grandes familias nobiliarias, como los Lara y los Haro, los ricos arzobispados y las Ordenes Militares se servían de los judíos como intendentes de sus fondos y de sus inversiones»...

En seis apretados capítulos, Jackson pasa revista a la Edad Media, desde la sorprendente etapa de prosperidad de Al Andalus cuando asombraba a los toscos cristianos por su refinamiento y su inestabilidad política, hasta el año clave de 1492 cuando, con la expulsión de los judíos,

«Castilla contrajo drásticamente sus recursos económicos e intelectuales en el preciso momento en que estaba a punto de convertirse en una potencia mundial»...

Con gran profusión de detalles (desde el nacimiento de la cristalería andaluza hasta el relato de la peste negra de 1348, la misma que inspiró a Boccacio el «Decamerón», etc...), Jackson muestra el asentamiento ganadero de la Mesta y sus raíces sociopolíticas, el surgimiento comercial de Barcelona, el desarrollo del antisemitismo y la rabia delatora de los conversos, el nacimiento de la literatura medieval, etc. El resultado final es un pequeño volumen de grata lectura, una síntesis que será de mucha utilidad para los estudiantes y servirá de incitación para el conocimiento de los grandes historiadores de nuestra Edad Media. ■

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

CONFESIONES DE DOS POLITICOS MONARQUICOS

Parece evidente que los políticos que ejercieron su actividad en los años que van de 1930 a 1939 han sentido más tarde la necesidad de escribir sus **Memorias,** unas veces para justificar su actitud ante los hechos, otras para dar testimonio de lo acaecido en estos años, y otras, en fin, para repartir declaraciones de culpa o de inocencia por el trágico final de la experiencia republicana. Tal es el caso de las obras de **Berenguer** y **Ossorio y Gallardo** recientemente reeditadas por ediciones Tebas (1 y 2) y con las que se abre una nueva colección de «Recuerdos y Memorias» destinada a recuperar algunos textos que responden a las características antes mencionadas. Aunque la similitud inicial no puede hacernos olvidar las diferencias entre ambos textos: mientras Berenguer se limita a describir el año 1930, es decir el período en el que estuvo en el poder, Ossorio escribe unas auténticas «Memorias», que abarcan desde su infancia hasta los años del exilio en Buenos Aires. Al margen de las diferencias, el interés de ambas obras reside fundamentalmente —como señala J. M. Cuenca en el prólogo al libro de Berenguer— en su carácter de testimonios directos, necesarios para comprender los acontecimientos que precedieron a la llegada de la República, y las actitudes de los distintos personajes y sectores políticos ante su aparición.

Berenguer y Ossorio procedían de campos políticos muy semejantes: ambos fueron monárquicos, aunque en un determinado momento sus posiciones se separaron decisivamente. Mientras Ossorio al proclamarse la República se puso a su servicio y ocupó cargos dentro del nuevo régimen, Berenguer se enfrentaría con ella, no sólo por su condición de monárquico sino como resultado de las responsabilidades asumidas al hacerse cargo, un año antes, de un Gobierno que no logró detener el declive de la Monarquía ni impedir el advenimiento del régimen republicano. Por ello resulta de utilidad la comparación de las actitudes de uno y de otro ante la evolución de los acontecimientos.

Berenguer, al que Eduardo Ortega y Gasset llamó en un mitin «dictadorzuelo centroamericano cazado en Cuba», era un militar nato, pero con aspiraciones políticas bien definidas: Fue ministro de la Guerra en 1918 y más tarde jefe de la Casa militar de Alfonso XIII. Al ser uno de los pocos políticos que mantuvo un contacto personal constante con el Rey, no es de extrañar que fuera él precisamente el encargado de superar la difícil situación derivada de la retirada de Primo de Rivera y de la necesidad de restablecer el régimen constitucional anulado durante siete años. Al encargarse de tan ardua tarea —«por lealtad al Rey y a mi Patria», según sus palabras— Berenguer tuvo que enfrentarse no sólo a la oposición republicana y socialista, sino también a los mismos partidos monárquicos que, por cansancio o por falta de organización, no estuvieron a la altura de los proyectos de Berenguer. La falta de apoyo, reflejada incluso en los ataques de la Prensa hasta entonces afecta a la

Monarquía (ataques que «confirmaban lo solos que nos íbamos quedando») dieron al traste con la esperanza de salvar la institución y normalizar la situación política, esperanza que constituía el eje fundamental del programa del gobierno Berenguer. Por eso, la actividad de este gobierno se encontró con sucesivos fracasos, reflejados uno tras otro en el texto de Berenguer. La convocatoria de elecciones para Cortes constituyentes fue recibida con declaraciones abstencionistas, el Partido Socialista y la UGT se enfrentaron progresivamente al Gobierno participando a partir de septiembre en gran número de huelgas, el Ejército ya no se presentaba tampoco como un cuerpo unido y coherente, como demuestran las rebeliones de Jaca y Cuatro Vientos... Pero además, y lo que es más importante, al celebrarse por fin las elecciones, la alternativa era radical: ya no se trataba de elegir entre varios partidos, sino de decidir en favor de la **Monarquía o la República.** Berenguer ya no podía cambiar la marcha de la Historia, ni salvar su responsabilidad ante el país. Pese a ello, se mantuvo en la brecha hasta el final, reclamando la adopción de las medidas más extremas, e incluso defendiendo hasta el último momento la declaración del Estado de Guerra una vez conocidos los resultados electorales. Pero de nuevo estaba sólo, mientras los demás miembros del Gobierno pactaban la transmisión de poderes con el Gobierno revolucionario, Alfonso XIII decidia marcharse del país, y a él

(1) Berenguer, Dámaso: **De la Dictadura a la República.** Ed. Tebas. Madrid 1975. 368 págs.

(2) Ossorio y Gallardo: **Mis memorias.** Ed. Tebas. Madrid 1975. 238 págs.

no le quedaba finalmente más remedio que claudicar y salir del Ministerio.

Al margen de los acontecimientos históricos, la obra de Berenguer refleja igualmente un muy limitado pensamiento político, articulado en torno al acatamiento hasta el último extremo a la Monarquía y a la nación, concepción más militar que política de la disciplina. Sobre esta base, la visión de su fracaso y de los móviles de su actuación aparece definida con toda claridad en las frases finales de su libro: «Me habia cogido en el puente el momento del naufragio, y me hundia con el barco. Ciertamente que no embarqué en él por mi propia voluntad, sino en el cumplimiento de un deber».

Al comparar las actitudes de Ossorio con las de Berenguer, vemos que desde sus comienzos se marcan diferencias muy sensibles. Ossorio fue un abogado que inició su carrera política al ganar la elección para concejal de Madrid. En 1903 fue elegido diputado a Cortes por Caspe, cargo que desempeñó durante veinte años. Además, ocupó el puesto de Gobernador de Barcelona en 1909, dimitiendo el primer día de la «Semana Trágica» al considerar que todavía no había motivos para declarar el Estado de Guerra. Al caer Maura en 1913, hizo causa común con su jefe político y fundó el partido maurista en Bilbao. Su progresivo alejamiento de la Monarquía se refleja ya en 1923 al abandonar su puesto de diputado en Cortes como respuesta a la falta de representatividad de estas. Así declaró: «Me voy. El Parlamento ha llegado a ser cosa tan podrida que, para acabar con él, no hará falta ni siquiera un pronunciamiento militar. Bastará con un motín de estudiantes o un alboroto de verduleras. Y a mí no me han echado nunca de ninguna parte».

Sus «Memorias» recogen y tratan de justificar este progresivo alejamiento de la monarquía que culminó en la colaboración de Ossorio con el régimen republicano. Su devoción por la Corona procedía directamente del ambiente en el cual pasa la niñez y adolescencia, y en donde el recuerdo de la Primera República se asociaba con desorden, caos y anarquía. Por eso mismo, desde su juventud *habia sentido horror a todo lo* que pudiera oler a República. Sin embargo, a partir de 1923 con el golpe de Estado de Primo de Rivera, se pone en contra, primero del Dictador, y más tarde, del propio monarca. Su trayectoria a raíz de los acontecimientos políticos de estos años es absolutamente contraria a la adoptada por Berenguer, y esta diferencia de criterio se hará más sensible a partir de 1930. Ossorio, lo mismo que Berenguer, se encontraba aislado, porque pensaba que la monarquía había terminado en España, y así se lo manifestó al propio Berenguer: «El Rey está muerto políticamente desde el 13 de septiembre de 1923» y, por ello, no aceptó formar parte del Gobierno.

Al proclamarse la República, don Angel se puso a su servicio («yo soy —declaró— monárquico sin Rey al servicio de la República»), aunque siempre conservó sus ideas, que sólo se radicaliza a partir de 1936 con el estallido de la Guerra Civil. Al final, el destino de los dos políticos es totalmente distinto: mientras Berenguer fue procesado por el Gobierno republicano, Ossorio tiene que salir de España en 1939.

En conjunto, y como es lógico suponer, ambos textos tienen más valor descriptivo y testimonial que analítico. Pese a ello, o quizá por ello, su publicación resulta de suma utilidad para todos los interesados por la difícil evolución española del primer tercio de siglo, y abre camino para la edición de otro conjunto de testimonios que esperamos engrosen pronto la colección anunciada por Ediciones Tebas. ■ **MARIA RUIPEREZ**

SENDER, CRONISTA HISTORICO

Los avatares por los que transcurre la vida oficial del país, con sus continuos «un paso adelante dos atras», han llevado a que en las librerias aparezca como «novedad», y realmente así lo es, una de las mejores obras de **Sender: «Requien por un campesino español»** (1), libro que fue escrito en 1952 al parecer en una semana, para formar parte de una obra colectiva en la que se incluirian también trabajos de Unamuno y Pérez de Ayala. Sin embargo, ante el fracaso de este intento, fue publicado por primera vez en México en 1953 y con el título, creemos que menos espectacular, de **Mosén Millán.**

Ramón J. Sender ha sido un escritor comprometido con su tiempo, lo quó lo costaría permanecer en el exilio desde 1939 en que partió para Francia, en compañia de Machado entre otros, alejándole de su medio ambiente. A pesar de eso y de la lejanía en el tiempo entre los hechos y su concreción en el libro, Sender se nos sigue manifestando como uno de los mejores «cronistas» de hechos y periodos que han marcado una huella indeleble en el país, y este calificativo de cronista no es nada gratuíto ya que él mismo se califica así en el prólogo de «Ariadna».

La acción se desarrolla en algún lugar de la «raya de Lérida» durante el período abarcado por la Segunda República, y sus protagonistas, aunque situados a tres niveles distintos, abarcan el total de la sociedad rural. Sin embargo, el auténtico protagonista en esta obra de Sender, y por desgracia en la realidad y no olvidemos que el relato está basado en hechos historicos, es anónimo. Es decir, el protagonista es todo un campesinado español, cuatro millones y medio de labradores, que se ven obligados a soportar unas relaciones de propiedad dignas del mejor feudalismo de épocas pretéritas dentro de pueblos en los que, como señala Sender, «son pobres hasta los ricos». Este tipo de relaciones permaneció intacto hasta 1931, ya que culquier ataque al mismo era considerado como un atentado al orden público y por supuesto divino, y cuando la Iglesia, aliada incondicional de la nobleza terrateniente, no conseguía con sus admoniciones mantener el «status», éste era defendido incondicionalmente por el aparato represivo del Estado.

La huida de Alfonso XIII permitirá desde el poder, y por supuesto dentro de la legalidad, intentar establecer un nuevo estado de cosas que introdujera en el campo unas relaciones de tipo capitalista, y a ese fin tenderá la malograda Reforma Agraria. Como contrapunto de estos esfuerzos, Sender nos situa el 1936 en

(1) Ramón J. Sender. **«Requien por un campesino español».** Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfin, n.º 460. 2.ª edición. Barcelona 1975.

el que otra vez desde el poder, o al menos a su amparo, se desmantela, de forma violenta, la labor realizada.

Mientras espera la hora de celebrar la misa de Requiem por Paco el del Molino, Mosén Millán, el sacerdote del pueblo, va recordando la vida de éste a partir de aquellas etapas más significativas, lo que va a suponer, en definitiva, un penetrante análisis del entorno. Claramente se dibujan dos bandos: De un lado, D. Valeriano, representante en el pueblo del Duque, noble absentista, propietario de las tierras de cinco aldeas y del que lo único que se recuerda es que fue un par de veces de caza a las mismas; D. Gumersindo y el señor Cástulo, como representantes de un «liberalismo» que, si no se habia opuesto a la situación anterior, no dudaba en «coquetear» con Paco, en cuanto representante de las fuerzas populares y, por supuesto, no dudaría tampoco en entrar del brazo de los vencedores en la «operación de limpieza». En definitiva, representantes todos ellos de lo que el propio Sender en otra de sus obras califica de «España Castrense, amiga de la aventura, beata en religión, reaccionaria en política, monárquica y absolutista» (2). Junto a ellos, Mosén Millán, representante de una Iglesia que acepta el estado de cosas como de designio divino, lo que le lleva a aceptar, como castigo divino a su vez, lo que pueda ocurrirles a aquellos que intentan alterarlo.

Del otro lado, los desheredados, de los que Paco el del Molino se erige, o mejor aún, es erigido, en representante y a los que la República se les muestra como la posibilidad de cambiar. Así, su primera actuación será negarse a pagar los derechos señoriales que percibe al Señor y, posteriormente, la distribución de las tierras entre los campesinos, lo que lograrán llevar a cabo a pesar de las amenazas primero, y la tentativa de corrupción de D. Valeriano, después.

Sin embargo, el Alzamiento del 18 de Julio de 1936 va a suponer el fin de sus ilusiones, y eso que, como señala el Profesor Malefakis: «Sólo excepcionalmente se ha intentado una reforma agraria profunda a través de procedimientos constitucionales y económicamente racionales en el seno de un régimen democrático. El caso español es precisamente una de las pocas excepciones históricas a esta regla» (3). Al pueblo llegarán, en compañia de D. Valeriano, D. Gumersindo y D. Cástulo, «...un grupo de señoritos con vergas y pistolas», que «lo primero que hicieron fue dar una paliza tremenda al zapatero, sin que le valiera para nada su neutralidad. Luego mataron a seis campesinos —entre ellos cuatro de los que vivian en las cuevas— y dejaron sus cuerpos en las cunetas de la carretera entre el pueblo y el carasol»...

En definitiva, un gran libro con una serie de valores de los que únicamente hemos destacado el de su significación en cuanto posible «fuente» histórica, ya que no siempre se tiene la suerte de que los hechos se trasladen al papel por un protagonista de la talla de R. J. Sender. Hechos cuya explicación quizá intuyó él mismo en 1932, cuando a uno de sus personajes le hacía decir: «Lo que nos pasa es que no tenemos ninguna aptitud para el triunfo, para aprovechar nuestro propio éxito. Sólo sabemos aprovechar nuestras derrotas». ■ **VALENTIN MEDEL ORTEGA.**

(2) R. J. Sender. **«Siete domingos rojos»** Editorial Proyección. Buenos Aires. 2.ª edición. 1970

(3) E. Malefakis. **«Reforma Agraria y Revolución Campesina en la España del siglo XX»**. 2.ª edición. Editorial Ariel. Barcelona, 1972. pp. 22.

LAS S. S. SECRETAS

En 1952 el periodista francés **André Brissaud** se encontró casualmente en una casa de campo del norte de Italia con Walter Schellenberg, antiguo jefe del S. D., el Servicio de Seguridad e Información del partido nazi, compuesto totalmente por miembros de las S. S.: la famosa «orden negra» que en la hebilla de su cinturón llavaba grabada la divisa: «Mi honor se llama fidelidad».

Schellenberg fue sin disputa uno de los cerebros del espionaje alemán durante la segunda guerra mundial, y a estas alturas resulta extraño que saliera tan bien librado del Tribunal de Nüremberg. Pero en la guerra, como en casi todo, saber es poder, y los aliados perdonaron la vida a muchos hombres de los servicios de información enemigos que les proporcionaron abundantes datos sobre el lado más oscuro de la Alemania nazi y los países por ella invadidos. Lo mismo le ocurrió a Ghelen.

El libro **Historias secretas del Servicio Secreto nazi,** de Brissaud, editado ahora en España (1) recoge buena parte de las declaraciones que Schellenberg (sentenciado a muerte por el cáncer) hizo al autor, y constituye una buena descripción de las acciones más fulgurantes de los servicios secretos de las S. S. antes y durante los primeros años de la guerra.

Las historias recopiladas, en forma de pequeños reportajes, abarcan hasta el atentado contra Hitler en la Bürgerbräukeller de Munich el 8 de noviembre de 1939.

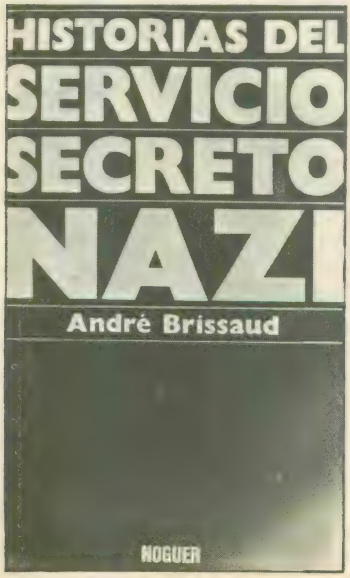
En el relato de la historia secreta de las S. S. destaca como figura principal Reinhard Heydrich, un personaje que apenas contaba treinta y cinco años cuando murió, cuyo ascenso en las filas del partido nazi llegó a inquietar incluso al propio Himmler —dueño absoluto del imperio S. S.— que le respetaba porque le temía. No es ilógico pensar que si hubiera vivido unos años años más, Heydrich hubiera podido llegar a convertirse en el «delfín» de Hitler.

(1) *Historias del Servicio Secreto nazi,* André Brissaud. El documento vivo. Editorial Noguer, 1975. Barcelona.

Cualidades no le faltaban. Antiguo oficial expulsado de la Armada por un asunto de faldas, era frío, cultivado, inteligente, fanático y carecía de escrúpulos.

Entre los episidios mejor narrados del libro está el famoso asunto Tujachevski, que sirvió a Stalin para eliminar de 30.000 a 50.000 oficiales del Ejército Rojo, en una de las «purgas» más brutales que recuerda la historia. Se ha venido dando como seguro que fue una obra maestra del espionaje de las S. S., que consiguió engañar al dictador georgiano al hacerle dudar de la fidelidad de sus generales y presentarle pruebas falsas en este sentido. Sin disparar un solo tiro, los alemanes consiguieron hacer desaparecer a casi la mitad de la oficialidad soviética poco antes de declarar la guerra a la U. R. S. S. Brissaud, sin embargo, expresa sus dudas sobre si fue Heydrich quien se la jugó a Stalin, o fue Stalin quien utilizó a los alemanes para justificar la eliminación de sus adversarios dentro del Ejército. En apoyo de esta razonable duda, hoy sabemos que Stalin ordenó a Yejov, el jefe del N. K. V. D., que le presentara «pruebas» contra Tujachevski.

También están bien explicados en sus puntos fundamentales los asuntos de la «noche de los cuchillos largos», trampa mortal en la cual las S. S. acabaron con la «vieja guardia» nacionalsocialista; y el conocido como «incidente de Venlo», humillante palmetazo en los nudillos para el prestigioso y eficaz Intelligence Service británico.



Un gran mérito de este libro es la amenidad y claridad de su lenguaje, pese a la abundante bibliografía consultada por el autor. El relato de la creación de los servicios secretos nazis, desde las oscuras manipulaciones de Heydrich y Himmler en Munich, en 1931, hasta constituir la inmensa red invisible que terminó por cubrir Europa y absorber a la Abwher, queda bien explicado en sus trazos más significativos. Brissaud no sólo ha consultado archivos y documentos, sino que ha hablado con algunos de los protagonistas de su historia. Esto le hace aportar detalles nuevos y obtener una valoración más exacta de los hechos y motivos.

El libro contiene, además, un anexo sobre la Dirección General de Seguridad del Reich (R. S. H. A.), algunos organigramas y abundantes notas. ■

FERNANDO MARTINEZ LAINEZ

OTROS LIBROS RECIBIDOS

ALBA, VICTOR: CATALUÑA DE TAMAÑO NATURAL. Editorial Planeta. Primera edición. Barcelona, 1975.

BLOND, GEORGES: EL GRAN EJERCITO DE LA BANDERA NEGRA. LOS ANARQUISTAS A TRAVES DEL MUNDO. Luis de Caralt, editor. Colección La Vida Vivida. Primera edición. Barcelona, 1975.

CAMPOMANES, Conde de: TRATADO DE LA REGALIA DE AMORTIZACION (edición facsímil). Ediciones de la Revista de Trabajo. Serie Clásicos, número 10. Primera edición. Madrid, 1975.

FLOUD, RODERICK: METODOS CUANTITATIVOS PARA HISTORIADORES. Alianza Editorial. Colección Alianza Universidad, número 124. Primera edición. Madrid, 1975.

JANKE, PETER: MENDIZABAL Y LA INSTAURACION DE LA MONARQUIA CONSTITUCIONAL EN ESPAÑA (1790-1853). Siglo Veintiuno de España Editores. Serie Historia. Primera edición. Madrid, 1974.

MARTIN-GAMERO, AMALIA: ANTOLOGIA DEL FEMINISMO. Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo, número 570. Primera edición. Madrid, 1975.

MOSLEY, LEONARD: EL PELIGROSO JUEGO DEL PETROLEO. Editorial Noguer. Colección El Documento Vivo. Primera edición. Barcelona, 1975.

MOYA, CARLOS: EL PODER ECONOMICO EN ESPAÑA (1939-1970). UN ANALISIS SOCIOLOGICO. Túcar Ediciones. Temas de Ciencias Sociales, número 4. Primera edición. Madrid, 1975.

PANOFSKY, ERWIN: RENACIMIENTO Y RENACIMIENTOS EN EL ARTE OCCIDENTAL. Alianza Editorial. Colección Alianza Universidad, número 121. Primera edición. Madrid, 1975.

PASTOR, MANUEL: LOS ORIGENES DEL FASCISMO EN ESPAÑA. Túcar Ediciones. Temas de Ciencias Sociales, número 1. Primera edición. Madrid, 1975.

RESZLER, ANDRE: LA ESTETICA ANARQUISTA. Ediciones Fondo de Cultura Económica. Colección Popular, número 128. Primera edición. México, 1974.

REYNOLDS, LLOYD G.: LOS TRES MUNDOS DE LA ECONOMIA: CAPITALISMO, SOCIALISMO Y PAISES MENOS DESARROLLADOS. Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo, número 569. Primera edición. Madrid, 1975.

SAJAROV, ANDREI D.: HABLA SAJAROV. Editorial Noguer. Colección El Documento Vivo. Primera edición. Barcelona, 1975.

SALGADO, ENRIQUE: RADIOGRAFIA DEL «CHE». Ediciones Dopesa. Colección Testimonio de Actualidad, número 39. Cuarta edición. Barcelona, 1975.

TIERNO GALVAN, ENRIQUE: ¿QUE ES SER AGNOSTICO? Editorial Tecnos. Colección Ventana Abierta. Primera edición. Madrid, 1975.

TROTSKI, LEON: EL JOVEN LENIN. Ediciones Fondo de Cultura Económica. Colección Popular, número 112. Segunda edición. México, 1974.

Toda una revisión crítica de nuestro pasado

CINE HISTORICO EN CANNES

EN ESTE FOTOGRAMA DE «BROTHER, CAN YOU SPARE A DIME?», SE RECOGE UN DOCUMENTO AUTENTICO: EL DE UNA VICTIMA DE LA DEPRESION DE 1929 RECLAMANDO SU DERECHO AL TRABAJO. IMAGENES Y ANALISIS SOBRE LA MAS RECIENTE HISTORIA DE NUESTRO SIGLO POBLARON LAS PANTALLAS DEL ULTIMO FESTIVAL CINEMATOGRAFICO DE CANNES.

Una de las más generalizadas tendencias de las películas mostradas en el último Festival Cinematográfico de Cannes ha sido la del cine histórico, pero no entendido éste en función de las mamotréticas películas norteamericanas, cuya más inmediata finalidad consistía en la creación de un vistoso espectáculo que atrayese al público a la taquilla, sino de un cine que trata de plantearse, en función de la historia —generalmente reciente—, algunos de los problemas sociales actuales. La revisión crítica de los pasajes históricos aún no superados —la ascensión del nazismo en Alemania, la eclosión de la guerra, el colaboracionismo o la resistencia y hasta mucho más recientes acontecimientos ignorados en la mayor parte de las ocasiones por «la opinión pública»— determina en estas películas del Festival, acercamientos con intenciones de denuncia sobre la posibilidad de que tales hechos se repitan o renazcan. Siguiendo la frase con la que Louis Malle encabeza su «Lucien Lacombe» («Aquel que olvida su pasado se arriesga a volver a vivirlo»), estas nuevas películas «históricas» corresponden al deseo de muchos jóvenes cineastas de expresar sus más acusadas preocupaciones políticas.

PUEDE entenderse así cómo Constantin Costa - Gavras, con guión firmado por Jorge Semprún, expone en su «Séction Spéciale» no ya sólo de qué forma el gobierno del mariscal Pétain, ignorando los más elementales derechos legales de los franceses, fue capaz de improvisar (en función de una supuesta «Razón de Estado») una jurisdicción excepcional que, de cara a complacer las «demandas de justicia» del gobierno alemán, permitía ejecutar a seis detenidos por delitos menores, sino que Costa - Gavras va más allá: con su «Séction Spéciale» trata de entender las profundas conexiones existentes entre el poder y la justicia y de qué forma la segunda depende radicalmente del primero. Esa interrelación no es exclusiva del gobierno de Vichy, sino que permanece a lo largo del tiempo, incluyendo las gloriosas épocas de paz. Con su película, Costa - Gavras agrede directamente la realidad del colaboracionismo de la Francia involucrada con los ocupantes, y con ello, indirectamente el triunfalismo de quienes podían creer que, en función de una victoria bélica, los mecanismos represivos del Estado habían desaparecido; al ampliar su exposición a términos más amplios que los referentes a las circunstancias que determinaron la «política» del mariscal Pétain (aunque sin olvidar en este sentido el rigor de la investigación histórica, dando, en la exposición de la película, los datos exactos y determinantes del hecho) «Section Spéciale» conecta con una problemática totalmente actual.

Circunstancia que no es común a «The day of the locust» (que se traducirá en España como «La plaga de la langosta»), obra típica de la industria norteamericana donde, como se señalaba al principio, se trata primordialmente de utilizar aquellos elementos visuales que conecten con lo más superficial de la sensibilidad colectiva. En esta película, John Schlesinger, su director, no hace sino continuar la llamada «moda retro» en su versión hollywoodiana: la ambientación «histórica» es aquí el motor principal por mucho que, además, se pretenda hacer una especie de exposición de cómo era el ambiente del cine en los años treinta, de qué manera las ambiciones de muchos jóvenes deseosos de triunfar en el mundo del espectáculo se estrellaron con las dificultades de un mecanismo industrial pendiente sólo de aquello que podía comercializarse inmediatamente. El demostrado talento de muchos de esos jóvenes tenía que ser exhibido en circunstancias humillantes, propiciándose en ellos una agresividad que acabaría traduciéndose en violencia. Estos mecanismos, sin embargo, no se exponen en la película de una forma mínimamente interesante, sino que se articulan, como ya se ha señalado repetidas veces en esta crónica, con la depuración típica de un laboratorio pendiente sólo del éxito del mercado. Las posibilidades del cine «histórico» (en esta nueva tendencia) dependen exclusivamente de la honradez de sus realizadores, aunque, de hecho, en cualquier país necesiten de la colaboración (y hasta de la complicidad, cuando no de la astucia mercantil) de los productores; el enfrentamiento que pueda establecerse entre las ambiciones de los realizadores frente a las de los productores determina una dialéctica inexistente todavía en el cine de gran presupesto y con vistas a una distribución mundial, como el norteamericano de este tipo.

El inglés Philippe Mora es capaz, en cambio, de proponer una visión del cine hollywoodiense más lúcida que la de la película norteamericana citada. En su «Brother, can you spare a dime?» utiliza material de archivo que va desde las escenas dramáticas de algunas de las películas más significativas de la época a documentales en los que se recogen las circunstancias de la Depresión de 1929, la operación «New Deal» de Roosevelt, sus sucesivas reelecciones presidenciales, el inicio de la guerra en Europa y, finalmente el ataque a la base de Pearl Harbour. Mezclando todo ello, Philippe Mora, con un extraño optimismo que quiere convencer de la facilidad con que se superan los momentos «difíciles» (creando, por lo tanto, un paralelismo entre aquella Depresión y nuestros días), incide, de todas formas, en un aspecto realmente interesante: la manera en que el cine norteamericano afrontó la realidad, qué tipo de mitos, de truculencias melodramáticas y qué cantidad de verdad se aplicaban a las películas que, justo en aquellos días, consumían los norteamericanos.

Percibimos entonces un inquietante desnivel entre el material documental y el cine de ficción, un desnivel que no es difícil contemplar como producto de una operación concebida así por los magnates de la industria, utilizando las posibilidades de alineación de un medio como el cine. Inevitablemente, sin embargo, a través de las imágenes de ficción que Philippe Mora ofrece puede entenderse también la forma en que la realidad sin paliativos penetraba en ella, y de esta manera cabe deducir un sistema de análisis de las imágenes cinematográficas actuales que insisten en eludir la realidad.

La «moda retro», al margen de sus connotaciones comerciales, tiene, según las películas exhibidas en Cannes, otro tipo de significados. La revisión de determinados momentos históricos de cara a una mejor comprensión de nuestro presente se localiza, lógicamente, en los últimos cuarenta años de historia. Se trata de explicarse cómo pudieron ocurrir algunos acontecimientos y prevenirse de la posibilidad de su repetición. Si las censuras, en sus múltiples facetas, impiden un acercamiento idéntico al auténtico presente, revisar esos cuarenta años supone un buen punto de conexión con el espectador, al que intenta ayudar en el desvelamiento de momentos que vivió o conoce de cerca, relacionándole sentimentalmente con una página de su propia biografía. Por otra parte, es obvio que la historia de este siglo, aun en etapas teóricamente superadas, tiene connotaciones inmediatas e importantes con nuestros problemas presentes. Independientemente de la ideología con que cada director se acerque a reflexionar sobre algún aspecto de la historia cercana, la curiosidad general sobre ella debe tener sus razones, antes que en una moda determinada por la industria del consumo, en esta inquietud colectiva por saber más de lo que hasta ahora se nos ha dicho sobre nosostros mismos, por desenredar cuestiones embrolladas por la publicidad política. Otra cuestión independiente, en principio al menos, de la que nos ocupa es la de que la industria cinematográfica (entre otras, naturalmente), aproveche la situación para hacer florecer el mercado con productos nostálgicos y falsos, caso, por ejemplo, del «The day of the locust» ya comentado.

En ocasiones, además, el cine histórico no necesita retroceder ni una década siquiera. A pesar de las restricciones que se ve obligado a sufrir si pretende plantear cuestiones más recientes, un cine - documento (como el que se realizó en el Chile de Allende) o un cine - denuncia sobre acontecimientos terriblemente cercanos, viene siendo realizado en algunos países. Así, por ejemplo, en el Canadá francófono, Michel Brault ha dirigido una película que denuncia la arbitrariedad del poder al decidir que una situación política es excepcional y, en consecuencia, sentirse autorizado a intervenir la libertad de los ciudadanos. Brault realiza un documento de ficción basándose en la experiencia concreta de cinco de esos ciudadanos que fueron arrestados de forma imprevista e incomprensible en octubre de 1970, fecha en la que el Gobierno decidió declarar la ley marcial para defender el supuestamente amenazado orden público. Días antes, el Frente de Libera-

CON «SECTION SPECIALE», COSTA GAVRAS Y JORGE SEMPRUN ANALIZAN LA ARBITRARIEDAD DE UNAS DISPOSICIONES LEGALES CREADAS DURANTE EL GOBIERNO DE VICHY CON VISTAS A ALIMENTAR UNA BUENA CONVIVENCIA CON LOS OCUPANTES ALEMANES.

ción de Québec había exigido fuera leída, tanto en la radio como en la televisión, una declaración de sus principios; paralelamente, diversos hombres políticos habían hecho declaraciones consideradas como «peligrosas»; el agregado comercial de Gran Bretaña había sido raptado... El conjunto de estos incidentes desencadenó la puesta en práctica de esa ley marcial, en virtud de la cual cualquier «sospechoso» podía ser detenido sin otra autorización especial. Michel Brault narra en esta película —«Les ordres», una de las premiadas en Cannes— el proceso seguido por cinco de esos detenidos, incapaces al principio de entender las razones que les llevaron a esa situación, pero conscientes al final de su desagradable aventura de las auténticas características del sistema político en el que viven. Las humillaciones sufridas durante la detención no sólo les revelaron la peculiaridad de la Policía, sino ese mecanismo confuso e inabordable de «las órdenes» que remiten inevitablemente a una consideración global del país. Brault alterna en su película la reconstrucción dramática de los hechos con el testimonio directo de los protagonistas del suceso, conformándose así un documento extraordinario sobre aquel octubre del 70, capaz por sí solo de descubrir las raíces de un Quebec no tan libre como se hubiera creído.

Con unas pretensiones totalmente diferentes, Mohammed Lakdhar Hamina, argelino, se ha planteado su película —«Chronique des années de braise» como una reconstrucción histórica ortodoxa (tanto, que no es difícil detectar en su poética las notables influencias norteamericanas), que recoge los últimos treinta años de vida política de Argel, con una lógica atención, pues, al problema del colonialismo. Las intenciones de Lakdhar Hamina no están, sin embargo, encaminadas a la simple «narración», sino que se orientan hacia una toma de conciencia por parte del espectador de la dimensión política de su propia vida. Para conseguirlo, el director recoge la historia argelina a través de la vida privada de un campesino, que va sufriendo en su propia piel los condicionamientos de la colonización, a pesar de no tener por su parte la menor conciencia de ello, al menos en un principio. Porque después este personaje irá entendiendo que sólo en el compromiso político, en la lucha por la liberación de su pueblo, podrá encontrar un sentido a sus problemas y, naturalmente, una solución. La serie de injusticias vividas por él y su familia no estaban condicionadas por la mala fortuna ni por error suyo alguno. La significación de esas injusticias había que encontrarla en otras dimensiones. La combinación de ese drama privado con la historia general del país surge lógicamente del trabajo de Lakdhar Hamina, ya que, para entender la historia de su país, no se ha conformado con la referencia a datos y circunstancias, sino que ha querido penetrarlas hasta aprovechar de ellas su explicación para otros problemas actuales.

Dado que ésta parece ser la tendencia general de este cine «histórico», cabría preguntarse si es intelectualmente correcto querer referirse a cuestiones del presente con expresiones del pasado; si, con ello, no se tergiversan los problemas concretos de cada

LOS AÑOS TREINTA FUERON PROLIFICOS EN EL LANZAMIENTO DE IMAGENES MIXTIFICADORAS QUE, COMO ESTA, SE DISTANCIABAN INCREIBLEMENTE DE LA REALIDAD. LA YA CITADA «BROTHER, CAN YOU SPARE A DIME?» DE PHILIPPE MORA, PLANTEA, ENTRE OTRAS VARIAS COSAS, ESE FALSEAMIENTO.

época. Ningún momento histórico es idéntico a otro. Cuestión esta que en cada película podrá aplicarse de una manera, pero que, en conjunto, podría ser reprochable a todas (tal como se hizo en algunas de las ruedas de prensa del festival). Sin embargo, y siguiendo con los términos generales, lo que estas películas pretenden apuntar no es tanto que la Historia se imite a sí misma como que permanecen unas estructuras que determinaron aquellos momentos históricos y que, al no estar superadas, acabarán por engendrar otros similares. De ahí que las películas citadas no sean, en su mayoría, meras ilustraciones escolares sino meditaciones más complejas que descubren cómo en una sociedad dividida en clases la injusticia es permanente. Cine, pues, más político que histórico, para continuar la boba clasificación diferenciadora mantenida hasta ahora, pero cine que, en definitiva, se compromete con el momento histórico actual ya que facilita la posibilidad de entenderlo mejor mirando hacia atrás.

Perspectiva esta utilizada también por Rolf Lyssy, realizador suizo-alemán, para su «Konfrontation», película en la que se narra escrupulosamente la evolución de un judio yugoslavo que, aterrado ante la eclosion del nazismo y de su eficaz introducción en la Suiza neutral, decide en un acto espontáneo asesinar al representante suizo del Tercer Reich. La película de Lyssy quiere ser no sólo denuncia de la política suiza de los años treinta, sino también una meditación sobre el valor de los actos individuales; su protagonista reacciona de forma coherente con el clima opresivo en que vive, pero su acto aislado queda reducido a anécdota. Y, seguramente para confirmarlo o para investigar más a fondo su propia historia, Lyssy entrevista al final de la película al auténtico personaje, hoy ciudadano aburguesado de un Israel en conflicto. «Konfrontation» es una obra minuciosa, capaz, no obstante, de dejar abierta la puerta de las sugerencias; cada espectador podrá entender el curioso caso que se nos narra desde su propia óptica.

Va confirmandose así, a través de estas películas, todas diferentes en cuanto a sus planteamientos estéticos y políticos pero cercanas en su interés por la verdad (salvo, como queda dicho, «The day of the locust») y el rigor históricos, un cine sobre el que se proyecta el terror colectivo de ver repetidas situaciones históricas alucinantes y que responde, en conclusión, al compromiso con un presente en que no hay que tolerar posibilidades parecidas. Que ello sea posible a través de estas denuncias, es algo que no puede demostrarse. ■ **DIEGO GALAN.**

EL GRAN PREMIO DEL FESTIVAL FUE PARA LA PELICULA ARGELINA «CHRONIQUE DES ANNEES DE BRAISE», DE MOHAMMED LAKHDAR HAMINA, EXPOSICION DE LA VIDA POLITICA ARGELINA DURANTE LOS ULTIMOS TREINTA AÑOS, CON ESPECIAL ATENCION —COMO ES LOGICO— HACIA LA COLONIZACION FRANCESA ORGANIZACIONES DE DERECHA INTERNACIONAL BOICOTEAR ESTE GALARDON.

Cine

«NICOLAS Y ALEJANDRA»

En 1913, con ocasión del tricentenario de la Dinastía Romanov, «Willy», el todopoderoso Kaiser de Alemania, obsequió a su primo «Nickcy», Zar y Autócrata de todas las Rusias, con un valioso y original regalo: una filmación hecha expresamente para recoger las ceremonias del Jubileo de la reina Victoria, abuela y tía-abuela respectivamente de ambos soberanos.

En la ya septuagenaria película aún se pueden apreciar las expresiones risueñas de los «grandes de la tierra», contrapunteadas por el tic inevitable del primitivo sistema cinematográfico: Nicolás II, con chaqueta de tweed y bombín, en segunda fila del grupo familiar, al lado de un Oldemburgo o Hesse anónimos, se apoya ora en un pie, ora en otro, mientras sonríe tímidamente al artilugio de Monsieur Pathé.

Más de medio siglo transcurrido, lo que supone una cierta perspectiva, no le ha permitido a Franklin Schaffner superar, pese a la amplia gama de medios técnicos de que hoy dispone la industria cinematográfica, la objetividad infantil de aquella semiborrosa imagen histórica. No es admisible que de unos personajes abocados a la tragedia, —Nicolás y Alejandra— en la confluencia de sus anodinas vivencias con una de las etapas transcendentales de la Historia, se haya pretendido dar las imágenes de guardarropía, sobrecargadas de mal gusto y superficialidad de que rebosa este film.

El propósito de Schaffner (con la lógica colaboración de su productor, Sam Spiegel) de minimizar una situación histórica, reduciéndola a la mera particularidad de una desgracia familiar como la hemofilia que padecía el Zarevitch, provocando la constante alarma de sus padres y la malhada influencia de Rasputín (situación de la que por otra parte se le escamotea al paciente espectador la perspectiva dinástica), condiciona cualquier ambición de reflejar verídicamente el contexto sociopolítico y aún el meramente palatino de la época. Así veremos desfilar a los personajes más representativos del «Ancien Régime» zarista, difuminados (pese a la colaboración de actores de la talla de Lawrence Olivier), ante la obcecada nimiedad de un guión que, incapaz de «situar» en su exacto contexto a cada uno de ellos, los conduce a las regiones del folletín.

De este modo, el Zar Nicolás aparece como un personaje hierático y débil, con breves paréntesis de «rabia» autocrática; la Zarina Alejandra cual desdeñoso cisne lujosamente encorsetado; Rasputín, representación oficial del Mal, se verá degradado a la categoría de sátiro impenitente; el conde Witte (cuyo solapado oportunismo ha sido transhumado por arte de magia en la «agradecida» imagen de un Maura sin mauristas) representa la inevitable lealtad póstuma de quien «ya lo había previsto...; el Gran Duque Nicolás, espléndida fachada del «Miles Gloriosus», hace las veces de un trasnochado Bayardo; Kerenski, ambicioso leguyelo admirador de Thiers y cazador de fantasmas a sus horas, alcanza las dimensiones de un Catón doblado de Carnot, en virtud, seguramente, de alguna nostalgia californiana que acaso compartiera con Mr. Schaffner...; y, en fin, Stolypin no será ya el pitarroso gendarme del Régimen, sino, al igual que sus compañeros de reparto, un sacrificado patriota.

Por último, la puesta en escena del acto revolucionario (con el antecedente a lo «Zhivago» del Domingo Rojo de 1905 al que se amputará, púdicamente, la auténtica naturaleza de confidente de la Ojrana del Pope Gapón) adquiere las características de un reportaje del «Reader Digest». Allí, el tríptico revolucionario —Lenin, Trostky, Stalin— con la anécdota de sus «expresiones características», la locomotora y el acorazado relucientes de eficacia y, paralelamente, la Majestad caída, su esposa e hijos unidos en la desgracia, dignos ante la adversidad, al menos en apariencia, ya que el trazo se hace más grueso al subrayar las últimas horas, con sus deseos e impotentes veladas, por un brote escénico de sangre... La sangre, made in USA, de los Romanov. ■ **GUILLERMO MORENO DE GUERRA.**

«ABDICACION»

Nacida el 18 de diciembre de 1626, Cristina de Suecia se vió proclamada reina cuando apenas contaba seis años al morir su padre, Gustavo Adolfo, en la batalla de Lutzen. Sin embargo su coronación oficial no llegaría hasta 1650, cuando la paz de Westfalia hubo acabado con la Guerra de los Treinta Años y los suecos pudieron dedicarse a otros asuntos que los no puramente bélicos. Desde un principio, Cristina fue una reina que ejerció con disgusto el poder, sin hallar tampoco nunca la aprobación completa ni de su corte ni de su pueblo. Pero a todos sorprendió el que sólo a un año de la coronación (concretamente, en octubre de 1651) la monarca comunicase al Senado su intención de dejar el trono en beneficio de su primo, Carlos Gustavo. Tal decisión se mantuvo

CONVERSION DE CRISTINA DE SUECIA ANTE EL PAPA ALEJANDRO VII (ANONIMO ITALIANO DEL SIGLO XVIII).

secreta o estrictamente restringida a los ámbitos del poder durante casi tres años. La renuncia de Cristina planteaba una serie de problemas —motivados en gran parte por el desconocimiento de los motivos que le impulsaban a adoptar esa postura— que la Dieta general de los Estados estudió detenidamente antes de dar su aprobación. Por fin y ante la insistencia de la reina, que nadie consiguió doblegar, el 6 de junio de 1654 Cristina dejó oficialmente de llevar las riendas de su país. Sólo tres días después, abandonaba Suecia en dirección al Vaticano con el fin de ser recibida por el Papa y abrazar la religión católica desde su protestantismo inicial. No es cierto que tal conversión fuese el motivo de su abandono en cuanto reina de Suecia —tal como se quiso hacer ver con fines de propaganda religiosa—, ya que tal decisión surgió en Cristina antes de sus primeros encuentros con el portugués padre Macedo, origen de su interés por el catolicismo. De hecho, el propio Vaticano dudaba de la veracidad de la conversión de Cristina —que arrastraba por otra parte, una fama bastante escandalosa para su época— y encargó al cardenal Decio Azolino que estableciese la sinceridad de tal cambio religioso.

En esta relación entre Cristina de Suecia y el cardenal Azolino (que acabó en amor por parte de la primera) se centra el film «Abdicación» de Anthony Harvey que se viene exhibiendo actualmente en España, retomando así un personaje que fue célebre cinematográficamente por la interpretación que de él hizo Greta Garbo en la versión de Rouben Mamoulian de los años treinta. Junto a las amplias conversaciones entre la ex-reina y el cardenal, la película recoge en «flash-backs» algunos recuerdos de ella que intentan desvelar sus problemas íntimos. Sin conseguirlo, pues, todo se reduce a un seudopsicoanálisis que nada aporta al desvelamiento de la compleja personalidad de Cristina. Sin atreverse tampoco a profundizar en su lesbianismo, quizá verdadero y único motor de su actuación. ■ **FERNANDO LARA.**

Don Joan Valls, lector barcelonés de TIEMPO DE HISTORIA, nos solicita información sobre «la historia reciente de Argentina, desde el tiempo inmediatamente posterior a la caída del presidente Onganía, en 1970, hasta las fechas más recientes». Con objeto de satisfacer la demanda de nuestro lector, hemos solicitado del periodista don Juan Carlos Curutchet que nos realizara una síntesis de este período histórico, que él amplía para una mejor comprensión del tema.

La reciente historia argentina

El gobierno de Arturo Illía carecía de legitimidad popular. La Unión Cívica Radical del Pueblo había ganado unas elecciones en las que varios partidos no pudieron participar y en las que hubo un alto porcentaje de abstencionismo y votos en blanco, consignas éstas lanzadas por sectores peronistas y de izquierda. La política radical fue un desastre en muchos sentidos. Una vez más la ineptitud se entronizó en los puestos públicos. Sus dirigentes, expertos en oratoria decimonónica, llenaron el país de discursos y lo vaciaron de esperanzas. Los años de la administración radical, relativamente benignos en lo que a represión se refiere, crearon el clima favorable al golpe militar de Juan Carlos Onganía.

El 28 de junio de 1966 se inicia una nueva etapa en la política argentina. Onganía define su programa mediante la aplicación de una serie de medidas represivas. Se clausuran publicaciones, policía y ejército invaden brutalmente los recintos universitarios (cuya autonomía había sido consagrada por la Constitución Nacional), se imponen rígidas normas de moralidad colectiva y se procede a la disolución de los partidos políticos.

La denominada Revolución Argentina había nacido bajo el signo de la expectativa. La clase obrera, claramente desencantada con los viejos partidos y escéptica frente al porvenir de las instituciones liberales, vio caer a Illía y

EL PRESIDENTE JUAN CARLOS ONGANIA (EN EL CENTRO), REUNIDO CON LOS COMANDANTES EN JEFE DE LAS FUERZAS ARMADAS ARGENTINAS PARA ESTUDIAR LA SITUACION CREADA POR EL SECUESTRO DEL TENIENTE GENERAL ARAMBURU. PARA EL GOBIERNO REPRESIVO Y DE ORDEN PUBLICO DE ONGANIA, ESTE HECHO DETERMINO SU FINAL.

DURANTE EL BREVE MANDATO DEL GENERAL LEVINGSTON —SUCESOR DE ONGANIA—, SE PRODUJO EN CORDOBA EL «VIBORAZO», REBELION SANGRIENTA CONTRA LA DESIGNACION DE UN NUEVO GOBERNADOR, EL FASCISTA URIBURU. A ESTOS DIAS PERTENECE LA MANIFESTACION OBRERA QUE RECOGE LA FOTO.

desaparecer el Parlamento sin grandes manifestaciones de protesta. Estas estallarían meses después, cuando empezaron los sangrientos choques en las Universidades y cascos militares y metralletas pasaron a integrarse como uno de los elementos más característicos del paisaje urbano.

El ministro de Economía del nuevo régimen, Krieger Vasena, impuso una rígida política de austeridad. Su primer paso consistió en una devaluación del peso argentino en un 40 por 100. Se la presentó como la «última devaluación». Su finalidad, en teoría, eran la estabilidad monetaria, la reducción de la inflación y la nivelación del presupuesto. En la práctica, todo el peso de esta austeridad recayó sobre los sectores populares, provocó un aumento de la inflación, desequilibrando todavía más el presupuesto, y dio origen a una ininterrumpida cadena de conflictos, entre ellos una prolongada huelga ferroviaria, reprimida sin contemplaciones por la dictadura.

Un error de apreciación había desbaratado sus planes. Onganía quería ir hacia el corporativismo, y contó con el apoyo de algunos sectores de la burocracia sindical. Interpretó correctamente la pérdida de confianza en las instituciones liberales, pero no comprendió que en la conciencia de las masas había otro tipo de aspiraciones. Bajo su mandato se produjo el primer **cordobazo,** al que había de seguir una cadena de insurrecciones en otras localidades menores. Algunas de ellas, como las de General Roca (provincia de Río Negro) y Malargüe (provincia de Mendoza) fueron promovidas por la pequeña burguesía, ya que en estos pueblos el proletariado era minoritario. Se trataba de un curioso programa de reivindicaciones burguesas expresadas en el marco de una democracia directa.

Este deslizamiento de la clase media hacia un tipo de oposición que lindaba con la subversión guerrillera (operante ya en casi todo el territorio nacional), sumado a la creciente gravitación de unos sindicalistas jóvenes surgidos de los medios obreros desafectos al poder, estaba conduciendo de hecho hacia la desaparición total de los partidos políticos, cuyas actividades había resuelto congelar Onganía durante veinte años. La situación de la economía era caótica, la opresión centralista se había agudizado y el clamor de las protestas era unánime. Dos días antes de su derrocamiento se produjo el secuestro del ex presidente Eugenio Aramburu. Para un Gobierno que lo había apostado todo a la carta de la «pacificación», éste fue el golpe final.

Su sucesor fue un anónimo funcionario destacado en Washington como representante argentino ante la Junta Interamericana de Defensa. Su designación fue el resultado de un arreglo. Contra su voluntad, el ejército se veía obligado a iniciar una democratización gradual de la dictadura. El general Roberto Levingston fue el encargado de llevarla a cabo. Se trataba de un militar sin mando y hasta entonces ausente del país, vale decir, fácilmente manipulable. Pero una vez designado también Levingston sucumbió a la fascinación del poder. Sus decisiones fueron arbitrarias e inconsultas, y una de ellas motivó el segundo cordobazo, conocido como **viborazo,** rebelión sangrienta contra la designación de un

LA LUNA DE MIEL ENTRE LOS DIVERSOS SECTORES DEL PERONISMO ACABO MUY PRONTO. EL 20 DE JUNIO DE 1973, CON OCASION DEL RETORNO DE PERON A ARGENTINA, LA JUVENTUD PERONISTA Y OTRAS ORGANIZACIONES FUERON AMETRALLADAS EN EL AEROPUERTO DE EZEIZA (BUENOS AIRES) POR GRUPOS PARAPOLICIALES IDENTIFICADOS CON LA DERECHA PERONISTA.

nuevo gobernador, el fascista Uriburu, quien había jurado decapitar la «víbora de cien cabezas» de la subversión de un solo tajo. Duró dos semanas.

Su caída preludió la del propio Levingston. El 26 de marzo de 1971, tras un nuevo cuartelazo, asumió la manoseada presidencia de la República Alejandro Lanusse en nombre de la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, de la que era titular. Se cumplía así el paso de unificar en la práctica ambos cargos. Era la época de auge de la democracia directa. El pueblo ya había encontrado la forma de canalizar sus protestas a través de organizaciones nuevas. Movimientos estudiantiles, sindicatos antiburocráticos, asociaciones de vecinos, corporaciones profesionales y ligas agrarias y regionalistas entorpecían los manejos del poder. Huelgas revolucionarias y estallidos populares se multiplicaban, y en torno se espesaba el cerco de la subversión guerrillera.

Lanusse comprendió la necesidad de restablecer la vida política antes de que los mecanismos de la democracia formal fueran desbordados quizá para siempre, y convocó a los políticos para anunciarles la liquidación de la cuarentena. Sus interlocutores, los mismos de la época de Illía, ya que la disolución de los partidos había eternizado a las conducciones anteriores, convertidas en comisiones de custodia, dieron un franco apoyo a este programa de retorno a la democracia parlamentaria. En un principio, Lanusse trató de aglutinar a varios sectores en el Gran Acuerdo Nacional, un hipotético partido que habría de garantizar la continuidad eligiéndole presidente. Este sueño no resistió la prueba de la realidad, y unos meses después, fracasada esta argucia de los generales, comenzó el proceso que habría de desembocar en las elecciones del 11 de marzo de 1973. En el interín, el 21 de agosto de 1972, la Marina había de ametrallar por la espalda a 21 guerrilleros detenidos, aplicándoles la ignominiosa ley de fugas. Dos sobrevivirían para denunciar a los responsables de este acto de barbarie, hoy becados en los Estados Unidos.

Durante los años de la dictadura, dentro del peronismo todo el peso de la lucha había recaído fundamentalmente sobre dos sectores, la Juventud Peronista y los gremios peronistas combativos. En los años transcurridos, todos estos sectores, al igual que otros de la izquierda no peronista, se habían reunido bajo la consigna «Ni golpe ni elección: Revolución». Pero una vez llegadas las elecciones, decidieron participar en ellas, aunque denunciando su carácter engañoso, y pronto hallaron acomodo en el recién constituido FREJULI (Frente Justicialista de Liberación). Los actos del Frente fueron multitudinariamente copados por la izquierda montonera. Se hizo público un programa de liberación y reconstrucción. La burocracia sindical y política pareció momentáneamente relegada y se pensó que el Gobierno de Héctor J. Cámpora iba a marcar la inauguración de un nuevo estilo de convivencia.

La luna de miel entre los diversos sectores del peronismo acabó muy pronto. El 20 de junio, con ocasión del retorno de Perón, la Juventud Peronista y otras organizaciones son ametralladas en Ezeiza por grupos parapoliciales identificados con la derecha peronista. Antes, al asumir el poder, tras unas elecciones que le habían

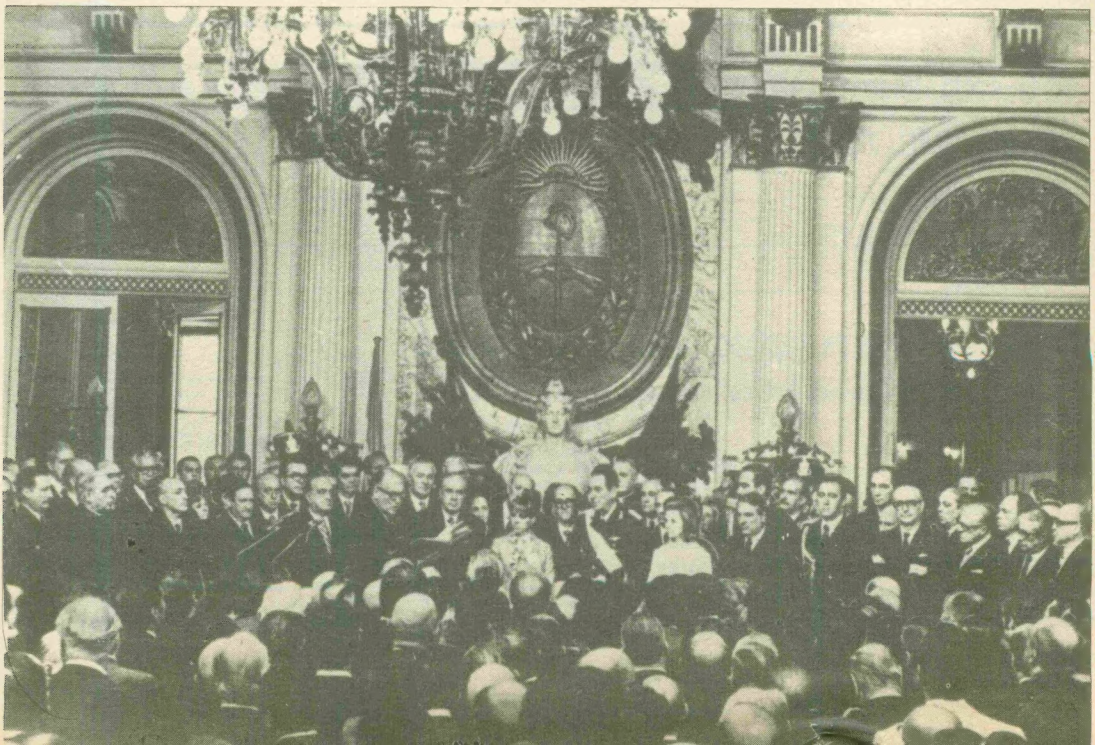
otorgado algo más del 50 por 100 de los votos (contra un 20 por 100 de su más inmediato seguidor, la Unión Cívica Radical del Pueblo), el mismo 25 de mayo Cámpora había iniciado la ejecución de su programa. De allí salieron una total amnistía para todos los presos políticos, una quema pública de los ficheros policiales, un acercamiento político a países como Chile, Cuba y Perú, una integración de la juventud al proceso, incluso en sus instancias directivas, y otra cantidad de medidas que sería largo enumerar.

Era, evidentemente, más de lo que la derecha estaba dispuesta a consentir. Tras la advertencia de Ezeiza vino su renuncia, forzada por un operativo carnavalesco patrocinado por la burocracia sindical y política (en la que ya empezaba a destacar nítidamente la figura de José López Rega) y que contó con el beneplácito de las Fuerzas Armadas. Unos meses después se hacía una nueva convocatoria a elecciones y resultaba elegido por tercera vez Juan Domingo Perón.

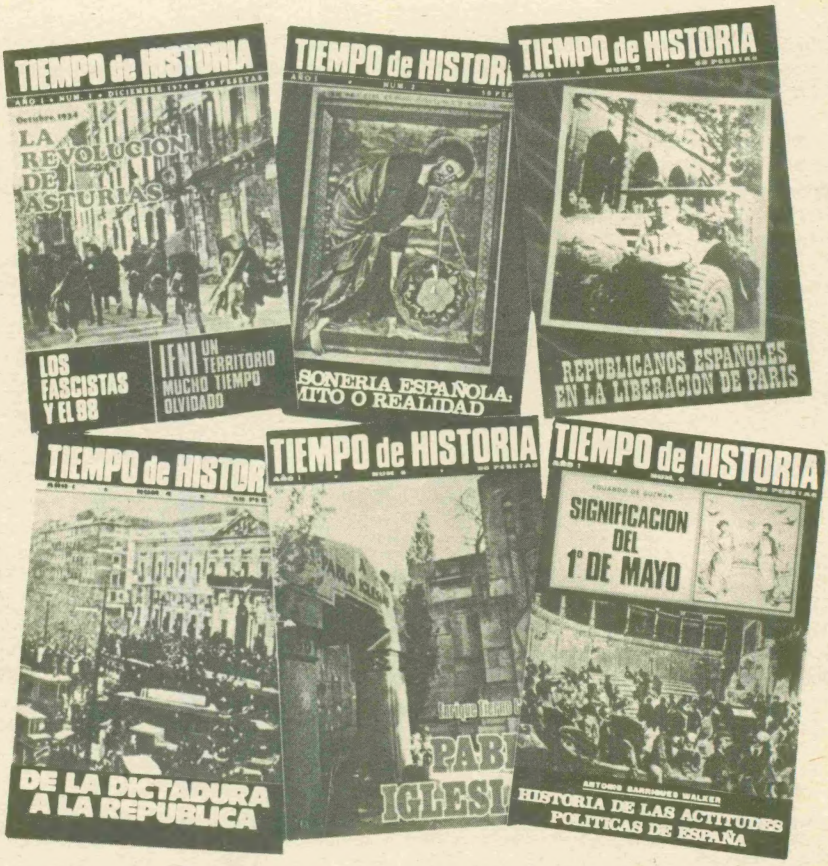
El resto es historia reciente. Nadie pudo prever que un político tan hábil como Perón incurriría en el error de destruir el precario equilibrio interior de su movimiento, volcando todo su apoyo hacia la derecha. Se destituye a todos los gobernadores y vicegobernadores de la Tendencia (denominación popular de la izquierda peronista), la represión policial cobra una intensidad sin paralelo, incluso en los peores momentos del lanussismo, proliferan las denuncias sobre desapariciones y torturas, se clausuran publicaciones y la corrupción alcanza una magnitud inimaginable. Comienza también la cacería de brujas más espectacular de toda la historia argentina. Poco antes de su muerte irrumpe en escena la A. A. A. (Alianza Anticomunista Argentina), una organización parapolicial auspiciada desde la alturas del poder y que se sospecha dirigida por el advenedizo López Rega, ministro de Bienestar Social y actualmente hombre fuerte del régimen. Cuando Perón muere, en julio de 1974, ya se presiente el principio del fin.

Actualmente se ha vuelto a una situación bajo ciertos aspectos similar a la vivida bajo el lanussismo. La presente es una historia a punto de concluir, pero el futuro sigue siendo una incógnita. El país está en la bancarrota, con cinco provincias intervenidas. Secuestros, torturas y asesinatos se reproducen a diario. Las recientes elecciones provinciales de Misiones demuestran que el FREJULI (hoy prácticamente reducido a la derecha peronista) probablemente no vuelva a vencer ni siquiera en territorios donde su victoria se dio siempre por descontada. Las huelgas proliferan a todos los niveles. Los recientes sucesos de Villa Constitución, donde la burocracia sindical acaba de conocer una de sus más humillantes derrotas, permiten augurar la próxima caída de María Estela Martínez de Perón. Qué sucederá después, nadie podría adivinarlo, aunque todo induce a suponer que se aproxima una hora de enfrentamientos decisivos. ■ **JUAN CARLOS CURUTCHET.**

JUAN DOMINGO PERON Y SU ESPOSA, ISABEL MARTINEZ DE PERON, JURAN LOS CARGOS DE PRESIDENTE Y VICEPRESIDENTE DE ARGENTINA. TRAS ESPERAR DURANTE MUCHOS AÑOS SU REGRESO, NI LOS MISMOS PERONISTAS PODIAN PENSAR QUE EL TENIENTE GENERAL INCURRIRIA EN EL ERROR DE VOLCAR SU APOYO HACIA LA DERECHA. SU ESPOSA CONTINUARIA LOS MISMOS PASOS.



HEMOS recibido repetidas consultas de lectores de **TIEMPO DE HISTORIA** interesados en coleccionar la revista desde su primer número, y que deseaban saber cómo conseguir los ejemplares que les faltaban. Nosotros les podemos enviar directamente a su domicilio los números que les falten. Bastará que nos lo soliciten a **TIEMPO DE HISTORIA**, Conde Valle de Suchil, 20, Madrid-15, acompañando a su petición 50 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o si lo prefieren, mediante giro postal.



RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA». CONDE VALLE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA .....

N.º ..... TELEF. ..... CIUDAD .....

PROVINCIA ..... PAIS .....

FIRMA,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)

a partir del próximo número del mes de .....

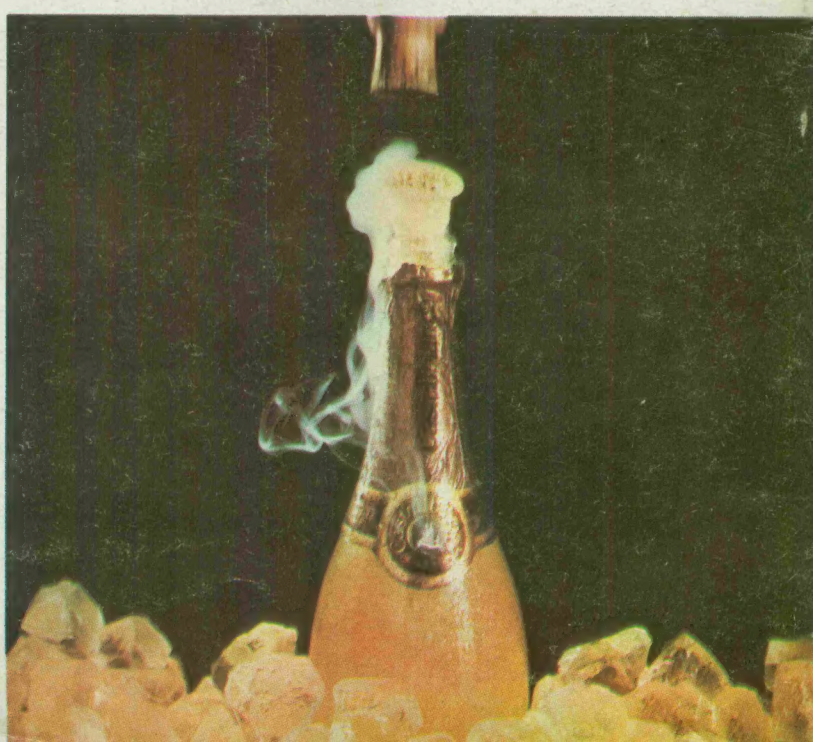
Envío GIRO POSTAL

Formas de pago ☐ Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». ☐ núm. .....

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL
(12 números): España: 500 pesetas.
Extranjero: 700 pesetas.

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

Haremos saltar el mito por los aires.



Extra Cristal
Castellblanch

TIEMPO DE HISTORIA

"LA COARTADA"

Texto íntegro de una obra de teatro de Fernando Fernán Gómez